Mil besos y cien más

Laura Sciolla



Lectulandia

La historia de un amor apasionado, cargado de erotismo y sensualidad, que escandalizó a la Roma del siglo I a. C.

La hermosa Claudia languidece en la capital del Imperio. Casada con el oficial Quinto Metello, un hombre rudo y mayor que ella, sufre también las presiones de su ambicioso hermano Publio, con quien mantiene una ambigua y compleja relación.

El destino hace que Claudia conozca a Catulo, un joven veronés. Él es un poeta sensible que se siente irresistiblemente atraído por la patricia y la seduce no solo con las caricias más osadas sino también con sus versos.

Adorada como una musa y amada con extraordinaria delicadeza y sensualidad, Claudia aprende a disfrutar de su cuerpo, dejándose llevar por una pasión y un juego amatorio que rompe todas las reglas. Porque Roma es una ciudad implacable que tolera los excesos sexuales y las orgías desatadas, pero que desconfía de las historias de amor. Y Catulo, bajo su apariencia de amante entregado, esconde también a un hombre posesivo, capaz de pasar de los besos más ardientes a unos celos intensos y peligrosos.

Placer, erotismo e intriga se dan cita en una novela que recoge uno de los romances históricos más sensuales de todos los tiempos, el de la bella Claudia y el joven Catulo, el poeta que le enseñó el significado más profundo del verbo «amar».

Lectulandia

Laura Sciolla

Mil besos y cien más

ePub r1.0
Titivillus 05.01.15

Título original: *Mille baci, e ancora cento*
Laura Sciolla, 2013
Traducción: Ana Ciurans Ferrándiz
Diseño de cubierta: Luca Tarlazzi

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Elisa,
que me ha enseñado a amar

PRÓLOGO

De lejos mi voz

Si oyendo de lejos mi voz…

SAFO,
fragmento 1

La voz es lo primero que nos abandona. Y lo único que permanece en el tiempo.

El vacío sigue al silencio: al principio somos un cuerpo que habla, después un cuerpo mudo y al final solo un cuerpo. Nada más.

Los egipcios son expertos en el arte de detener su putrefacción, aunque sea transformándolo en una momia cuyo aspecto tiene muy poco en común con lo que fue. Muy poco, sin embargo, es mejor que nada. Incluso tras la cremación, nuestro cuerpo deja un rastro en las cenizas. Pero es un rastro mudo que inexorablemente la nada insaciable e infinita arrastrará y dispersará. La nada siempre triunfa.

¿Siempre? A pesar de todo, me obstino en creer que no es así. Y no porque los macabros procedimientos de los embalsamadores ni el fasto de los mausoleos vayan a evitarlo. Sobre la nada solo triunfa lo que, como ella, es inaprensible e impalpable: la voz.

De la oscuridad del pasado, a través de caminos insospechados y misteriosos, nos llegan todavía las palabras de quienes han dado voz y sentido a nuestra vida: sin ellos solo seríamos polvo miserable y silencioso en el torbellino del tiempo.

Impetuosas o frágiles, afligidas o desafiantes, siguen llegando hasta nosotros las voces de los poetas.

Hombres todos ellos, con excepción de Safo, criatura única y divina. La mujer que siempre habría deseado ser. Porque yo no soy ni única ni divina: nunca me dejé engañar por los amantes que, con tal de poseerme, me llamaban Venus, diosa, sublime.

Soy solo una mujer. Y mi voz se desvanecerá en el inútil torbellino del tiempo, como la nieve.

PRIMERA PARTE

Mil besos y cien más

Dame mil besos, luego cien,
luego otros mil, cien más después,
y otra vez mil seguidos y otros cien.
Y cuando hayamos sumado muchos miles
embrollaremos la cuenta para no saberla
y para que ningún malvado pueda aojarnos,
si supiera que tanto nos besamos.

CATULO,
carmen V

Roma, 62 a. C.

1

Cuando lo vi, lo primero que pensé fue en la nieve. No tanto por la tez pálida, señal de su origen nórdico y la poca exposición a la luz del sol, sino más bien por su manera de moverse, inseguro y distraído como un copo de nieve que al caer ondea y remolina. Como si, no importándole la meta sino el camino, intentase retrasar su llegada con lentitud indolente. Eso me gustó, y lo consideré una señal de sabiduría: ¿para qué apresurarse sabiendo ya que al final está la tierra?

Además las nevadas son una rareza, aquí en Roma: igual que ese joven. En lugar de perseguir el éxito y la fama, parecían captar su atención las cosas insignificantes que casi todos ignoran o ni siquiera ven: un reflejo en el agua, las motas del polvo en un rayo de sol, el revoloteo de una hoja en el aire. Sobre todo, supe después, lo fascinaban las infinitas posibilidades de combinación que ofrecen las palabras y las letras que las forman. Cuando más tarde tuve ocasión de leer algunos de sus poemas, me impresionó la elegancia con que jugaba con ellas, sin distinguir entre cultas y vulgares ni solemnes o sencillas, dando cabida a todas en sus versos, como un amante que abraza la esencia de la mujer, ya sea una matrona o una puta. Entretejidas en la trama de sus poemas, las palabras ordinarias adquirían la misma dignidad, o incluso más, que los vocablos refinados y eruditos. Sus composiciones poéticas evocaban una libertad profunda, absoluta… mucho más auténtica que aquella de la que tanto se discutía en el Foro. Una libertad que me daba miedo, pero que al mismo tiempo anhelaba conocer.

Quizá fuera eso lo que me atrajo de él cuando lo vi por primera vez.

Estaba atravesando el Campo de Marte, en dirección al Tíber; mi hermano Publio me había pedido que fuese árbitro de una competición de natación de la que, como siempre, era el favorito. Pero esa vez, contrariamente a lo habitual, había tenido que rogar para convencerme: estaba molesta porque su novia, la odiosa Fulvia, también formaba parte del jurado.

Aunque el verano estaba al caer, llevaba la litera cerrada: no deseaba suscitar comentarios entre los jóvenes que abarrotaban la enorme explanada practicando juegos gimnásticos y actividades ecuestres. A pesar del grosor de la cortina, advertía los efluvios de los óleos y el hedor a sudor; en otras circunstancias habría abierto un resquicio para observar, sin ser vista, los cuerpos relucientes de los atletas. Aquel día, sin embargo, tan solo pensar en la exhibición de los encantos masculinos me asqueaba. Estaba mareada y tenía ganas de volver a casa. De golpe me dije: «Pero ¿quién me obliga a hacerlo?».

Abrí la cortina para dar la orden de volver atrás y… lo vi. Era el único completamente vestido entre una multitud de hombres medio desnudos. Delgado, más bien bajo, su aspecto frágil suscitaba el deseo de tocarlo. Bueno, en realidad, de acariciarlo. Y de abrazarlo con suavidad, con cuidado, para protegerlo.

Se dirigía al río con aire distraído, sin prestar ninguna atención a las exhibiciones deportivas que, por el contrario, ocupaban a los demás en apasionadas discusiones, apuestas y exclamaciones. Emanaba una sensación de frescura. Y de ligereza. Como si hubiese llegado volando de otro mundo.

En vez de dar la orden a los esclavos seguí observándolo, como temiendo que desapareciese si apartaba los ojos. Atraído por mi mirada, se volvió hacia mí y se sobresaltó. Abrió tanto los ojos que tuve la impresión de poder sumergirme en ellos.

Quizá se habría acercado si en aquel momento Publio no se hubiera puesto frente a mí.

—Querida Claudia, ¡por fin! ¡Te estaba esperando!

Resoplé.

—He venido solo porque has insistido.

—Ya lo sé, ¡y te lo agradezco! Voy a recompensar tu esfuerzo: será un espectáculo extraordinario. Atravesaremos el Tíber de una orilla a otra, adelante y atrás, hasta el límite de la resistencia. Ganará quien lo logre más veces. Sabiendo que tu mirada me acompaña, estoy seguro de que seré el vencedor.

Sonreí ante su halago. Le acaricié la mejilla. Pero, con el rabillo del ojo, no dejé de observar al desconocido, que mientras tanto se había unido a un grupo de jóvenes sentados en los bancos instalados provisionalmente en la orilla. Lo recibieron con bulliciosas manifestaciones de afecto; algunos estaban bebidos, a pesar de que aún era la primera hora de la tarde.

—¡Provincianos palurdos! —murmuró Publio.

—¿Provincianos?

—Hijos de nuevos ricos de la Galia Cisalpina —explicó.

—A algunos ya los he visto, pero aquel… —dije señalando al hombre que tanto me había impresionado— ¿quién es?

—¿Aquel? —Se sorprendió—. ¡No me digas que te gusta!

—¿Y si así fuese? —lo desafié.

Sacudió la cabeza.

—Creo que se llama… Catulo. Cayo Valerio Catulo, sí. Es de Verona. —Y después, haciendo una mueca de desprecio, añadió—: Uno de los muchos bárbaros llegados a Roma en busca de fortuna. —Al ver que su comentario me dejaba indiferente, se ensañó aún más—. Pero ¿cómo puede uno llamarse así? Catulo, «cachorro»… ¡qué ridiculez! El caso es que, cuando te mira, parece de verdad un perrito moviendo la cola; delgado, menudo. Y, sin duda, con una colita minúscula…

—No seas vulgar —le reproché. Pero no estaba enfadada porque sabía que aparentaba desprecio para ocultar los celos.

En las semanas siguientes, disimuladamente, observé a Catulo a menudo: por la calle, en el Foro, en el teatro.

Por algún misterioso motivo, advertía su presencia incluso antes de verlo. Como si su cuerpo emanase una fuerza que me obligaba a mirar en su dirección. Me clavaba la mirada ardiente desde lejos, sin atreverse a acercarse. Quizá atemorizado por mi edad —tenía treinta y tres años, como mínimo diez más que él— y por mi posición: descendiente de una familia prestigiosa, esposa de un político famoso y madre de una muchacha que dentro de poco estaría en edad de merecer. O quizá, simplemente, lo frenaba la timidez.

Su indecisión me halagaba: Catulo era el primer hombre que en lugar de cortejarme abiertamente se conformaba con adorarme en silencio. Y me atraía: por primera vez tenía la tentación de tomar la iniciativa. Sin embargo, no me decidía; sentía curiosidad por ver sus jugadas. Por observar la trayectoria ondulante e intricada que recorría para alcanzarme, como si él fuese el copo de nieve y yo la tierra.

Si, durante una fiesta o en el teatro, un hombre se me acercaba, yo percibía la desesperación en la cara de Catulo. Pero en vez de reaccionar, se quedaba pasmado.

Una vez, para provocarlo, fingí interés por otros pretendientes.

Era una tarde muy calurosa, a finales de verano. El sol, impío, se ensañaba con el toldo extendido inútilmente en el teatro para proteger al público. Los asientos de madera desprendían un calor intenso que el cojín —privilegio de las damas— no lograba aplacar. A pesar de que los esclavos rociaban continuamente la platea de los nobles con agua de azafrán, el hedor acre del sudor saturaba el aire. No quiero ni pensar lo insoportable que debía de ser estar apretujado entre la multitud de las últimas filas, entre los plebeyos que, al no disponer de asientos reservados, habían tenido que acudir muchas horas antes, apiñándose bajo el calor sofocante. De vez en cuando me daba la vuelta para intentar divisar a Catulo —estaba segura de que se encontraba allí, podía sentirlo—, pero no lograba verlo.

Contribuía a calentar el ambiente, ya tórrido, el espectáculo de ese día: un mimo, la única representación teatral en la que también actúan las mujeres, sin máscara.

Se representaba la historia de los amoríos entre Marte y Venus, quienes, sorprendidos por el marido de ella, el feísimo Vulcano, son atrapados en una red y expuestos, desnudos, a la burla de los demás dioses. Las alusiones procaces y los ademanes chabacanos de los actores, a los que el público respondía con carcajadas y gestos ordinarios, hacían que la historia, vulgar por sí sola, resultase aún más obscena.

De repente noté que algo me rozaba el tobillo. Miré. Con la excusa de recoger el pañuelo que se me había caído, un senador vanidoso y engreído, sentado a mi izquierda, daba un vistazo a mis piernas. El truco más viejo del mundo. Estaba a punto de llamarle la atención cuando sentí que me envolvía un calor más ardiente que el del sol. Me di la vuelta. A unas pocas filas detrás de mí, apretujado entre los amigos que lo acompañaban a todas partes, Catulo me miraba fijamente con angustia.

¿Por qué, en lugar de acercarse, se limitaba a observarme? No sé de qué oscuro recoveco de mi alma surgió el impulso de hacerle sufrir. O, tal vez, de ponerlo a prueba.

—Aparta la sombrilla —ordené a la esclava. Pensé que así podría ver lo que iba a hacer.

En cuanto estuve segura de quedar bien a la vista, me sacudí la falda y la alisé, como si ahuyentase un insecto o me quitase el polvo. El senador me dijo:

—¡Permite que te ayude!

Y con ademanes cohibidos al principio, y luego cada vez más audaces, me acarició, haciendo como si limpiase meticulosamente mi túnica. Cuando su mano se hizo demasiado atrevida, estiré de golpe la pierna. El senador dio un salto hacia atrás, temiendo recibir una patada. Pero empecé a balancear el pie con indolencia mientras suspiraba:

—¡Qué calor!

Fue entonces cuando el musculoso general sentado a mi derecha también perdió el interés por la obra para concentrarse en mi pierna delgada, cuya piel blanca resaltaba entre las tiras oscuras de las sandalias, pareciendo aún más delicada. Haciendo gala de su amabilidad, el senador arrancó el abanico de las manos de mi esclava y se puso a abanicarme con arrebato mientras me preguntaba:

—¿Mejor ahora?

Para no quedarse atrás, el general mandó a un esclavo a buscar un jugo de granada fresco.

—En mis gloriosas campañas en Oriente —reveló—, he aprendido a apreciar sus virtudes: ¡es milagroso contra la indisposición!

Yo conversaba con ambos, coqueteando, sonriendo, pestañeando… De vez en cuando, con disimulo, me volvía para observar a Catulo, quien, palidísimo, era el vivo retrato del sufrimiento. Parecía preguntarme: «¿Por qué? ¿Por qué me haces esto?».

Ni siquiera yo lo sabía. Me divertía ponerlo celoso, sin imaginar que llegaría un día en que los celos me atormentarían a mí. Me entusiasmaba verlo sufrir, sin saber que su sufrimiento habría de partirme el corazón.

En un momento dado, deslicé un dedo por el bíceps del general, cuya excitación, que ya podía apreciarse bajo la toga, se hizo aún más evidente. A pesar de la lejanía, advertí el suplicio de Catulo. Era como si mis manos tuviesen el poder de tocarlos a ambos al mismo tiempo: acariciando al admirador con las yemas de los dedos, hería a Catulo con las uñas.

Pero el general no era el único que estaba excitado. A medida que se representaba la obra, las actrices se iban desnudando. Y los espectadores se encendían cada vez más. Cuando Venus, junto con Marte, fue capturada en la red, y forcejeando dejó al descubierto lo poco que aún permanecía oculto, el público, como era costumbre cuando acababa un espectáculo de mimo, se puso a gritar: «¡Des-nu-das! ¡Des-nu-

das! ¡Des-nu-das!». Las actrices no se hicieron de rogar.

Al quedar expuestas sus partes íntimas, reinó el silencio. Seguidamente hubo un estallido de aclamaciones, aplausos y gritos obscenos. Incluso quien, como el senador y el general, estaba ocupado cortejando a alguien, se puso a vocear indecencias. Si bien algunas de las actrices eran mucho más maduras que las espectadoras, el solo hecho de mostrarse desnudas en el escenario las hacía deseables. También porque dirigían a los hombres insinuaciones soeces, dignas de un prostíbulo. Intercambié miradas atónitas con otras mujeres, apenadas, como yo, ante aquel espectáculo de animales en celo. Después, primero uno y luego otro y otro más, los hombres abandonaron sus asientos para abalanzarse sobre el palco, mientras los actores intentaban detenerlos y las actrices, arrepentidas de su audacia, se batían en retirada. En pocas palabras, estalló el caos más absoluto.

Solo uno había permanecido en su lugar. Y ni siquiera había considerado a las actrices dignas de una mirada. Y ahora, de pie entre los bancos volcados, indiferente a lo que ocurría a su alrededor, me sonreía, como diciendo: «Para mí solo existes tú».

Fui a su encuentro. Me acerqué cada vez más, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo, el olor de su piel. Un aroma que, con misteriosa realidad, me resultó familiar. Como si regresara a mí después de una terrible separación.

—Aquí me tienes —dije.

—Te espero desde hace mucho tiempo. Desde siempre —respondió.

Le rocé la mejilla con una mano. Luego la deslicé por el cuello, hasta donde empezaba el pecho. Noté un relieve. Bajé los ojos: en el escote de la toga, distinguí una cicatriz. Larga, rojiza, parecía pedir que la curasen. Que la sanasen. La recorrí con las yemas de los dedos hasta donde la tela me permitió. Me daba igual estar dando un espectáculo; al fin y al cabo, en medio de aquel alboroto nadie se fijaba en nosotros. Él me acarició los hombros y me rozó el pecho con la punta de los dedos; a su tacto, el pezón sobresalió erizado bajo la tela fina. En lugar de molestarme, su gesto me pareció natural: sabía que él me pertenecía. Era como si una parte de mí, de la que me hubiera separado en tiempos remotos, ahora, por fin, se reuniese de nuevo con mi cuerpo.

Me acometió un deseo ardiente de besarlo. Tenía la boca carnosa, y los labios gruesos resaltaban en el rostro delgado. Sin duda se dio cuenta de mi intención porque las pupilas se le dilataron, transformando el azul de sus ojos en una negrura abismal en la que habría deseado hundirme. Acercaba ya mis labios a los suyos, cuando alguien me aferró por los hombros y tiró de mí hacia atrás con violencia.

—Pero ¿qué estás haciendo? —preguntó con rabia una voz familiar—. Eres una mujer casada, ¿acaso lo has olvidado? —Era mi hermano. El único hombre, además de Catulo, que en lugar de mirar a las actrices no me había quitado los ojos de encima. Fue como si me despertase de un sueño; quizá él tenía razón y yo estaba exagerando—. Las habladurías llegan muy lejos —prosiguió—, hasta Galia, a oídos de tu marido. —No podía negarlo, tenía razón. ¿Qué me pasaba? Precisamente a mí,

que siempre había sido dueña de mí misma… A pesar de su aspecto inofensivo, el joven poeta era muy peligroso. Me estaba haciendo perder la cabeza—. Y tú… —empezó a decir dirigiéndose encolerizado a Catulo.

—No la toques —exigió él, y apartó de mi hombro la mano de Publio.

—¡Cómo te atreves! —Mi hermano hizo ademán de echársele encima.

Lo detuve justo a tiempo.

—¡No lo hagas! Piensa en tu carrera política. Ya has estado implicado en demasiadas peleas.

Haciendo un esfuerzo evidente, Publio se echó atrás.

—Vete —dijo al poeta.

Catulo me miró con expresión interrogativa.

—Ve —le susurré con dulzura para darle a entender que no era una despedida.

—¡No! Yo…

Lo interrumpí.

—Te lo ruego, Catulo, vete ahora. —Era la primera vez que lo llamaba por su nombre. Pronunciarlo me causó tal placer que repetí—: ¡Catulo! —Sonrió, los ojos le brillaban de felicidad. Pero al notar la mano de Publio ciñéndome el brazo, añadí—: Nada. —Dejé de sonreír, y en respuesta a su mirada dubitativa, repetí—: Ve. Hazlo por mí, te lo ruego.

Se alejó caminando lentamente, dándose la vuelta de vez en cuando, muy apenado.

A la altura de mi asiento se agachó y recogió algo del suelo. Reconocí mi pañuelo que, al final, se había quedado allí. Se lo llevó a los labios y aspiró su perfume. Después se lo guardó en la toga como si se tratase de un objeto de valor.

Publio se echó a reír:

—Pero ¿cómo puede gustarte ese inútil? —me preguntó.

Sacudí la cabeza.

—No podrías entenderlo.

—¿Es que no has visto cómo va? —prosiguió—. ¿Cuántos anillos lleva?

—Hasta hace poco, tú también ibas cargado de anillos —observé.

—Sí, pero era el único que los llevaba. Ahora que se ha convertido en una moda, ¡ni loco! Siguiendo la tradición romana, ya solo llevo el anillo con el sello.

—No puedes culparlo de seguir la moda… y encima una que has empezado tú —repliqué—. Además, ¡tú también luces adornos que nuestros antepasados no aprobarían!

Publio se encogió de hombros.

—Sí, pero hay que tener buen gusto para llevarlos, no como él. —E inmediatamente después añadió—: Y para colmo, es un engreído.

—Eso no es verdad —lo defendí, mientras nos alejábamos del teatro.

Nos seguía la esclava que intentaba protegerme con la sombrilla y abanicarme a la vez. A pesar de que el sol estaba a punto de ponerse, todavía hacía mucho calor.

Me faltaba la respiración, no sé si por las emociones vividas o por la exasperación que Publio me causaba.

—¡Eres una inútil! —grité a la esclava—. ¡Ni siquiera sabes usar un abanico! ¡Dámelo! —Y, quitándoselo de las manos, empecé a abanicarme enérgicamente.

—No te dejes engañar por las apariencias —prosiguió Publio cuando llegamos a mi litera—. Es tan arrogante y está tan convencido de que es un gran poeta que ni siquiera le gusta que lo llamen por su primer nombre, Cayo, sino que pretende que sus amigos… e incluso sus amantes lo llamen por su apellido: Catulo.

Permanecí impasible, aunque por dentro me encendía. Las maledicencias de Publio me molestaban profundamente, como si no estuviesen dirigidas a Catulo sino a mí.

—No veo nada malo —rebatí al tiempo que hacía señas a los esclavos para que se acercasen y me ayudasen a subir a la litera—. No querrá que lo confundan con los demás Cayo… ¡En Roma es un nombre muy común!

Pero Publio no se dio por vencido; bien al contrario, me sujetó por un brazo para retenerme.

—Hasta en sus poemas se dirige a sí mismo por su apellido. Lo encuentro ridículo —se ensañó.

—¡Suéltame, me haces daño! —Lo golpeé en la mano con el abanico. Y en cuanto me soltó, me armé de paciencia y le expliqué—: ¡No es ridículo, es una manera de firmarlas, para que, incluso dentro de mil años, se sepa quién las escribió!

—¡Y te parece poca soberbia! —exclamó frotándose la mano dolorida—. ¿Crees acaso que dentro de mil años alguien se acordará de esos sosos y superficiales poemuchas?

—¿Desde cuándo te interesa la poesía? —me mofé.

—¿Desde cuándo te interesan los poetas? —dijo burlándose de mí.

—¡Basta ya! —respondí, y lo golpeé otra vez—. ¡Estás celoso!

—¡No estoy celoso! —Publio sujetó mi abanico para que no pudiera volver a hacerle daño.

Durante unos instantes forcejeamos para hacernos con él, como si aquel objeto fuese el motivo de nuestra discusión. Gané yo.

—¡Ni se te ocurra dejarlo entrar en tu lecho! —masculló mi hermano.

No pude contenerme. Cegada por la rabia, le asesté un golpe en la mejilla con la parte metálica del abanico.

—¡En mi lecho entra quien yo quiero!

Brotó una gota de sangre, y después un hilo muy fino le bajó hasta la comisura de los labios. Se lo chupó, riéndose sardónico.

—Te gusta mucho —dijo con malicia.

—¿Y tú qué sabes? En cualquier caso no tienes derecho a hablarme así, no eres mi marido.

—No, no lo soy —susurró, muy triste.

La rabia se me pasó de golpe; no podía soportar verlo así.

—Hermano mío —dije con ternura, apoyando los labios en la herida.

—Claudia —susurró.

—¿Te duele? —pregunté.

—Si la besas, no —respondió.

Le besé la herida.

—¿Ahora estás mejor?

—Sí. —Y después de un breve silencio—: Cuando éramos pequeños me besabas las heridas para sanarlas. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo. —Le acaricié la mejilla—. Pero ahora somos adultos —añadí—. Además, vas a casarte dentro de poco.

—Voy a casarme dentro de poco —admitió suspirando.

A los treinta años y con un tempestuoso pasado político y sentimental, Publio se había decidido por fin a dar el gran paso. A pesar de lo antipática que me resultaba su novia, debía admitir que era la mujer apropiada para él. Descendiente de una familia de antiguo linaje, orgullosa y decidida hasta rayar la crueldad, Fulvia era quizá la única romana —aparte de mí— capaz de domarlo. Aun así, para ser sinceros, todavía no había dado muestras de sus dotes, pues, aunque estaba prometido, Publio tenía media docena de amantes, entre las que se contaba Pompeya, la esposa de César.

Cuando me contaba sus aventuras me reía, como lo hacía él cuando yo le contaba las mías, pero ambos reíamos con amargura.

Nuestra relación era intensa y complicada, con matices que iban mucho más allá del amor fraternal; quizá la manera más sencilla de llamarla sería «amor», sin adjetivos.

Un paso atrás: del 92 a. C. al 82 a. C.

2

No sé si el primer recuerdo que tengo de mi hermano Publio es realmente un recuerdo mío o si se trata de una historia familiar que, a fuerza de repetirla, se ha ganado un lugar en el libro de mi memoria junto con los recuerdos reales de la infancia. En realidad, es curioso que un suceso que se remonta a cuando acababa de cumplir tres años se me haya quedado grabado de una manera tan vívida.

La primera imagen son flores. Ramos, guirnaldas, coronas y cestas habían convertido la casa en un jardín perfumado y exuberante. Como si la vegetación del peristilo se hubiese rebelado contra los parterres, las matas podadas y los senderos adornados con estatuas donde los jardineros la recluían, para estallar en un triunfo de vida salvaje.

Cuentan que al salir de mi habitación, en brazos de mi nodriza, me quedé boquiabierta al verlo, y que incluso me olvidé de ponerme de morros, como era mi costumbre. Llegué a pedir que me dejasen en el suelo —precisamente yo, que me divertía yendo en brazos a todas partes— para pasear entre los pétalos multicolores que lo cubrían. Debido a mi pereza y al séquito de esclavas que teníamos en casa dispuestas a satisfacer todos mis deseos, casi nunca caminaba. Pero ese día anduve ligera sobre la alfombra floral, con los ojos abiertos como platos contemplando la maravillosa metamorfosis que había transformado el austero aspecto del palacio —la morada de mis ilustres antepasados, desde Apio Claudio Ceco— en un lugar alegre y divertido, un milagro de tonalidades y perfumes. De sonidos también, pues de la sala situada al otro lado del peristilo se elevaba un canto celestial, voces masculinas se entrelazaban con otras femeninas entonando un himno en honor del recién nacido, y un murmullo festivo como música de fondo.

Era la fiesta en tu honor, Publio. Cuando entré en la sala fue precisamente a ti a quien vi primero. Arropado con cándidos paños, estabas en brazos de nuestro padre, quien acababa de levantarte del suelo, reconociéndote con ese rito como su hijo legítimo. No parecía ser de tu agrado, porque llorabas desesperadamente con una voz aguda y poderosa que se quedó grabada en lo más profundo de mi corazón. Desde aquel momento la reconocí siempre, incluso transformada por la edad, incluso entre el griterío del Foro.

Creo que esa fue la primera y la última vez que padre te tomó entre sus brazos. Durante toda nuestra infancia y adolescencia lo vimos muy de vez en cuando; si no estaba ocupado con las luchas políticas, se encontraba en alguna campaña militar.

Cuando estuvo exiliado de Italia, por sostener al entonces derrotado Silla, lo vimos solamente durante visitas fugaces, justo el tiempo de volver a preñar a nuestra madre —a la que dio seis hijos, tres varones y tres mujeres— y a alguna esclava —en la casa pululaban los niños con las hermosas facciones de la familia Claudio Pulcro—, y para, si era necesario, reconocer a la prole legítima.

Di algunos pasos por la sala, atraída por ti, minúscula criatura; tu carita redonda y roja de tanto llorar parecía el estigma de una flor enmarcado por una corola de lino blanco. Fue la primera vez que mi corazón sintió ternura. Tuve ganas de coger esa flor, no para romperla y tirarla, como solía hacer con todas las cosas frágiles que caían en mis manos, sino para contemplarla. Nuestro padre debió de intuir mi deseo porque cuando me acerqué se agachó y te puso entre mis brazos, deteniendo con un ademán a nuestra madre, que acudía preocupada. Eras un pajarito sin plumas caído de un nido más allá de las nubes. En cuanto te cogí dejaste de llorar y abriste los ojos. Eran negros, como los míos, con un velo azulado que desaparecería en los días siguientes. No sé si podías verme, o si fue mi fantasía la que imaginó tu expresión seria y confiada, que me encomendaba una tarea solemne, más adecuada para un adulto que para una niña mimada: debía cuidar de ti. Me esforcé en sujetarte bien, a pesar de que tu peso, para mí, era enorme.

Siempre me llevaban en brazos, no estaba acostumbrada a llevar nada ni a nadie. A diferencia de las demás niñas, que enloquecían por las muñecas con las que practicaban su futura maternidad, odiaba aquellos pequeños cadáveres rígidos y me preguntaba por qué los adultos insistían en regalarme semejantes horrores creyendo ofrecerme vete tú a saber qué.

«¡Claudia, da las gracias a tu tío! —insistía mi madre—. ¡Mira qué muñeca tan bonita te ha traído! Tiene los brazos y las piernas articulados… ¡y un ajuar completo!».

En lugar de dar las gracias echaba a correr, después de haber tirado al suelo y pisoteado el desagradable regalo.

Mi familia achacaba ese comportamiento a mi carácter caprichoso. Años después, hablando de mi volubilidad en el amor, mi hermano Apio hizo la siguiente observación: «¡Tratas a los hombres como antes tratabas a las muñecas!».

No es verdad. He roto muchas muñecas, no lo niego, pero nunca he hecho daño a ningún hombre a propósito, excepto para vengarme de un daño recibido. Los rumores que circularon acerca de que envenené a mi marido para ser libre son completamente infundados. ¿Qué motivo tenía para matarlo? Ya era libre antes de que muriese. Más aún, con él vivo, mi condición de mujer casada me protegía de los pretendientes demasiado osados.

Nunca he matado a nadie, y no por falta de ganas —¡todo lo contrario!, cuando Cicerón insultaba a Publio, habría deseado descuartizarlo, como hacía con las

muñecas de pequeña—, sino porque considero el asesinato perjudicial para el asesino, y además sumamente inútil: ¿para qué molestarse y arriesgarse tanto en anticipar lo inevitable? Antes o después, irremediablemente, como se han unido, los átomos que nos forman —y que forman a nuestros enemigos— se desintegrarán. Si los hombres fuesen conscientes de esta realidad no habría guerras, ni homicidios, ni matanzas. Viviríamos serenos y sin miedo el tiempo que se nos concede, sabiendo que cada instante es único, importante e irrepetible.

3

De niña, sin embargo, no lo sabía, y creía en los cuentos absurdos que me contaban las personas que me rodeaban: nodrizas, esclavas y familiares. Precisamente por culpa de sus patrañas odiaba las muñecas, las estatuas y cualquier clase de efigie. Tenía miedo de que cobrasen vida.

Por las noches, la casa se convertía en una pesadilla. Había estatuas por todas partes —por lo general, personajes ilustres de la Roma antigua— que los claroscuros de los candiles animaban proyectando inquietantes sombras en movimiento. Publio y yo, de la mano, atravesábamos aterrorizados las salas con el corazón en un puño. Habríamos querido derribar todos aquellos horribles fantoches que nos miraban fijamente con maldad, con ojos ciegos, evocando el pasado glorioso de la estirpe Claudia —los ancestros legisladores, oradores, constructores de la via Apia y del acueducto Apio—, recordándonos, como un maestro tedioso, obligaciones y tradiciones. Por no hablar de las máscaras funerarias de los antepasados, colgadas en un armario del atrio entre una maraña de ramas que representaban el árbol genealógico. El no estar a la vista, sino al acecho en la oscuridad, las hacía aún más espantosas. Por nada del mundo habría cruzado sola, tras ponerse el sol, aquella sala.

Con todo y con eso, había otra estatua que me daba aún más miedo: representaba a un joven alado de gran belleza inclinado sobre una muchacha desnuda que, con el cuello vuelto hacia atrás, se estiraba hacia él para besarlo. Él le sujetaba la cabeza con una mano y con la otra le apretaba un pecho. Por la posición de las alas se comprendía que estaba a punto de emprender el vuelo.

«Es el dios agridulce, Eros —me dijo mi madre—, el más poderoso de todos».

No me atrevía a preguntarle quién era la muchacha y qué destino le esperaba. ¿El dios la iba a raptar y se la iba a llevar consigo? O bien, después de haberla besado, ¿la abandonaría en la tierra, condenándola a añorarlo para siempre? En ambos casos, pensaba, el destino de ella estaba escrito. Un escalofrío me recorría la espalda cuando imaginaba que, en el silencio de la noche, el joven alado aparecía para raptarme. Y me abrazaba a Publio, que no lograba entender por qué aquella escultura me trastornaba tanto.

A mi hermano, por el contrario, lo aterrorizaban las historias de miedo que las esclavas nos contaban a pesar de que mi madre se lo tenía prohibido. Las más terroríficas eran las que nos relataban aquellas que procedían de las regiones del mar Negro, tierras que, a juzgar por sus cuentos, debían de ser oscuras e inhóspitas. Y no solo porque se extendían áridas, aplastadas por el peso de un cielo inmenso y

plomizo, sino, sobre todo, porque en ellas circulaban historias atroces y truculentas: cadáveres que, hinchando el pecho, recuperaban el habla y anunciaban funestas profecías; magos y hechiceras atareados en la preparación de brebajes inmundos…

Pero no solo las esclavas de las tierras del este alimentaban mis miedos; las del amable Mediterráneo no se quedaban atrás.

—Por las noches, en el cielo vuelan las estirges, pájaros con cabeza de mujer que se cuelan en las habitaciones de los niños que duermen solos y… —Lucana, nuestra nodriza de pechos y muslos rotundos como montañas, se interrumpió.

—¿Y qué? —pregunté asustada.

—No, nada.

—¡Sigue!

—No, no, son cosas que les pasan a los niños pobres, que se quedan solos en casa mientras sus padres salen a buscar alimento. Tus hermanos y tú nunca os quedáis solos, ¡siempre hay alguien que os vigila!

—¡Te he dicho que sigas!

—No, Claudia, es una historia fea. Deja que te cuente una más bonita: voy a contarte la historia de un niño al que llamaban Cola de Pez. ¡Esa sí que es bonita!

—Primero quiero que me cuentes la fea. Después, la bonita.

Lucana obedeció sin hacerse mucho de rogar. Le encantaba contar historias truculentas.

—Las estirges se llaman así porque no paran de gritar con sus picos puntiagudos…

—¿Picos? ¿No acabas de decirme que son pájaros con cara de mujer? —le pregunté.

—Ah sí, es verdad, tienen cara de mujer, pero… —se embarulló. Las historias de Lucana no brillaban por su coherencia.

—¿Pero…? —preguntó Publio con su boquita rosada y los ojos chispeantes y muy abiertos.

—Pero… ¡es que son mujeres con pico! —dijo de golpe Lucana, orgullosa por haber sabido disimular la contradicción.

—¡Qué feísimas! —intervino nuestro hermano Cayo—. ¡Esta fábula no me gusta! ¡Cuéntanos la bonita!

Sin hacerle caso, Lucana continuó la historia. Tenía casi más ganas de contarla que nosotros de oírla.

—Las estirges vuelan y chillan, vuelan y chillan… Tienen un olfato muy fino y huelen cosas que nadie más huele, incluso los olores más sutiles. Siempre saben dónde hay un niño pequeño; aunque estén en la parte más frondosa del bosque, distinguen el olor a leche. Escondidas entre los árboles, esperan a que caiga la noche atusándose las alas y afilándose los picos. Y cuando todo el mundo duerme ya…

—Yo no creo en las estirges —la interrumpí al ver que Publio palidecía y temblaba—. ¡Jamás he visto una! Son solo patrañas.

—¡No son patrañas! —me respondió molesta Lucana—. Tú no las has visto nunca porque eres una niña rica y tienes un ejército de esclavos que te protege. Pero los niños pobres… ¡claro que las ven! Porque entran en su casa, se lanzan en picado sobre la cuna y con el pico arrancan las tiernas carnes a los recién nacidos y…

—¿Eh? —gritamos los tres al unísono.

—Y los raptan para acabar de comérselos en sus nidos, rebosantes de huesos y de carne podrida.

—¡No! ¡No! ¡No! —gritó Publio, rompiendo en sollozos.

—Ya os lo había dicho: era mejor la historia bonita —dijo mi hermano Cayo, blanco como un muerto.

Incluso yo me había quedado sin palabras. Abracé a Publio mientras iba pensando en cómo castigar a la malvada Lucana, que había osado aterrorizarlo.

No tuve que esforzarme mucho porque al oír los gritos de mi hermano acudió mi madre y se ocupó de reprenderla.

—¿Cuántas veces te he dicho que no asustes a los niños? —la riñó.

—Claudia ha insistido y… —intentó justificarse la esclava.

—¡No te atrevas a replicar!

—Señora, yo…

—¡Cállate, u ordenaré que te azoten!

Lucana bajó la cabeza con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Que la azoten! ¡Que la azoten! —repetí.

—¡Cállate tú también! —dijo mi madre.

A pesar de ser tan inflexible con quien nos contaba semejantes patrañas, mamá también era una víctima de la superstición. No obstante, eso no le impedía ser una mujer realista y dotada de un sólido sentido práctico, capaz de sacar adelante ella sola una familia compuesta por seis hijos y diez mil esclavos —entre la casa de la ciudad, las villas de la costa y las fincas del campo—. Su juicioso hijo mayor, Apio, era demasiado pequeño para ayudarla. Su marido estaba siempre ausente, y en los pocos momentos en que estaba presente, su mente se hallaba en el Foro, combatiendo contra sus adversarios, o en alguna región remota, masacrando a bárbaros, como hacían, por otra parte, todos los hombres que tenían a su alcance los medios necesarios para emprender la carrera política.

Es como una enfermedad, una infección contagiosa. En Roma, nadie logra permanecer al margen de la política, de la *res publica*, como aquí la llaman, la «cosa pública». Como si la política, más que una actividad, fuese una *cosa* a la que todos quieren echar mano. Por esa *cosa* tan codiciada se enfrentan, se enemistan, se matan… sin tener en cuenta que durante la pelea, la *cosa* puede acabar haciéndose

añicos.

Y la República estaba realmente hecha trizas: guerras civiles, exilios, rebeliones… Transformada en pocos siglos de aldea situada en un punto estratégico, la encrucijada entre Etruria y la Magna Grecia, a potencia mundial, Roma crujía bajo el peso de su propia mole. La organización de la República era adecuada para un estado pequeño, y no para la miríada de tierras y pueblos que los ejércitos y la diplomacia se habían encargado de añadirle. Y tampoco para las masas de desheredados que, procedentes de los confines más remotos, llegaban incesantemente a la Urbe dispuestos a dar el brazo, y la vida, al demagogo que más les prometía. Antes o después, la República iba a desmoronarse y sería reemplazada por algo nuevo que la mayor parte de la gente no lograba ni siquiera imaginar.

Yo, sin embargo, me había formado una idea: imaginaba a mi hermano Publio que, ya adulto, tomaba el timón del Estado y lo conducía hacia nuevos horizontes. Conmigo a su lado.

Pero de momento, el timón de nuestras vidas lo conducía mi madre. Navegar manteniendo a salvo la familia de los golpes de mar que aquellos tiempos propinaban era una hazaña heroica, y justificaba en parte su ingenua confianza en la magia.

La superstición más enraizada en mi madre concernía a la bula, el amuleto de oro que los niños teníamos que llevar colgado del cuello y que no podíamos quitarnos, bajo ningún concepto, hasta la mayoría de edad, que para las chicas coincidía con el matrimonio —entre los doce y los catorce años—, y para los chicos con la toma de la toga viril, a los diecisiete.

«¡No debéis quitaros la bula jamás! —nos advertía mamá—. ¡La bula os protege de las enfermedades, de los maleficios, del mal de ojo e incluso de la muerte!».

Si no hubiese sido porque de niña yo también era víctima de la superstición, habría hecho todo lo posible para perder la dichosa bula. La odiaba.

Estaba compuesta por dos placas semiesféricas, ligeramente convexas, que se cerraban formando un medallón en cuyo interior se podían guardar amuletos o fórmulas mágicas que protegían del mal.

Me molestaba mucho porque era grande, llamativa y vulgar. Era muy voluminosa y no solo impedía llevar otras joyas o adornos más elegantes, sino que revelaba, a primera vista, la pertenencia al mundo infantil. Por más que intentase esconderla bajo la túnica, reaparecía al menor movimiento. Y si tenía la suerte de que no saliera, mi madre volvía a ponérmela visible, por encima de la ropa, tan pronto como se daba cuenta de que la había escondido.

De noche, sin embargo, ya no quería librarme de ella. Sobre todo si me despertaba de una pesadilla y la oscuridad era tan intensa que no sabía si estaba en mi cama o en un

lugar extraño, plagado de gritos y ruidos amenazadores. Tengo que admitir que entonces echaba mano de la bula y la apretaba con fuerza murmurando conjuros.

Pero a veces la bula no era suficiente. Entonces me armaba de valor y sigilosamente, con cuidado para no despertar a la esclava que dormía a los pies de mi cama, me escabullía de la habitación. Temblando de miedo y de frío iba a buscarte, Publio. Entonces intercambiábamos nuestros papeles: tú eras el papá y yo la niña. Medio dormido, abrías los brazos para acoger a tu pequeña Claudia. Y yo volvía a dormirme casi de inmediato, calentándome los pies helados al calor de tu cama.

4

«Claudia, ¿duermes?», susurró Publio una noche. Yo debía de tener unos nueve o diez años. Seguía yendo a su cama, a pesar de que mi madre me lo había prohibido.

«¡Te prometerás muy pronto! —sentenció mi madre—. Eres mayor y tienes que comportarte como tal. ¡Ya es hora de que dejes atrás los miedos infantiles!».

Desde hacía algún tiempo estaba muy atareada buscándome marido: hablaba de matrimonio con las casamenteras, se veía con las matronas de otras familias importantes…

«¡A tu edad yo ya estaba casada! —me reprochaba cuando me encontraba abrazada a Publio—. ¡No está bien que te metas en la cama de tu hermano!».

Pero, ya entonces, no me preocupaba por lo que «estaba bien» o no. Me importaba solo lo que para mí estaba bien.

Además, casarme era lo último que me preocupaba: faltaban al menos dos años para la boda. ¡Un plazo de tiempo muy largo que no llegaba ni siquiera a concebir! Así pues, seguía adelante con mis costumbres, sin pensar en absoluto en el futuro.

—No —susurré, respondiendo al bisbiseo de mi hermano.

Permanecimos en silencio, a la escucha de los ruidos que nos habían despertado. Un murmullo triste. Plegarias, sollozos, chirridos de puertas.

—¿Crees que son las… estirges? —Tembló antes de pronunciar su nombre.

—Claro que no, ¡no existen las… estirges! —A decir verdad, a mí tampoco me gustaba pronunciar esa palabra—. Será, será… ¡el viento!

No podía haberle ofrecido una explicación menos convincente. En nuestra casa, que daba al peristilo y no tenía ventanas al exterior, el viento no entraba nunca.

Publio se apretó contra mí sin decir nada; sabía que mentía para tranquilizarlo.

—Si fuesen las… estirges, ¿qué hacemos? —preguntó.

—No lo sé, Publio. Yo espero con todas mis fuerzas que no sean ellas. Y que ni siquiera existan.

—Pues yo creo que sí existen. Y también que hay un modo de derrotarlas.

—Dime.

—Las estirges son seres mágicos, ¿no?

—Pues sí.

—Entonces, como todos los seres mágicos, no tienen piedrecillas.

—¿Piedrecillas? ¿Qué piedrecillas?

—¡Las que usamos para contar! Los seres mágicos no saben contar.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—Porque cuando se pronuncian los conjuros hay que repetir las fórmulas muchas veces, hasta que se pierde la cuenta. Así los seres mágicos se desorientan y se marchan.

—¡Es verdad! Pero… ¿qué resolvemos con eso? ¿Quieres que nos pongamos a repetir fórmulas aburridísimas? ¿La que nos ha enseñado mamá para ahuyentar las enfermedades: *Cuma cucuma ucuma cuma uma maa*? ¿O la de Lucana, que protege contra todo: *Crissi crasi cancrasi*? ¡Si la repito varias veces me dormiré y no oiré a las estirges cuando lleguen!

—No, contra las estirges las fórmulas mágicas no son suficientes. ¡Nuestros nombres nos protegerán!

—¿Nuestros nombres?

—¡Claro!

—Pues no lo entiendo.

—Yo tengo tres nombres, ¿verdad?

—Como todos los varones.

—Y tú dos, ¿no es así?

—Pero ¿por qué me preguntas lo que sabes de sobra? Las mujeres solo tienen dos nombres. ¡Y los esclavos ya es mucho si tienen uno! Y estoy segura de que en Roma hay un montón de gente que ni eso. Todos esos miserables que viven por las calles…

—Pues bien, las estirges se los llevarán a ellos.

—¿Por qué?

—¡Porque no saben contar y los nombres las aturden! Con tres nombres no saben a quién acudir.

—Entonces yo seré su presa: solo tengo dos nombres.

—Vas a tener tres.

—Pero ¿qué dices? ¿Por qué?

—Porque voy a regalarte uno de mis nombres. No me parece justo que yo me salve y tú no.

—¡No se puede!

—¿Cuál quieres de los tres? —prosiguió, sin hacerme ni caso—. ¿Publio? ¿Claudio? ¿Pulcro?

—Pero ¿no te das cuenta? Si me regalas uno de tus nombres, a ti te quedan solo dos. No quiero que las estirges se te lleven.

—Bueno, pues vamos a compartir uno de los tres. ¿Cuál eliges?

—Elijo… Publio.

—¡Lo compartiremos! —exclamó, feliz. Pero su entusiasmo desapareció enseguida cuando se dio cuenta de que no era tan fácil—. Ya, pero… ¿cómo nos lo repartimos?

Reflexionamos en silencio durante un rato. Estábamos tan absortos que no nos

dimos cuenta de que los ruidos se oían cada vez más cerca.

Por fin tuve una idea.

—¿Te acuerdas de las letras de marfil que usaba el maestro Telesino para enseñarnos a escribir?

—¡Sí! ¡Qué buen maestro era Telesino! ¡Nos dejaba jugar!

—¡Y nos enseñaba jugando!

—No como Pomponio, con su fusta…

Al acordarnos nos dieron escalofríos a los dos.

Despertándose de los recuerdos, Publio me preguntó:

—¿Qué tienen que ver las letras de marfil?

—¡Tienen mucho que ver! Tu nombre, como todas las palabras, es una secuencia de letras de marfil que se pueden combinar de muchas maneras… Las palabras cambian, las letras son las mismas.

—No entiendo nada.

—Publio está compuesto por seis letras: P-U-B-L-I-O. Podemos descomponerlo y volverlo a componer tal como está, «Publio», o bien formar otra palabra como «Pilobu».

Olvidándose por un instante de las estirges, Publio se echó a reír.

—¡Chis! —lo mandé callar.

—Te lo ruego, ¡sigue! —susurró.

—También podemos volver a componerlo formando dos palabras: por ejemplo «Pub» y «Lio», o bien «Bup» y «Oli», o «Pol» y «Uib»…

—O «Bui» y «Plo» —dijo, divertido.

—¡Podríamos seguir sin parar! —observé.

—No quiero seguir sin parar —decidió—. Quiero ser «Bui». ¡Así me transformaré en un buitre y las estirges me tendrán miedo!

—Pues entonces, yo seré «Plo». Es un nombre bonito: corto y resuelto. Estos serán nuestros nombres secretos contra las estirges —dije.

—¡No se los revelaremos nunca nadie! ¡Aunque nos vaya la vida en ello!

Al golpe seco que oímos inmediatamente después, Publio reaccionó dando un brinco, lo cual me hizo dudar de su valor.

Yo también estaba aterrorizada. En lugar de acallarse, los ruidos eran cada vez más fuertes. Más cercanos. En silencio, apretábamos la bula con una mano mientras nos dábamos la otra con fuerza.

Era inútil engañarse: los ruidos se acercaban en nuestra dirección. Y muy pronto nos alcanzarían.

—¡Ven! —lo exhorté levantándome de golpe de la cama—. ¡Tenemos que escondernos!

La sospecha de que algo terrible estaba a punto de suceder se convirtió en una certeza cuando vimos que el catre donde habitualmente dormía Lucana, colocado en un rincón de la habitación, estaba vacío.

Nos deslizamos pegados a la pared, descalzos y sin pronunciar palabra, intentando inútilmente encontrar un escondrijo. La única posibilidad era salir antes de que llegasen las estirges.

—¡Deprisa —dije en voz baja—, al peristilo!

Los dormitorios daban al pórtico que rodeaba el jardín interior, donde había muchos lugares para ocultarnos. Pensaba que, si teníamos suerte, podíamos llegar a la habitación de nuestra madre. Estaba tajantemente prohibido, pero, dadas las circunstancias, prefería el castigo por haberla molestado al suplicio de caer en poder de las estirges. En el peor de los casos, podíamos escondernos detrás de una estatua, debajo de una mesa, en una mata… Y si las cosas se ponían muy mal, nos tiraríamos al estanque de los peces; ¡mejor ahogarse que ser capturados por ellas!

Pero era demasiado tarde. Cuando entreabrimos la puerta para escabullirnos afuera, nos las encontramos delante: altas, negras, entonando salmos, una procesión de monstruos arrebujados en velos tupidos que escondían sus cuerpos alados y sus rostros deformes.

En el silencio de la habitación, pude oír con claridad un rumor de gotas cayendo mientras un líquido caliente me mojaba los pies y se expandía por el suelo. Publio se había orinado encima.

—¡No te cogerán! —le prometí, protegiéndolo con mi cuerpo—. ¡Tendrán que pasar por encima de mi cadáver!

Afortunadamente no hizo falta, el cortejo prosiguió su camino sin fijarse en nosotros.

Aliviada, me atreví a asomarme para mirar. Bajo los velos, logré vislumbrar caras: caras de mujeres sin pico. ¡Y las reconocí! ¡Eran mis esclavas! ¡Y también estaba Lucana! Pero no había solo esclavas. La mujer más elegante y majestuosa, ¡era mi madre!

Por un instante tuve la impresión de que el mundo se había vuelto loco. ¡Las personas en las que más confiábamos se habían convertido en fieras!

Luego vi algo que me hizo comprender lo tonta que había sido. Una joven que lloraba a lágrima viva llevaba en brazos un cuerpo muy pequeño, completamente envuelto en vendas blancas que le cubrían incluso el rostro: el cadáver de un recién nacido. Lo que desfilaba ante nuestros ojos no era un cortejo de estirges, sino un funeral. Como todos los funerales de niños, con más razón si eran esclavos, se celebraba furtivamente, en la oscuridad, sin la ceremonia solemne que acompaña a los muertos ilustres a su última morada. La despedida de este mundo de quien no había dejado huella en él no precisaba ni ritos ni pompa.

Recordando los ruidos que habían alimentado nuestros miedos durante tantas noches, comprendí que aquel no era el primer funeral secreto, ni sería el último: ¡los niños morían con frecuencia, y fácilmente! Quizá, durante un tiempo después de nacer —pero ¿cuánto? ¿Días? ¿Meses? ¿Años? ¿Publio y yo ya lo habíamos dejado atrás?— era como vivir en tierra de nadie, en un páramo en vilo entre la vida y la

muerte. ¿Quién o qué decidía si arrojarnos a las tinieblas o permitir que recorriésemos el camino en la tierra de la luz? ¿Los dioses?

En aquel momento de lucidez, que quizá marcó mi paso a la edad adulta mucho más que, dos años después, el matrimonio, comprendí la preocupación y el coraje de nuestra madre, que había logrado, con sus bulas y sus remedios empíricos —ajo machacado con miel contra la tos; ungüentos de laserpicio contra todos los males, excepto para el dolor de muelas; infusión de violetas para la conjuntivitis; asfódelo para facilitar la cicatrización… y por último, besos a montones para las demás enfermedades— que sus hijos atravesasen sanos y salvos la tierra de nadie. Los seis, casi un milagro.

Intuí que las horas y el sueño reparador que había sacrificado para asistir al funeral de un esclavo recién nacido —sacrificio que habría podido ahorrarse dada la absoluta irrelevancia de su muerte— no eran solo una demostración de solidaridad femenina sino un tributo ofrecido al reino de Hades a cambio de nuestra salvación.

Pensando en la vida de mi madre, entregada por completo a la familia, oprimida por las preocupaciones y consagrada a nuestro cuidado, me prometí que la mía no sería jamás como la suya.

Permanecimos un buen rato embobados, indiferentes al frío, mirando el peristilo desierto.

—Claudia, yo no me quiero morir —dijo Publio.

—¡Tú no morirás nunca, hermano mío! —lo tranquilicé.

—¿Por qué? —preguntó.

—¡Porque no lo permitiré! —respondí, y le apreté la mano con más fuerza.

—Pero Lucana dice que todos morimos antes o después —replicó.

—Lucana dice un montón de tonterías —afirmé, intentando dotar a mi voz de una seguridad mayor que la que realmente tenía.

—¿Y si no fuese una tontería? ¿Y si, por error, me… muriese? —objetó, con los ojos muy abiertos a causa del miedo.

—Pues vendré yo y…

—¿Y?

—¡Mataré a la muerte!

—¿Lo prometes solemnemente?

—¡Lo prometo muy solemnemente!

Hecho el juramento, su cara volvió a iluminarse con una sonrisa.

Regresamos a la cama y permanecimos abrazados durante mucho rato, reconfortándonos con el calor de nuestros cuerpos. Después cometimos el primer acto de rebeldía de una vida que iba a estar marcada por la transgresión de la llamada «moral»: nos cambiamos las bulas. Yo me colgué la suya, que contenía talismanes de varón, y él la mía, rebosante de amuletos femeninos.

¡Quién sabe si eso influyó en nuestro carácter! ¿Tuvo la culpa mi bula de que Publio escandalizase a los biempensantes de la capital con sus travestismos femeninos? ¿Y la suya de que me gusten la filosofía y la astronomía —prerrogativa tradicionalmente masculina—, y de que seduzca y abandone a mis amantes con indiferencia viril?

Quién sabe. Lo que sé es que a partir de ese momento llevar puesta la bula me hizo feliz: era como llevar sobre el corazón una parte de ti, Publio.

5

Por eso, dos años después, en vísperas de mi boda, obligada a ofrecerla al altar de los lares familiares, sentí tanta pena y tanta rabia. Fue solo una de las muchas ceremonias a las que tuve que someterme antes de casarme con un hombre ocho años mayor que yo y con la piel destrozada por el acné, Quinto Cecilio Metelo Céler. Mi insigne marido contaba nada menos que con cuatro nombres, si bien el cuarto no era muy honorable: se lo pusieron gracias a la rapidez con la que liquidó el funeral de su padre. Sin embargo, estoy segura de que no los necesitaba: ¡era tan feo que ni siquiera las estirges lo habrían perseguido!

Cuando mi madre me lo presentó: «He aquí tu futuro marido», me dieron ganas de reír. No me hacía a la idea de casarme, pero la de casarme con aquel desconocido era todavía más extraña.

—¿Sabes lo que parece? —dijo Publio después, cuando ya estaba en mi cama, pues desde que la boda había sido anunciada dormíamos juntos cada noche—. ¡Un pulpo!

Nos echamos a reír; no podíamos parar. La comparación era muy acertada: Quinto tenía la cabeza, en la que ya se apreciaban señales de calvicie, redonda, los brazos largos y vigorosos, y pústulas parecidas a ventosas por todas partes.

—¡Un pulpo! —repetíamos muriéndonos de risa.

Callé de golpe.

Publio siguió bromeando un rato más, sin darse cuenta de mi cambio de actitud. Luego, reprimiendo la risita que lo sacudía, preguntó:

—¿Qué pasa?

No respondí.

—¿Qué pasa? —repitió.

Le respondí con frialdad:

—Yo tengo que casarme con ese pulpo.

Creyendo que aún estaba bromeando, se burló:

—Pero ¿puede casarse una con un pulpo? ¿Y dónde vais a vivir, en una roca? ¡Ja, ja! —De repente dejó de reírse. Se había dado cuenta de por qué mi humor había cambiado.

Me abrazó con fuerza, pero yo permanecí inmóvil, plena y desesperadamente consciente de lo que me esperaba.

Sabía algo de lo que ocurría en el tálamo nupcial. Lo había visto de pasada en las pinturas que adornaban la alcoba de mis padres. Lo había observado en los frescos de las termas. En los vestuarios, encima de los armarios para guardar la ropa, había un número y la representación de una escena erótica. A medida que los números

aumentaban, también aumentaban los personajes y la complejidad de sus proezas, sin duda un recurso para ayudar a los visitantes a recordar dónde habían dejado sus cosas. En el primer panel, un fauno jugaba con su enorme erección, merodeando por el bosque a la búsqueda de ninfas; en el segundo, una mujer de piel blanca estaba sentada a horcajadas sobre un hombre de color que, boca arriba, observaba cómo su sexo penetraba en la vagina abierta de ella; en el tercero, un gigante, de pie, poseía a una mujer a cuatro patas encima de una cama, apoyada en los codos y con el rostro hundido en un cojín, mientras un enano, que quizá esperaba su turno, alargaba la mano para tocarle el pecho; en el cuarto, una mujer de rodillas, con la cabeza hundida entre los muslos abiertos de un joven echado ante ella, ofrecía las nalgas a otro que la poseía por detrás y que a su vez era penetrado por un sátiro peludo; en el quinto… Nunca lograba acabar de ver las escenas porque Lucana me sacaba de allí refunfuñando: «¡No mires! ¡Qué espectáculo tan feo!».

Y, a despecho de sus palabras, se daba la vuelta y seguía mirando.

Las escenas me provocaban un extraño hormigueo en el vientre, agradable y molesto a la vez. Era una sensación parecida a la que tenía cuando, saltando de un árbol, me daba cuenta de que había calculado mal la distancia y un espasmo me atenazaba las vísceras mientras caía al vacío.

A veces, mientras en clase repetíamos en coro, durante horas y horas, las retahílas que nos enseñaba el maestro, mi mente volaba lejos, a los vestuarios de las termas. Aquellas figuras entrelazadas en posturas desconcertantes se sobreponían a la visión familiar de los bancos de clase. En mis labios la letanía se transformaba en balbuceo; me retorcía en la silla presa de la inquietud.

«¡Claudia, presta atención!», gritaba el maestro acompañando la llamada al orden con un restallido de su inseparable fusta. El latigazo me devolvía a la realidad. Volvía a recitar con ímpetu, ahogando la excitación secreta, casi agradeciéndole que hubiese roto el encantamiento.

A veces, las pinturas acudían a mi cabeza en el duermevela, cuando notaba la turgencia de Publio, el cual, apretándose a mí, gemía preso de quién sabe qué sueños.

Esas sensaciones desencadenaban fuerzas misteriosas más potentes que la razón. Si hubiese creído en los dioses, las habría identificado con el dios Eros, el más despiadado e indomable habitante del Olimpo. Pero, ya entonces, sabía que las divinidades no son más que nombres con los que intentamos convertir en humano lo inhumano, en comprensible lo incomprensible.

Como incomprensible era para mí el motivo por el cual, en virtud de un contrato estipulado por mi familia, se me iba a obligar a interpretar, con un desconocido, escenas parecidas a las de la alcoba de mis padres o los vestuarios de las termas. ¿Por qué lo que hasta entonces había sido un «espectáculo feo» se convertía ahora en un deber? Solo de pensar en Quinto y yo en una de las posiciones de los frescos, todo mi

ser se sublevaba en un «no» rotundo. Desaparecidos hormigueos y encantamientos, solo quería escapar.

O bien, si no había otra salida, lo mataría. Entendí por fin el mito de las Danaides, las cincuenta hijas del rey Dánao que durante la noche de bodas degollaron a sus maridos. Seguiría su ejemplo.

—¡Lo mataré yo! —prometió Publio cuando lo puse al corriente de mi intención.

—¿Y cómo vas a entrar en casa de los Metelo? —objeté.

—Bueno, creo que entraré… Entraré… —dijo, dubitativo.

—¿Cómo? —insistí.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá algo. —Trató de tranquilizarme.

Pero confiando poco en los planes de Publio, decidí actuar por mi cuenta. Para alegría de mi madre, que iba por ahí diciendo a todo el mundo: «Por fin Claudia se comporta como una mujer», empecé a merodear por la cocina. Fingiendo interés por la gastronomía, hacía preguntas, aprendía a utilizar utensilios, probaba guisos. La verdad es que buscaba un cuchillo adecuado para matar a mi prometido. Cuando lo encontré, me lo escondí en la túnica y me fui. Tan rápido como había surgido, mi interés por el arte culinario desapareció. Y con él, el trinchante. Nadie notó la extraña coincidencia.

6

El tiempo transcurrió deprisa. En un abrir y cerrar de ojos llegó la víspera de mi boda.

Fue un día muy pesado. Dirigida por la casamentera, una matrona encargada de supervisar los preparativos de la ceremonia, tuve que consagrar mis juguetes al altar de los antepasados. Bueno, más bien lo que quedaba de ellos, ya que, por despecho, la noche anterior los había roto todos.

Tras una serie de ritos aburridísimos, llegó el momento de vestir a la novia, que, en virtud de una inexplicable y cruel tradición, tiene lugar la noche antes de la boda y obliga a la mujer a dormir con el traje y el tocado nupcial.

—¡Ten cuidado, no la arrugues! —me amonestó la casamentera después de haberme puesto una túnica blanca que me iba grande.

—No es de mi talla —objeté.

—No te preocupes —me tranquilizó—. Ahora la aprieto con este cinturón, ¿ves? —Me mostró una banda de tela blanca—. Lo ataré con un nudo mágico.

—¿Un nudo mágico? —me sorprendí.

—Es el nudo de Hércules —explicó, visiblemente orgullosa de que, tras haber pasado el día protestando, bostezando y despreciando todas las ceremonias, por fin demostrase interés por algo—. Un nudo tan prieto —añadió, y subrayó sus palabras apretándolo hasta cortarme la respiración— que solo tu marido podrá deshacerlo.

—Ya veremos —dije entre dientes.

—¿Cómo? —preguntó. No solo era vieja, sino también sorda.

—Nada —repliqué, aclarándome la voz.

Después empezó a peinarme. Acostumbrada como estaba a la delicadeza de Lucana, no hacía más que escurrirme y quejarme de sus rudas maneras. Al sentir que me pinchaba con algo duro y puntiagudo me puse de pie, dispuesta a saltarle encima, gritando:

—¡Basta! —La vieja blandía una espada—. Pero ¿qué haces? ¿Quieres matarme?

Se echó a reír.

—Querida niña, ¡cuánto te queda por aprender! Es una tradición de nuestros antepasados —me explicó—. Si hubieras prestado atención, en lugar de distraerte riendo con tu hermano, sabrías que las novias no se peinan con un peine sino con la punta de una espada.

—¡Qué disparate! —me quejé al tiempo que volvía a sentarme, de mala gana.

—¡Simboliza la sumisión a nuestros maridos, nobles guerreros de Roma!

Reprimí la contestación que me vino a los labios.

Así que me sometieron también a esa tortura, cuyo resultado final fue un ridículo peinado de trenzas entrelazadas con bandas blancas cubiertas con un velo naranja.

—Ten mucho cuidado: por ningún motivo te quites el velo antes de mañana —me advirtió.

Fue lo primero que hice, en cuanto me fui a la cama.

Lo segundo fue escaparme de mi habitación, apenas la casamentera, que estaba de guardia junto a la puerta, empezó a roncar. Y entré en la de Publio.

7

Mi hermano dormía, tranquilo y despreocupado como si nuestro mundo no estuviese a punto de desplomarse. Ofendida por la indiferencia que mostraba ante mi tragedia, hundí una mano en sus cabellos con la intención de despertarlo a tirones… pero, en cuanto los tuve entre los dedos, algo me lo impidió. En todos esos años nunca me había dado cuenta, pesar de que los había tocado, peinado y acariciado muchas veces, de lo suaves que eran. Aun siendo un poco rizados, eran finos y sedosos como los de un niño. Y de niño tenía la cara, todavía redonda y lisa, apenas sombreada por la pelusa del labio superior, y la boca, carnosa y algo húmeda de saliva.

Pero su cuerpo ya no era el de un niño. En sueños se había destapado el pecho de formas perfectas, si bien aún prematuras, modeladas por los ejercicios en el Campo de Marte. Publio estaba en la plenitud de la metamorfosis que de niño lo convertía en joven, y más tarde en adulto. Este pensamiento me arrancó un gemido. Tuve la impresión de ver a mi hermano por primera vez. Y por última. Aparté la sábana un poco más y dejé al descubierto su vientre plano, su pubis, sus piernas musculosas. Era muy hermoso.

Mi llanto, o el aire frío quizá, lo despertó. Abrió los ojos. Al verme le brotó una sonrisa en los labios que le iluminó el rostro.

—Plo —murmuró.

—Bui.

—Hoy también has venido.

—Me he escapado para estar contigo.

—¡No me esperaba tanto! Ven, te hago sitio. Durmamos juntos —propuso.

—Esta noche no quiero dormir.

Me miró sorprendido.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó.

—Quiero que hagas algo por mí, hermano.

—¿Qué? —preguntó con curiosidad. Ni se le pasaban por la cabeza mis intenciones, creía que me estaba inventando uno de nuestros juegos.

—Bueno, más bien son dos —me corregí.

—Sabes muy bien que haré todo lo que quieras —dijo solemne, y se llevó una mano al corazón.

—Quiero que deshagas el nudo de Hércules. —Señalé la maraña que me apretaba la cintura.

—¡Claro! —respondió, poniéndose inmediatamente manos a la obra para deshacerlo. Se detuvo de golpe—: ¿Lo segundo?

—Quiero que me quites la virginidad. Antes que ofrecérsela al pulpo, quiero

dártela a ti.

El nudo de Hércules se le cayó de las manos.

Hubo un largo silencio.

El deseo, el terror y la duda se alternaron en sus ojos.

Me levanté la túnica nupcial hasta la cintura.

Inspiró muy hondo, con los ojos clavados en mi desnudez.

Aparentando desenvoltura, le dije: «Ahora», y me senté a horcajadas encima de él.

Publio y yo nos habíamos visto desnudos muchas veces. Conocíamos cada detalle de nuestros cuerpos. Nos habíamos tocado, comparado. Pero nuestros gestos, si bien cargados de malicia, nunca habían ido más allá de un juego. Como respetando un pacto implícito, jamás habíamos sobrepasado el límite. Siempre habíamos permanecido en un territorio infantil.

Ahora, de golpe, estábamos suspendidos en un espacio desconocido, tentador y temido a la vez.

Sobrepasar los límites, sin embargo, no era tan fácil. Aunque aparentaba descaro, era torpe e insegura. Y también ignorante: ¿qué pasaba después de que el hombre entrase en la mujer, como había visto en las posiciones que ilustraban los frescos? Las figuras de las pinturas eran estáticas, y tenían los ojos y los sexos muy abiertos. Me di cuenta de que, obcecada en mirar lo prohibido, nunca me había parado a pensar en qué consistía exactamente. Siempre consideré que lo importante era imitar una de las posiciones que se representaban, lo demás vendría por sí solo.

Sin embargo, para nosotros no fue así.

Mi hermano, que mientras dormía lucía erecciones dignas de todo respeto, despierto resultó ser poco potente, inestable y, de hecho, incapaz de profanarme.

—¡Ayúdame, Plo! —sollozaba.

Pero yo no solo no tenía ni idea de cómo ayudarlo, sino que empezaba a exasperarme su ineptitud. Más nerviosa que excitada, no comprendía que así solo lograba ponérselo más difícil, y que solo un hombre experto, y no un chiquillo de once años, habría conseguido poseerme.

Al final, extenuados, desistimos. Nos sentíamos humillados y tontos. La rebelión contra el mundo de los adultos había fracasado. Como siempre y para siempre, los mayores habían triunfado.

Mientras nos adormecíamos, melancólicos, una idea me sobresaltó: «Quítame el nudo de Hércules, por lo menos», le ordené.

Estuvo mucho rato intentándolo. Pero tampoco pudo.

8

Así pues, el nudo y yo nos presentamos intactos, la noche después, ante el hombre de largos brazos y muchos nombres.

El día de la boda también había estado marcado por ritos interminables, pero a diferencia del anterior, me alegraba de retrasar la llegada de la noche. Sin embargo, llegó. Tras el sacrificio de una novilla al despuntar el alba y la firma del contrato matrimonial, celebramos el banquete de bodas en la casa de mis padres. Al vino especiado lo siguieron los platos, a los brindis y los discursos, las alusiones a la noche que se avecinaba. Yo no le quitaba los ojos de encima a la puesta del sol, que ese día de finales de primavera era espléndida, para conseguir que no acabara. Estaba convencida de que si miraba el sol fijamente, lograría detener su curso.

Lo que logré, sin embargo, fue ver manchas negras y destellos de luz. Y que me doliesen los ojos.

Cuando aparecieron las primeras sombras del crepúsculo vespertino y el cortejo que iba a acompañarme a mi nueva casa se puso en marcha, respiraba con dificultad y estaba medio ciega. No sé si a causa del sol o de las lágrimas.

Avanzaba en cabeza de la procesión con el rostro cubierto por un velo flamante y con el huso y la rueca, utensilios prácticamente desconocidos para mí que simbolizaban mis nuevas atribuciones de matrona, entre las manos. Oculto bajo la túnica también llevaba el cuchillo. En el último momento había logrado sacarlo del escondrijo donde lo había guardado. Aquel instrumento puntiagudo y cortante era mi última esperanza. ¿Tendría valor para usarlo? El odio que sentía me decía que sí.

A la luz de las antorchas, con los himnos que invocaban al dios Himeneo de fondo, llegamos a la morada de los Metelo. Ya desde lejos se vislumbraban las cintas que adornaban la entrada, lustrada con el óleo para celebrar el último rito: el paso del umbral. Para que no lo pisase —señal de mal agüero—, un amigo del novio me tomó en brazos y me depositó ante el *lectus genialis*, el tálamo nupcial, dispuesto en el centro del vestíbulo. Allí me estaba esperando mi marido. Se levantó, me quitó el velo que me cubría el rostro y lo tiró al suelo.

—Bienvenida —dijo haciendo una mueca que interpreté como una sonrisa maliciosa.

Los presentes aplaudieron. Luego, entre carcajadas y comentarios mordaces, abandonaron la sala. Cerraron la puerta. Sus cánticos se hicieron cada vez más débiles, hasta que la noche los engulló.

Nos quedamos solos, de pie al lado de la cama, sumergidos en un silencio amenazador.

Pero incluso así, habría deseado que durase para siempre. Con tal de no tener que

enfrentarme a lo que se me venía encima habría preferido convertirme en una estatua.

Quinto rompió aquel instante suspendido.

—Ahora eres mi esposa.

—Sí —respondí con un hilo de voz.

—No me puedes rehuir.

Lo miré sin decir nada. Tenía los ojos como tizones ardientes.

—Pero antes… —Quinto miró a su alrededor como si buscase algo.

Tragué saliva; tenía la boca seca, el corazón desbocado. Me dije: «O ahora o nunca», y desenvainé el cuchillo.

Entrenado por años de batallas, Quinto advirtió el peligro antes de verlo. Con una mano me asió la muñeca, dejando caer el trinchante en la palma de la otra, ya lista para aferrarlo.

¿Comprendió mi intención? Quizá no. Con la superficialidad que lo caracterizaba, dijo:

—Gracias, estaba buscando precisamente un cuchillo.

Me dominó el pánico. ¿Qué iba a hacerme?

Intenté huir, pero su mano de acero me lo impidió. Tenía músculos de soldado, estaba acostumbrado a reducir a enemigos mucho más fuertes que yo.

—Estate quieta —ordenó.

Cortó el nudo de Hércules con un movimiento fulminante.

El cinturón cayó al suelo. Aunque de mala gana, dejé escapar un suspiro de alivio. No me había dado cuenta de que, desde el día anterior, no podía respirar por su culpa.

—No me gusta perder el tiempo —dijo.

Levantó el cuchillo otra vez. Yo contuve la respiración.

Con la mano izquierda me sujetó la túnica y me la separó del cuerpo.

—Estate quieta —repitió.

Le asestó un corte vertical que la rasgó de arriba abajo.

Apareció mi cuerpo tembloroso, más blanco que la túnica.

El cuchillo acabó en el suelo con un tintineo.

Quinto rio, y con el mismo gesto impetuoso con que había sujetado la túnica, me apretó los pezones con los dedos y los retorció.

Grité de dolor.

—Te gusta, ¿verdad?

Reía con malicia. Me tumbó en la cama, y las dos partes de mi túnica partida se abrieron como las alas de una mariposa.

Me separó las piernas y, sin desnudarse, se echó encima de mí. Habría deseado facilitarle la labor con tal de acortar el suplicio, pero mi cuerpo, más tenaz que mi voluntad, se resistía.

—Pero bueno, ¿qué te pasa? —preguntó irritado.

—Yo…

Me interrumpí al sentir un dolor agudo, que me dejó sin respiración. Algo había

entrado en mi cuerpo a la fuerza, después de haberme traspasado y lastimado, y en lugar de irse y librarme del dolor, permanecía allí, hincado en la carne viva, como el alfiler que clava la mariposa en la tabla del coleccionista.

—¡Por fin! —exclamó triunfante.

Creí entonces que lo peor había pasado y que, alcanzado su fin, Quinto se retiraría y dejaría que mi herida cicatrizase.

No fue así. Con un gemido de satisfacción que parecía decir: «Ahora viene lo bueno», empezó a moverse, adelante y atrás, lentamente al principio como si se abriese camino en mis carnes, y después a ritmo cada vez más rápido, cada vez más apremiante. Yo sentía un escozor insoportable, como si me hubieran echado sal sobre una herida.

—Dime que te gusta, dime que te gusta —farfulló Quinto, acelerando aún más.

—Me… gusta —procuré decir con el hilo de voz que me quedaba, al intuir que diciéndoselo acabaría antes.

—¿Qué te gusta? Dímelo, dímelo —insistió frenético.

Permanecí en silencio porque no sabía qué decir.

Pero él se ocupó de ilustrarme.

—Dime que te gusta que te folle. ¡Dímelo, dímelo!

—Me gusta que me folles —repetí humillada, esperando que la tortura acabase.

Por fin terminó. Al oír esas palabras, Quinto emitió un gemido y se derrumbó sobre mí. Cuando intenté escabullirme, me sujetó.

—Estate quieta.

Se adormeció y empezó a roncar sonoramente junto a mi oreja. Cada vez que intentaba moverme mascullaba: «Estate quieta», y me inmovilizaba con sus poderosos muslos. Al cabo de un rato, que me pareció eterno, se despertó con un gruñido.

—Ahora te poseeré de nuevo —afirmó.

—¡No! —protesté.

—No hagas como si no te gustase. Antes me has dicho que sí.

Y el tormento se repitió. Tormento al que, de alguna manera, me acostumbré, como se habían acostumbrado muchas mujeres antes que yo, y como se acostumbrarían muchas después. Con el tiempo, aprendí incluso algunos trucos para acabar antes. Entre ellos, fingir el placer: una estratagema que hacía que mi marido se sintiese muy orgulloso y ansioso de alcanzar el suyo. Descubrí que, en el fondo, no era un amante exigente, sino un hombre basto más acostumbrado a las violaciones que a las finezas de alcoba.

Pero entonces yo era demasiado joven para entenderlo. Cuando por fin estuvo satisfecho, volvió a dormirse, y me quedé despierta mucho rato, acurrucada en la otra punta de la cama, angustiada y con miedo de que mis sollozos lo despertasen. Al ver la mancha en la sábana, prueba de mi pureza, me sentí como la novilla sacrificada al amanecer.

Su sangre, derramada para predecir el destino de nuestra familia en su hígado, inauguró el día; la mía, derramada para escribir el futuro de nuestra estirpe en mi útero, lo cerró.

Del 82 a. C. al 62 a. C.

9

El futuro de nuestra estirpe fue Cecilia, nacida algunos años después de las nupcias con un parto muy difícil que me llevó al borde de la muerte, y quizá me volvió estéril. Pero como los médicos no supieron decirme con seguridad si todavía podía concebir un hijo y parirlo o no, decidí no correr más riesgos. A escondidas de mi marido, cada día me tomaba una dosis de laserpicio de Cirenaica, que me protegió de nuevos embarazos. Quinto se desesperaba porque no le daba herederos varones, y un par de veces me amenazó con repudiarme, pero yo no hacía caso a sus intimidaciones. Había entendido que, a pesar de sus músculos, la más fuerte de los dos era yo. Y él también lo había entendido. Lo delataba su mirada, su sobresalto cuando yo entraba en una habitación, cuando me acercaba a él.

—Eres mi esposa —decía, y cerraba la puerta de la alcoba.

—Sí, soy tu esposa —confirmaba yo, pero no con la voz temblorosa de la primera noche, sino con seguridad, como queriendo decir: «Es verdad, soy tu esposa, pero no soy tu mujer».

Él se ensañaba conmigo, como buscando una esencia que no lograba atrapar y que cuanto más me hería más se escondía en una profundidad inalcanzable. Solo le dejaba un cuerpo con mi semblante. Yo me iba. Me ordenaba que le dijese: «Fóllame», «Me vuelves loca», «Te deseo»; me obligaba a repetir obscenidades de prostituta. Pero mis palabras, pronunciadas en nombre de la obediencia, sonaban falsas, ridículas. Después del coito se retiraba extenuado, pero sin saciar, mientras que yo, emergiendo de nuevo de los abismos en los que me refugiaba, me sentía victoriosa.

Aprendí muy pronto a sacar provecho del poder que ejercía sobre él para conseguir más libertad de la que tenían las demás matronas. En lugar de ocuparme de la familia, pasé mucho tiempo en la escuela epicúrea de Erculano, donde aprendí que estamos formados por átomos que se unen por casualidad y que se disgregan tras la muerte.

También tuve la certeza de algo que ya sospechaba: los dioses viven en mundos serenos y muy lejanos, demasiado remotos para alcanzarlos con nuestras súplicas. Es inútil volcarse en su culto, es mejor intentar imitar su indiferencia.

Al cabo de pocos años de casados, convencí a Quinto de que abandonásemos la morada de sus ancestros, donde mi suegra me atormentaba con sus críticas, y nos trasladamos a una casa nueva, al otro lado del Tíber. Cuando, al ser nombrado gobernador de la Galia Cisalpina, mi marido tuvo que pasar mucho tiempo alejado de

Roma, creí haber hallado la felicidad.

Frecuenté otros hombres, más refinados que él, con los que coqueteaba; me halagaba ver la fascinación casi mágica que ejercía sobre ellos. Comprendí que la debilidad del cuerpo femenino es solo aparente, pues en sus recovecos más ocultos esconde una fuerza que absorbe y subyuga, como la de la orilla, en cuya dulzura muere el ímpetu de las olas. El hombre se engaña creyéndose el depredador, porque en realidad es la presa.

Estaba convencida de haber alcanzado un estilo de vida sereno, en el que los compromisos sociales dejaban espacio a los intereses personales y los hombres desempeñaban un papel secundario como figurantes que, tras interpretar su personaje, desaparecían sin dejar huella. Estaba segura de haber conquistado el equilibrio, la ausencia de turbación de los sabios epicúreos. Hasta que conocí a Catulo.

10

Después del encuentro en el teatro transcurrieron varias semanas antes de que volviera a verlo. Quería convencerme de que me era indiferente, pero estaba irritable y nerviosa. Reñía a las esclavas, reprendía a mi hija… En realidad no estaba enfadada con ellas, sino conmigo misma. No lograba entender por qué me pasaba el día pensando en un joven cualquiera, un «inútil» como lo había definido Publio. No lograba quitarme de la cabeza aquella mirada en la que me había sumergido, la cicatriz que había tocado, los labios que no había logrado besar.

Hice todo lo que estaba a mi alcance para volver a verlo. Fui a fiestas que en otras circunstancias habría despreciado, asistí a espectáculos sin interés, perdí tiempo en banquetes aburridos… Pero Catulo, que antes estaba por todas partes, había desaparecido, se había volatilizado. Sin embargo, se comentaban sus nuevas poesías, aún sin publicar, que sus amigos ya declamaban. Estaban dedicadas a una misteriosa Lesbia. En un primer momento tuve celos. Luego me dije: «Quizá sea yo». Solo con pensarlo el corazón me brincaba en el pecho.

—¿Buscas a tu poeta? —me preguntó un día Publio, viendo mi mirada vagar entre la muchedumbre.

Estábamos en la inauguración de la nueva casa de Cicerón, un arribista que con tal de trasladarse al Palatino, la colina donde viven las personas influyentes, estaba de deudas hasta el cuello. Incluso se hacían apuestas sobre cómo iba a pagarlas.

—¡No! —mentí, y me ruboricé.

—¡Yo creo que ha huido de Roma porque me teme! —Mi hermano se echó a reír.

Me puse roja de rabia y estaba a punto de explotar cuando, por algún motivo misterioso, advertí la presencia de Catulo. Lo atisbé con el rabillo del ojo, en el umbral. Estaba más pálido de lo habitual, y con la cabeza un poco inclinada, me buscaba con la mirada. Tenía que evitar a toda costa que mi hermano se topase con él.

Cogí del brazo a Publio y me lo llevé en dirección contraria, hacia donde estaba nuestro anfitrión. Cicerón, de pie sobre una grada colocada a un lado de la sala, peroraba como siempre: «¡Roma está a salvo gracias a mí!». Era el hombre más presuntuoso de toda la República. Presumía de haber frustrado la conspiración de Catilina, un aristócrata caído en desgracia que, tras ser derrotado en varias elecciones, había intentado dar un golpe de Estado. Entre sus partidarios, además de muchos pobres, también había políticos importantes, como César, quienes sin embargo no dudaron en abandonar a los conspiradores a su suerte en cuanto comprendieron que todavía no había llegado el momento de la revolución.

—En vez de pensar en Catulo —dije a Publio—, ve a saludar a Cicerón. Te conviene tenerlo como aliado.

—¿Yo, un descendiente de Apio Claudio Ceco, rendir homenaje a ese ambicioso, a ese advenedizo que ha osado construir su casucha al lado de mi lujosa villa? ¡Jamás! —protestó deteniéndose—. Y además, ¿qué podría hacerme alguien que ha salido de la nada?

—¡Habrá salido de la nada, pero ha llegado a cónsul! —objeté al tiempo que intentaba alejar a Publio de la entrada otra vez.

«Cicerón es todo lo contrario de ti, querido hermano —pensé—. ¡Aun contando con el apoyo de una familia aristocrática, hasta la fecha has destacado más por los escándalos y las broncas que por los objetivos políticos alcanzados!».

Publio resopló.

—Venga, vámonos. —Hizo ademán de volverse.

—¡No! —exclamé, con demasiada vehemencia.

Publio arrugó la frente, sorprendido.

—Bueno, tranquila, pero ¿qué te pasa?

—Cicerón ya nos ha visto. Sería una grosería marcharnos sin saludar. Después iría criticándonos por ahí. ¡Con lo chismoso que es! Es capaz de difundir maledicencias de todo el mundo —añadí con un tono más moderado.

—¡Y a mí qué me importa! Roma está llena de chismosos —objetó con desdén.

—Sí, pero mientras que los demás murmuran con sus amigos, ¡Cicerón lo proclama a voces! Lo ventila en discursos solemnes, apasionados, entusiásticos y, por desgracia, ¡increíblemente persuasivos! —Publio se echó a reír—. ¡Pues a mí no me hace ninguna gracia! —le reproché—. ¡Solo tienes que ver lo que se ha inventado sobre Catilina! Con tal de sacárselo de en medio sin proceso, lo ha acusado de practicar sacrificios humanos, de brindar con sangre…

—¡Cicerón se la juró cuando Catilina sedujo a su cuñada! —recordó Publio.

—Y tenía buenos motivos: ¡era una vestal, una virgen! —observé.

—¿Una virgen? ¿En Roma? —dijo bromeando.

—En el fondo, no sabemos la verdad. ¡Hasta lo de la seducción de la cuñada podría ser un rumor infundado! No seas superficial, hermano. ¡Como todos los que salen de la nada, Cicerón está dispuesto a cualquier cosa con tal de alcanzar el éxito, la fama y la gloria!

—¡Pues para él, si tanto lo desea! No es más que un gallito.

El ejemplo era apropiado: fatuo y lleno de orgullo por haberse trasladado al Palatino, Cicerón, muy erguido, sacando pecho y gesticulando pomposamente con las manos ahusadas —lo único elegante de su cuerpo rechoncho—, ensalzaba ante sus invitados la calidad de los mármoles y de los suelos, la factura de los techos… sin darse cuenta de que se burlaban de él a sus espaldas.

Un rostro conocido salió del gentío para saludarnos.

—¡César! —dijo mi hermano.

—¡Claudio!

Se abrazaron.

Julio César y Publio compartían las ideas revolucionarias, la pasión por el lujo y el amor de Pompeya —esposa del primero y amante del segundo—. Yo sospechaba que César estaba al corriente de la aventura y que prefería callar por oportunismo político: le convenía tener de su parte al joven descendiente de una familia tan ilustre. Además, el adulterio con Pompeya convertía a Publio en alguien a quien podía chantajear.

Mirando a mi alrededor, constaté que todos los presentes mantenían entre sí relaciones basadas en la falsedad. Todos deseaban el poder, lo ambicionaban.

Todos a excepción de Catulo. En medio de aquella hipocresía generalizada, era el único hombre auténtico.

Aprovechando la conversación entre Publio y César, me inventé una excusa. Dije que iba a saludar a Aurelia, y me alejé.

Vi que Catulo, notando mi maniobra, empezó a avanzar hacia mí. De todas maneras, aunque hubiese tenido los ojos cerrados, habría advertido que se acercaba.

En la aglomeración, muchos me rozaban, me saludaban.

—¡Noble Claudia!

—¡Da mis saludos a tu consorte!

Yo respondía inclinando la cabeza y me abría paso con dificultad, guiada por el instinto, más que por la vista. Catulo desaparecía entre los senadores envueltos en mantos gruesos —el caluroso verano había cedido el paso al otoño—, los generales, las matronas con su séquito de esclavos, los parásitos omnipresentes, los ambiciosos, los ociosos. La sala, que poco antes había considerado modesta, ahora me parecía inmensa. Tenía la impresión de moverme inútilmente, como en los sueños, sin alcanzar la meta.

De repente noté que alguien me cogía de la mano. Supe inmediatamente que era él.

—¡Catulo!

Duró un segundo, antes de que la multitud nos separase. El azul de sus ojos, el destello de su sonrisa y su voz susurrándome:

—Espérame esta noche en tu casa.

No tuve tiempo de decirle que, justo esa noche, mi marido volvía de Galia.

11

Mientras el tiempo lo permitía, me gustaba pasar las veladas al aire libre. Tumbada en un triclinio bajo el emparrado contemplaba los jardines de mi villa, que descendían hasta el río, mientras escuchaba la lectura de los tratados de filosofía. Frente a mí, en la otra orilla del Tíber, las luces del Palatino. Y aquí, en las afueras, la paz.

Pero aquella noche no. Estaba tan nerviosa que no lograba concentrarme en las palabras del esclavo lector que, cada vez más afónico, declamaba un fragmento de Epicuro: «No hay que temer a la muerte, sino al amor. Como un tirano despiadado, nos priva de la serenidad y nos esclaviza».

El esclavo no podía más. Llevaba de pie varias horas, aguantando la varilla del papiro con la mano derecha, ya agarrotada, y desenrollándolo con la izquierda. Era el tercero que cambiaba en una semana; por más mantos gruesos que les pusiese, y aunque leyesen al calor de las antorchas, tras un par de noches al sereno se quedaban afónicos. Y también aquel tarentino de lengua madre griega —nunca compraba lectores que no conociesen perfectamente el griego, idioma mucho más antiguo y bello que el nuestro— se había quedado casi sin voz.

Aunque de mala gana —me costaba resignarme a la inminencia del invierno que me obligaba a pasar varios meses entre cuatro paredes—, no me quedaba más remedio que renunciar a las veladas en el jardín.

—¡Deja de leer! —ordené.

El esclavo me miró titubeante, sin osar creer que hubiese decidido poner fin a su sufrimiento.

—¡Puedes irte!

—Gracias, señora —dijo con una reverencia. Y, antes de retirarse, con un hilo de voz añadió—: ¿Deseas algo más?

—No, puedes irte —confirmé.

Luego tuvo un detalle con el que se ganó mi aprecio porque dijo:

—Perdóname si oso, señora, pero… ¿quieres que te traiga una manta?

—No, gracias. Puedes irte —repetí, y le indiqué con una mano que se marchara.

Desapareció con aire de no estar muy convencido, lo cual era justificado porque días atrás no había salido nunca sin arroparme con una manta de lana.

Esa noche, sin embargo, iba envuelta en un manto de un tejido de primera calidad que César había traído de Oriente. Se llamaba seda, y decían que procedía de árboles mágicos, desconocidos en nuestras tierras. Por desgracia, la oscuridad impediría a Catulo apreciar sus colores tornasolados, pero no las generosas formas de mi cuerpo, que su finura y suavidad resaltaban. No tenía frío. Estaba demasiado tensa esperando a Catulo. Y, lamentablemente, también a mi marido.

Por fin oí un crujido de arbustos partidos, de pasos. Catulo subía por la cuesta para venir a verme. Había pasado por el jardín para evitar la entrada principal. Olvidándome de la postura que tenía preparada para que admirase mi piel enfundada en seda, me puse de pie y fui a su encuentro.

Nos abrazamos sin hablar, pegados el uno al otro como si estuviésemos desnudos. Apoyé mis labios en los suyos, los más suaves que había besado nunca, y apreté con fuerza. Él entreabrió la boca, invitándome a hacer lo mismo, y con su lengua rozó la mía, jugueteó con ella y me incitó a que yo jugase con la suya. Era la primera vez que me besaban así. El beso me pareció infinito. Todo mi ser se había concentrado en la boca, de la que emanaban sensaciones muy dulces que me hacían sentir liviana, como si estuviese a punto de echar a volar.

—Es el beso más delicado que me han dado nunca —susurré cuando separamos, por un instante, nuestros labios.

—¡Te daré muchos, Lesbia, muchos más! —Catulo me besó cientos de veces las mejillas, los ojos, el cuello.

—¿Me has llamado… Lesbia? —pregunté mientras recorría con los labios la concha de su oreja y con la lengua lamía sus delicadas circunvoluciones.

—No soy rico —respondió con un estremecimiento—. No puedo regalarte joyas, ni vestidos ni villas… aunque me gustaría. Pero te regalo un nombre: Lesbia. Un nombre es un potente talismán que triunfa sobre el tiempo y sobre la muerte. Regala la eternidad.

—Conozco muy bien la fuerza de los nombres. Pero te ruego que sacies mi curiosidad: ¿Por qué Lesbia?

—Porque solo la poetisa de Lesbos, la divina Safo, sería capaz de cantar tu hermosura. Yo intento imitarla, pero ninguno de mis versos, de mis poemas, logrará expresar lo que siento por ti.

—¡Oh, cómo desearía que volásemos juntos a Lesbos! —exclamé al tiempo que introducía los dedos en la suave pelusa de su nuca—. Una isla refulgente en el límpido y cristalino mar griego…

—¡Ya estamos en esa isla refulgente! —afirmó. Lo observé con expresión interrogativa—. ¡Tú eres la luz! —dijo mirándome fijamente a los ojos—. Y tu cuerpo, el mar.

Recorrió mi vientre con una mano y se detuvo en el pubis despertando hormigueos en todo mi cuerpo y un gran deseo de que me tocase otra vez. Y otra. Y otra. Pero sin ropa. Yo también lo acaricié; metí una mano por debajo de su toga y me hizo feliz sentir lo mucho que me deseaba. Acudían a mi mente imágenes apasionadas que, como sirenas, me tentaban, me llamaban. Por primera vez sentí el deseo de descubrirlas con un hombre de carne y hueso, y no solo con la imaginación.

Volvimos a besarnos de aquella manera tan agradable que me había enseñado, mientras nuestras manos acariciaban, encendían hogueras debajo de la piel, se deslizaban sobre los pliegues de la ropa. Nos estábamos derritiendo, fundiendo el uno

en el otro. Y Catulo ya me había desabrochado el cinturón, apartado la estola y bajado un tirante de la túnica, acribillando de besos cada centímetro de piel, y de la seda ya emergían mis pechos, celosos de los besos que otras partes recibían, cuando oí un gran estruendo. Caballos, carros, voces.

Me llevé un dedo a los labios:

—¡Chis!

Catulo cogió el dedo, se lo introdujo en la boca y empezó a mordisquearlo. Mientras tanto, la otra mano se había detenido en mi sexo.

Haciendo un tremendo esfuerzo, me aparté de él.

Pareció despertar de aquel sueño.

—¿Qué ocurre?

—Debes irte, Catulo —susurré.

—¡No!

—Mi marido ha vuelto.

Me miraba con ojos afligidos, ofendidos, repitiendo: «No».

—Lo siento, tienes que irte. Dentro de poco estará aquí.

Se me partía el alma. Era muy injusto.

Como si de golpe tuviese que soportar un peso enorme, Catulo bajó los hombros y la cabeza. «No», repitió otra vez, tan bajo que a duras penas se oyó. Su sufrimiento saturaba el aire, era casi tangible.

—Te lo ruego, vete. —Era terrible rechazarlo así, pero no tenía otra salida.

—No puedo soportar que estés con él —dijo.

—Te lo ruego.

—No puedo soportarlo. No me iré. Me esconderé aquí fuera. Si me necesitas, llámame, y yo acudiré.

—Catulo, no lo hagas. ¡Razona! —le supliqué.

Negó con la cabeza.

Esperé que desistiese, porque era peligroso para ambos. Ninguno de mis amantes se había quejado jamás de mi marido. Consideraban que era un hecho normal, lo daban por supuesto. Y, desde luego, no sufrían al saber que pasaba la noche con él.

Pero también en eso Catulo era diferente de todos los demás. Se me encogió el corazón. Pretendiendo un amor absoluto, por encima de las ataduras sociales, ese muchacho estaba condenado a sufrir. Quería de mí lo imposible.

Lo abracé una última vez, le di un beso rápido en la boca y, creyendo morir, le repetí:

—¡Vete!

Cuando estaba a punto de darse la vuelta, se detuvo para recoger un objeto que se le había caído de la túnica durante el abrazo.

—Quería darte una cosa —dijo—. Pero… no sé, quizá no te interesa.

—¡Claro que me interesa! ¿Qué es?

—Es… esto. —Puso un rollo en mis manos—. Léelo cuando estés sola —añadió.

—¡Gracias! Yo…
Pero ya se había alejado, con la cabeza gacha, sin mirar atrás.

12

Quinto estaba muy contento de volver a verme.

—Estas más guapa que nunca —me elogió.

Durante la cena habló largo rato de su vida en Galia. Con la cabeza en otro sitio, yo lo escuchaba a duras penas.

Me sorprendía que no se me adivinase en la cara lo que había ocurrido poco antes. Tenía la impresión de llevarlo marcado en la piel, como si los besos de Catulo resaltasen visiblemente en mi cuerpo y en mis labios. Y me parecía oler a él, a esa mezcla de esencias que no lograba identificar. Porque, lejos de Catulo, no existían.

Me sobresalté cuando me di cuenta de que mi marido hablaba precisamente de besos.

—¡Los galos son unos disolutos! —afirmó con tono sentencioso—. ¡Para decir «beso» no usan nuestra palabra, sino otra toda suya!

Reconocí la palabra *basium* que había usado Catulo, y que me parecía muy dulce.

—Y además… Bueno, nada —se interrumpió.

—¿Cómo nada? ¡Sigue! —lo incité.

—Es que no son conversaciones adecuadas para niños —dijo señalando a Cecilia que, seria como de costumbre, nos escuchaba en silencio.

Pero tenía tantas ganas de revelarme los inmorales misterios de los galos que no pudo controlarse y, en voz muy baja, me dijo al oído:

—¡Los galos se besan con la lengua!

—¡No! —Fingí sorprenderme.

—Qué asqueroso, ¿verdad? —comentó alzando el tono de voz otra vez.

—¡Solo un bárbaro puede hacer algo así!

—Ya. —Sonrió—. Solo un bárbaro. Pero eso no es todo —añadió.

—¡Dime! —Tenía mucha curiosidad.

—También usan la lengua —dijo acercándose a mi oído otra vez— para otras cosas. Actos degradantes, inadecuados para un hombre libre.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Qué puede tener de degradante el amor? ¡No lo entiendo!

—Mejor —replicó con brusquedad—. Son perversiones indignas de una matrona romana. ¿Vamos a la cama?

—Vamos a la cama —respondí, reacia.

Acostarme con Quinto me resultó casi tan doloroso como la primera noche. Todo mi cuerpo aullaba de horror, me sentía profanada. A veces, para poder soportar su excitación, cerraba los ojos e imaginaba estar con otro hombre. Uno de mis amantes o un joven hermoso con el que me había cruzado por la calle. Sin embargo, esa noche

fue diferente: no conseguía sugestionarme en modo alguno, ni siquiera apretando con fuerza los ojos, para que aquellas manos bastas, aquel cuerpo tosco y sin gracia perteneciesen a Catulo. Y aunque sus manos hubiesen sido más delicadas, su olor lo habría traicionado. Nunca me había dado cuenta, con tanta viveza, de lo mal que olía mi marido. Y sin embargo, iba a las termas, se lavaba con regularidad… Pero no era olor a sudor o a suciedad, era algo más hondo. Un hedor a prisión, que no me dejaba respirar.

13

Cuando Quinto se durmió por fin, di un suspiro de alivio. Me escabullí de la habitación y fui a mi estudio, donde había guardado el rollo de Catulo. La habitación había sido decorada de manera que diese la impresión de estar lejos de la tierra: los mosaicos del suelo reproducían el firmamento; los frescos de las paredes el trayecto del sol en el cielo diurno, del ocaso al amanecer, con las nubes y el disco pálido de la luna esperando que el sol se pusiera para brillar, y al levantar la mirada, nubes azules que sosegaban el alma. Cuando entraba allí olvidaba mis preocupaciones.

También aquella noche, viendo brillar las estrellas del suelo al claror del candil, me sentí lejos de los tentáculos de Quinto, y como una niña feliz con los regalos saturnales, desenrollé ilusionada el regalo. Era un poema. Acerqué el candil al papiro y, en voz baja para que nadie me oyese, leí:

Me parece que se asemeja a un dios
—y, si no es sacrilegio, que se halla por encima de los dioses—,
quien frente a ti sentado sin cesar
te contempla y oye

reír tan dulcemente. Risa que a mí, infeliz,
todos los sentidos me arrebata, pues, apenas te veo,
Lesbia, me quedo
sin voz en esta boca,

la lengua se me traba, por mis miembros se esparce
una llama sutil y con su son tan peculiar
me zumban los oídos, y una noche gemela
vela mis pupilas.

La descripción de los efectos físicos del amor me turbó en lo más hondo. Hasta entonces, solo Safo los había sabido detallar con lúcida y despiadada eficacia; no sus matices psicológicos, sino el puro y violento trastorno de los sentidos. Como una ola incontenible que arrolla y arrastra. Yo, que siempre había mantenido el equilibrio interior, eludiendo los embates de la pasión incontrolada, ¿estaba a punto de entregarme al más despiadado de los dioses?

Quizá, como en los mitos que aprendí en la escuela, Eros quería vengarse de mi olvido y mi desprecio.

«No son más que cuentos», me dije, intentando tranquilizarme.

La llama del candil vaciló, llenando de sombras la oscuridad. Yo también vacilé; en las últimas horas había vivido muchas emociones, demasiadas. Me senté, exhausta. Por culpa del cansancio, quizá, me pareció que las sombras seguían bailando, incluso después de que la llama se había estabilizado. Al instante creí ver una figura alada, imponente, perfilarse en la bóveda celeste que se elevaba por encima de mí. No sabía si estaba despierta o si soñaba. Pero si algún dios se había dignado a bajar entre los mortales, era sin duda Eros quien venía a por mí.

«¡Vete!», protesté sin que mi boca emitiese sonido alguno.

Pero la sombra se hacía cada vez más grande, invadiendo la habitación y envolviéndome con la miel traicionera de su abrazo. El techo se abrió en dos, y sentí que el cielo estrellado del mosaico del suelo, que ahora estaba arriba, me engullía, arrastrándome en un torbellino de placer y temor. Bajo las alas oscuras de Eros, me alejaba de mí misma y abrazaba el mundo.

14

—¡Vuelve en ti, vuelve en ti! —me decía una voz.

Me desperté helada, agarrotada por el dolor que sentía en todas las articulaciones. Estaba sentada en una silla del estudio, con la barbilla sobre el pecho, las piernas entumecidas y la espalda arqueada. Por el peristilo se filtraba la luz gris del amanecer. Ante mí, repitiendo: «¡Despierta!», el rostro afectuoso, surcado ya de arrugas, de mi vieja nodriza Lucana.

Levanté de golpe la cabeza y los huesos de mi cuello crujieron amenazadores.

—Lucana —susurré.

—¡Niña mía, estaba preocupada! —Me masajeó suavemente los hombros—. Sollozabas, te quejabas, y cuando me acercaba, me ahuyentabas con una mano.

—Tenía una pesadilla. Pero afortunadamente solo era un sueño. ¿He dicho algo? ¿Una palabra, un nombre? —pregunté, preocupada.

Sonrió con aire de burla.

—No, no has dicho nada comprensible. Pero se te ha caído esto de las manos.

Me dio el rollo de Catulo. ¡Qué imprudente había sido! Si en lugar de la esclava hubiese entrado mi marido habría sido un desastre. Me apresuré a ocultarlo en una hornacina de la pared, junto a muchos otros parecidos.

—Toma —añadió, dándome una copa caliente—. Es una infusión de raíz de perifollo; te sentará bien.

Al primer sorbo me sentí renacer.

—Ve a tu habitación a dormir —me suplicó Lucana—. Todavía es muy pronto.

—¡No! —grité. La pobre vieja me miró con perplejidad—. ¡A la habitación no! —repetí.

Suspiró. Parecía saber muchas cosas, demasiadas.

—¿Estás segura de que no quieres volver a tu habitación?

—¡No! ¡Nunca más! —afirmé con decisión.

—¡Ten mucho cuidado, niña! Es difícil volver atrás del camino que estás tomando —me advirtió.

Resoplé.

—¿Cómo osas?

—Perdóname, señora. Tú, para mí, siempre serás mi niña, y estoy muy preocupada por ti —murmuró con los ojos llenos de lágrimas—. Si pienso en los terribles castigos reservados a las adúlteras…

Su turbación me conmovió.

—No te preocupes. Sé cuidar de mí misma.

—Tú sí, quizá, pero él… —dijo balbuceando.

—¿Él? ¿Quién? —Me ruboricé.

—Ya lo sabes… Ha pasado la noche fuera. Escondido entre las matas, con la mirada fija en la casa. He tenido que convencer a los vigilantes para que lo dejasen marchar ileso. Ha corrido… habéis corrido, si me lo permites, un gran peligro —reveló.

Fruncí la frente. Catulo había cumplido su palabra.

—Gracias, Lucana. Tengo que pedirte otra cosa: prepárame la cama en la habitación roja, por favor.

Era el dormitorio que estaba más lejos de mi marido.

—Con tu permiso, ya lo he hecho. He adivinado tu deseo.

—¡Querida Lucana!

La abracé. Era la primera vez que lo hacía desde que me había casado.

—Señora, perdona si oso repetirlo —insistió—. No tomes el camino que no tiene vuelta atrás.

—¡Te he dicho que sé cuidar de mí misma! —exclamé con dureza.

Después de esa noche, no volví a dormir nunca más en el lecho conyugal.

15

En los días siguientes pensé a menudo en el sueño. Quizá una parte de mí me advertía que no me dejase arrastrar por una pasión demasiado arrolladora, que no me dejase contagiar por la actitud radical de Catulo. Me parecía inquietante, exagerado, el hecho de que hubiese pasado la noche en mi jardín, muriendo de celos. Otra parte de mí, sin embargo, halagada por la pasión que había suscitado en el joven poeta, estaba impaciente por verlo otra vez.

Mientras tanto, tenía que resolver un problema: cómo mantener alejado a mi marido. Durante algunas noches inventé la excusa de migrañas y otros malestares para justificar la ausencia del lecho conyugal, pero la inminencia de su salida para Galia hacía que cada vez resultase más difícil escabullirme de él. No obstante, y de manera del todo inesperada, el propio Quinto resolvió la situación.

Una noche, mientras Lucana me aplicaba en la cabellera un bálsamo que acentuaba su luminosidad, noté de golpe una presencia amenazadora en la habitación.

Lucana, asustada, invocó: «¡Socorro!», mientras el frasco del bálsamo se hacía mil pedazos contra el suelo.

Antes de que lograse reaccionar, unos brazos me apretaron la cintura, y unas manos ávidas se apoderaron de mis pechos. Y un hedor se impuso sobre los aromas suaves que fluían de la decocción en vino de semillas de apio y culantrillo que se había caído al suelo. Quitando de en medio a Lucana, mi marido había pasado al ataque.

—Esta vez no te escapas —me masculló con aliento a vino al oído.

—¡No!

Intenté desasirme. Pero no pude levantarme porque Quinto me sujetó por el pelo con fuerza y me obligó a ponerme de rodillas ante él.

—Eres mi esposa —afirmó. Sin soltarme, con la otra mano se destapó su sexo—. Te gusta, ¿verdad? —dijo, acercándome la cabeza.

Embestida por su olor repulsivo, contuve la respiración y apreté los dientes. Estaba a punto de cerrar los ojos cuando advertí un detalle que me dio una posibilidad de salvación: una tumefacción en la ingle, una verruga. De niños, Publio la habría llamado «ventosa de pulpo». Quizá era una imperfección cutánea sin importancia, como las pústulas que le salían por todas partes cuando se excedía con las salsas, pero también podía tratarse de algo que había leído en los textos de Hipócrates: una ulceración. Me jugué el todo por el todo.

—¡Claro que me gusta! —exclamé—. Deja que la contemple antes de satisfacerte. —Suspiré—. ¡Eres muy fuerte, mi señor!

El halago le arrancó una sonrisa vanidosa y le suscitó el deseo de oír más.

—Pero… —insinué interrumpiéndome enseguida—. No, no, habré visto mal, no es posible.

—¿Qué estás diciendo? —replicó con un tono rabioso que encubría preocupación.

—Nada, es que… Pero no, no puede ser. —Me interrumpí de nuevo para aumentar su ansiedad.

—No puede ser, ¿qué? ¡Dilo ya, Claudia!

—Perdóname, esposo mío. Por un instante he sospechado algo.

—¿Qué has sospechado? —insistió, menos insolente y cada vez más sinceramente angustiado.

—No es posible que un hombre fuerte como tú haya sido infectado —afirmé con una seguridad que mi mirada desmentía.

Al oír la palabra «infectado», la erección, que ya le estaba bajando, desapareció por completo.

—¿Infectado?

Me soltó el pelo, y se quedó de pie, con las ropas desaliñadas, los brazos caídos, la frente fruncida y una mirada de preocupación. Experimenté un sentimiento de triunfo y, al mismo tiempo, una vaga compasión pues, a pesar de sus muchas batallas, no dejaba de ser un hombre. Y mucho más frágil de lo que aparentaba.

Aproveché el momento para ponerme de pie y dar un paso atrás. Hice señas a Lucana, que asistía a la escena temblando en un rincón, para que se acercase.

—Recoge los trozos —le ordené. Luego, dirigiéndome a Quinto exclamé—: ¡Qué lástima! Era un frasco muy valioso que me había regalado tu madre. —Al pensar en su madre, Quinto se abatió todavía más—. No le digas que lo has roto, la apenarías. Lo trajo de África el heroico Quinto Cecilio Metelo el Numídico para homenajear la belleza de las mujeres de tu familia —inventé, sorprendiéndome a mí misma por mi febril imaginación.

En cuanto mencioné a su antepasado, adquirió una postura más digna y dijo:

—Deja ya de darle vueltas. Dime lo que tienes que decir.

Suspiré, como si estuviese obligada a hablar contra mi voluntad.

—Mientras admiraba tu virilidad —revelé—, he visto que una ulceración la está deformando.

—¿Una ulceración? —Palideció de la sorpresa.

Hice alarde de mis nociones de medicina.

—Es una enfermedad muy extendida en Galia. Empieza con una pequeña ulceración que ataca las partes íntimas, luego se hincha y se difunde por el cuerpo. Provoca la impotencia total y definitiva. —Hice una pausa de efecto antes de sacar conclusiones—. A esas alturas ya no tiene remedio. Habrás oído hablar de ella porque es una enfermedad común entre los soldados. Se contrae en los lupanares.

No negó haberlos frecuentado; como cualquier romano, lo consideraba normal.

—Pues estoy seguro de no haber cogido ninguna enfermedad. Me encuentro estupendamente —soltó en un arrebato de orgullo.

—Sin embargo, tienes los primeros síntomas de la enfermedad —objeté.

—¿Cuáles?

—Ulceraciones en los genitales y pérdida del cabello —declaré en tono frío, de médico.

Se pasó una mano por el pelo, un gesto que últimamente hacía cada vez más a menudo, y exhaló un suspiro. Las entradas, ya muy visibles cuando nos casamos, eran más pronunciadas: el ilustre Quinto Cecilio Metelo Céler estaba casi calvo.

—Pero no te preocupes, marido mío —añadí—. Conozco el remedio: corteza de sauce cocida en vinagre. Lo prepararé personalmente. No temas, sanará las ulceraciones. —Un destello de alivio le atravesó la mirada—. Pero debes abstenerte de las relaciones sexuales, por supuesto —proseguí.

—No —protestó.

—Por desgracia no te queda otro remedio, pues para que la ulceración desaparezca hay que evitar todo contacto con otro cuerpo, todo roce.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó.

—Un mes… dos. Depende de cómo reacciones al tratamiento —afirmé.

Suspiró con tristeza.

Gracias a mi estratagema, por el resto de su estancia Quinto no volvió a acercarse a mí.

16

Contrariamente a lo que esperaba, Catulo tampoco intentó acercarse.

Al principio pensé que trataba de ser prudente.

La primera vez que fui a un banquete acompañada por mi marido, temí que irrumpiese en la sala, protagonizando un escándalo. Sin embargo, no apareció. Sentí alivio, pero al mismo tiempo una punzada de desilusión.

En otra ocasión, sentada en el teatro al lado de Quinto, escruté al público en busca del poeta. Vislumbré a sus amigos, que, como de costumbre, alborotaban medio borrachos, pero no había ni rastro de él.

Como en ocasiones anteriores, Catulo había desaparecido. Y el alivio se transformó rápidamente en preocupación primero y en sufrimiento después. Me invadieron pensamientos tristes.

«Está ofendido porque lo rechacé aquella noche en el jardín. Pero ¿qué quería que hiciese? Aun así, habría podido ser menos brusca… Además, bien pensado ni siquiera le he dado las gracias por el poema. Quería agradecérselo personalmente, nunca me comprometo escribiendo mensajes, pero él no puede saberlo. Debe de odiarme. Se habrá enamorado de otra y evita los lugares donde sabe que puede encontrarse conmigo. Lo he perdido. Lo he perdido para siempre». Y a esta conclusión, que me sumía en la angustia, la seguía rápidamente la rabia. «Pero si al primer obstáculo ya ha renunciado a mí y ha preferido buscarse a otra… ¡qué voluble y superficial! ¡No quiero un hombre así!», me decía irguiendo orgullosa la cabeza.

Pero luego, dominada por pensamientos fúnebres, volvía a bajarla enseguida: «¿Y si hubiese muerto? ¡Qué va!, me habría enterado. ¿Y si se ha alistado como mercenario en algún país lejano? ¡Si así fuese, no lo vería nunca más!». Y venga a llorar.

Al final, cansada de elucubraciones inútiles, decidí descubrir la verdad.

Después de todo, era lo que había aprendido del epicureísmo: buscar la luz en lugar de perder tiempo en oscuras divagaciones.

Mi iniciativa se vio favorecida por la vuelta de Quinto a Galia. Cuando partió, yo estaba atravesando una fase en la que la rabia triunfaba sobre la melancolía. Despidiéndome de él, expresé todo el odio que sentía por la Galia Cisalpina, odio que, de hecho, sentía exclusivamente por uno de sus hijos: Catulo de Verona.

—¡Menuda provincia te han encomendado! —exclamé—. ¡Los galos son toscos y paletos!

—Pero, Claudia, ¿qué dices? —replicó mientras se pasaba una mano por los cabellos ralos—. Ahora ya están muy civilizados. Muchos se han trasladado a Roma.

—¡No me hables de esos palurdos! —grité.

—Como quieras… —dijo con perplejidad. Luego, sorprendido por mi expresión afligida, prosiguió—. Claudia, ¿te… pasa algo?

—¡Me pasa todo!

—Sé que esta castidad obligatoria te pone nerviosa. —Intentó acariciarme con torpeza—. Cuando nos veamos la próxima vez, todo habrá pasado.

—¡Vete! —Ahuyenté su tentáculo.

Sacudió la cabeza, como diciendo: «¡No hay quien entienda a las mujeres!».

—Adiós, Cecilia.

Nuestra hija acababa de salir de la vegetación densa con su inseparable compañero, Cincina, un minúsculo pájaro carbonero.

Cecilia era una chiquilla solitaria, silenciosa, que prefería la compañía de los animales a la de los niños de su edad. Jugaba con su amigo alado con una sonrisa de felicidad en el rostro, absorta, como si no le importase el resto del mundo. El pajarillo le picoteaba los dedos, volaba hasta sus hombros, revoloteaba en torno a su cabello. De vez en cuando, se posaba en su mano y trinaba inclinando la cabecita oscura, como si hablase. Cecilia parecía comprender su lenguaje, porque inclinaba también la cabeza y se reía, gorjeando con él.

Frente al espectáculo de su encanto, Quinto y yo intercambiamos una mirada de satisfacción: a ambos nos sorprendía y nos enorgullecía que nuestra unión infeliz hubiese generado un ser tan luminoso. Pero nuestra complicidad se desvaneció enseguida. Con tono arisco, Quinto observó:

—¡Menuda educación das a nuestra hija! ¡En lugar de aprender a hilar o a administrar una casa merodea por los bosques como una salvaje!

—¡Cecilia tiene los mejores maestros! —exclamé—. Domina el griego, compone poemas, toca la cítara y danza. También destaca en matemáticas, de lo cual no pueden presumir la mayor parte de las muchachas de su edad. Por no hablar de su talento innato por la farmacopea: conoce las virtudes de cientos de plantas.

Quinto frunció el ceño.

—Mi hija tiene que convertirse en madre de familia, no en una bailarina o una sabionda de salón.

—Nuestra hija se convertirá en lo que quiera —repliqué.

—¡Basta! —gritó Quinto con un gesto de rabia. El tono y el movimiento brusco asustaron al pajarito, que salió volando, escondiéndose entre las ramas.

A punto de llorar, Cecilia dirigió una mirada de estupefacción a su padre.

—¡Has asustado a Cincina!

Quinto se aplacó. Por más que adoptase la postura de padre inflexible, las lágrimas de su hija lo dejaban indefenso.

—Volverá, ya lo verás —dijo con voz más suave—. Adiós, Cecilia. —Extendió los brazos hacia ella.

Pero la niña murmuró un vago «Buen viaje, padre», y desapareció ligera entre los árboles, sin devolverle el abrazo.

17

—Catulo está prostrado en el lecho, envuelto en una cataplasma muy caliente. A pesar de ello, tiene escalofríos y delira. Desde hace un par de semanas tiene una tos violenta y una fiebre altísima, está muy mal —me contó la esclava a la que yo había enviado en busca de información ese mismo día.

Recibí la noticia con una sonrisa tan estúpidamente feliz que la chiquilla me miró con sorpresa, sin atreverse a preguntar el porqué de mi reacción. Era como si me hubiese quitado un peso de encima: ¡ya sabía por qué había desaparecido!

—¿Quién lo cuida? ¿Cómo le bajan la fiebre? ¿De qué es la cataplasma, de semillas de lino o de arcilla? —la urgí.

—No lo sé, señora —respondió, confusa—. No me he acercado para no llamar la atención, tal como me has ordenado…

—Pero ¡cómo no lo sabes! ¡Eres una estúpida! —Le asesté un bofetón. Se echó a llorar. Por culpa de Catulo había perdido el dominio de mis actos y de mis pensamientos. Era un joven peligroso que habría hecho mejor en evitar. Pero, en contra de todo sentido común, le ordené—: Ve a la cocina y di a Lucana que prepare un frasco de ajo y miel, como el que nos daba de niños contra la tos. Luego llévalo a casa de Catulo. Di que se lo manda… No, mejor no digas nada. Llévaselo y basta.

—¿A quién se lo entrego, señora?

—¡Santo cielo, eres una inútil! —Contuve la bofetada que ya se me escapaba de las manos, y le ordené—: ¡Que venga Lucana! ¡Tráemela inmediatamente!

Se fue volando a la cocina, antes de que acabase la frase.

Al final no mandé a Catulo ni un frasco de ajo y miel ni una infusión febrífuga de milenrama de los Alpes —mi marido siempre traía haces de esa planta cuando volvía de Galia—. Como todos los remedios, tenía que ser suministrado por manos expertas que respetaran las dosis y los horarios. ¡Quién sabía qué charlatanes lo estaban cuidando si al cabo de tantos días todavía no mejoraba! Tenía razón Catón el Viejo cuando, hace un siglo, advirtió a los romanos que tuviesen cuidado con los médicos: «¡Han jurado matarnos a todos —escribió—. Y como si no bastase, nos hacen pagar por ello!».

Así que decidí mandar a Lucana, cargada de consejos, de hierbas y de vino de carlina, que causa una benéfica sudoración. A pesar de no ser un médico, nos había curado a mis hermanos y a mí de pequeños, y también a Cecilia. No sin avergonzarme de mi gesto, oculté bajo el frasco una tirita de papiro con la frase: «Cuma cucuma ucuma cuma uma maa».

Era un recuerdo de mi infancia que había aparecido, por casualidad, entre mis papeles. Pero ¿y si no era casualidad? ¿Y si la fórmula había emergido del pasado precisamente para ayudar al joven poeta?

Un verdadero científico no descarta ninguna hipótesis… ni siquiera que una frase sin sentido pueda ser beneficiosa para la salud. Quizá yo no enfermaba nunca porque mi madre me obligaba a repetirla muchas veces.

Después volví en mí, quité el trocito de papiro y lo tiré al suelo, convencida de ser una necia.

Pero un momento más tarde, presa de un nuevo ataque de locura, lo recogí y escribí debajo: «Crissi crasi cancrasi». Luego volví a ponerlo bajo el frasco, diciéndome: «Se lo mando para quitármelo de encima. No quiero saber nada más de estas viejas supersticiones».

Pero antes de esconder el trozo de papiro en la caja, entre las medicinas, me aseguré de que nadie me veía y lo besé.

Afortunadamente los fantasmas no existen. ¡Si el de Epicuro me hubiese visto, me habría expulsado para siempre de entre sus discípulos! En toda mi vida me había sentido tan avergonzada. Estaba perdiendo realmente la cabeza por aquel hombre.

18

—¡Qué vergüenza vivir en semejante tugurio! —resopló Lucana al volver de su misión.

Ni siquiera le había dado tiempo de respirar, de quitarse el manto. Nevaba sin parar desde hacía dos días; en Roma no se había visto nunca un tiempo así, y en noviembre por si fuera poco. Naturalmente, los mojigatos lo interpretaban como un castigo por las costumbres disolutas de la ciudad.

«¡No podemos seguir así! —despotricaban—. ¿Sabéis la última? ¡Pompeya, la esposa de César, oficiará este año los ritos de Bona Dea! Pero ¿cómo puede dejarse en manos de una mujer tan frívola el culto de una diosa tan venerable?». La relación de Pompeya con mi hermano Publio escandalizaba a todo el mundo, excepto a su marido, quien, fiel a su cargo de pretor y de máximo pontífice e indiferente a los rumores, le concedía el uso de la casa familiar durante la noche del 4 al 5 de diciembre para que se celebrase en ella la ceremonia femenina secreta en honor de la diosa de las mujeres. No solo la presencia masculina estaba prohibida, sino que además se cubrían con velos las estatuas de los héroes y las pinturas que representaban a animales de sexo masculino.

«¡Ya lo veréis, va a pasar algo malo! —afirmaban los supersticiosos—. ¡La nieve es una señal de la Bona Dea, que se niega a que le rindan homenaje en la guarida de una adúltera!».

Los vividores, por el contrario, aprovechaban la nevada para encerrarse en casa, calentándose con vino, música y danzas.

Las verdaderas víctimas eran los ediles, magistrados responsables de las calles. Al no estar acostumbrados al mal tiempo, daban órdenes sin sentido, contradictorias, aterrorizados por la idea de jugarse el puesto y la carrera por culpa del caos que reinaba en la Urbe.

Lucana estaba helada y empapada después de tener que volver a pie porque uno de los porteadores de la litera que yo había mandado a recogerla —además de estar ansiosa por recibir noticias, me daba pena que la pobre vieja atravesase a pie la ciudad con un tiempo tan malo— se había quedado cojo tras resbalar sobre el hielo. Una gran pérdida. Acababa de comprarlo muy caro porque, además de fuerte, era guapísimo. Un auténtico germano alto, corpulento y rubio que podía lucir ante las otras matronas.

Pero en ese momento no me importaba en absoluto la pérdida de mi inversión; quería saberlo todo acerca de Catulo.

—¿Por qué dices que vive en un tugurio? ¡Su casa no está en la Suburra!

—No es la Suburra, pero le falta poco… —replicó Lucana—. Aun así ¡no me

refería al barrio, sino a su casa!

—¿Por qué? —insistí.

—¡No puedes imaginarte qué desorden, qué suciedad! Libros, ropas, vasos sucios, tablillas…

—¿Tablillas?

—¡Tablillas de cera para tomar notas! Están por todas partes. En esa casa hay más tablillas que pan. Como si quisiera tener siempre a punto el material para escribir. Señora, hazme caso: ¡ese hombre está loco! Siempre está escribiendo, no para ni con fiebre. Y ni siquiera tiene un esclavo a quien dictar, ¡escribe con sus propias manos! Además, no se sabe ni lo que escribe. Más que escribir, borra. Graba las palabras en la cera y luego las rasca. Después las graba de nuevo. Y al cabo de poco me pide una tablilla nueva porque la que tiene está tan sobada que ya no se entiende nada. Y le digo: «Te la traigo si dejas de moverte y de tirar la cataplasma. Debes tenerla sobre el pecho, ¿entiendes? ¡Si no la tos no se te irá nunca! Y además tienes que comer cosas con sustancia para ponerte fuerte. ¡Mírate el pecho: tan delgado que se te marcan las costillas!».

—¿Por qué, no come?

—¡Su despensa es el reino de los escarabajos y las arañas! Cuando la he abierto se me han echado encima. ¡Y qué olor! ¡Qué peste a podrido y a moho!

—¿Por qué no compra comida?

—¡Porque compra bebida! Ese se lo gasta todo en vino. ¡Vino y… pergamino! Tiene una biblioteca que no se acaba nunca, y un esclavo se dedica exclusivamente a ahuyentar las ratas. Y ahora dime que no está loco. ¡En lugar de ordenarle que limpie (y créeme si te digo que no puedes imaginarte la falta que hace), lo deja holgazanear al lado de los rollos de los cilindros! Y el otro esclavo (el miserable solo tiene dos) se pasa el día aplicando cera en las tablillas.

—Y ¿ahora está mejor?

—Un poco mejor, sí. ¡Le he dado cada brebaje de orégano…!

—¿Y el vino de carlina?

—Ese se lo ha tragado sin hacerse de rogar.

—Y ¿te ha dicho… algo?

Lucana no se dio por enterada.

—¿Algo? ¡Ya lo creo! Habla continuamente. Pero con ese acento gálico que tiene, ¡no se entiende nada de lo que dice!

—Sabes muy bien a qué me refiero —añadí, mirándola a los ojos. A pesar de que aún tiritaba de frío, una sonrisa alegre y divertida le iluminó el rostro—. Lo sabes —repetí.

—¡Pues sí! —Suspiró—. ¡Está completamente loco! —Su sonrisa se hizo aún más amplia, transformando su cara de vieja en la de una niña feliz—. ¡Loco… de amor! —No tuve tiempo de preguntarle: «¿Por quién?», porque riéndose ya abiertamente, Lucana añadió—: ¡Por ti!

19

«Para ti, Lesbia», estaba grabado en una de las dos tablillas atadas por un cordón y selladas con lacre que al día siguiente me entregó un esclavo desaliñado y sin la vestimenta adecuada. Antes de cortar la cuerdecilla ya sabía que era un regalo de Catulo, pues solo a él podía ocurrírsele mandar a semejante esclavo a hacerle los recados. En una de las tablillas había unas rayas trazadas de mala manera que, después de una larga observación, comprendí que eran un mapa. Sin duda Catulo estaba más dotado para escribir que para dibujar. Mientras intentaba descifrar el plano, me di cuenta de que la cera estaba abultada, como si hubiese algo escondido en su interior. Rasqué con los dedos y encontré una llave.

Atravesé la ciudad a pie, sola y cubierta por un velo, intentando seguir la trayectoria que el mapa indicaba. No estaba acostumbrada a salir sin litera. Echada cómodamente en su interior, protegida de las miradas indiscretas, no había tenido ocasión de comprobar lo abarrotadas que estaban las calles de Roma. Ahora comprendía por qué estaba prohibida, durante el día, la circulación de vehículos de ruedas: no habrían logrado avanzar sin atropellar a la multitud. Roma había conquistado el mundo, pero el mundo conquistado había tomado la Urbe, que estaba a punto de reventar. El glorioso avance de nuestros ejércitos había creado un torbellino, una espiral que todo lo arrastraba —personas, mercancías, riqueza y locura — hacia su centro, que era el centro del mundo: Roma.

Griegos, germanos, dálmatas, eslavos, sármatas, persas… un caos de lenguas incomprensibles, entre las que distinguía, a duras penas, el griego; no el puro de Atenas o el de nuestros salones, sino el griego contaminado por las hablas bárbaras de los grandes altiplanos de Oriente, adonde Alejandro Magno se había aventurado a llegar siguiendo su sueño de imperio universal. De todas partes, y en todas las lenguas, llovían ofertas de mercancías y servicios: «¿Deseas un masajista? ¿Un poeta? ¿Un sicario? ¿Un arquitecto? ¿Un testigo? ¿Un profeta? ¿Un pintor? ¿Un abogado? ¿Un ladrón?».

Solo los campesinos famélicos, desesperados y arruinados, hablaban en latín. Perdidas sus tierras a causa de las deudas, o expropiadas a favor de los veteranos de guerra, habían llegado en masa a la Urbe, donde intentaban sobrevivir con trapicheos de poca monta que no poseían la versatilidad y la fantasía de sus competidores orientales.

De vez en cuando, la muchedumbre se separaba para dejar paso a un poderoso en silla de manos precedido por esclavos gigantescos y suntuosamente vestidos, que

gritaban: «¡Apartaos, apartaos!», abriéndose brecha a puñetazos y codazos, a los que seguía una comitiva de parásitos quejumbrosos. Ningún cortejo, sin embargo, causó tanta sensación como el funeral que, de repente, anunciado por estridentes toques de trompa, avanzaba entre la multitud. Era un espectáculo aterrador. Junto con la familia y los amigos del difunto, desfilaban sus antepasados muertos, personificados por individuos de complexión majestuosa que llevaban puestas sus máscaras. Sin embargo, el espectáculo que ofrecían las plañideras era casi cómico: ¡se rasgaban las vestiduras, se mesaban los cabellos y se arañaban el rostro, emitiendo gritos y alaridos capaces de despertar al muerto! Turbada, aparté la vista e intenté no entretenerme. Aquel funeral fue como un presagio de muerte cuyo espectáculo preferí desdeñar.

¡Pero la multitud no solo estaba dotada de voces, sino también de una infinidad de manos! Y para quitármelas de encima yo contaba únicamente con dos. Nunca en mi vida, creo recordar, me rozaron, palparon y tocaron tanto como atravesando el Foro. Cuando por fin logré salir de la muchedumbre, estaba furiosa.

La rabia se me fue pasando a medida que me alejaba del centro. Los caminos de las afueras eran tranquilos, estaban prácticamente vacíos. Era agradable caminar libre, sola, hacia una meta desconocida. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había dado un paseo tan largo por Roma, quizá desde la noche de mi boda. Pero entonces no iba sola, y reinaba la oscuridad. Ahora, a mediodía, el sol estaba tan alto en el cielo como cabía esperar al final del otoño.

La tibieza de aquellos rayos ilusoriamente primaverales había derretido la nieve. Sabía que no duraría; dentro de pocos días, los vientos del norte, cargados con nubes hinchadas de hielo, nos alcanzarían. Pero no me importaba. La sucesión de las estaciones forma parte del ciclo de la naturaleza, de la alternancia de vida y muerte, que renueva sin cesar el universo. Y estaba feliz de vivir ese instante luminoso y fugaz; cuanto más fugaz, más luminoso.

Llegué al lugar indicado en el mapa. Evidentemente, avergonzándose de su morada, Catulo había pedido a un amigo que le prestase su casa. Titubeante, con miedo de haberme equivocado, traté de abrir. La llave giró. Tras la puerta, un atrio oscuro, un umbral desgastado. Quién sabía cuántas personas lo habían atravesado. Atravesar un umbral significa siempre acabar una historia y empezar otra. Significa cambiar, transformarse.

Permanecí mucho rato inmóvil, preguntándome a qué metamorfosis iba a enfrentarme. Ante mí la oscuridad, detrás de mí el sol. Quizá por ese contraste, Catulo me recordó como diosa de la luz, quieta y resplandeciente en el umbral…

Lo atravesé y me sumergí en las tinieblas.

20

Di algunos pasos.

—¿Catulo? —lo llamé con voz titubeante.

La puerta se cerró con un golpe seco detrás de mí. La oscuridad era un espacio suspendido donde podía suceder cualquier cosa. Me dio un vuelco el corazón.

—¿Catulo? —repetí.

—Sí —susurró con una voz tan débil y entrecortada que casi no la reconocí.

Nunca había advertido, en nadie, un deseo tan intenso. En la oscuridad aquel deseo me llamaba, me empujaba a buscarlo, a encontrarlo. Extendí los brazos y empecé a caminar lentamente.

Me sobresalté; con la mano derecha había tocado algo frío. Palpando, comprendí que era una estatua. Recorrí los músculos del pecho, los de los brazos, la cabeza armoniosa.

—¿Dónde estás? —pregunté en voz más alta. Por el eco, comprendí que estábamos en un lugar amplio y casi vacío: el atrio de una casa patricia. Una corriente de aire fresco, que quizá procedía del patio interior, me acariciaba el cuello—. ¿Catulo?

—Sí.

No lograba adivinar de dónde llegaba la respuesta. ¿Por qué no iba a mi encuentro? Sin embargo, en lugar de enfadarme porque había atravesado toda Roma por un amante que ni siquiera salía a recibirme, esa incertidumbre prolongada me excitaba. Otro me habría tocado con pasión, me habría abrazado, acariciado… Por el contrario, Catulo era invisible. Reducido a pura voz, como la ninfa Eco tras haberse consumido de amor por Narciso. A lo mejor, él también se había consumido de amor esperándome… o bien estaba paralizado por la emoción y era incapaz de tomar la iniciativa. O quizá —me recorrió un escalofrío— quería que lo hiciese yo. Para que comprendiese que era diferente de todos los demás. En vez de imponerme su amor, esperaba a que yo se lo pidiese.

—Acércate —dije con tono firme.

—Como desees, mi señora —respondió.

Sus palabras, que me supieron a poder y victoria, hicieron brotar una sonrisa en mis labios.

A medida que los ojos se acostumbraban a la oscuridad, percibía a mi alrededor formas inmóviles, algunas en posturas solemnes —los antepasados del dueño de la casa—, y otras en poses sinuosas, como si no fuesen de mármol, sino de carne y hueso.

Y de repente, mis manos dieron con una piel lisa que emanaba un calor ardiente.

—Estate quieto —susurré—. Quieto.

—Lo que tú digas, mi diosa. Te obedeceré siempre —respondió.

Recorrí su cuerpo con las manos, de los hombros a las ingles. Estaba desnudo, como las estatuas de los guerreros. Sus músculos, menos turgentes, pero sensibles y vivos, se estremecían. Sentí que se moría de ganas por devolver la caricia, pero al mismo tiempo se imponía respetar mis deseos y permanecía quieto. Cuando rocé su erección con la mano gimió, y percibí el esfuerzo que estaba haciendo para reprimir el instinto de satisfacerse inmediata y violentamente. Su excitación me halagó, pero aún más su obediencia ciega. Hizo que me sintiera amada. O mejor, adorada, completamente y sin condiciones.

En el lecho de mi esposo, y en los de los amantes con los que me distraía del aburrimiento matrimonial, siempre había considerado la cópula como un rito previsible y repetitivo. Pero ahora, en lugar de la consabida actuación, por primera vez se abría ante mí un océano de posibilidades. Por primera vez comprendía el significado de la libertad. Una libertad tan inmensa que me dejaba sin respiración. ¿Quién era ese hombre que, sin ni siquiera rozarme, me hacía gemir de deseo? Intuí que con él habría podido hacer cualquier cosa. Y ese pensamiento me dio vértigo. Tuve miedo de perder el dominio de mí misma, precisamente porque tenía el dominio sobre él, sobre ese poeta medio loco que, con su rendición incondicional, me excitaba más que un ejército de guerreros triunfantes.

Seguí tocándolo, demorándome en la cicatriz, larga y vertical, que había despertado mi curiosidad en nuestro primer encuentro. La recorrí con la lengua, de arriba abajo, hasta sentir en la barbilla su virilidad. La herida sabía a sangre. La mordí con suavidad. Gimió sin intentar escabullirse, sin recular, como habría hecho cualquiera. Contuve el impulso de morder con más fuerza, para hacerle sangre y después bebérmela. La dulzura de Catulo, su aparente sumisión, despertaban mis deseos más ocultos.

Deslicé la lengua en el ombligo. Deseaba entrar bajo su piel, explorar el interior de su cuerpo.

Mientras tanto, ya acostumbrada a la penumbra, distinguí en el centro de la sala un lecho enorme: el *lectus genialis*, el que se coloca en la entrada de la casa en la ceremonia nupcial, donde el novio espera a la novia. Catulo había preparado el atrio como si fuese nuestra boda. Y eso me causó una mezcla de ternura y preocupación; ese hombre esperaba de mí mucho más de lo que podía darle.

Decidí seguirle el juego. Bueno, más bien, dictar las reglas: en lugar del novio, iba a ser yo quien lo esperase tumbada en el lecho.

—Ven —dije llevándolo de la mano.

Antes de echarme, me quité la túnica. Al ser de una seda ligerísima, voló en el aire como una nube y luego cayó al suelo. Era tan fina que a su través se apreciaban los adornos del mosaico. Sin embargo, Catulo no miraba mi túnica: me miraba a mí.

Parecía estar a punto de decir algo, pero lo interrumpí enseguida, poniéndome el

índice sobre los labios.

—Chis.

Era apasionante hacer callar a un poeta. Tenía curiosidad por saber si, privado del uso de la palabra, de la cual era experto, seguiría siendo fascinante.

Me eché en el lecho con las manos detrás de la nuca. Me gustaba estar desnuda en aquella habitación desconocida, observada por las miradas ciegas de las estatuas. Y por la mirada ávida de mi amante. Imaginé que el mármol cobraba vida y que las estatuas formaban un círculo y se acercaban a mí con los brazos extendidos para tocarme. La idea me excitaba. Y se me ocurrió una cosa.

—Vamos a jugar —dije.

—Sí, Lesbia.

—Cerraré los ojos y tú me tocarás.

—¡Sí!

—Donde quieras.

—¡Sí! —volvió a decir, entusiasmado.

—Pero… —Hice una larga pausa.

—¿Pero?

—Solo podrás tocar una parte de mi cuerpo a la vez. Y en cada ocasión lo harás con una parte diferente de tu cuerpo. Y yo tendré que adivinar cuál es.

—Y ¿si no lo adivinas?

—Podrás castigarme. Como te plazca.

Lo dejé sin aliento. Tembló, antes de murmurar:

—Me gusta ese juego, amada Lesbia. Juguemos juntos.

Contuve la respiración. Yacer inerme, con los ojos cerrados y sin saber lo que iba a pasar aguzaba mis sentidos. Era como si mi cuerpo se hubiese multiplicado: muchos cuerpos, conscientes de su vulnerabilidad y, a la vez, del poder que ejercían sobre aquel joven en cuyas manos estaban.

De repente, sentí un revoloteo sobre el pezón izquierdo, que noté duro y dolorido, mientras la piel del brazo y de ese lado de mi tronco se erizaban.

—¿Me estás haciendo cosquillas con las pestañas? —pregunté.

—Lo has adivinado —susurró Catulo, y el revoloteo cedió el paso a una caricia de brizna de hierba.

—Y estos… ¿son tus cabellos?

—Sí.

A la hierba sucedió una superficie lisa que se restregó contra mis caderas para acabar apoyándose en el vientre, donde permaneció un buen rato, como si deseara hundirse en él.

—¿Una mejilla?

—Sí.

Me gustaba notar su peso, y su respiración, que se deslizaba con ligereza sobre mi piel. Después el peso desapareció, y algo húmedo empezó a ascender por la cara

interna de mi muslo derecho, cada vez más arriba… Separé las piernas, esperando que alcanzase mi parte más secreta. Pero se detuvo antes de llegar.

—¿La lengua? —pregunté.

No me ofreció una respuesta todavía; algo se deslizó rápidamente en vertical entre mis pechos.

Dudosa, probé a decir:

—La… ¿yema del pulgar?

Silencio.

—¿La mano?

Silencio de nuevo.

Sentí escalofríos.

Con un hilo de voz, respondió:

—No, mi señora. Te has equivocado. Era el antebrazo. —Y tras una pausa añadió —: Tengo que castigarte. —Y después, dudoso—: Pero solo si lo deseas…

—Estoy lista —afirmé intentando parecer más valiente de lo que era.

Lo oí tragar saliva al tiempo que de su cuerpo emanaba un calor más intenso, como si le hubiese subido la fiebre.

Me tensé, esperando el dolor.

Sin embargo, no llegó nunca. La víctima del castigo fue mi monte de Venus que, tras haber sido apretado entre los dientes por un instante, recibió una lluvia de besos. Lamenté que aquel agradable castigo cesase.

Me relajé.

—Sigamos jugando —dije.

—Sí, mi diosa.

Un remolino caliente y húmedo engulló uno de mis dedos gordos del pie. Empezaba a confundir la derecha con la izquierda, encima con debajo… Ni siquiera logré pronunciar: «¡La boca!», porque mientras tanto algo —¿una mano?— se había introducido entre los dedos del otro pie, y tiraba de ellos, los apretaba, los masajeaba… provocándome oleadas de placer. Mis mil cuerpos estaban entrelazados de tal manera que, tocando una extremidad, la sensación se transmitía también a la opuesta.

Luego sentí en la piel del cuello, y más arriba, en el nacimiento de los cabellos, pinchazos suaves, como una granizada de minúsculas bolitas de hielo.

—¿Las uñas?

—Sí. —Catulo me suspiró al oído, donde se introdujo un ser abrasador con vida propia.

La emoción fue tan aguda que se me escapó un grito.

A duras penas logré decir entre gimoteos: «Otra vez… ¿la lengua?», cuando unas gotitas —¿de saliva?— me mojaron los pechos y se transformaron en una lluvia de besos que me caía sobre los hombros, el vientre y los muslos. Me sentía como la tierra que, amada por el cielo, se ofrece por completo, benévolamente, a su infinito

toque fecundante.

Justo en ese momento, alcanzó mi pubis. Su aliento cálido me produjo escalofríos en el vientre. Una mano me separó aún más las piernas, y el soplo alcanzó lo más íntimo, que irradiaba oleadas intensas, casi dolorosas, de placer.

Pero en lugar de poseerme, dijo con voz ronca:

—Date la vuelta.

Obedecí. Ni siquiera había reparado en que los papeles se habían invertido. A esas alturas me había abandonado completamente a él. Como no me había abandonado a nadie, jamás.

Algo se insinuó entre las nalgas y ascendió hasta la nuca por la espalda. A su paso, esta se estremecía, aumentando la urgencia de las oleadas que emanaban del pubis.

—¿Tu… sexo?

—No es mío, es tuyo.

Hizo que me volviese otra vez. Hubo un silencio cargado de tensión, una pausa en la cual solo se movía mi corazón, que latía desbocado. Catulo me contemplaba. Indefensa, a su merced. Maravillosamente vulnerable.

Y por fin me tocó. Primero con los dedos y después, cuando todo mi ser se había derretido en un montón de carne palpitante, con su virilidad.

—Poséeme —susurré.

Me ofrecí a él todavía más. Deseaba tenerlo completamente dentro, como si no fuese solo un amante, sino una parte perdida de mí que volvía a mis entrañas. Y por cómo intentaba llegar a lo más profundo de mi ser, comprendí que deseábamos lo mismo. Alcancé el éxtasis más puro, sin tener que exagerar ni fingir. Cuando me vio saciada, se desplomó sobre mí. Pero aunque nuestro ímpetu se había agotado, no se retiró. Continuó pegado a mi cuerpo, cubriéndolo, como si no quisiese separarse de él, volver a ser un cuerpo diferente del mío.

Yacimos inmóviles durante mucho rato, sudados, entrelazados.

—No me separes de ti —murmuró—. Deja que muera en ti. Soy tuyo para siempre.

21

¡Yo también desearía que «siempre» tuviese un significado! Ojalá fuera posible salir del río del tiempo y buscar refugio en una ensenada, en un remanso protegido de la corriente que nos arrastra inexorable y despiadada.

Al salir de aquella casa, me pareció posible. Lo que sentía era tan puro e intenso que me engañaba creyendo que se impondría a lo cotidiano, que desafiaría el tiempo, quebrantando las leyes de la naturaleza. Era como si acabase de nacer. Las calles, las casas, el cielo, la gente, e incluso la suciedad que embrutecía el adoquinado, todo ello me parecía nuevo e intacto. Todo era sorprendentemente hermoso. Y yo me sentía bella y generosa. Como si el amor por Catulo rebosase de mí para volcarse en el mundo. Distribuí monedas entre los mendigos que me salían al paso. Y cuando el dinero se me acabó, regalé las joyas que llevaba puestas. Tenía ganas de abrazar a toda la gente, incluso a los más miserables. Lo único que no habría regalado por nada del mundo era el anillo que Catulo me había puesto en la palma de la mano poco antes de que nos despidiésemos.

De pie en el umbral, no lográbamos separarnos el uno del otro. ¡Qué diferencia de cuando, titubeante, había abierto la puerta! Me había convertido en otra persona. La Claudia de antes, altanera y vanidosa, había desaparecido entre las estatuas; la nueva Claudia, lánguida y apasionada, entregaba los brazos al cuello de su amante, pidiendo: «Dame otro beso más, el último».

Sin embargo, era el primero de otros muchos.

Al final, me había separado de él a la fuerza.

—Ahora tengo que irme, de verdad.

—Por favor, llévate esto. —Catulo me cerró el puño con la joya dentro y luego lo besó—. Quiero que tengas algo mío.

Observé el objeto. Era un anillo de sello, indispensable para firmar cartas y documentos.

—No puedo aceptarlo, Catulo. ¡Lo necesitas! —insistí, resistiendo a la languidez que de la mano, besada una y otra vez, ascendía por el brazo, el cuello, el cuerpo.

—Yo solo te necesito a ti —replicó.

Le miré las manos que retenían las mías: no llevaba los anillos que Publio había criticado.

—¿Dónde están tus anillos? —le pregunté al tiempo que le acariciaba los cabellos. Me hacía feliz el simple hecho de enroscármelos en los dedos. Como si sus rizos fuesen ornamentos más valiosos que las joyas que solían adornarlos.

—Hum… los he perdido —respondió abochornado, apartando la mirada.

Comprendí que los había vendido. Había reparado ya en que tenía problemas de dinero, pero no creí que fuesen tan graves. Probablemente su familia, al enterarse de que se dedicaba a la poesía en lugar de emprender la carrera política, había decidido no costear su estancia en la capital. Catulo vivía gracias a la ayuda de sus amigos.

—No puedo aceptarlo —repetí.

—No es un regalo, es una prenda —susurró—. Así estaré seguro de que volveré a verte para que me lo devuelvas.

—¡Quiero volver a verte! Y lo haré de todas formas, no necesitas una prenda —protesté.

—¡Deseo tanto que lo lleves contigo…! —me dijo con una mirada tan suplicante que no pude negarme.

Para mí también era menos doloroso separarme de él si tenía algo suyo. Puesto que el sello me iba grande no me lo puse, sino que lo guardé en la bolsa para no perderlo.

—Lo siento, pero durante algunos días Manlio no podrá prestarme su casa —afirmó, afligido—. Mientras tanto podríamos vernos en otro sitio. —Había subrayado la frase con una mirada colmada de deseo.

—¡Por supuesto! Mañana estoy ocupada todo el día con los preparativos de la fiesta de Bona Dea, en casa de Pompeya, pero pasado mañana estoy libre. ¿Dónde podríamos vernos?

—¡En el Argileto! —exclamó como si fuese un lugar de encuentro habitual.

—¿En el Argileto? —dije, sorprendida.

El Argileto es la calle de los libreros y los zapateros, que comparten el barrio porque usan el mismo material: la piel curtida. Y eso hace que el aire sea irrespirable allí.

—Voy muy a menudo… Me encantaría llevarte a los sitios que me gustan —dijo con voz suplicante.

—Creo que he estado un par de veces en toda mi vida —confesé.

—¿Cómo? —Catulo se sorprendió—. ¿Tú que posees una de las bibliotecas más grandes de Roma no vas al Argileto?

—Mando a los esclavos a comprar libros, o bien los encargo a los libreros que vienen a casa a proponerme las novedades que acaban de publicarse.

—¿Los libreros van a tu casa?

Abrió mucho los ojos, asombrado. Después de haber hecho el amor se le habían puesto de un azul marino que lo hacía parecer aún más joven.

—Los libreros hacen cola para que los reciba. ¡Ser proveedor de mi biblioteca es un honor! —dije, dándome cuenta demasiado tarde de que lo había humillado al mencionar mi posición social.

Pronto aprendería que se ofendía con facilidad. Bastaba una palabra o un gesto equivocado para que se pusiese de mal humor. A veces se enfurruñaba durante días,

volviéndose insoportable; otras se le pasaba enseguida, como las nubes de verano. Aquella vez fue suficiente con que le dijese: «Me encantaría ir contigo al Argileto», para que su semblante se iluminase de nuevo.

—¡Te enseñaré cosas muy interesantes! —exclamó—. Quiero que sepas todo de mí: lo que me gusta, lo que no soporto, ¡todo! No quiero estar contigo solo en la cama, quiero ir contigo a todas partes. Siempre.

El corazón se me colmó de ternura; por un instante, yo también creí que era posible.

22

Cuando por fin me marché, me sentía llena de una energía increíble. Pensaba: «La vida es demasiado hermosa para desperdiciarla durmiendo: ¡no dormiré nunca más!».

Por eso caminaba deprisa, sin miedo a la oscuridad que se apoderaba de las calles, envolviéndolas poco a poco en un manto de niebla que deformaba y borraba la realidad, sumergiéndola en un gris lechoso y evanescente. Sin embargo, a medida que me alejaba de la casa de Manlio, mi coraje se iba debilitando. El frío húmedo, sombrío, me acometía con garras de hielo, aprovechando las vestimentas ligeras que me había puesto para estar más atractiva. Me arrepentí de no haber aceptado que Catulo me acompañase.

—No hace falta —le dije—. Llegaré enseguida a casa.

—¿Estás segura, Lesbia? —objetó—. La niebla cala pronto en esta época del año.

—¿Acaso crees que me da miedo la niebla? —repliqué, ofendida.

—¡Cómo podrías temerla… si eres la luz! —Me abrazó. Y luego susurró—: Se me parte el corazón al verte marchar. Mi único consuelo es que, en cuanto te vayas, me pondré a pensar en ti.

—Yo también pensaré en ti, Catulo.

—Te esperaré cada minuto. Después esparciré los fragmentos de tiempo para hacer un camino que te conduzca a mí.

—Volveré, Catulo. ¡Hasta pronto!

—¡Hasta muy pronto, Lesbia mía!

No obstante, en aquel momento, ni siquiera pensar en mi amante podía salvarme de una desagradable realidad: me había perdido. ¿Cómo pude ser tan imprudente, tan incauta? ¿Por qué no ordené que me viniese a buscar la litera? ¿Por qué confié en mis fuerzas?

«¡Necia, necia! —me repetía—. Pero ¿en qué estabas pensando?».

Caminando distraída, cegada por la alegría, me había extraviado y no sabía volver a casa. Había ido a parar a una maraña de callejones malolientes, transitados por pocos paseantes envueltos en mantos que les cubrían el rostro, más para esconderse que para guarecerse del frío. Eso me ayudó a comprender dónde me encontraba: en la Suburra. Nadie quiere que lo reconozcan cuando camina por las calles con peor fama de toda Roma.

Años atrás había estado alguna vez, con Publio, en busca de aventuras. Nos divertíamos dando escándalo, compitiendo contra quien bebía más en tabernas oscuras, ojeando en los lupanares, asistiendo a espectáculos en teatros de ínfima

categoría. Se rumoreaba que en ese barrio las matronas insatisfechas de sus maridos pagaban a hombres dispuestos a todo a cambio de dinero. Y también se decía que algunas eran tan lascivas que se concedían al primero que pasaba, ocultas por una máscara, en los cuartuchos de los lupanares que se abrían a la calle. Solo una cortina se interponía entre los cubículos, prácticamente ocupados solo por la cama, y las miradas de los paseantes. Los jadeos, los gemidos y las vulgaridades pronunciadas a gritos o susurradas se oían en la calle, como un concierto obsceno.

Pero ni siquiera con mi hermano me había adentrado tanto. Hasta Publio, que sin duda no se distinguía por la prudencia, decía que era demasiado peligroso ir sin escolta.

Y ahora mi imprudencia me había conducido a lo más profundo de la Suburra. Sola.

La benevolencia y la generosidad —sentimientos que hasta hacía poco me habían colmado el corazón— se disiparon, desterrados por el miedo. En verdad, no hay nada que dure para siempre.

En la niebla, oí pasos y voces cristalinas que desentonaban en aquel lugar siniestro. Vislumbré a dos seres diminutos, agraciados, que se hacinaban en los umbrales de las tabernas para calentarse. De vez en cuando un paseante, después de haber intercambiado unas palabras en voz baja, se llevaba a uno. No iban muy lejos: el hueco de un portal o el espacio entre dos casas servía de refugio para que el individuo satisficiese sus apetitos. Había ido a parar a la zona más infame: la de la prostitución infantil. Allí los pequeños esclavos demasiado delicados para desempeñar tareas pesadas están condenados a venderse por unos pocos ases que entregan a su explotador. Quién sabía de qué quimera era yo presa, poco antes, cuando rebosaba simpatía por el ser humano.

Era la única mujer en aquel infierno. Un proxeneta, al verme, me dijo entre dientes: «¡Vete!», y me amenazó con un cuchillo. Temía que, empujada por el instinto maternal, lo privase de sus fuentes de beneficio. Me alejé corriendo, jadeando, tropezando con la basura que atestaba la calle.

De repente me di cuenta de que al final se abría a una plaza. Quizá, fuera de la maraña de callejuelas, sabría orientarme. Sin embargo, aminoré la marcha cuando un espectáculo sorprendente y horripilante llamó mi atención: al otro lado del muro medio derruido, que impedía en parte la visión, un hombre volaba. O mejor dicho, ascendía rápidamente, agitando brazos y piernas, como si el cielo lo aspirase, e inmediatamente después volvía a caer, como si la tierra lo reclamase. Vuelos y caídas iban acompañados, además de por sus gritos, cada vez más débiles, por vítores, silbidos y palmas. Comprendí de qué se trataba porque mi marido lo había mencionado en alguna ocasión. Un grupo de soldados jugaba en la plaza a la *sagatio*, un pasatiempo en boga entre la tropa. Consiste en lanzar al aire a la víctima sobre una

manta bien tensada que sostienen entre todos por los bordes, arriba y abajo, cada vez más alto, hasta que el desventurado se desmaya o cae afuera. Llovían las apuestas acerca de cuál de las dos posibilidades ocurriría primero.

Fui en el sentido opuesto lo más rápido que pude, y deseé suerte a aquel desgraciado que, sin saberlo, me había salvado la vida, pues si no lo hubiese visto por encima del muro habría ido a parar a la plaza y me habría topado con los soldados. Un escalofrío de terror me recorrió el cuerpo cuando pensé que probablemente no habría salido viva de allí.

Enfilé otro callejón, caminando pegada a la pared para que se me viese lo menos posible. Me parecía estar viviendo una pesadilla.

De la oscuridad emergieron dos seres con la cabeza desproporcionada soltando carcajadas vulgares.

—¡Creía que se la iba a chupar por dos ases! ¡Ese idiota no conoce a la Rufilla!

—¿Y el otro, el senador? ¡Ha intentado confundirme creyendo que me dejaría follar a cambio de sus chácharas!

Y venga a reírse.

Lo que a primera vista me habían parecido cabezas descomunales eran, en realidad, pelucas crespas y muy complicadas que oscilaban sobre su cabello. Cuando se abrió la puerta de un local y la luz las iluminó, vi que eran pelirrojas y que las mujeres llevaban togas cortas de hombre que les dejaban las piernas al descubierto; la típica vestimenta de las prostitutas. Una de las dos tenía el trasero tan gordo que la tela se lo cubría a duras penas. Con el bamboleo de sus andares los bordes de la toga se le levantaban y revelaban la amplia mancha del pubis, que también llevaba teñido de rojo.

—¡He aquí una matrona en busca de diversión! —se carcajearon al percatarse de mí, desorientada en medio de la calle—. ¡Ven con nosotras! —me invitaron, y extendieron los brazos para aferrarme. Al verme huir sin responder vociferaron—: Pero ¿quién te crees que eres? ¡Ja, ja, ja! ¡Te das aires de gran señora, pero no eres mejor que nosotras!

Me alejé corriendo, con la sensación de que aquella pesadilla no iba a acabar nunca.

Doblé una esquina y fui a parar a un ensanche en cuyo centro, casi ocultas por la hierba y los zarzales, se erguían paredes en ruinas, restos ennegrecidos de casas incendiadas; los incendios devastan periódicamente las zonas humildes de la Urbe.

Más allá de las ruinas, el silencio era tan denso y puro que parecía casi palpable. Había llegado al confín de la ciudad, a los campos. Por fin tuve un atisbo de esperanza. Si me tranquilizaba e intentaba recordar el mapa de mármol de Roma exhibido en el Foro, lograría orientarme y llegaría a un lugar seguro.

Pero antes de que pudiera reflexionar, apareció ante mis ojos otro espectáculo aterrador: de las ruinas salieron dos monstruos que venían en mi dirección. Apenas tuve tiempo de esconderme detrás de un muro bajo. El primero parecía una momia

envuelta en trapos negros que le deformaban el cuerpo y le ocultaban el rostro. La cabeza del segundo, que iba a cara descubierta, era aún más grande que la de las prostitutas. No por llevar peluca, sino a causa de su melena, sorprendentemente enmarañada, que se movía como si tuviese vida propia. Pequeñas serpientes entrelazadas a los cabellos y atadas a los mechones con un sinfín de anillos metálicos, movían la cabeza y la cola, como si intentaran liberarse. Parecía un enjambre de avispas enloquecidas.

—En cuanto tenga el último ingrediente, completaré el hechizo —dijo la horrenda criatura cuya voz ronca debía de haber pertenecido antaño a una mujer.

—Y ¿cuándo conseguirás por fin ese ingrediente que te falta? ¡Hace mucho que espero! —profirió con arrogancia la momia.

Su voz me resultaba familiar, pero no lograba identificarla. ¿Quién era?

—¡No es tan sencillo, señora! ¡El proxeneta de los niños vigila y no es fácil quitarle uno! —se justificó la hechicera.

—¡Excusas, solo excusas! Presta atención, Canidia: esta es tu última oportunidad. Te concedo otra semana. Si no logras hacer el hechizo… —La momia dejó la amenaza suspendida en el aire.

—Noble Fulvia, te prometo que…

No escuché nada más. Por otra parte, aunque no hubiese mencionado su nombre, la habría reconocido por su insolente modo de hablar. La que negociaba sortilegios con la hechicera Canidia no era otra que mi futura cuñada.

—¡Fulvia!

Con pasos vacilantes salí del escondite. En ese momento, la odiosa prometida de Publio era mi única y tenue esperanza.

Al oír que la llamaban se sobresaltó. Con el rostro descompuesto por la rabia de haber sido descubierta, se volvió en mi dirección, y estoy segura de que se me habría echado encima si, al acercarse, no me hubiese reconocido.

—¿Claudia? —dijo conteniendo el arrebato.

—Sí.

—¿Qué…? —Se detuvo. Si preguntaba el motivo de mi presencia en aquel lugar equívoco, se vería obligada a confesar el suyo.

Permanecimos un rato mirándonos a los ojos, apuradas, ambas esforzándonos en inventar una excusa. Al final, como por tácito acuerdo, renunciamos a darnos explicaciones.

—¿Puedes acompañarme a casa? —pregunté—. No tengo litera.

—Claro —respondió Fulvia, sin sorprenderse de que merodeara a pie por lugares de mala fama.

Canidia nos miraba inmóvil, con expresión calculadora, preguntándose quizá cómo podía aprovecharse de la inesperada evolución de la situación. Las serpientes bailaban en el aire con movimientos sinuosos.

—Una semana —dijo entre dientes Fulvia a la hechicera—. Ni un día más.

La vieja asintió mientras los reptiles se entrelazaban continuamente, como ramas sacudidas por el viento.

El carro de Fulvia esperaba no muy lejos.

En los años siguientes mencionamos ese encuentro en la Suburra solo una vez. Pero ese secreto tuvo un peso entre nosotras. A pesar de la antipatía recíproca, nos mantuvo unidas incluso después de que Fulvia enviudara de mi hermano y contrajera matrimonio con Marco Antonio; incluso después de que este perpetrase el infame asesinato de Cicerón.

Ya a salvo en el vehículo, feliz de haber salido bien parada, metí la mano en la bolsa para tocar el anillo de Catulo. Mi alegría se desvaneció: el anillo había desaparecido. Se había caído mientras corría, o bien, más probablemente, me lo habían robado.

Me fallaron las fuerzas y me eché a llorar, sin hacer caso a la presencia de Fulvia, que me escrutaba con curiosidad y sonreía cruelmente.

Tuve la confirmación de lo que ya sabía: «siempre» no existe.

23

—¡Solo en Roma puede encontrarse un lugar como este! —exclamó Catulo.

Me indicaba las callejuelas abarrotadas de tiendas y talleres del Argileto. En el aire, mezclado con el hedor de la piel curtida, se respiraba el perfume de los libros y de la tinta. Casi todos los libreros también eran editores; en las trastiendas, los esclavos amanuenses trabajaban duramente para producir los ejemplares que se vendían en la tienda. En otras circunstancias, el barrio donde nacen los libros habría suscitado mi curiosidad, pero en ese momento la presencia de Catulo me impedía concentrarme en algo que no fuese él. Me parecía incluso percibir el aroma de su piel, pero quizá eran imaginaciones mías, por encima de los olores fuertes que impregnaban el aire. Me miró con un deseo tan profundo que me dejó sin aliento.

—Lesbia —murmuró—. ¡Soy muy feliz de estar aquí contigo!

Le acaricié una mano para que sintiese lo mucho que lo había añorado, lo mucho que sufría por no poder tocarlo en medio del gentío.

Era una mañana soleada, llena de promesas. Los horrores de la Suburra habían quedado atrás. Y la pérdida del anillo con el sello ya no me parecía un mal presagio. Había encargado otro igual a mi joyero.

«Es absurdo atribuir significados recónditos a una imprudencia —me dije—. En lugar de dejarme atemorizar por las coincidencias, tengo que sacar provecho de la experiencia: nunca más seré tan imprudente».

Pero sabiendo lo supersticioso que era Catulo, no le mencioné la pérdida del anillo.

—¡Lo tengo en prenda hasta que podamos estar solos de nuevo! —le dije, esperando que no entreviera en mis ojos la mentira.

—Haré todo que pueda para que sea lo antes posible, mi diosa —respondió con una pasión tan sincera que no pude evitar sentir una punzada de remordimiento.

Remordimiento que desapareció por completo cuando, paseando los dos por el Argileto, descubrí que tenía una rival. Además de su pasión por mí, otro amor ardía en su corazón. Un amor tan intenso que a veces lograba que me olvidase: la literatura. Confieso que llegué a estar celosa de ella como lo habría estado de otra mujer. Pero mientras que contra otra mujer podía competir en belleza e inteligencia, contra aquella dueña voraz que se traga a sus amantes consumiéndoles la vida y los bienes, obligándolos a escribir, noche tras noche, palabra tras palabra, no tenía armas con que combatir.

Descubrí que, como la pasión amorosa, la pasión por la literatura está envenenada

por los celos, el despecho y los desquites. Y que Catulo no se quedaba atrás en las polémicas literarias.

Justo después de leer los anuncios de las novedades editoriales que cubrían las columnas de la entrada al barrio, estalló, indignado.

—¡Oh, no! ¡Sufeno ha publicado otro libro! Pero ¿cuántos libros escribe ese cerdo en un año? ¿Medio millón?

E inmediatamente después, sin darme tiempo a abrir la boca, exclamó:

—¡Más *Anales* de Volusio! ¿Adónde vamos a ir a parar? ¡Qué escándalo!

Acostumbrada a que los libreros me ofreciesen títulos ya seleccionados, nunca había imaginado que un número tan elevado de publicaciones saliese cada día a la luz. Las tiendas rebosaban de rollos, desde los más económicos, en papel de tilo, pasando por los papiros de precio medio, hasta llegar a los más caros, de pergamino. Los volúmenes no solo se distinguían por el material, sino también por el esmero con el que habían sido alisados y acabados los márgenes; las obras económicas tenían los bordes ásperos y deshilachados, una tentación para las polillas, azote de las bibliotecas, mientras que las de valor lucían bordes pulidos, teñidos de colores vivos. Algunas estaban incluso protegidas por fundas antipolillas.

En una de las tiendas, Catulo cogió de una repisa un objeto que yo no había visto nunca.

—¡Mira esto!

—¿Qué es? —pregunté.

—¡Un libro! —Me lo tendió—. ¡O mejor, el futuro del libro!

—Qué raro es —observé, dándole vueltas en las manos.

—¿Ves? Las hojas son de pergamino, no de papiro —me explicó, y me mostró cómo se hojeaba—. Lo que los hace especiales es que no están pegadas formando una sola tira que se enrolla alrededor de una varilla, como es lo habitual, sino que están cortadas y cosidas, formando una especie de cuaderno grande, con páginas que se hojean tapadas por una cubierta rígida.

—¡Nunca he visto nada parecido! —dije, sorprendida.

—¡Sin duda es más fácil de leer que un rollo! Piensa en lo cómodo que resulta tenerlo en las manos, pasar sus hojas, buscar un fragmento…

—Puede ser. Pero, si es tan cómodo, ¿por qué no tiene más éxito? ¡Por lo que sé en las bibliotecas no hay!

—Son demasiado caros —dijo.

—Y ¿esos qué son? —Señalé un montón de rollos polvorientos abandonados en una caja.

Catulo se echó a reír.

—¡Son los ejemplares sin vender del poema *Sobre mi consulado y mis tiempos* de Cicerón!

Reí con él: las desaventuras poéticas de Cicerón eran de dominio público. Después de haber intentado convencer a varios autores de que escribiesen una obra

conmemorativa sobre su consulado, se había aventurado a escribirla solo, ¡con un penoso resultado! Toda Roma se reía de sus poemas, pomposos y fatuos, que nadie compraba ni siquiera al precio irrisorio al que se liquidaban. Era tan buen orador como mal poeta.

—¡He aquí un libro digno de ese nombre! —anunció Catulo, dándome un volumen bien acabado, enrollado en una elegante varilla de marfil—: ¡*Zmyrna* de Cina!

—¿Cina? ¡No lo conozco!

—¿No conoces a Cayo Helvio Cina, uno de los más grandes poetas contemporáneos? Es de la Galia Cisalpina, como yo. Puede ser que no lo conozcas porque *Zmyrna* es su primera obra y para escribirla pasó nueve años encerrado en casa.

—¿Nueve años? ¡Pero si es un poema muy breve!

Le devolví el rollo, un poco molesta por su admiración excesiva.

Evidentemente *Zmyrna* le interesaba más que yo. Desde que había visto aquel rollo, ni me lanzaba miradas de deseo ni había intentado tocarme.

—¡Pues otra cualidad! —replicó Catulo sin darse cuenta de que estaba celosa—. Cada verso ha sido escrito, corregido y pulido hasta el infinito… Y he aquí una obra perfecta.

—Sí, muy perfecta. ¿Nos vamos? —propuse—. Estoy cansada.

—¡Sí, Lesbia mía! —convino—. Un momento solo.

El momento se convirtió en una eternidad, a tal punto que el librero le preguntó si tenía intención de comprar el libro. Mi amante se puso a regatear, y entonces perdí la paciencia. Salí enfadada de la tienda.

«¡Nadie —pensaba—, nunca nadie me ha tratado así! Necia de mí… ¡Y yo que esperaba esta cita con impaciencia! Ayer, en vez de hablar de la fiesta con las demás matronas, no podía dejar de pensar en él. ¡Y he rechazado la invitación a un banquete para verlo! Pensaba que íbamos a besarnos en los portales… que sus manos no podrían apartarse de mí… ¡Necia, necia!».

Se me saltaban las lágrimas de rabia, pero me las tragaba y caminaba muy erguida, con orgullo. No quería llorar por amor.

Para que los esclavos no me viesen en ese estado, decidí dar una vuelta y visitar las tiendas de los zapateros. Ya que había soportado el hedor del barrio, lo mismo daba quedarse e ir a ver lo que ofrecían.

Vagando por los talleres me fui calmando poco a poco. Entrar en las tiendas más sórdidas, probarme modelos extravagantes y volver locos a los tenderos pidiendo cosas imposibles era una experiencia nueva, divertida. Muy diferente del habitual y aburrido trato con los artesanos que se agolpaban en mi antecámara. Mientras merodeaba por un almacén oscuro, un centelleo me llamó la atención. Apoyadas en el alféizar de una ventana estaban las sandalias más encantadoras que había visto jamás. De aspecto oriental y cuero finísimo, tenían demasiados adornos para ser

consideradas elegantes. Sin embargo, no lograba apartar la vista de sus aderezos: cuentas de colores, bordados, espejitos que brillaban con el menor rayo de luz. Observándolas de cerca me di cuenta de que estaban usadas. ¿De dónde procedían?

—Pertenecían a una princesa oriental —afirmó el zapatero al notar mi interés—. ¡Una grande y poderosa princesa!

—¡Qué extraño! Si era tan poderosa, ¿por qué ha dejado sus sandalias en tu alféizar? —objeté.

—Hum, es una larga historia… —balbuceó, obviamente porque no se le ocurría nada.

¡Quién sabe! Quizá habían pertenecido de verdad a una princesa de Oriente, encadenada y arrastrada a Roma por alguno de nuestros triunfantes generales; o bien, más probablemente, eran de una cortesana que se había visto obligada a venderlas al declinar sus encantos. Fuera como fuese, me gustaban mucho, y después de comprobar que eran de mi medida, me las compré. Iba a ponérmelas en la fiesta de Bona Dea. ¡Que se escandalizasen las matronas romanas a la vista de mis llamativas sandalias!

O mejor aún, ya que me gustaban tanto, me las pondría en el acto. ¡Peor para Catulo si no estaba para verlo!

No obstante, las vio casi enseguida: despeinado, con la mirada aturdida y la expresión contraída por el ansia, me esperaba a la salida de la tienda.

—¿Dónde estabas? ¡Te he buscado por todas partes! —me acosó—. ¿Por qué te has escapado de esa manera? ¡He creído que… te habías ido con otro!

—¿Ah, sí? —repliqué con frialdad.

—He sido un idiota, un loco. ¿Por qué te he desatendido por ese libro insulso?

Me encogí de hombros, como diciendo: «¡Quién sabe!», mientras sus halagos iban aplacando mi ira.

—¡He tenido miedo… de haberte perdido en estos callejones, de no encontrarte nunca más! —exclamó con la respiración entrecortada.

—¿De verdad? —pregunté más tranquila.

—¡Sí! He recorrido todas las tiendas, llamándote. —Parecía decir la verdad, pues estaba ronco—. Y por fin te he visto entrar aquí. ¡Te he esperado tanto rato que he llegado a pensar que había otra salida… que tenías una cita con otro!

—Solo me interesas tú, Catulo. Nadie más, no lo dudes nunca.

—¡Gracias a los dioses que te he encontrado! No te dejaré escapar nunca más —dijo cogiéndome de la mano.

—Sin embargo, cuando me he ido no has hecho nada para impedírmelo —repliqué.

Empezaba a ablandarme a mi pesar. ¡En sus ojos advertía una sinceridad tan desesperada…! Ni siquiera parecía el mismo hombre que una hora antes había

preferido un rollo de papiro a mí.

—De golpe, la tienda se ha sumergido en la oscuridad: tú te habías marchado. Te lo ruego, no me dejes solo nunca más. No me condenes a las tinieblas.

Las tinieblas le daban mucho miedo. Solo después de su muerte comprendí el porqué: sintiendo su amenaza, buscaba una luz que las ahuyentase. Y aunque entonces no sabía lo que sé ahora, pude advertir su terror. La ira me abandonó por completo y la ternura ocupó su lugar.

—Catulo —susurré.

Nos dimos las manos sin preocuparnos de la gente que al pasar nos miraba, se reía por lo bajo y murmuraba. El Argileto, las tiendas, el mal olor, la gente, todo desapareció. Por unos instantes, no había nadie más en el mundo.

—Te deseo —dije.

—Yo también —respondió—. No sabes cómo.

Miró a su alrededor, como si buscase algo. Luego me dijo: «¡Ven!», y me llevó de la mano, muy deprisa, de nuevo a la calle de los libreros.

—¿Adónde vam…? —empecé a preguntar.

Pero sin dejarme acabar, repitió:

—Ven. Sé de un lugar.

Llegamos a la tienda de Trifone, el aspirante a editor de los poemas de Catulo. Aspirante porque Catulo aplazaba continuamente la entrega pues nunca estaba del todo satisfecho de su trabajo; permitía que sus obras circulasen entre sus amigos, pero no que se publicaran. Todo lo contrario de los poetuchos con los que tanto se ensañaba.

—¡Sígueme! —dijo deslizándose a través de una puertecilla que daba al callejón lateral de la entrada principal, cuya llave poseía. En cuanto entramos, cerró la puerta con un cerrojo—. Ten cuidado, hay una escalera —susurró.

Me precedió por unos escalones de piedra que bajaban a un local amplio, iluminado por la luz lechosa que entraba por las ventanas, al nivel de la calle, cubiertas por telas blancas.

—Es el almacén de Trifone —me dijo—. Puedo entrar porque lo ayudo a ordenar los libros. —A juzgar por el revoltijo de rollos abandonados sobre las mesas o amontonados en las hornacinas de las paredes, Catulo no era un gran ayudante. Adivinando lo que estaba pensando, precisó—: Ordenar en el sentido de que juntos decidimos lo que vale la pena conservar y lo que no. También doy mi opinión en los casos de dudosa atribución. ¡No puedes imaginarte la cantidad de gente que firma con nombres de autores famosos para asegurarse las ventas!

Desde la planta de arriba llegaba la voz del esclavo que dictaba a los amanuenses, encorvados sobre el papiro.

—Escucha —dije—. «Cuanto el alma conseguir anhela…». ¡Conozco ese verso! ¡Está dictando una poesía de Safo!

—«Cuanto el alma conseguir anhela» —repitió Catulo mirándome a los ojos.

Siguió un silencio lleno de tensión. Solo se oía a lo lejos la voz del esclavo, que continuaba leyendo lentamente, con un tono monótono que contrastaba con el significado de los versos: «Eros me ha trastornado el corazón».

Esa vez fui yo quien repitió:

—«Eros me ha trastornado el corazón».

Catulo sonrió y fue a la otra puerta del almacén que, pensé, conducía a la tienda que estaba arriba. También le echó el cerrojo. Luego se volvió hacia mí. Tuve la dolorosa conciencia de que ese momento era único. Habría deseado guardarlo para siempre. Era extraño pensar que la misma escena —un hombre, una mujer y su deseo — podía ser grosera y vulgar o bien elevarse a la solemnidad de un rito. Un almacén polvoriento estaba a punto de convertirse en un templo.

Catulo me miró un buen rato, con la solemnidad de un sacerdote que va a oficiar el culto. Después me dijo que me desnudara.

Miré a mi alrededor. En la sala no había ni lechos ni triclinios. Solo vi tres mesas grandes y algunas sillas con brazos y respaldo arqueado. Pensé que haríamos el amor en el suelo o sobre una mesa. La idea era perturbadora. Dejé caer el manto a mis pies. Me desabroché el cinturón y me quité la estola, quedándome en túnica. Me excitaba saber que la tela fina dejaba entrever mis formas sin mostrarlas. Advertía la expectación ansiosa de Catulo, pero en lugar de satisfacerlo, me divertí prolongándola. Cuando acerqué las manos a la túnica, mi amante inspiró profundamente, convencido de que me la iba a quitar. Lo desilusioné, porque en lugar de hacerlo me pellizqué los pezones y me acaricié el pubis.

—Te lo ruego, desnúdate —suplicó Catulo.

Lentamente, muy lentamente, atendí su súplica.

Solo llevaba puestas las sandalias de cuentas.

—Siéntate —dijo Catulo, indicando una de las sillas.

Me senté correctamente, con las rodillas juntas, como corresponde a una matrona.

—Pon las piernas en los apoyabrazos —ordenó.

Haciendo ver que no lo entendía, puse las dos piernas de lado, sobre uno de los apoyabrazos. Catulo especificó con voz rota:

—En un apoyabrazos cada una.

Me abrí para él, que se arrodilló como un devoto ante su divinidad. Las sandalias resplandecían, una en cada extremo.

Catulo cogió mi pie izquierdo y, sin quitarme la sandalia, se lo llevó a la boca. Introduciendo la lengua entre las tiras de cuero, me lamió los dedos, el dorso, y dondequiera que lograba alcanzar mi piel. Con el obstáculo del calzado, su roce me regalaba escalofríos que del pie subían a lo largo de la pierna, hasta la espalda y al cuello. Mi centro palpitaba y destilaba rocío como la tierra esperando el sol al amanecer. Acabado el pie izquierdo, Catulo sometió el derecho a la misma dulce

tortura. Después, sin decir una palabra, retiró la boca del pie y la llevó a mi sexo, que era como una flor a punto de abrirse. Separó los pétalos con la lengua y alcanzó el pistilo. La sensación fue tan intensa que no pude contenerme y grité. Catulo alzó los ojos, feliz por el efecto que había causado y preocupado a la vez, por si nos oían arriba. Permanecimos a la escucha. El esclavo continuaba con el mismo tono monótono, sin saber que, a poca distancia de él, sus palabras estaban cobrando vida: «Y he aquí Eros, que ha vuelto a arrollarme y derrite mis miembros, Eros agridulce e irresistible».

Y mis miembros ardían y se derretían de verdad.

Me mordí los labios intentando contener los gritos que se me escapaban mientras la lengua de mi amante recorría mis partes más sensibles y secretas. Nunca había experimentado un placer tan intenso. Eso que estaba haciendo —algo degradante e inimaginable para un romano libre— creaba entre nosotros una intimidad más profunda que la de la penetración. Podría hacer el amor con otros, pero no permitiría nunca a nadie más lo que le estaba permitiendo a él.

Oleadas cada vez más fuertes, como cuando el mar se encrespa bajo la tempestad, recorrían mi vientre. En cuanto los embates escapaban a mi control, murmuraba: «¡No, basta!», pero mi amante no dejaba de surcar mi mar. De vez en cuando, una ola más fuerte me recorría con violencia, levantándome y haciéndome precipitar después, hasta que fueron cada vez más potentes y ya no pude pararlas, ni dominarlas y, a su completa merced, me dejé llevar. Cerré los ojos. Habría deseado morir en ese instante, y me puse a gritar, a gritar, a gritar…

Cuando volví en mí, Catulo había posado una mano sobre mi boca para que se la mordiese y para sofocar mis gemidos. Lo mordí tan fuerte que la señal de mis dientes permaneció durante varios días. La lucía con orgullo.

—Amor mío —decía—, amor mío. —Con la otra mano me acariciaba la frente húmeda y los cabellos.

Él también tenía el rostro sudado. Cuando me calmé, retiró la mano y me besó con pasión para que pudiese probar mi sabor en su boca.

La sensación me inspiró un deseo.

—Quiero que tú también pruebes el tuyo —dije.

Me levanté tambaleante; la habitación me daba vueltas y tenía las piernas entumecidas y pesadas. Apoyé las manos en los hombros de Catulo para invitarlo a ponerse de pie. Cuando estuvimos uno frente a otro lo abracé con fuerza, apretándome contra su cuerpo. Era agradable dejarme acariciar por su túnica, sentir su piel bajo la tela.

Hizo ademán de desnudarse.

—No —le dije.

Me excitaba el contraste entre su ropa y mi desnudez. Luego me arrodillé ante él, metí una mano en su toga, me incliné hacia delante y, por primera vez en mi vida, experimenté placer haciendo lo que hasta ese momento siempre había intentado evitar

o me había visto obligada a llevar a cabo con desagrado, en nombre del deber conyugal o por la insistencia de los amantes, procurando siempre acabar lo antes posible.

—Mírame —dijo al percibir mi emoción—. Quiero mirarte a los ojos mientras lo haces.

Con esfuerzo, levanté los ojos y vi los suyos, casi líquidos, adoradores, dilatarse de placer. Me gustaba su sabor, y me gustaba mezclarlo con el mío, que permanecía en mi boca después del beso. Me dediqué a hacerlo gozar sin prisas, gozando yo misma al notar que su turgencia aumentaba, que sus movimientos se aceleraban, hasta aferrarme los cabellos para empujarme cada vez más profundamente, mientras decía: «Te amo, Lesbia», y su néctar inundaba mi boca. Me puse de pie y lo besé, vertiéndoselo entre los labios de modo que nuestras lenguas lo succionasen juntas y lo mezclasen con lo que quedaba de mi néctar. Fue como multiplicar el amor, pues permitimos que entrara profundamente en nuestros cuerpos y que todas sus partes participasen de él.

Permanecimos allí de pie, abrazados, mientras el sudor se nos secaba haciéndonos estremecer. Nos apretamos aún más, para darnos calor. Catulo recogió mi manto del suelo y me lo puso sobre los hombros. Estaba cansada y deseaba quedarme dormida entre sus brazos, fundirme con él fuera del mundo, en un lugar que fuese solo nuestro, donde poder serlo todo: ser nosotros.

Desgraciadamente, no estábamos en ese lugar. Y, sobre todo, el lugar donde estábamos no nos pertenecía. Se encargaron de recordárnoslo, dolorosamente, los golpes que de repente alguien dio en la puerta de comunicación con el piso de arriba.

—¡Está cerrada por dentro! —oímos exclamar a un hombre.

—¿Cómo? ¡No es posible! —dijo otro.

—¡Por Júpiter, me parecía haber oído ruidos! —añadió el primero.

A sus palabras siguieron más golpes, que movieron el cerrojo a tal punto que temí que la puerta se abriera.

—¿Hay alguien ahí? ¿Hay alguien ahí? —repetía la voz que, en mi imaginación aterrorizada, se me antojaba el coro de una multitud.

Al final, la voz más decidida afirmó:

—¡Tiremos la puerta abajo!

—¡No! —replicó la otra, quizá la de Trifone—. Antes probemos por la que da al callejón.

Catulo, que mientras tanto había recogido toda mi ropa y me ayudaba a vestirme, me apremió a salir. Estaba confundida, atontada. Arrancarme de ese lugar me causaba un sufrimiento indecible. Quizá, si mi amante no me hubiese cogido de la mano, arrastrado escaleras arriba y empujado a la calle justo un momento antes de que hiciesen irrupción en el almacén Trifone y sus ayudantes, me habría transformado en

una estatua. Teniendo en cuenta lo que pasó después, tal vez habría sido mejor.

24

La primera señal de la desgracia fue el extraño comportamiento de Publio el día antes de la fiesta de Bona Dea. Distraída como estaba pensando en mis secretos, no le hice mucho caso cuando lo vi rondando a mi alrededor. Quién sabe si, con la cabeza despejada, habría intuido sus intenciones.

Inclinada sobre el cofre de las joyas, estaba eligiendo las que iba a ponerme en la ceremonia. En circunstancias normales habría decidido rápidamente, pero aquel día no me resultaba fácil porque antes de ir a casa de Pompeya, por la noche, pasaría la tarde con Catulo en casa de Manlio.

¡Era muy feliz esperando esa cita! La dulzura de las horas transcurridas con mi poeta se destilaba en mi mente gota a gota, como la nieve se derrite al sol, mientras mi cuerpo se estremecía aún recordándola, y deseaba con todas sus fuerzas volver a vivir el placer sublime, inenarrable. ¡No solo habría atravesado Roma a pie, sino que habría sido capaz de cruzar el océano a nado, dejando atrás las columnas de Hércules, si hubiera sido necesario!

Pero no hacía falta que realizase esa heroica hazaña. Iría en litera y ordenaría a los esclavos que me esperasen en una de las tiendas contiguas a la casa de Manlio.

Después de mucho pensar, elegí un brazalete con forma de serpiente, de hechura insólita: a diferencia de los más corrientes, que suben en espiral por el brazo, con la cola orientada al codo y la cabeza hacia el hombro, en este, tras varias circunvoluciones, la cabeza del animal bajaba y mordía su propia cola, entornando los ojos rasgados en el ápice del placer. La imagen me parecía alusiva a nuestro último encuentro y de buen agüero a la vez. La serpiente que se muerde la cola es, de hecho, un símbolo de eternidad.

Después elegí una aguja para el cabello cuya empuñadura representa a una mujer desnuda que se cubre púdicamente los pechos y el pubis con los brazos, una figura erótica que al mismo tiempo alude al pudor, adecuada al rito de Bona Dea.

También quería ponerme los pendientes que me regaló Publio al volver de sus hazañas en Oriente. Originarios de la India y muy antiguos, fueron a parar, nadie sabe cómo, a Antioquía, a manos de mi hermano. A mí me gustaba imaginar que los había llevado Alejandro Magno para regalarlos a una de sus amantes. Eran de plata oscurecida por el tiempo, con colgantes que, a primera vista, parecían piedras pulidas por el agua o misteriosos enramados vegetales, pero observándolos mejor revelaban formas humanas: un hombre sentado con las piernas cruzadas apretaba contra su pecho a una mujer a horcajadas sobre él, con los brazos y las piernas entrelazados por detrás de su espalda. Aunque me gustaban mucho, todavía no me los había puesto. No quería sugerir voluptuosidades eróticas a mi marido ni alimentar cotilleos entre

los chismosos. Pero ahora deseaba enseñárselos a Catulo. A diferencia de las pinturas de las termas, que exaltaban el aspecto humillante y vejatorio del sexo, los pendientes indios mostraban otro matiz: la unión entre los cuerpos como vía para alcanzar el conocimiento; una relación totalizadora donde, en lugar de violencia y mortificación, hay abandono, integración y fusión del uno en el otro.

Los busqué por todas partes, pero no los encontré.

—Lucana, ¿has visto los pendientes de plata que me regaló Publio hace cuatro años, cuando volvió de Siria?

—Esos con una pareja que… —En vez de acabar la frase se ruborizó violentamente.

—Los mismos —precisé.

—¡Están en su sitio, señora, en el cofre de nácar!

—¿Estás segura?

—¡Desde luego! —exclamó a la defensiva—. ¿Cómo puedes dudarlo?

Sin embargo no estaban. Ni allí ni en los demás estuches.

—A decir verdad, señora —balbuceó Lucana—, últimamente me he dado cuenta de que faltan otras cosas. Pero los pendientes indios estaban en su sitio hasta ayer. No lo entiendo.

—Y ¿no me has dicho nada?

—No quería preocuparte… Además las otras cosas que han desaparecido no tienen gran valor. Esperaba encontrarlas y ponerlas en su sitio sin que te dieses cuenta —confesó con la cabeza gacha como una chiquilla.

—¡Qué gran prueba de fidelidad! —comenté, sarcástica—. ¡Me roban y ni mi entero, y para colmo con la complicidad de mi esclava más antigua!

—¡No, con mi complicidad no, señora! Pero cómo puedes pensar que yo… —Estaba consternada, a punto de llorar.

Como me sucedía a menudo recientemente, había perdido el dominio de mí misma. Pero ¿qué me estaba pasando? Intenté tranquilizarme y acaricié la mejilla a Lucana.

—¿Qué objetos han desaparecido?

—Mira —dijo.

Abrió la caja donde guardaba los cosméticos. Era de madera, con una taracea que representaba a Venus peinándose ayudada por su hijo Eros.

—Pero ¡está casi vacía! ¿Dónde están las sombras de malaquita? ¿El cinabrio? ¿El albayalde? ¿El negro de humo? ¡Y la balsamera de perfume con forma de palomita que aún no habíamos abierto tampoco está! —La indignación dejó paso al desaliento—. ¿Ahora qué hago? No puedo salir…

—Ya lo había pensado. He preparado los cosméticos que faltan —me tranquilizó Lucana—. Y ahora estaba preparando los ungüentos. ¡Además, si me permites decirlo, señora, sin maquillaje eres aún más hermosa!

Sonreí. Yo también lo sabía. Por entonces mi piel no necesitaba la capa de

albayalde con miel y ocre rosa que me extendía para que se viese más luminosa. Ni mis labios, turgentes y rojos como manzanas, mejoraban con el cinabrio. La curva de las cejas estaba tan definida que perfilarla con el negro de humo era innecesario. Y mis párpados lisos, a los que las pestañas conferían una sombra natural, no precisaban que el polvo de malaquita o de añil cubriese sus imperfecciones. Ahora me maquillo por necesidad; entonces, por vanidad. O quizá debería decir que lo hacía para que una máscara protegiese mi verdadero rostro y me asemejase a las demás matronas, pues mi belleza suscitaba envidia y calumnias.

—¿Falta algo más? —pregunté, sorprendida—. ¡Lo normal es robar piedras preciosas, no albayalde ni polvos de colores!

—No, solo los pendientes indios —respondió la esclava—. Yo tampoco entiendo el comportamiento de los ladrones. Pudiendo robar oro, perlas y joyas valiosas se han llevado cosméticos y unos pendientes de plata.

—¿Ladrones? —objeté—. Yo diría más bien una ladrona. Ordena que registren los cuartos de las esclavas.

—Lo haré, señora —asintió Lucana—. Pero yo… —Se interrumpió.

—¿Tú qué? —pregunté.

—No, nada. Pero… me sorprendería que hayan sido las esclavas. ¿Adónde irían maquilladas? Y además, ¿por qué precisamente se llevarían esos pendientes? No sacarían mucho si los vendiesen.

—Yo tampoco lo entiendo. De todas maneras… empecemos buscando entre la servidumbre. Este robo me entristece. Puedo reemplazar los cosméticos, pero los pendientes no.

En ese momento entró Publio.

—¿Otra vez aquí? —le pregunté.

—¡Menudo recibimiento! —replicó.

—Sabes que estoy muy ocupada. ¿Qué quieres ahora? —lo urgí.

—Me habría gustado admirarte mientras te maquillabas, pero visto que te molesto, me voy.

Levanté los ojos al cielo y me despedí de él.

—Nos vemos después. Adiós.

—Adiós —respondió de mala gana mi hermano.

Lo observé de reojo mientras salía, y percibí algo diferente en él, algo que a primera vista no logré definir.

—¿Publio? —volví a llamarlo.

—Dime, hermana —respondió tras acercarse otra vez.

Al final, después de haberlo repasado de los pies a la cabeza, lo comprendí.

—¡Te has depilado! ¡No solo no tienes ni sombra de barba en el rostro, sino que tus piernas, tus brazos y tu pecho están perfectamente depilados!

—Un buen trabajo, ¿verdad? No hay duda: a pesar de su edad, Tricofilus sigue siendo el mejor. Nadie lo iguala con las pinzas, la brea y la cera.

—Me maravillas. Recuerdo perfectamente que introdujiste la moda de la depilación masculina cuando volviste de Oriente. Pero, como siempre, cuando la moda se difundió, la abandonaste y volviste a tus viejas costumbres para diferenciarte de los demás. ¡Hasta ayer tenías las piernas llenas de pelos! ¿Qué te ha pasado?

Lucana observaba la escena en silencio, con aire de saber más de lo que habría estado dispuesta a admitir.

—En la vida hay que aprender a transformarse —fue la enigmática respuesta de Publio.

25

Si para nuestro primer encuentro Catulo había transformado el atrio de Manlio en una habitación nupcial, para el segundo se superó a sí mismo: eligió una sala que, gracias a sus frescos, había dejado de ser una alcoba para convertirse en un jardín luminoso y resplandeciente. Como si quisiera alejar las tinieblas de nosotros con la ilusión de un verano eterno.

Cuando llegué, no perdimos un minuto. Me esperaba en el umbral. En cuanto la puerta se abrió, me encontré entre sus brazos, envuelta por su perfume familiar, que tenía el poder de hacerme sentir en casa. La puerta aún no se había cerrado y ya nos estábamos besando de ese modo intenso y voluptuoso que nos pertenecía. Esos besos me hacían olvidar todo lo que no era nuestras bocas. Como si mi cuerpo se hubiese convertido en una boca: un estanque de delicias en el que nuestras lenguas jugaban, se entrelazaban, se separaban, difundiendo por nuestros cuerpos sensaciones de placer. Habría seguido besándolo toda la eternidad.

Fue Catulo quien apartó los labios de los míos.

—Ven, amor mío —me dijo.

Me abrazó por la cintura y me condujo hacia el peristilo. Pero yo no lograba mantener la boca alejada de él, y mientras caminábamos me estiraba para besarle el cuello, el hombro, la oreja. Entonces él se detenía y volvía a besarme bajo las miradas ciegas de las estatuas, como en nuestra primera cita. Habían transcurrido pocos días, pero a mí me parecía toda una vida.

Cruzar el atrio y llegar al jardín interno nos llevó un tiempo interminable, pero no me importaba. Me había olvidado de la fiesta de esa noche, de mis ocupaciones y del mundo que existía fuera de aquellos muros.

Cuando por fin llegamos al peristilo, una sensación oscura nos retuvo. En el jardín, poco expuesto al sol, la nieve no se había derretido del todo. Permanecía aún intacta sobre los setos y las mesas de mármol, acribillada de agujeritos bajo los árboles, de cuyas ramas caían las gotas del deshielo. Del techo del pórtico colgaban finas estalactitas y bordes ondulados de nieve helada. Del cielo emanaba una luz lívida, triste; un gris denso que parecía amenazar con aplastarnos. Y advertí esa sensación de amenaza; el invierno había penetrado también en nuestro refugio. Muy pronto, quizá, enfriaría nuestros corazones como había hecho con el resto de la tierra.

—Oh, Catulo… —Suspiré—. ¡No quiero que sea invierno!

Pero Catulo, abrazándome, alejó el presagio.

—El invierno no puede hacernos ningún mal, Lesbia mía, te lo prometo.

Con la expresión alegre de quien tiene preparada una sorpresa, me indicó que lo siguiera al jardín. Como dudaba, por temor a mancharme de barro las sandalias de

cuentas, me cogió en brazos y me llevó hasta una hornacina escondida entre las matas. Era más fuerte de lo que creía. Me gustaba sentirme pequeña abrazada por él y adoraba oír su respiración acelerada por el esfuerzo. Dándome un beso, me depositó en un lugar donde no había nieve.

—Aquí no se estropearán tus preciosas sandalias.

Frente a mí, sobre una basa de mármol, había una obra de arte que me dejó sin aliento.

—¡Catulo, es magnífica!

Era la estatua durmiente de una mujer, con la cabeza apoyada sobre un brazo doblado. Yacía sobre un manto drapeado que le cubría parte de las pantorrillas y de los pies, que estaban orientados en nuestra dirección. Con cuidado de no mancharme las sandalias, caminé a lo largo de la parte posterior, admirando su espalda elegante y las nalgas perfectas.

—Esta estatua es una celebración de la belleza femenina —observé.

Catulo rio maliciosamente.

—En cierto sentido, sí. Pero ahora ven por este lado —añadió, y me guio para que evitase la nieve.

En cuanto estuve en el otro lado, me quedé desconcertada.

—¡Es un hombre!

Al final del abdomen, medio oculto por el muslo doblado, asomaba un miembro erecto, consecuencia quizá de un sueño lujurioso. La imagen de aquel ser ambiguo, que poseía los dos sexos, me turbó profundamente. No pude contener el impulso de extender una mano para tocar su cuerpo liso, blandamente abandonado al sueño.

—Es Hermafrodita —me explicó Catulo—, el joven amado por la náyade Salmacis que, abrazándose a él, con él se fundió. Desde entonces, Hermafrodita es, a la vez, hombre y mujer. ¡Oh, cómo desearía que nos ocurriese lo mismo! —Me miró intensamente a los ojos—. ¡Si pudiese fundirme contigo no sufriría a todas horas por tu ausencia!

Yo también tuve el deseo de compartir el destino de aquellos antiguos amantes. Imaginé nuestros cuerpos entrelazados al extremo de resultar indistinguibles, nuestros sexos eternamente unidos.

Catulo me sacó de mis ensoñaciones.

—Ahora —dijo sonriendo—, nos burlaremos del invierno.

Cogió un puñado de nieve que se había depositado entre la espalda y las nalgas de la estatua, y riendo se lo puso en la boca. Luego me besó, empujando la nieve con la lengua entre mis labios entreabiertos. Yo la volví a pasar, ya casi deshecha, a la suya. Y jugamos a pasárnosla hasta que se derritió del todo.

—¡Derretiremos toda la nieve del invierno! —susurró. Sin dejarme replicar y arrancándome un grito de sorpresa, volvió a cogerme en brazos y me llevó al pórtico —. Cierra los ojos, amor mío —dijo—. Y no los abras hasta que yo te lo diga. —Oí que abría una puerta con el pie. Luego me dejó en el suelo—. Ábrelos —me sopló al

oído, provocándome escalofríos por todas partes. Abrí los ojos. Me hallaba en el jardín de Venus. Las paredes de la habitación estaban decoradas con frescos de plantas, pájaros, nubes, praderas y árboles perennes acariciados por la brisa, eternamente en flor—. Somos la eterna primavera —dijo con voz ronca.

Me quedé sin palabras, abrumada por la belleza de aquel lugar sin tiempo.

Catulo me condujo de la mano a la alcoba. Nos sentamos en el lecho, abrazados, perdiéndonos en besos infinitos. Sobre nuestras cabezas y a nuestro alrededor florecía una pérgola de rosas, jazmines, racimos de uva y granadas, un estallido de vida que se burlaba del paso de las estaciones.

Sentí la necesidad de estar con él sin que nuestras ropas nos separasen. Solo los dos, nuestros cuerpos, nuestro amor. Nos desnudamos el uno al otro, con avidez y urgencia, jadeando. Fui yo quien dirigió el juego esa vez.

—Échate —murmuré.

Me deleité contemplando su cuerpo un momento. Hasta sus imperfecciones —la cicatriz, el pecho delicado y la delgadez de eterno adolescente— me excitaban. Eran señales de una belleza mucho más antigua y profunda que la de los atletas musculosos. Era él, mi amor, mi poeta loco, y lo quería exactamente como era.

Recorrí todo su cuerpo con la boca, saboreando su piel, embriagándome con su olor, entreteniéndome en la cicatriz, que aún evocaba la sangre —¡qué dulce era la imagen de su sangre fluyendo bajo la piel!—, acariciando con la mejilla y los cabellos su erección, prueba de la intensidad de su deseo. Después, como había hecho años antes con Publio, me senté a horcajadas sobre él con un movimiento repentino que le arrancó un gemido de grata sorpresa. Pero, a diferencia de mi hermano, entró enseguida en mí, absorbido por los humores que lo reclamaban. Gocé sintiendo que se abría espacio en mi cuerpo, como si colmara un vacío del que nunca había sido consciente pero que me había causado un intenso dolor. ¡Oh, si hubiésemos podido fundirnos en un solo ser durante toda la eternidad!

Catulo extendió las manos para tocarme los pechos, pero cuando estaba a punto de hacerlo, se detuvo, dudoso.

—¿A quién tengo que conceder el privilegio? —preguntó con una sonrisa—. ¿A las manos, que desean aferrarlos, o a los ojos, que desean admirarlos mientras se yerguen triunfantes en la danza del amor?

Sacudí la cabeza.

—No soy yo quien tiene que decirlo.

—Entonces, si no quieres darme una respuesta, elegiré yo solo: ¡concedo el privilegio a la boca!

Apoyándose en los codos me chupó los pezones. Estaban tan duros que su tacto me provocó punzadas de dolor. Pero el sufrimiento se transformó en una corriente de dulces espasmos que desde el pecho bajaban hasta el vientre, multiplicando la voluptuosidad, que aumentaba con cada embestida, cada vez más rápido y firme. Antes de alcanzar el clímax, me detuve.

—Espera, amor mío —dije. Me incliné sobre él y, abrazándolo, le levanté la espalda para que se sentase—. Cruza las piernas.

Me miró con aire curioso y divertido. Me obedeció. Pero en cuanto lo hizo, abandonó esa expresión y gimió, pues aquella postura le permitía estar dentro de mí mucho más profundamente de lo que nunca había estado, tan profundamente que me sentí alcanzada en zonas desconocidas, y lo percibí como una parte de mí misma con más intensidad que nunca, tanto que no distinguí su cuerpo del mío. Para que nuestra fusión fuese perfecta, empujé la lengua entre sus labios y se la pasé por el paladar, como un hombre que explorara la intimidad de su amante. Tenía la impresión de que los límites de nuestros cuerpos estaban desapareciendo: yo era el hombre en la parte superior y la mujer en la inferior, y él lo contrario. Nos habíamos fundido, como Hermafrodita y Salmacis.

Me habían inspirado esa posición la pareja representada en los pendientes indios. Pero aún faltaba algo para que fuésemos iguales.

—No te muevas —dije, toda vez que separaba un momento mi boca de la suya.

—Como tú quieras, mi diosa —respondió.

Lentamente y con cuidado, primero estiré las piernas y luego, aferrándome con fuerza a él para no caerme, las crucé por detrás de su espalda. Catulo me abrazó con firmeza, aguantándome.

Para permanecer sentada en aquella posición, tenía que contraer los músculos del abdomen, y estos apretaban con más fuerza el sexo de mi amante, aumentando el placer de los dos. Disfrutamos de la inmovilidad, un goce que nos era desconocido hasta ese momento y que quizá las plantas experimentan cuando se entrelazan en marañas inextricables. Los árboles de los frescos nos rodeaban como si quisieran enredarse con nuestros cuerpos.

No resistí mucho tiempo en esa postura. Me separé de él con delicadeza. Al verme cansada, me ayudó a echarme en la parte intacta del lecho. El contacto de la sábana fresca con la espalda sudada me proporcionó una sensación agradable. Las flores, las hojas y la fruta de la bóveda acentuaban el frescor.

—Adoro tus ganas de hacer cosas nuevas —dijo Catulo. Luego me besó el rostro húmedo, y con los labios recogió las gotas que perlaban mi pecho—. ¿Quieres que nos burlemos de verdad del insoportable invierno? —preguntó.

—Sí, quiero —respondí.

Se inclinó para coger un cuenco que yo no había visto, apoyado en el suelo al lado de la cama, como si lo hubiese preparado de antemano.

—Tu belleza —dijo— haría arder el hielo.

Me pregunté qué se le habría ocurrido y todo mi cuerpo se tensó en la espera. Al oír la palabra «hielo» se me había puesto la piel de gallina.

Catulo sacó un trozo del cuenco, seguramente una de las estalactitas que colgaban del techo. La colocó encima de mi cuerpo y dejó que gotease sobre mi piel, primero en el espacio entre los pechos, luego, bajando en vertical, sobre el ombligo y el

vientre. La sensación de frío me hizo gemir. Pero fue solo un instante, porque enseguida lamió las gotas, y al frío siguió el calor ardiente de su lengua. Me regalaba un placer muy intenso. Cogió otro trocito, lo deslizó por el pecho izquierdo, formando círculos cada vez más pequeños y más cercanos al pezón que, a su toque, se endureció, irradiando contracciones en lo más profundo de mi ser. Y, al igual que antes, mi amante transformó el frío en calor con la lengua. Sin darme tiempo ni de respirar, repitió cuanto había hecho sobre el otro pecho.

Después ocultó el rostro entre mis piernas. Otros espasmos se añadieron a los que ya recorrían mi cuerpo, llevándome a un límite de placer casi intolerable. En mi vientre batía las alas una mariposa a punto de echar a volar. Pero Catulo se lo impidió, apartándose de mí para coger otro trozo de hielo. Lo levantó, dándole vueltas entre la punta de los dedos, como si dudase qué hacer con él.

Ante la expectativa del hielo, mi sexo se contrajo.

—Cierra los ojos, Lesbia mía —murmuró.

Obedecí, estremeciéndome de deseo.

Sentí que algo frío y húmedo se apoyaba en mi pubis y después bajaba lentamente, deslizando gotas heladas, a lo largo de las ingles. La sensación no era desagradable. Cambió sin embargo cuando el hielo se insinuó en las partes más vulnerables e internas, hasta penetrarme con delicada y deliberada lentitud.

Cuando gemí: «¡No!», mi amante ya había sustituido el hielo por sus labios, que volvieron a traerme el calor, un calor que, en contraste con el frío, parecía quemar. Después regresó a mí el frío, y luego sentí su boca de nuevo. Mientras, dentro de mí se estaba gestando una terrible tempestad que, cuando se desató, me hizo gritar y gritar al infinito. En la casa medio desierta de Manlio podía por fin dejarme ir sin frenos.

Cuando me recobré, me impuse a mí misma ignorar la marejada que crecía de nuevo en el fondo de mi vientre, anunciando la inminencia de otra tempestad. Antes de abandonarme otra vez al éxtasis, quería tomarme la revancha y torturarlo yo también.

—Ahora te toca a ti, Catulo —dije al tiempo que, apoyada en mis codos, me incorporaba.

Levantó la mirada sorprendido, pero, como siempre, deseoso de satisfacer mis deseos.

—A tus órdenes, mi diosa.

Cogí un trocito de hielo.

—Échate y cierra los ojos —ordené.

Obedeció. Me arrodillé a su lado y con la boca rodeé su sexo que, excitado por el juego, ya destilaba densas gotas de placer. Después fui retirando los labios lentamente y empecé a pasarle el hielo por la parte que, poco a poco, quedaba al descubierto. Cuando llegué a la punta, volví a introducírmelo en la boca. Y luego, lo sometí de nuevo a la tortura del hielo. Repetí el juego varias veces, gozando al oír sus gemidos,

los «¡No!», «¡Sí!» y «¡Amor mío!». Saberlo en mis manos me daba sensación de poder.

Seguí hasta que imploró:

—Te lo ruego, Lesbia, para. Hagamos el amor, ahora.

Dejé caer el hielo y me incliné para besarlo en la boca largo rato, dulcemente. Después me tumbé.

—Catulo, hazme tuya.

Sin dejar de mirarme, se echó sobre mí, dentro de mí. A la luz menguante de la tarde avanzada, logré ver que el placer invadía sus ojos, dilatándolos, transformándolos en mares límpidos, felices. Empezó a moverse, primero lentamente y después con un ritmo cada vez más rápido, frenético.

—Te amo —susurró al borde del orgasmo.

—¡Oh, Catulo! —gemí.

Nos abandonamos al unísono. La mariposa echó a volar y yo con ella.

Cuando me desperté, la habitación estaba sumida en la penumbra. Yacíamos en la cama, entrelazados, apenas cubiertos por las sábanas que nos habíamos echado encima antes de dormirnos.

En el silencio creí oír el soplo de aire caliente que recorría el interior de las paredes para caldear la habitación. Pero la mayor fuente de calor era el cuerpo de mi amante abrazado al mío. En el duermevela advertí que roncaba; aun así, en lugar de molestarme sentí ternura por él. Noté que su respiración, aunque mejorada, todavía no era normal. Me preocupé: ¿por qué no se había curado aún? ¡Lucana y yo habíamos empleado todos nuestros conocimientos! Pero, tan repentinamente como había aparecido, la preocupación se desvaneció. En aquella alcoba en flor no había lugar para la infelicidad.

Sabía que era tarde, pero me demoraba gozando del abrazo con el que habíamos entrado en las moradas del sueño. Hay más intimidad en adormecerse juntos que en el acto sexual. Expresa confianza incondicional y abandono. Es como asomarse de la mano al abismo de la muerte, que la presencia del otro hace menos terrible.

No me importaba que el brazo sobre el que él apoyaba la cabeza me hiciese daño, y tampoco que la pierna apretada contra la suya se me hubiera dormido. Quería estar allí para siempre.

Pero «siempre», eso lo sabía muy bien, no existe.

Catulo se movió, tosió ligeramente y abrió los ojos.

—¡Lesbia! —susurró—. ¡Qué alegría verte a mi lado al despertar!

Nos besamos. Sus labios sabían a sueño, al sueño profundo y confiado de los niños.

Durante un rato, saboreamos la calidez del abrazo, quietos y tranquilos bajo las sábanas. Luego, con naturalidad, casi sin darnos cuenta, sus manos empezaron a

buscarme, mientras las mías experimentaban de nuevo la felicidad de acariciarlo y de sentir que su deseo aumentaba y nos invitaba a seguir jugando. De repente, sin embargo, un recuerdo me atravesó como una punzada.

—¡La fiesta de Bona Dea! —exclamé. Me aparté de él e intenté pasarle por encima para salir de la cama—. Tengo que irme.

—¡Olvídala! —me exhortó—. ¡Esta es nuestra fiesta! —Me cogió por las piernas y me hizo caer encima de él.

—Catulo, no puedo. ¡Es tardísimo!

En lugar de dejarme ir, me acarició las piernas, insistiendo en los muslos y en las corvas, un punto este último muy sensible que basta tocarme para anular mi voluntad. A la persuasión de las manos, Catulo añadió la de las palabras.

—Es tan tarde ya que no vale la pena que vayas. ¡Quédate conmigo! Estoy convencido de que en la cocina hay algo de comer. ¡Estoy muerto de hambre! Aceitunas, pan, queso… Seguro que encontramos algo para quitarnos el hambre. ¡Juntos, incluso los alimentos más simples nos parecerán manjares!

Intentó abrazarme, pero invocando lo que quedaba de mi sentido del deber, me escabullí.

—¡Tesoro, te lo ruego, no me tientes! Sabes que no puedo.

A mi pesar, me alejé de sus brazos. Tiritando, abandoné el lecho caliente para aventurarme sobre el mosaico del suelo a fin de recoger las joyas y las prendas esparcidas por todas partes. A pesar de la calefacción, la habitación estaba fría en comparación con la tibieza de la cama.

Lo estuvo aún más cuando un soplo de aire glacial me envolvió: Catulo se había vestido a toda prisa y, envuelto en las mantas, había abierto el umbral. Junto con la baja temperatura, entraba una luz clara, fría y petrificada.

—¡Mira, Lesbia! —dijo—. ¡Está nevando!

Me asomé a su lado. Matas, setos y sendas habían desaparecido bajo un manto blanco que había transformado el peristilo en un lugar desconocido. Era otro mundo donde las preocupaciones del nuestro parecían tonterías. La nevada, que no daba señales de amainar, debía de haber empezado horas antes. De vez en cuando, de la rama de un árbol caía una cascada blanca. El ruido seco y el crujido del follaje, que aligerado recobraba su posición, eran los únicos rumores.

El rostro de Catulo se iluminó con una sonrisa infantil, mientras cogiéndome de la mano decía:

—¡Ven, vamos a ver la nieve!

—Pero Catulo, es una locura —protesté.

Sin embargo, a mi pesar, me contagió su euforia y casi sin darme cuenta me dejé arrastrar hasta la senda.

Pero en cuanto hundí los pies desnudos en la nieve grité:

—¡Hace demasiado frío! ¡Es una verdadera locura! —E hice ademán de volver a entrar.

Catulo me detuvo aferrándome con fuerza.

—Un momento, te lo ruego. Quiero enseñarte algo.

—¿Qué?

En vez de responder, extendió en el suelo la manta con la que se cubría y volvió adentro a buscar otra.

—Vamos a tumbarnos aquí —me invitó.

Malinterpreté su intención y exclamé:

—¡No tengo ninguna intención de hacer el amor a la intemperie!

Se echó a reír.

—No quiero hacer el amor. Bueno, a decir verdad sí que querría, pero por ahora solo quiero enseñarte algo. Túmbate, te lo ruego. —Nos tumbamos, echó la otra manta por encima de ambos y me abrazó, diciendo—: Ahora vamos a volar.

—¿Cómo?

—Mira hacia arriba.

Luego volvió la cara hacia el cielo.

Lo imité.

Al principio me costaba mirar hacia arriba porque la nieve me entraba en los ojos, en la boca y en la nariz. Sentía cómo se derretía entre los párpados y en las fosas nasales, estremeciéndome hasta en el nacimiento del cabello.

Pero al cabo de un rato me acostumbré y logré mirar fijamente el cielo oscuro, salpicado de copos más claros que caían. Poco a poco tuve la impresión de que el mundo se daba la vuelta: la nieve ya no caía, sino que éramos nosotros los que subíamos.

—¡Estamos volando! —exclamé.

—Sí —respondió Catulo acribillándome de besos.

—Pero ¿cuántos besos me quieres dar?

—Muchísimos, hasta que perdamos la cuenta. Y nadie, jamás, podrá contarlos, nadie podrá saber cuántos son… Y seremos libres. En un lugar lleno de luz que será solo nuestro —dijo.

Me abrazó aún más fuerte.

Sobre nuestras cabezas, algunos copos se movían con la gracia de los bailarines y hacían piruetas al ritmo de una música silenciosa. Otros marchaban en formación de combate, como un ejército decidido a sepultar la tierra bajo su manto blanco.

—Catulo —murmuré—. Ahora tendríamos que volver adentro. Este frío te va a perjudicar; todavía no te has curado del todo.

Sonrió.

—El frío no me asusta. ¡Si supieses lo que nieva en mis regiones! Piensa que los druidas, los poetas sacerdotes de mi tierra, pasan horas echados en la nieve para obtener la inspiración divina.

—Y ¿la obtienen?

—Pronto lo sabremos.

Poco a poco, el frío que al principio me había atenazado dejó paso a una insensibilidad difusa, casi agradable. Al inicio me sentí tan pesada que tuve la impresión de que algo me aplastaba contra el suelo, o incluso de que algo me arrastraba bajo la tierra, entre las raíces y las semillas escondidas a la espera de la primavera. Pero luego, de un tirón, una parte de mí se separó del cuerpo. Me elevé y, entre el torbellino de copos, vi a mi amante y a mí acostados en la nieve. Nos estábamos fundiendo como Hermafrodita y Salmacis. No nos separaríamos nunca más. A nuestro alrededor, la nieve giraba vertiginosamente.

—Deja que los copos caigan, se alboroten, se adelanten entre sí —murmuró Catulo—. Nosotros estamos aquí, juntos. Intocables.

26

Lo primero que recuerdo después es un toque ligero en el hombro: «¡Lesbia!», y luego los ojos azules de Catulo, velados de preocupación. Me sentía cansada y confundida; notaba un hormigueo intenso en las piernas y los pies.

De nuevo en la habitación de los frescos, estaba acostada en la cama y envuelta en mantas. Catulo, más pálido que de costumbre y con los labios morados, estaba sentado a mi lado.

—¡Por fin te despiertas! —exclamó—. Qué miedo he pasado. ¡Perdóname, Lesbia! ¡Me he comportado como un niño inconsciente!

Su ternura era arrolladora. Le cogí la mano. Su imprudencia era precisamente lo que me volvía loca.

—¿Qué… qué ha pasado? —pregunté con voz pastosa, que poco a poco se iba aclarando.

—¡Te has desmayado! No estás acostumbrada a este frío. ¿Cómo no lo he pensado antes? ¡Qué loco! ¡Qué insensato! Te he traído hasta aquí. No ha sido fácil, pues yo también estaba medio congelado. Me tambaleaba, resbalaba en la nieve, pero al final lo he conseguido —concluyó con la mirada llena de remordimiento—. Bébete esto. —Me ofreció un cuenco humeante—. Me lo ha preparado una esclava abajo, en la cocina. Me ha asegurado que hace milagros.

Bebí con gusto la infusión de tomillo endulzado con miel, que me reanimó y me hizo entrar en calor.

A Catulo, sin embargo, la poción no le hizo el mismo efecto fortalecedor. Después de haberla bebido seguía pareciendo agotado; bajo los ojos brillantes, febriles, las ojeras, oscuras y marcadas, se le comían la cara.

—Catulo, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, no te preocupes. Estoy un poco cansado. En cuanto hayamos comido algo y dormido un buen rato, me recuperaré. A decir verdad, se me ha pasado el hambre, pero tenemos que esforzarnos en comer —dijo, como si hubiese olvidado que yo no podía cenar, y mucho menos dormir, con él.

—Tesoro, yo… —empecé diciendo sin tener valor para continuar.

—¿Pedimos que nos preparen algo? ¿Qué te apetece?

—Se me rompe el corazón, pero no puedo quedarme contigo esta noche. —Al oírlo, me pareció que las ojeras se le acentuaban—. ¿Te acuerdas? —proseguí—. Tengo que participar en la fiesta de Bona Dea. Ya hará un buen rato que ha empezado… pero la nevada me servirá de excusa para el retraso.

—No vayas, te lo ruego —me suplicó—. Abandónalo todo. Quédate conmigo.

—¡Me encantaría, pero no puedo!

—¡Olvida a esas matronas cotillas! No te vayas, te lo imploro —insistió.

—Amor mío —intenté apaciguarlo—, no puedo quedarme.

Como si no me hubiese oído, me lanzó una mirada desesperada y dijo:

—Te necesito, esta noche.

Las palabras surtieron un efecto contrario al que se esperaba: en lugar de piedad y comprensión, me sentí sofocada. Decir a un amante «Te necesito» encubre la intención de esclavizarlo, de atarlo con obligaciones y sentimientos de culpa.

Por ese motivo, en vez de responder, suspiré y negué tristemente con la cabeza. Luego saqué de la bolsa cuanto necesitaba para arreglarme y me dediqué a la difícil tarea de peinarme con la ayuda de un espejo de plata.

—No te estoy pidiendo que te quedes para siempre… —dijo con voz rota, como si le costase mucho esfuerzo hablar—. Solo te pido que te quedes esta noche. ¡Te lo suplico!

Levanté la vista del espejo. Catulo estaba sufriendo realmente, y no solo por mi abandono. La enfermedad del amor y la del cuerpo se mezclaban, alimentándose recíprocamente. El amor estaba en sus entrañas, en lo más profundo de su ser: era su vida. E intuí que también sería su muerte.

Enternecida, dejé el espejo y me acerqué a él. Le puse una mano en la frente: ardía.

—Bebe un poco más de tomillo. —Le tendí el cuenco—. ¡Tienes fiebre! Antes de irme, ordenaré a la esclava que cuide de ti. Haré que te prepare una poción febrífuga.

—¡No quiero ninguna poción! —Catulo tiró al suelo el cuenco, que se rompió con un estruendo siniestro—. ¡Te quiero a ti!

La violencia de su reacción me asustó.

—Cálmate, Catulo. Deliras —dije acariciándole el rostro—. Te prometo que pronto, muy pronto, pasaremos la noche juntos. Toda una noche para nosotros solos. Pero ahora, lo siento, no es posible.

A la rabia siguió un enfado infantil.

—No es verdad que no puedas —replicó—. Todo es posible si se ama. Eros da alas para volar por encima de todos los obstáculos; con mayor razón, por encima de una fiesta insulsa.

Intenté hacerlo entrar en razón.

—No es una fiesta insulsa. Es una ceremonia importante en la que mi familia desempeña un papel fundamental, pues fue precisamente una antepasada mía quien desencalló el barco que transportaba a Roma la estatua de Bona Dea, hace muchos años. Por ese motivo, en la ceremonia no puede faltar un representante de los Claudio —expliqué.

Yo misma caí en la cuenta de que las argumentaciones sonaban frías, exentas de la pasión que inspiraban las de Catulo.

—Estatuas, antepasados… todos están muertos —replicó, cada vez más enfadado —. Pero nosotros estamos vivos. Y tenemos una noche entera por delante.

—Amor mío, yo también desearía pasarla contigo, pero si no aparezco por la fiesta comprometeré la reputación de mi familia y, en consecuencia, la carrera política de mi hermano Publio. ¡Ha sido muy complicada… y justo ahora que por fin está a punto de obtener un cargo importante no quiero perjudicarlo! —afirmé creyendo haber dado un motivo irrefutable.

Pero a Catulo no le importaban la carrera de mi hermano, ni la política, ni las tradiciones familiares. Como si hubiese puesto excusas sin importancia, se encogió de hombros y repitió con testarudez:

—Quédate conmigo.

—¡Catulo, te lo ruego, intenta comprenderme! Ponte en mi lugar. ¡Sabes muy bien que no puedo! —le supliqué. En vez de responder, se encerró en un silencio siniestro—. ¡Catulo! —llamé.

No respondió.

Acometida por sentimientos contrapuestos —rabia, tristeza, deseo de resistir, ganas de ceder…—, inquieta, seguí peinándome. Cuando me sujeté el pelo con la aguja de la mujer desnuda, fue como si la punta se me hundiese en el alma. ¡Era tan feliz cuando la elegí! Y ahora mi corazón se había convertido en un lago sangrante.

Antes de ponerme el manto, me acerqué a Catulo y lo besé.

Pero él no se movió. No me devolvió el abrazo ni el beso que le di en los labios apagados.

—Me voy —dije.

Haciendo ver que no me había oído, replicó a mi anterior afirmación:

—No es verdad que no puedas; no quieres.

Las últimas palabras, pronunciadas con gran énfasis, se irguieron entre nosotros como un muro.

—Escucha, Catulo… —me esforcé por explicarle otra vez. Pero las palabras me murieron en la boca al ver su expresión cerrada, ausente.

—Vete, vete a tu fiesta —masculló. Y luego, alzando hacia mí los ojos torvos, desconfiados añadió—: Siempre y cuando vayas a una fiesta. ¿Quién me asegura que no te vas con otro?

—¡Basta! —grité—. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que no hay ningún otro?

—Quedarte conmigo esta noche —replicó, rotundo.

Suspiré profundamente, agotada.

—Te ruego que me comprendas, debo ir.

—Vete, vete, vete con tu amante.

—¡Basta ya!

—¿Quién es el afortunado? —preguntó con sarcasmo—. ¿El senador al que permitías que te tocase las piernas en el teatro? ¿O el musculoso general que te llevó entonces el zumo de granada? ¿O quizá otro?

—¡Estás loco! —exclamé. En vez de defenderse, él cerró los ojos—. ¡Catulo!

Calló.

Intenté aproximarme otra vez a él, pero en esa ocasión no se dejó tocar siquiera. Me rechazó levantando la mano, como si no soportase que me acercara. El lago de mi corazón se desbordó. Me parecía absurdo que acabásemos así por culpa de sus celos, de sus pretensiones insensatas.

¿O bien tenían sentido? Para volar con las alas de Eros ¿hay que estar dispuesto a abandonarlo todo, incluso a abandonarse a uno mismo?

No lo sabía. Ya no estaba segura de nada. Solo sabía que me sentía muy mal.

Dando tumbos y con las mejillas surcadas por las lágrimas, me envolví en el manto. Cuando ya estaba en el umbral, me di la vuelta. Catulo no se había movido, pero tenía los ojos abiertos y me miraba con pena.

—Amor mío —probé a llamarlo una última vez.

—¡Quédate conmigo! —dijo con un tono perentorio que la expresión destrozada desmentía.

—¡Sabes que no puedo! ¡Intenta comprenderme! —le imploré.

Dejando caer la cabeza, como si un peso lo obligase a ello, Catulo hizo un gesto de negación. Después volvió a cerrar los ojos, para no ver cómo me iba. Salí. Cegada por las lágrimas cerré la puerta tras de mí. Y me sumergí en la oscuridad.

27

La casa de Pompeya resplandecía en la oscuridad de la noche. Cientos de antorchas iluminaban la entrada, barrida con esmero y sin rastro de nieve. En cualquier otra circunstancia me habría hecho feliz participar en la fiesta. No por su significado religioso —como la mayoría de las participantes, no soy creyente—, sino porque el mito de Bona Dea, la mujer que se convirtió en una divinidad triunfando sobre la violencia de los hombres, exalta los valores femeninos. Además, el hecho de que ellos no participen elimina las rivalidades, favoreciendo una atmósfera relajada y sin tensión. Somos más sinceras. Las coquetas se olvidan de pestañear y de mirarse continuamente en el espejo, las matronas abandonan su aire solemne y hasta las viejas hurañas dejan de fruncir el ceño para dedicarse a los ritos con despreocupación infantil. Entre una ceremonia y otra, nos entregamos a las danzas, a los juegos, a las competiciones jocosas. La noche siempre dura demasiado poco. Y al amanecer, cuando volvemos a nuestras casas, disfrutamos de las miradas escrutadoras de padres y maridos, carcomidos por una curiosidad que nunca lograrán satisfacer, pues no solo se prohíbe a los hombres conocer los misterios de Bona Dea, sino también indagar sobre ellos.

Sin embargo, esa noche habría preferido no asistir a la fiesta. ¿Cómo podía fingir alegría si mi corazón estaba destrozado? Por suerte, gracias al gran retraso con que llegué, pude escabullirme del juego de adivinanzas que siempre abre la velada. Sentadas en círculo, la finalidad del juego es descubrir los secretos de unas y otras. Así, cada participante puede hacer tres preguntas, cuya respuesta tiene que ser un «sí» o un «no». Una maldición divina cae sobre quien miente. ¡Pero como la maldición consiste en la esterilidad, sospecho que muchas mienten adrede!

No habría tenido valor para enfrentarme a las miradas maliciosas, a los comentarios mordaces… con mayor razón porque la palidez, los ojos hinchados, el maquillaje a tiznajos y el peinado descuidado sugerían desventuras mucho más dramáticas que las que habría alegado como excusa: «¡Perdonadme el retraso, amigas! Uno de mis porteadores ha resbalado de mala manera y se ha torcido un tobillo. He tenido que mandar a una esclava a casa en busca de otro. Podéis imaginaros el mal rato que he pasado esperando a la intemperie. ¡Todavía estoy tiritando de frío!».

Concluidas las danzas que siguen al juego de las adivinanzas, llegué justo a tiempo

para participar en la parte más emocionante de la velada, la que por nada del mundo revelaríamos a un hombre: la fustigación con el ramo de mirto. Precisamente con el mirto, la planta sagrada de Venus, el padre azotó a la futura Bona Dea cuando esta rechazó el coito incestuoso. Pero la joven, sin darle el gusto de llorar, soportó los azotes con valentía, transformando su sufrimiento en fortaleza. En vez de herirla, el mirto confería a su piel un brillo cegador, igual que el de Venus. A cada latigazo, la muchacha se volvía más hermosa y radiante, hasta que el padre, deslumbrado y consternado, cayó a sus pies, sometido a su divinidad, la divinidad que encarnan todas las mujeres.

Cuando llegué, el sonido agudo de las flautas, el ritmo cada vez más frenético de los tambores y las voces que en coro invocaban a la diosa anunciaban la inminencia del acto. En un extremo de la sala, Fulvia, que ese año había sido designada para representar el papel de castigadora, esperaba la entrada de la joven que personificaba a la Bona Dea. La estola inmaculada de mi futura cuñada resaltaba sobre el fondo oscuro de los velos que ocultaban los frescos con figuras masculinas. A su alrededor, las estatuas cubiertas con telas conferían a la escena un aire funesto; la única estatua destapada era la de la divinidad, que asistía al rito con la indiferencia benévola de los dioses, esbozando una sonrisa. Cruel era sin embargo la expresión de Fulvia, encendida por el afán de infligir el castigo. Al igual que ella, varias espectadoras, que miraban fijamente el umbral por el que entraría la víctima, parecían aves de rapiña al acecho. Otras, identificándose con la diosa, temblaban de miedo. Gracias a la tensión de la espera que flotaba en el aire, nadie me vio mientras me deslizaba adentro y me confundía con el grupo.

En los años precedentes había compartido la expectativa y la inquietud de mis compañeras. El rito suscita un extraño frenesí muy parecido a la excitación sexual; cuando acaba, estamos agotadas y sentimos que ha sucedido algo profundo entre nosotras. Nos une un lazo que los hombres no podrían entender nunca. Sin embargo, esa noche estaba demasiado trastornada para dejarme arrastrar y no veía la hora de marcharme para echarme en mi cama y ahogarme en lágrimas. En vez de prestar atención a la puerta de entrada, miraba a las demás mujeres y me preguntaba si era la única que sufría o bien si alguna otra ocultaba, tras una apariencia serena, un dolor parecido al mío.

Enseguida noté que había otra persona que mostraba escaso interés por la ceremonia. Era extraño porque se trataba justo de quien más había trabajado para organizarla: la dueña de la casa, Pompeya. En lugar de mirar hacia la puerta, tenía los ojos clavados en una flautista que destacaba entre las demás en altura y constitución; parecía que la túnica ceñida le fuese a reventar de un momento a otro por el escote. A diferencia de las otras mujeres de la orquesta, que estaban concentradas en tocar, observaba a su alrededor con curiosidad y daba la impresión de que ni siquiera tocaba, sino que fingía hacerlo. Cuando la puerta se abrió y apareció la encarnación de la diosa, dejó de fingir y contempló con la boca abierta a la muchacha que

caminaba, tímida y desnuda, al encuentro con su flageladora. Como la figura de mi aguja, la chica también intentaba taparse con los brazos, aunque no lograba ocultar los capullos rosa de sus pezones, que se erguían en los pechos altos y firmes, ni el candor de su pubis, que había sido completamente depilado, haciéndola parecer una chiquilla todavía, lo cual contrastaba con sus formas de mujer. La flautista clavaba la mirada en su sexo, liso y lampiño, y cuanto más se agudizaba, más se oscurecía la de Pompeya, que no le quitaba los ojos de encima. Mientras me preguntaba qué estaba pasando, me di cuenta de que otra matrona se desentendía de la ceremonia para observar a Pompeya: su suegra, Aurelia. Su mirada severa pasó de Pompeya a la flautista, y después, de repente, a mí. Me compuse la estola y me arreglé el pelo instintivamente, pero reparé en que no era mi aspecto descuidado lo que le llamaba la atención. Nos miraba por turno a mí y a la flautista, como si estuviera comparándonos. En efecto, observándola detenidamente, noté que sus rasgos eran iguales que los míos. Si no hubiese sido por su constitución robusta habría creído estar delante de un espejo. A la sorpresa siguió una horrible sospecha que se convirtió en certeza cuando vi los pendientes, que reconocí a pesar de la lejanía. Eran los colgantes indios que me habían robado. Y la flautista era Publio.

Me invadió una sensación de rabia y miedo por la suerte de mi hermano: ¿qué imprudente locura lo había inducido a hacer una cosa semejante? Asistir a los misterios de las mujeres es un grave delito que puede ser castigado incluso con la muerte.

Mientras intentaba urdir un plan para sacar de allí a Publio, Aurelia se me adelantó. En el silencio de la sala, retumbó su voz:

—¡Suspended la ceremonia!

Todas se volvieron hacia ella. Fulvia, con la rabia dibujada en el rostro por haber sido interrumpida, detuvo a media altura la rama de mirto antes de empezar la fustigación.

—El culto ha sido deshonrado —proclamó Aurelia con voz atronadora. Y luego, en el silencio provocado por sus palabras, afirmó con una seguridad estremecedora —: Aquí hay un hombre. Miradlo, es ese que va disfrazado de flautista: es Publio Claudio Pulcro.

Un «¡Oooh!» de indignación y sorpresa se elevó entre las asistentes, mientras Publio, que ya había tirado al suelo el instrumento, salía de la sala corriendo.

Estalló el caos: gritos, empujones, frases entrecortadas. Desde todos los rincones volaban los «¡No!», «¿Dónde está?» y «¡No es posible!».

En el alboroto general, Pompeya se había quedado como atontada, dudando entre salir corriendo detrás de su amante o hacer frente a sus deberes de maestra de ceremonias. Después se supo que fue ella misma quien dejó entrar en su casa al sacrílego y lo escondió en un cuarto, donde tenía planeado reunirse con él durante los

intervalos. Pero la imprudente no había tenido en cuenta la irrefrenable curiosidad y la tendencia al desafío de mi hermano, que desde luego no estaba dispuesto a relegarse en un cuartucho teniendo la posibilidad de ser el único hombre del mundo que asistía a un espectáculo prohibido a los de su sexo.

Aurelia, por el contrario, disfrutaba del azoramiento de su odiada nuera y, con voz firme, daba todo tipo de órdenes a las oficiantes:

—¡Purificad el suelo con leche y vino! ¡Tirad los objetos deshonrados por las manos del sacrílego!

El nerviosismo era palpable, visible en las miradas centelleantes de las matronas, quienes, repuestas del pasmo del primer momento, hablaban sin parar, exhibiendo una expresión afligida e indignada que no lograba ocultar la satisfacción de haber sido testigos de un escándalo semejante.

De los grupitos se elevaban profecías nefastas:

—¡Los campos no darán frutos!

—¡Las manadas no se reproducirán!

Sin embargo, no me impresionaba el pronóstico de tales calamidades, sino otro, mucho más temible: la acusación de sacrilegio que iba a hacerse contra Publio. La emoción violenta que me había provocado su bravuconada me había hecho olvidar mis penas de amor. De repente, las quejas de Catulo, nuestra discusión y hasta mi mismo dolor se me antojaron sucesos tan remotos como las luces de otra galaxia. Tenía que salvar a Publio, allí mismo, en ese preciso instante.

Intenté convencer a Aurelia y a las matronas más ancianas de que lo mejor era zanjar la cuestión contentándose con una venganza privada. Aproveché el momento de incertidumbre que se había creado después de la purificación de la sala. La muchacha que encarnaba a la Bona Dea, no sabiendo si la ceremonia proseguiría o no, estaba aún desnuda y envuelta en un manto, a la espera de recibir órdenes de las damas con más autoridad.

Invocando todo mi aplomo, me acerqué a su grupo. Aurelia me dirigió una mirada burlona, como diciendo: «No hay nada que hacer, tu hermano ha arruinado su carrera. ¡Mi hijo subirá al poder!».

No obstante, yo sostuve su mirada con dignidad, dando a mi porte todo el orgullo de la estirpe de los Claudio, que sin duda no se dejaría aplastar por la bravuconada de un heredero.

—¡Noble Aurelia! —empecé diciendo—. Este es el momento de demostrar lo fuertes que somos. —Aurelia me miró fijamente, perpleja. Esperaba una súplica, no una exhortación a la fortaleza—. Nuestros sentimientos como fieles de Bona Dea —proseguí— han sido gravemente ofendidos por el hombre que, hasta ayer, era mi hermano. Su ofensa pide a gritos castigo y venganza. —Vislumbré un gesto de asentimiento entre las matronas; solo Aurelia mantuvo su fría actitud—. Sin embargo —proseguí—, además de devotas somos romanas. Nuestros antepasados más ilustres nos han enseñado a obviar nuestros sentimientos personales, anteponiendo siempre y

solo Roma. —Mi arenga fue manifiestamente compartida por todas; incluso Aurelia tuvo que hacer un gesto de asentimiento—. Como bien sabéis, Roma está atravesando un momento difícil —continué, más segura—, una crisis que podría llegar a destruir la República. —Y tras esa afirmación, hice una pausa para enfatizar el dramatismo de mis palabras—. En estos momentos, un escándalo agudizaría la crisis. La República se sumiría en el caos. Y nos arrastraría a una guerra civil cuyas atrocidades, por desgracia, conocemos muy bien. —Volví a hacer una pausa de efecto. No había madre, hermana o esposa que no hubiese sufrido la pérdida de un ser querido en los recientes conflictos fratricidas—. El destino de la República está en nuestras frágiles pero firmes manos de mujer. Podemos desencadenar una guerra civil o evitarla.

La tensión se elevó hasta el firmamento.

—¡No queremos una guerra civil!

Muchas lo confirmaron afirmando enérgicamente con la cabeza.

Después de lo cual, no sé si iluminada por Bona Dea, o más probablemente por la desesperación, me lancé a pronunciar un discurso excelso que enardeció a mis oyentes.

—Esta noche —proseguí— estamos aquí reunidas para recordar al mundo y a nosotras mismas que somos mujeres; es decir, dadoras de vida. Con los dolores de parto conocemos su precio. Cada vez que una existencia se trunca prematuramente por mano de un hombre, se inflige una herida en el vientre de una mujer. Con la sangre de la víctima también fluye nuestra sangre. Dejemos que los hombres resuelvan sus diferencias con la muerte. Nosotras no podemos correr el riesgo de desencadenar una guerra civil para vengarnos de una ofensa que, si bien es grave, resulta trivial al mismo tiempo. Bona Dea no lo querría. La diosa de las mujeres quiere que nos comportemos como mujeres de verdad: ¡que sigamos con la celebración del rito, que todo quede entre nosotras, que hagamos caso omiso a quien ha intentado, en vano, profanarlo! —El consenso fue casi unánime; solo Aurelia se mantuvo hostil. Para convencerla añadí—: César se encargará de castigar a su esposa. Sin duda la repudiará. Y, juro por la estatua de la diosa que llegó a Roma gracias a una antepasada mía, que la familia de los Claudio se encargará de castigar a su degenerado descendiente.

Se reanudó el rito. De momento, Publio estaba a salvo.

Roma, 61 a. C.

28

Pero sabía muy bien que se trataba solo de una salvación temporal. ¿Cómo iban las mujeres a mantener oculto un escándalo así a sus maridos? Y una vez que la noticia del sacrilegio se difundiese, ¿quién iba a resistirse a la tentación de usarla como arma para desterrar al último de la estirpe de los Claudio de la escena política?

Y fue exactamente así como ocurrió. Al principio susurrada e insinuada, luego comentada ya descaradamente, la noticia de la profanación se convirtió en tema de conversación de las charlas de salón y sirvió de jugoso argumento en las aburridas noches de invierno, hasta que, magnificada e imparable, llegó a ser discutida en el Foro. El uno de enero el Senado decidió constituir un tribunal extraordinario que se encargaría de juzgar a Publio, acusado de *incestus*, un gravísimo delito sexual contra la religión.

Siguieron meses de pesadilla en los que empleé todos los medios, recursos y energía en apoyo de Publio. Junto conmigo también lucharon nuestros hermanos y hermanas. Por una vez nos olvidamos de las peleas y disputas familiares, uniéndonos para salvarlo.

La ciudad se fragmentó en dos facciones: los tradicionalistas, partidarios de la vieja República, de un lado; del otro y contra ellos, los innovadores. Los primeros, encabezados por Catón y Cicerón, pedían una condena ejemplar; los segundos —en cuyas filas se hallaba, paradójicamente, el marido ofendido, César— lucharon inútilmente por evitar el proceso. Las calles de Roma se inflamaron de peleas y reyertas.

El torbellino que ocupaba el lugar de mi corazón espumaba olas turbias, teñidas de sangre.

29

Volví a ver a Catulo durante una puesta de sol estriada de rojo, pocos días después de la conclusión del proceso. Ya estábamos a mitad de mayo.

En aquellos meses frenéticos, su recuerdo había sido el refugio secreto donde me recluía cuando las preocupaciones y los temores se volvían demasiado agobiantes. El espacio de Catulo era la noche. Durante el resto del día estaba tan ocupada viendo gente, negociando y discutiendo que no pensaba en él. Pero su recuerdo no desaparecía, sino que anidaba en un lugar oculto de mi mente y volvía a aparecer cuando el fragor de las preocupaciones que ocupaban mis jornadas se acallaba.

En efecto, mi vida se vio asolada por obstáculos constantes. En lugar de limitarse a juzgar el delito en cuestión, el proceso escarbó en los recovecos más privados de nuestras vidas, como si el acusado no fuese solo Publio sino todos los Claudio Pulcro, y la culpa no fuese la intrusión en los ritos de Bona Dea sino nuestro modo de vivir, a nuestro aire, indiferente a los convencionalismos.

Yo fui la más calumniada de toda la familia: me acusaron de lascivia, de adulterio, de incesto… Mi aversión por los biempensantes, falsos, hipócritas y mezquinos, llegó al colmo. Hasta ese momento había intentado respetar sus reglas, salvando al menos las apariencias; a partir de entonces, decidí actuar según mis propios criterios.

Justo cuando la suerte de Publio parecía estar echada, un suceso inesperado invirtió la situación: a un paso del veredicto, el pretor suspendió la audiencia y la aplazó un par de días. Los más frenéticos de nuestra vida.

Los seis componentes de la familia, sin excepción, dejamos de comer, de dormir y de ocuparnos de nuestros asuntos para dedicarnos, durante ese tiempo, a recoger dinero. Mucho dinero. Una suma enorme incluso para una de las familias más ricas de Roma. Nos endeudamos para reunir una cantidad exorbitante con la que sobornamos, uno por uno, a los cincuenta y seis miembros del jurado. A todos. A los que no se dejaban deslumbrar por el dinero, les ofrecimos noches con chiquillas, con muchachos, gladiadores y damas de la aristocracia. Ofrecimos villas y carreras políticas. A algunos, nos ofrecimos nosotros mismos. Y ganamos el juicio.

Pero en aquellos meses de tempestad, mis noches también podían verse sacudidas por el oleaje. Porque a veces, el recuerdo de Catulo dejaba de ser un puerto seguro para convertirse en una marejada de pensamientos enloquecidos. La ausencia es un pozo: por más que grites, solo oyes el eco de tu voz; por más que otees, solo ves, oscura y desenfocada, tu propia imagen.

Conocí las trampas de la ausencia, que transforma al ser amado en un fantasma de mil formas; ahora apasionado, ahora frío y distante. Revivía con tal viveza las horas de amor que habíamos pasado juntos que caía presa de una excitación insaciable, me devoraba un ardor que no me dejaba dormir. Entonces imaginaba que mis manos eran las suyas, y maldecía mi boca por no saber besarse.

«Manos, boca —me ensañaba—, ¿por qué sois tan incapaces? Piel, ¿por qué no te contentas con mis caricias? Labios, ¿dónde escondéis el pasaje al jardín de las delicias que me abríais cuando estábamos juntos?».

Otras veces, en cambio, me acordaba de la discusión con que nos habíamos despedido, sus pretensiones, su absurdo enfado. Entonces me enojaba y lo echaba de mi cama: «Catulo, estás loco, ¡vete!».

Pero sin darle tiempo de levantarse, lo volvía a llamar: «¡No, amor mío, no te vayas!», e intentaba exponerle los motivos de mi comportamiento. Y después de haber malgastado sueño y energía intentando convencerlo, me daba cuenta de que estaba discutiendo con un fantasma.

Catulo, en efecto, no estaba. Tras una recaída, había ido a curarse a casa de sus padres, en la villa que daba a un lago que yo imaginaba tan grande como el mar, azul como sus ojos. No me mandó ni una carta, ni siquiera un mensaje. Me esforzaba inútilmente en interpretar su silencio. Por una parte, temía que hubiesen llegado hasta sus oídos las calumnias que circulaban sobre mí y que, indignado, me rechazara porque me consideraba un monstruo. Pero ¿cómo podía defenderme —protestaba— si no me daba la posibilidad de hablar con él? Por otra, me engañaba pensando que las murmuraciones no se habían difundido en Galia y que algún impedimento lo obligaba a permanecer en silencio. Esta hipótesis, que me aliviaba de momento, me hundía en un abismo aún más oscuro. ¿Qué impedimento podía ser tan insuperable para mantenerlo alejado de mí? ¿Una enfermedad? ¿Otra mujer? Solo con pensarlo enloquecía. O bien, ¿la discusión y la distancia habían enfriado su amor o incluso lo habían apagado? ¿Me había olvidado?

Pronto supe que no era así: Catulo no había dejado de pensar en mí. En Roma empezaron a circular sus nuevos poemas, dedicados a Lesbia. Cuando los leía, no lograba reconocerme en la imagen que daban de mí. Voluble, caprichosa, infiel, y a la vez dulce, cariñosa e irónica: ¿realmente era yo esa mujer? También la Lesbia celebrada por el poeta era un fantasma, pero, a diferencia del que yo evocaba en mis noches insomnes, no era evanescente, sino real. Y voraz. Quizá un día, como las larvas chupasangre de los cuentos de las esclavas, absorbería mi vida y se transformaría en mí.

Los fantasmas y las pesadillas se revelaron solo fantasías en cuanto lo tuve delante,

bañado por la luz triunfante de aquel ocaso de mayo.

Estaba en el jardín, vigilando la marcha del proyecto en el que me hallaba inmersa para recompensarme por las penas del juicio: transformar el terreno que de mi casa baja hacia el Tíber en un jardín persa, un lugar sombreado por árboles, surcado por senderos y refrescado por fuentes y arroyos, que alegrara los sentidos con la belleza, el perfume y la armonía de la vegetación. La moda del «paraíso», como la llamaban los persas, acababa de llegar a Roma gracias a Lúculo, exmarido de una de mis hermanas. Aunque mis recursos económicos estaban prácticamente agotados, tenía intención, a costa de endeudarme aún más, de construir unos jardines que compitiesen con la magnificencia de los de Lúculo, enemigo jurado de mi familia desde que Publio instigó a la rebelión a sus legiones de Oriente. Quería demostrar la superioridad de los Claudio Pulcro, que no solo habían ganado una causa que todos creían perdida sino que, además, embellecían la ciudad. Seguramente Epicuro no habría estado orgulloso de mí, pues meses de batallas en los tribunales me habían hecho olvidar el desinterés que caracteriza al sabio, involucrándome en mezquinas rivalidades. Si hubiese podido justificarme ante él, le habría dicho que basta con respirar el aire de Roma para contagiarse de la enfermedad de la política.

En cuanto vi a Catulo, sin embargo, me olvidé de la política. Y también de Epicuro. Sentí únicamente la necesidad de sumergirme en él, como un sediento que, después de mucho vagar, encuentra una fuente de agua fresca.

Al principio fue una figura que subía por el camino del embarcadero del río y que se perfilaba con nitidez en el cielo matizado por mil tonalidades de rojo. Una figura familiar que no lograba identificar. No lo reconocí con los ojos, sino por el revuelo que estalló en mi pecho. El corazón volvía a ocupar su lugar y palpitaba con energía.

A medida que se acercaba me di cuenta de que a lo largo de aquellos meses había fantaseado con una sombra que aumentaba, disminuía y cambiaba de forma, pero que tenía muy poco en común con la realidad. La realidad era el hombre que tenía delante: solo un hombre, ni siquiera especialmente guapo. Y sin embargo, sentí una pasión incontenible, más fuerte que cualquier razonamiento. Tuve que dominar el impulso de correr hacia él porque estábamos rodeados de jardineros que ultimaban los quehaceres de la jornada antes de que se hiciese de noche.

Cuando me alcanzó, tuve que contentarme con saciar mis manos, que apretaron con fuerza las suyas, y los ojos, que por fin no tenían que resignarse a recuerdos desvaídos. En su rostro afilado, que revelaba las señales de la enfermedad reciente, los ojos resplandecían, límpidos y alegres. Al igual que yo, se había dado cuenta de lo estúpido que había sido nuestro rencor.

—¡Catulo! —murmuré. Como la primera vez, con solo pronunciar su nombre me sentí feliz.

—Lesbia —susurró con voz grave.

En mi mente se agolparon todas las frases que había preparado en su ausencia: algunas desconsoladas, otras agresivas… y, en ese momento lo comprendí, absurdas e inútiles por completo. Todos los argumentos angustiosamente planeados se desvanecieron en el aire como el humo.

Pude entrever en su rostro las mismas emociones. El ansia de justificarse perdía todo significado ante la persona amada.

Por eso rompimos el silencio los dos a la vez, yo con un «Perdóname» y él con un «Lo siento» que se sobrepusieron y se confundieron, diluyendo la tensión con una carcajada de felicidad.

Además, la exuberancia de vida que florecía a nuestro alrededor invitaba a olvidar rencores y reproches para abandonarse al flujo de amor que mueve el cielo y la tierra.

Era el triunfo de la primavera. Parecía como si la naturaleza quisiera vengarse por el tormento a que la había sometido el hosco invierno con un estallido de colores y perfumes tan intensos que daban ganas de hacer el amor allí mismo, enseguida. Desde hacía algunas semanas, los animales no hacían otra cosa: en el campo, los rebaños rebullían; en los bosques era todo un crujir, un arrebato. Los pájaros lucían sus mejores plumajes y se pavoneaban ante las hembras, falsamente retraídas. Los peces coleaban y remontaban la corriente, se aventuraban en recovecos inaccesibles para celebrar sus apareamientos acuáticos. Los ciervos chocaban sus cuernos en duelos épicos para luchar por la conservación de la especie. Únicamente nosotros estábamos obligados a contentarnos con miradas y roces fugaces.

—Quisiera que fueses mía, aquí y ahora —murmuró Catulo.

—Hazlo —lo animé mirándolo a los ojos.

Se le dilataron las pupilas. Dirigió una mirada a su alrededor. Algo más allá, un esclavo podaba una enredadera y otro trasplantaba gladiolos en una bordura. Tras intercambiar una sonrisa de complicidad embocamos un sendero, buscando un escondite. Parecíamos niños felices escapando de la vigilancia de los adultos para hacer una travesura.

—Eros es un chiquillo —murmuró Catulo, que iba abriendo camino entre los setos para dirigirse a un claro con un banco a la sombra de un gran árbol.

—Pero tiene un cuerpo de hombre —repliqué, y recorrí el suyo con las manos, que gozaban al reconocer sus formas: la cicatriz, el vientre plano, la excitación incontenible.

Nos besamos. A pesar del tiempo transcurrido y las vicisitudes que nos habían alejado, nuestras bocas se reconocieron al momento. Jugaron como si no se hubieran separado nunca.

Aspiré a fondo su olor, intentando llenarme de él, fundirme en él. ¡Cuánto lo había echado de menos! Catulo debía de sentir lo mismo porque exclamó:

—¡Ah, tu perfume! ¡Cómo habría deseado tener al menos una gota, un rastro, mientras estábamos separados! Puede recordarse una cara, una voz… pero no puede evocarse el perfume de quien está lejos.

—Aquí lo tienes —respondí—, ahora es todo tuyo.

—¡Te lo ruego, aleja de mí los demás olores, envuélveme con el tuyo! Quiero que mi nariz y mi piel no perciban otra cosa. Quiero que todo en mí huela a ti.

—Te regalo mi olor. —Sonreí—. Pero a cambio quiero el tuyo.

—Oh no, no puedo dártelo —replicó.

—¿Por qué? —pregunté, sobresaltada.

—Porque te doy todo mi ser.

Oyendo esas palabras, mi corazón se convirtió en un despiadado arquero que, lanzando flechas de deseo, alcanzaba los recovecos más ocultos, rompía escudos y resistencias, y me transformaba en una fuente viva y palpitante. Al toque de sus manos, que intentaban abrirse paso entre la seda, fui como el agua encrespada por el viento.

—¡Vestimenta cruel! —susurró—. ¡Enemiga de los amantes!

—La derrotaremos —respondí levantando al mismo tiempo la túnica de los dos.

Catulo me alzó la pierna izquierda con delicadeza, me hizo doblarla y me ofreció su muslo derecho para que pudiera apoyarme. Mi sexo se abrió a su deseo, que entró con avidez. Mi cuerpo lo reconoció enseguida y lo acogió apretándolo fuertemente dentro de sí, como si no estuviese dispuesto a dejarlo marchar nunca más.

Sabía que teníamos que darnos prisa porque las voces de los esclavos se oían cada vez cercanas, pero en lugar de avergonzarnos su llegada inminente acentuaba la necesidad de vivir plenamente ese momento fugaz.

El esfuerzo de mi amante por sostenerme y darme placer a la vez, desafiando las leyes del equilibrio, hacía que lo sintiese aún más absurdamente mío. Si no me hubiera sujetado, me habría caído. Tenía que depositar en él una fe ciega que me hacía tener una sensación agradable, de fragilidad y dependencia, una sensación que me era desconocida y que, gracias a lo antinatural de la postura, me invitaba a relajar la mente, finalmente libre de la obligación de controlarse después de tanto tiempo. Un parte de mí, sin embargo, permanecía alerta, consciente del peligro que corríamos si alguien nos veía; como una gúmena atada al amarre, impedía que el oleaje, que arreciaba, me arrastrase. Vigilaba desde arriba nuestros cuerpos, sin participar en su danza.

Pero una palabra mágica logró desatarme. Catulo murmuró: «Te amo», y al oírlo las aguas rompieron el dique y el mar me desbordó, subiéndome como la espuma. «Te amo, te amo», repitió mi amante intensificando su movimiento.

Lo miré a los ojos sin responder, añadiendo a mi goce el que me proporcionaba observar el suyo: la mirada que se volvía más clara, los rasgos que se relajaban adquiriendo una serenidad absoluta. Juntos nos elevamos a las regiones etéreas de la voluptuosidad, envidiada morada de los dioses. Pero, no siéndolo, solo permanecimos allí un instante, antes de volver, abrazados, a la tierra.

Cuando nos recobramos, reparé en que estábamos cubiertos de sudor y noté que mi pierna resbalaba por su muslo húmedo. Catulo me ayudó a ponerme de pie y a

recomponerme la túnica.

El apacible ruido de la actividad campestre volvió a nuestros oídos. Parecía imposible haber viajado más allá de las estrellas mientras el mundo, indiferente, continuaba su curso.

Nos sentamos en el banco, con las manos entrelazadas y mirándonos a los ojos. Había olvidado lo feliz que me sentía solo con mirarlo.

—¿Sabes que eres como el mar? —observé.

—¿Como el mar? ¿Por qué? —preguntó sorprendido.

—Porque tu boca es como el horizonte; tus ojos son extensiones de agua, y tus orejas, caracolas —dije.

—Y mi carácter es tan cambiante como los vientos marinos. —Sonrió. Luego, ya en serio, añadió—: Perdóname por lo que pasó en casa de Manlio.

—¡Jamás! —respondí levantando el índice con fingido malhumor.

—¿Por qué?

—¡Porque me encanta que me pidas perdón!

Nos echamos a reír.

¡Qué feliz era en ese momento! Deseaba que durase para siempre, a despecho del ocaso que nos arañaba con sus garras, cada vez más largas y amenazadoras.

De repente noté que entre las sombras densas e inmóviles de la vegetación aparecía una figura ligera y agraciada que los juegos de luz residual hacían variar de forma y dimensión. Ambos nos volvimos hacia el bosque, a la espera de ver aparecer una ninfa o algún dios crepuscular.

Sin embargo, ante nuestros ojos se mostró algo infinitamente más hermoso: mi hija. Nuestra sorpresa se convirtió en tristeza cuando nos dimos cuenta de que estaba llorando. En las manos unidas formando una concha sostenía con delicadeza algo pequeño y frágil sobre lo que caían, como diamantes, sus lágrimas.

Al ver que venía en nuestra dirección, Catulo y yo separamos las manos. No era la primera vez que Cecilia me veía en compañía de un hombre. Durante el juicio, los visitantes se habían alternado sin tregua; con algunos había mantenido un duelo de seducción, intentando retirarme antes de verme obligada a un contacto no deseado. A menudo Cecilia me miraba con desaprobación y tenía una actitud hostil, que encubría desprecio, con mis pretendientes.

Por ese motivo temí su reacción al verme con Catulo.

Pero en ese momento, mi niña estaba demasiado afligida para prestarme atención. Cuando estuvo más cerca, vi que tenía en las manos el cuerpo sin vida de Cincina, su querido pájaro carbonero. Dominando la repugnancia instintiva que siento por los cadáveres, por pequeños que sean, fui a su encuentro.

—¡Mamá! —Cecilia lloraba y me mostraba el montoncito de plumas inerte.

—Pobre Cincina —dije acariciándole la cabeza—. ¡Y pobre Cecilia! —añadí.

—¿Quién osa hacer llorar a una niña tan guapa? —preguntó Catulo, y se acercó a nosotras.

Entonces Cecilia se percató de su presencia. Pero en vez de reaccionar con el resentimiento que reservaba normalmente a mis pretendientes, sin dejar de llorar, esbozó una sonrisa, tanto más inestimable cuanto que fue inesperada.

—Mi amiga ha muerto —le dijo Cecilia.

—¡Malvadas tinieblas del reino de Hades! —exclamó Catulo—. ¿Por qué destruís todo lo hermoso?

—Cincina no irá al Hades —lo contradijo dulcemente Cecilia—. Los pajaritos no bajan a las tinieblas, no llegan a encontrarse nunca con el malvado barquero Caronte, ni cruzan las lodosas corrientes del Aqueronte. Los pajaritos vuelan alto, más allá de las nubes, a un bosque donde el sol brilla incluso de noche. Cantan todo el día y no mueren nunca. Nunca más. —Luego puso el cuerpo en una cajita adornada y se dirigió otra vez hacia el bosque—. Ahora celebraré el rito fúnebre —dijo a modo de despedida antes de desaparecer entre las matas.

La seguimos con la mirada un buen rato, hasta que el follaje se cerró tras ella.

La muerte de Cincina, el dolor de mi hija, la demostración de la brevedad de la vida y el deseo de alejar esa oscuridad amenazadora me impulsaron a pronunciar, sin pensármelo dos veces, una frase que me sorprendió a mí misma: «Catulo, ¿quieres venir conmigo a la costa?».

Vi reflejado en sus ojos el asombro y la incredulidad, y después una alegría incontenible: «Te seguiré a donde quieras, amada Lesbia».

La noche retiró sus garras.

Era la primera vez que invitaba a un amante a pasar las vacaciones conmigo.

Desde que compramos una villa en Bayas, cerca de Nápoles —¿quién no posee una villa en Bayas? ¡Cicerón la llama «la pequeña Roma»!—, pasaba allí el final de la primavera y el principio del verano, para purificar la piel con el sol y los baños sulfúreos, tras largos meses de encierro. Mi marido, por el contrario, iba a finales de verano, para prevenir la artritis y los achaques que lo afligían durante su estancia invernal en Galia. De mutuo acuerdo, casi nunca íbamos juntos.

Ir con Catulo significaba sacar nuestra relación del lugar secreto en que había nacido para exponerla a la luz. ¿Resistiría los rayos del sol?

El día después de haberlo invitado, mientras estaba ocupada con los preparativos de la salida, me lo pregunté varias veces. Sin embargo, en cuanto sentía el ligero dolor en la pierna que había tenido levantada durante nuestro último encuentro, los malos presagios desaparecían. Aquel dolor leve era para mí más dulce que un placer. Cada punzada me recordaba la fe sin condiciones con la que me había abandonado a mi amante. Y el corazón se me llenaba de dicha.

SEGUNDA PARTE

Soles radiantes

Brillaron para ti soles radiantes.

CATULO,
carmen VIII

Bayas, 61 a. C.

1

Bayas es el reino de la luz. Por más que brille, el sol en Roma siempre está alto e inaccesible. En Bayas es diferente: desciende sobre la tierra, la abraza, se funde con ella. Cuando, al final del fatigoso viaje, bajo del carro y me reúno con el mar, el corazón se me ensancha como si quisiera abarcarlo. El mar es el hermano loco del cielo, pero a diferencia de él no se calla nunca, habla y murmura sin cesar, diferente e igual al mismo tiempo. A pesar del cansancio, siempre pienso: «¿Por qué no habré venido antes?». Me invade una felicidad despreocupada, y los problemas de la ciudad me parecen una tontería, se esfuman como las nubes que, grávidas y pesadas en Roma, aquí son pinceladas de blanco, copos livianos.

Los lugareños son hijos del mar; esconden su sabiduría bajo la superficie, transforman el dolor en alegría, en armonía con la canción eterna de las olas. No es casualidad que las grandes escuelas epicúreas hayan florecido en estas tierras, en Nápoles y en Herculano. Es más fácil olvidar las preocupaciones donde todo nos sonríe y el aire suave empequeñece nuestras penas. El amenazador Vesubio, que con su cráter magmático evoca la fragilidad de la existencia, en lugar de atemorizar invita a apreciar la vida que el destino nos ofrece. Y tampoco es casual que la leyenda sitúe en sus faldas la boca del Averno, la tétrica entrada al reino de Hades. El aliento fétido de la muerte que flota en los vapores de azufre del volcán hace brillar la luz de la vida, que en Bayas es aún más cegadora.

Aquí no se duerme nunca, se vive siempre.

Catulo dormitó durante todo el viaje. Como en días anteriores, tuve la impresión de que no se había repuesto por completo: ¿Qué enfermedad, resistente a todos los tratamientos, corría por sus venas? ¿Acabaría con ella el clima de la costa?

Mientras observaba su palidez, su cuerpo inerte abandonado a las sacudidas, me volví a preguntar si no estaría cometiendo un error. «¿Y si no le gusta Bayas?», pensaba.

No hay nada peor que un invitado que finge divertirse cuando en realidad se está muriendo de hastío. A Catulo le gustaban las tabernas y los espectáculos, pero solo iba con sus amigos. ¿Se acabaría aburriendo conmigo? ¿Y yo con él?

Su piel era demasiado delicada para exponerla al sol de Campania; sus músculos, demasiado débiles para nadar en mar abierto. Nacido en el lago de Garda, estaba acostumbrado al clima templado, al agua dulce, a la luz moderada. ¿Soportaría los

excesos del mar?

¡Cómo temía su reacción! Invitarlo a un lugar que amaba tanto equivalía a abrirle las puertas de mi corazón; despreciar ese lugar sería como rechazarme.

Sin embargo, habría hecho mejor en no preocuparme porque mis temores eran infundados. En cuanto bajó del carro, Catulo se enamoró de Bayas. Y yo, si cabe, aún más de él.

Viendo su entusiasmo comprendí lo que me había atraído de ese hombre ni guapo ni fuerte: bajo su aspecto adulto latía el corazón de un niño. Inocente, con ganas de jugar. Como yo. Y como el agridulce Eros, que por fin en Bayas desplegó las alas sobre ambos.

2

—¡Desde aquí dan ganas de volar! —exclamó Catulo asomándose al precipicio de toba que de mi villa abre la vista al mar.

Delante de nosotros, las gaviotas se exhibían lanzándose en audaces caídas en picado, con el escenario de la magnífica costa de Campania de fondo. Promontorios, ensenadas, precipicios y crestas, entre los cuales destacaban, compitiendo en suntuosidad, las villas de los ricos romanos.

—¿Ves aquel islote de allí, delante de la ciudad? —Señalé una porción de tierra a lo lejos, separada de la orilla por una estrecha franja de agua—. La ciudad es Nápoles y la isla Megaride, donde desembarcó la sirena Parténope. Lúculo ha construido allí su villa, y por lo que dicen reina un lujo desenfrenado… No la he visto nunca porque no invita a los miembros de la familia Claudio Pulcro, a la que ha jurado odio eterno. Pero no me importa. Al contrario, me alegro, ya que sus cenas son el triunfo de la vulgaridad.

Sumido en la contemplación del paisaje, Catulo no mostraba mucho interés por lo que le contaba. En contraste con el esplendor del lugar, parecía envuelto en un velo de tristeza. Ciñéndolo con los brazos por detrás, le susurré:

—Pero hay una cosa que sí siento.

—¿Qué? —me preguntó, y me apretó los brazos para que lo estrechase con más fuerza.

—No haber probado nunca el fruto de los árboles que Lúculo ha plantado en el parque. Los ha traído de Kerasos, en la costa del mar Negro. Aquí en Campania todos hablan de ese fruto pequeño, rojo, redondo. Se rumorea que es un fruto mágico, que cuando lo muerdes suelta un jugo tan dulce que ya no puedes vivir sin él —dije poniéndome de puntillas para cubrirle de besos la piel blanca y maravillosamente suave entre la oreja y el nacimiento del pelo.

Al notar los escalofríos que al tacto de mis labios le bajaban por la espalda, me apreté más contra él. Me gustaba sentir sus nalgas contra mi vientre, su espalda contra mis pechos.

—Yo he probado ese fruto. —Catulo volvió la cabeza para rozar mis labios con los suyos. Había apartado una mano de mi brazo y la deslizaba entre nuestros cuerpos unidos, hasta alcanzar mi sexo—. Y ya no puedo vivir sin él —murmuró.

Le devolví el beso, que sin embargo no logró ahuyentar su melancolía. Entonces le acaricié el pecho y, sin hacer caso a su alusión, continué hablando para distraerlo de sus preocupaciones.

—Lo llaman «cerasa» o «cereza». No sé qué daría por tener un árbol de esos. En primavera se transforma en una nube de flores y Megaride se vuelve una isla blanca.

—Me gustaría ser una gaviota —replicó Catulo, absorto— para volar a la isla de la sirena y robar las semillas del fruto mágico para ti.

—¡Ojalá pudieses! —Me eché a reír y me separé de él.

Pero Catulo me detuvo.

—Te lo ruego, no pares.

Seguí acariciándolo. Me divertía ahora estimularlo bajo la túnica con las yemas de los dedos, ahora acariciar la tela, bajo la cual emanaba un calor cada vez más intenso, con las palmas de las manos. Me excitaba tocarlo desde atrás. Las formas amadas revelaban aspectos nuevos, y podía explorarlos con las manos sin renunciar a adherirme a él con el resto del cuerpo. Me llené de orgullo cuando sentí su sexo, al principio vulnerable, extendido, tenso y listo para el amor.

—¡Lesbia! —Suspiró y trató de volverse para abrazarme.

—¡No! —lo detuve—. Quédate así.

Mientras seguía jugando con su cuerpo, cada vez más impaciente, apretaba el vientre y el pecho contra su espalda oscilando un poco, balanceando la pelvis. Catulo llevó las manos atrás y las puso sobre mis caderas, acompañando el movimiento. Cerré los ojos e imaginé que lo sorprendía de espaldas en una sala abarrotada y que pegaba mi cuerpo al suyo, sin decir nada. Me pareció sentir que se estremecía, su respiración entrecortada por la sorpresa. Estoy convencida de que me habría reconocido en la oscuridad más negra, como yo lo habría reconocido a él.

—¿Quieres volar? —le susurré al oído.

—¡Oh, sí, me encantaría! —murmuró.

—¡Ven conmigo! —dije liberándolo del abrazo.

—¡No! —protestó y, aturdido, intentó sujetarme.

Yo también me sentí algo desorientada por haberme separado demasiado bruscamente, y un vértigo amenazador, acentuado por la cercanía del precipicio que se abría ante mis pies, se apoderó de mí. Alejé los pensamientos funestos de inmediato, disfrutando ya de lo que estaba a punto de proponerle. Le cogí la mano con dulzura y dije:

—Ven, amor mío. Vamos a volar. —Pero al ver que se quedaba pasmado, añadí —: Como vuelan los pájaros del agua.

Catulo arrugó la frente.

—¿Los peces? —preguntó mientras la expresión de tristeza desaparecía de su rostro, que se iluminaba con una sonrisa de chiquillo.

—Sí —asentí.

—¡Entonces las gaviotas… son peces del cielo! —observó.

Nos echamos a reír a la vez, sintiéndonos completa y absurdamente felices. En aquel espacio inmenso inundado por la luz todo parecía posible. Incluso un futuro juntos.

3

—¡Qué peligroso es este precipicio! —observó poco después mientras, arañándonos los pies y las piernas con las matas que crecían en la ladera, bajábamos por el sendero empinado que conducía a una calita escondida entre las rocas. Había elegido esa playa en vez de otra más accesible porque estaba a salvo de las miradas indiscretas—. ¡Aunque yo por ti correría cualquier peligro! —añadió envalentonado.

—Ten mucho cuidado con lo que dices —lo desafié—. Podría tomarte la palabra.

—Lo confirmo: contigo a mi lado iría a cualquier sitio. ¡Incluso al inframundo! —afirmó.

Sin quitar la vista del camino —un paso en falso y nos habríamos despeñado—, le dirigí una mirada de través. ¿Por qué pensaba en la muerte tan a menudo? Pero sus ojos resplandecientes de alegría me tranquilizaron; seguramente bromeaba.

Al fondo de la pendiente las olas chapoteaban suaves, el mar era invitante, mientras que el sol, implacable, jugaba con su superficie, que reflejaba brillos burlones. Parecía advertirnos que antes de gozar de su abrazo revitalizador tendríamos que superar pruebas muy arduas. Era como si hubiésemos vuelto a la infancia, edad en la que cualquier cosa se transforma en una prometedora aventura.

Cuando por fin llegamos a la playa estábamos empapados de sudor. Nos sentamos a descansar a la sombra de un espolón que formaba una pequeña cavidad protegida, de un frescor agradable, un hueco con las paredes de roca y el suelo de arena húmeda en cuyo interior, en contraste con el bochorno y el fulgor hiriente del sol, reinaba una temperatura moderada y la vista descansaba.

—Deja que te seque. —Catulo acercó la boca a mi nuca mojada.

—¿Cómo piensas hacerlo? —pregunté, curiosa.

—Así. —Succionó las gotas con los labios y la punta de la lengua. Del cuello bajó hacia los hombros—. Tu sudor es un néctar, déjame beberlo —murmuró levantándome la túnica. Lo ayudé a quitármela.

Continuó por la espalda, con deliciosa lentitud. Cada pasada provocaba en mi cuerpo ráfagas de placer. Mi piel era como una hoja que vibraba aun antes del contacto.

Pero yo también deseaba probar el rocío que, en la semioscuridad de la gruta, hacía resplandecer el cuerpo de mi amante.

—Quítate la ropa tú también —le dije.

Al verlo desnudo me faltó la respiración. Nunca lo había encontrado tan atractivo, parecía una criatura acuática arribada a la tierra por azar.

Empecé a lamerlo, aspirando su perfume que, intensificado por el esfuerzo físico y el contacto con el aire marino, era más embriagador que nunca. Su sudor sabía a

mar; tenía el aroma de los erizos que Publio pescaba para mí cuando era niño.

Cuando acabé de secarle la piel, le dije:

—Ponte de rodillas.

—Sí, vida mía.

Yo también me arrodillé delante de él. Intentó abrazarme y lo detuve.

—¡No! Pon las manos detrás de la espalda.

Me obedeció, perplejo.

Hice lo mismo.

Al no poder tocarme, su cuerpo se estremecía de deseo. Me miraba expectante, con cierta inquietud.

Como yo también me moría de ganas de tocarlo, me tendí para deslizar mis pezones erizados y muy sensibles contra su pecho.

—¡Pezones orgullosos! —susurro él—. ¡Mensajeros del deseo!

—Pues sí —respondí—. ¡Tan pequeños y con una responsabilidad tan grande!

—Están a la altura de su misión —murmuró—. Me están volviendo loco.

Y estaban volviéndome loca a mí también. Desde la punta, oleadas cada vez más impetuosas golpeaban el centro de mi vientre, como una cueva oculta bajo un volcán.

Mientras tanto continuaba explorando a mi amante con los pechos y descendía despacio hacia su sexo turgente, que estaba a punto de explotar.

Cuando lo rocé, de repente el placer nos arrastró a los dos con una violencia sorprendente. Nos sujetamos el uno al otro como si la gruta girase a nuestro alrededor. Después permanecimos abrazados durante mucho rato, en un silencio roto solo por el rumor del agua y nuestros suspiros. Habría sido maravilloso poder salir de nuestros cuerpos para transformarnos en tritones, sirenas y ninfas.

Al cabo de un rato que no sabría calcular, pues me había quedado absorta, Catulo musitó:

—¿Vamos a volar?

Saliendo, me di la vuelta para lanzar una última mirada al refugio que nos había regalado una experiencia inolvidable. Probablemente solo fue un reflejo del sol, pero me pareció ver centellar algo en su interior y oír el tintineo de una risa. Quizá aquella cueva era el pasaje para entrar en la morada de los dioses. ¡Lástima que no nos acogiesen entre ellos!

4

El mar, sin embargo, nos ofreció una alegre acogida. Pero en contraste con el ardiente sol estaba helado. Entramos corriendo y salpicándonos, pero nos detuvimos cuando el agua nos llegó a la ingle.

—¡Está más frío que el lago de Garda! —protestó Catulo.

—¿El lago de Garda también causa este efecto?

Me burlé mientras señalaba entre sus piernas. El agua le había provocado un increíble e inmediato empequeñecimiento.

—¿Cómo te atreves? —exclamó abalanzándose sobre mí.

Lo esquivé ágilmente y se cayó de vientre, gesticulando con los brazos y con una expresión tan graciosa que estallé en carcajadas incontrolables.

De repente sentí que me tiraban de una pierna, grité, perdí el equilibrio y acabé sumergida, tragando agua, mientras luchaba con mi amante, que se había revelado un buen nadador.

Salimos juntos a flote unos instantes después, jadeantes y chorreando, sin dejar de reírnos y de toser.

Al notar cosquillas en un pie, miré al fondo a través del agua límpida. Una minúscula gamba, transparente, me había confundido con una de las rocas en las que buscaba alimento, y con movimientos frenéticos intentaba escarbar en vano mi pulgar.

—¡Mira! —dije señalándola.

—¡Por los númenes del Olimpo! ¡No es posible! Me distraigo un momento y ya te encuentro con un rival.

—¡No es un rival! ¡Quiere comerme!

—¿Y qué crees que quiero yo? —replicó Catulo con voz amenazadora.

—Eso… ¿qué quieres hacerme? —Lo miré con malicia.

—Está muy claro: ¡comerte!

Me cogió en brazos por sorpresa. Y abriendo las fauces con una mueca exageradamente monstruosa, hundió la cabeza en mi cuello para morderme, mientras yo flotaba colgada de él, sin peso.

Pasado un primer momento, noté con placer que, animado por mi cercanía, el frío no le impedía recobrar sus dimensiones habituales.

—Eh, ¡mira quién ha vuelto! —dije aferrando su sexo.

No sabía lo que le esperaba.

En cuanto lo vi abandonado a la voluptuosidad, sonriendo con los ojos cerrados y la respiración acelerada, solté la presa y con un movimiento de caderas me separé de él.

—¡Atrápame si puedes!

Eché a nadar mar adentro. Aunque no lo hacía desde el verano anterior, me sentía en forma, y lograba sincronizar las brazadas y la respiración, gozando del contacto con el agua, que me daba vigor y me hacía sentir liviana. Durante un rato, concentrada en coordinar las extremidades y llena de gratitud por mi cuerpo que, a pesar de la falta de ejercicio, recordaba aún los movimientos apropiados, me olvidé de Catulo.

Luego oí que me llamaba.

—¡Lesbia!

Me detuve, cansada, y dejé que me alcanzase.

—¡Qué esplendor! —exclamó refiriéndose al mar, al sol y a la costa que, vista desde el agua, era aún más espectacular. Y, por cómo me miró, supe que se refería sobre todo a mí. Nos besamos, sus labios sabían a sal.

Era estupendo estar allí abrazados, suspendidos en el abismo, como gaviotas en el cielo.

—Tenías razón, Lesbia: ¡nadar es como volar! —observó al tiempo que se tendía boca arriba con los brazos abiertos, como si quisiera abrazar el cielo.

—¡Qué gran goce nos regalan nuestros cuerpos! —exclamé imitándolo.

—El cuerpo es mucho más sabio que la mente. —Me cogió de la mano—. No lo olvides nunca.

La alegría que me proporcionó ese contacto confirmó que estaba en lo cierto, pero no dije nada.

Las palabras sobraban en ese momento mágico.

Con los dedos entrelazados, nos dejamos mecer largo rato por las suaves olas, gozando del contraste entre el bochorno de la superficie y la corriente fresca de la profundidad marina.

Me había abandonado al mar muchas veces, pero nunca de la mano de alguien. Publio, mi compañero de juegos de infancia, era demasiado nervioso para quedarse quieto. Mientras yo estaba ociosa, él se zambullía buscando conchas y pulpos. Mi marido lo habría considerado una pérdida de tiempo o habría aprovechado nuestra proximidad para echárseme encima. Y a mis amantes nunca los veía fuera de la cama. Tenía muchos hombres a mi alrededor, pero estaba sola.

La mano de Catulo tenía el poder de anular el miedo inconfesado que me dan los abismos. Hasta un monstruo marino me habría parecido menos terrible si se nos hubiese tragado estando juntos. Quizá, pensé, incluso la muerte sería menos espantosa si una mano nos aguantara la nuestra.

Al cabo de un rato volvimos a la orilla. No nos detuvimos para recobrar el aliento hasta que el agua nos llegó un poco más arriba de la cintura.

—¿Sabes que te estás quemando? —dije al observar el rosa intenso que le había coloreado la piel. Se encogió de hombros, despreocupado, como diciendo: «¡Qué importa! ¡No me da miedo quemarme!». Mi piel, por el contrario, se broncea

enseguida—. ¡Oh, tus pobres hombros! —Lo abracé—. ¡Tengo que aprovechar para tocarlos ahora, antes de que incluso una caricia te resulte demasiado dolorosa!

—Tus caricias no serán jamás dolorosas —replicó, besándome. De un salto me colgué de su cuello y crucé las piernas por detrás de su espalda.

—¿Ves?, otra ventaja de flotar.

Rocé su erección con mi sexo. Era poderosa porque estaba relajado, ya que el agua sostenía mi peso.

—Veamos si hay más ventajas —murmuró entrando suavemente en mí.

El agua que me envolvía atenuaba la sensación del contacto, pero al mismo tiempo le regalaba nuevos matices. Era como si una tercera persona, el mar, se hubiera unido a nosotros para hacer el amor. Nos abrazaba por fuera y por dentro, sustituía nuestros humores con su líquido, gozaba con nosotros. Catulo sostuvo mis nalgas con las palmas de sus manos abiertas para guiarme. Pero sin su ayuda también habría logrado moverme con facilidad. El mar regalaba libertad, agilidad. Y cuando alcanzamos el clímax y después nos sumergimos en la dicha, fue como si todas las criaturas marinas, de las más pequeñas a las más imponentes, compartiesen nuestra felicidad.

Pero hubo una que seguramente no lo hizo: la lapa cuyo caparazón hirió a Catulo en el pie mientras volvíamos a la playa.

—Desvergonzada criatura, ¿cómo osas hacerle daño a mi amor? —exclamé inclinándome para arrancarla de la roca. Pero como todas sus semejantes estaba firmemente adherida y no se dejaba atrapar.

—¡Está envidiosa! —Catulo rio—. Déjala tranquila, me ha hecho un corte muy pequeño.

—No importa: ¡la lapa pagará muy caro su atrevimiento! —repliqué. Hice palanca en la base del caparazón con una piedra, hasta levantarlo y dejar al descubierto la pulpa interna—. Y lo pagará así —añadí tragándomela de un bocado.

—¡Peces, moluscos, algas! ¡Criaturas de los mares! —bromeó Catulo—. ¡No provoquéis la ira de mi amada! ¡No tiene piedad!

Orgullosa y triunfante, me incliné ante un aplauso imaginario.

Cuando llegamos a la orilla hice sentar a Catulo en la arena y le chupé la sangre que le fluía del corte, pequeño pero más profundo de lo que parecía.

—¡Tu sangre es exquisita! —observé tragando el líquido de color rubí cuya dulzura estaba mitigada por la sal del agua de mar—. ¡Me gustaría bebérmela hasta la última gota!

—Hazlo, te lo ruego —me suplicó, triste de repente—. Así mi sangre se mezclará con la tuya. Y no tendré que separarme de ti nunca más.

—Esta noche no nos separaremos —le susurré.

—Esta noche no, pero…

—¡Chis! —Le puse un dedo sobre los labios para acallarlo—. Los «peros», en Bayas, no existen.

5

—¡Pero mira cómo estás! ¡No podrás tomar el sol durante algunos días! —afirmé esa noche al ver que la piel blanca de mi amante había adquirido una tonalidad intensa de rosa, casi morado en algunos puntos.

—¡Oh no! —protestó él—. ¡Mañana quiero ir a la playa!

—¡Ni hablar! —repliqué—. ¿Quieres acabar como el sátiro Marsias?

Se echó a reír.

—Creía que Apolo lo desolló por desafiarlo…

—¡Fueron sus rayos, créeme! —Nos volvimos a reír—. Mira —dije—, si te pongo un dedo en la piel y dejo una señal blanca y redonda, es un síntoma inequívoco de quemadura grave.

—¡No lo sabía! En el lago he tomado el sol muchas veces y nunca…

—¿Sol? ¿Llamas sol a ese pálido candil que ilumina tu tierra? —lo interrumpí burlándome de él.

—¡Qué quieres que haga, Lesbia! ¡No puedo estar encerrado en casa todo el día!

—Déjame solucionarlo —repliqué con seguridad.

Tras hacerlo tumbar boca abajo, le extendí en la espalda aceite de oliva mezclado con lavanda y menta.

—¡Qué maravilla! —gemía—. ¡Debería quemarme más a menudo!

Para mí también era un placer. No recordaba haber cuidado a nadie de esa manera. Generalmente eran los demás quienes se ocupaban de mí: masajistas profesionales o esclavas que, después del baño, me untaban con ungüentos preciosos. No había prodigado tantas atenciones ni siquiera a mi hija, cuyo cuidado estaba asignado a las nodrizas.

Por eso me sorprendía lo mucho que disfrutaba simplemente untándole la espalda, las nalgas, las piernas, y soplando después sobre las partes húmedas para aumentar el frescor y estimular la absorción. La operación me daba la ocasión de observarlo con calma, de cerca. Su espalda delgada y lisa era como una planicie surcada por un río; las nalgas, frutos pulposos que daban ganas de morder; los muslos largos, cubiertos de vello rubio y ligeramente rizado; el hueco delicado y blanco detrás de la rodilla; la pantorrilla, que se iba estrechando hasta llegar al tobillo, tan fino que parecía de mujer.

—Ahora date la vuelta, amor mío —le dije cuando acabé por detrás.

Abandonado, vulnerable, herido por las flechas del sol, me pareció aún más mío. Algo febril, cerraba los ojos y gozaba del alivio que le proporcionaba el aceite fresco sobre la piel, sonriendo a mi tacto delicado como un niño sonreiría a las caricias de su madre. Curiosamente, su falta de excitación, en lugar de ofenderme, me invadía de

ternura y me gustaba jugar con su virilidad, que no se avergonzaba de mostrarse inerme e infantil. Para mí era una prueba de intimidad profunda y confianza total. A pesar de que nos habíamos bañado en agua perfumada para quitarnos la sal, su piel olía aún a mar. No sé por qué, desde entonces, tuvo siempre ese olor, incluso cuando ya estuvimos muy lejos de Bayas, como si el mar, enamorado y protector, no quisiera separarse de él.

6

—Esta noche, por fin, no tendré que separarme de ti —dijo Catulo cuando nos acostamos en mi enorme cama—. ¿Te das cuenta, Lesbia? ¡Nuestra primera noche juntos! —añadió radiante. Le sonreí, pero no respondí. Ese «primera» aludía a un futuro que no podía prometerle.

Ir al lecho para atravesar juntos las tinieblas del sueño revestía cierta solemnidad. De alguna manera ratificaba una unión más duradera y comprometida que los encuentros que habíamos tenido hasta entonces. Sin embargo, a pesar de ser un momento único, me resultaba absolutamente natural, como si en vez de tratarse de la primera noche que estaba a punto de pasar con él, fuésemos cónyuges que retoman sus costumbres tras una larga ausencia. Solo con mi hermano había experimentado antes esa sensación de serena familiaridad.

La habitación estaba agradablemente fresca gracias a los muros gruesos y, hallándose en la planta baja de la villa, construida en varios niveles sobre la ladera de la colina, se oía el mar de fondo. A causa del viento que se había levantado esa tarde, ya no era el apacible rumor que nos había acompañado durante el baño, sino el de un mar agitado, un sucederse de olas rompiéndose contras las rocas y piedras arrastradas por la resaca que hacía aún más placentero estar abrazados en la cama, a salvo de la tormenta.

Sentía un dulce cansancio y estaba adormecida, pero cada vez que iba a adentrarme en los páramos de Morfeo, una fuerza desconocida me reclamaba y me obligaba a abrir los ojos otra vez.

En la semioscuridad, lograba ver el rostro de mi amante que, despierto, no dejaba de mirarme, como si quisiese decirme algo. Al fondo, la gran cortina blanca, sacudida por ráfagas de viento, me daba la impresión de estar en un barco a punto de zarpar rumbo a un destino desconocido.

Antes, en las mismas circunstancias, habría fingido estar dormida para evitar palabras que no quería oír. Sin embargo, esa noche todo era diferente. Quizá porque la que había cambiado era yo.

Le acaricié la mejilla y sonreí, incitándolo a hablar.

Catulo respiró hondo y de golpe, solemne, como si pronunciase una formula ritual, dijo:

—Te amo. —Ante mi silencio repitió—: Te amo de verdad.

Continué en silencio, incapaz de responder, como siempre que alguien me confesaba su amor. Pero esa vez, algo que se hinchaba, se expandía e intentaba salir sin lograrlo, me oprimía el corazón, como agua atascada en el cuello estrecho de un frasco. A pesar de mi silencio, prosiguió en tono cada vez más apasionado, dándose

ánimos a sí mismo.

—No te amo como los hombres aman a sus amantes: te amo más y mejor. Te amo como una madre ama a su hijo, y un hijo, a su madre. Como el hermano ama a la hermana. Como la montaña ama la gruta que surca su médula de granito. Como el mar ama la orilla que acoge sus olas, como el cielo ama la tierra que recibe su llanto con ternura. Te amo como a mí mismo. Más que a mí mismo.

El nudo que me ahogaba logró al fin hallar una vía de salida. Para mi sorpresa, las palabras fluyeron espontáneas, como un manantial surgiendo de una cavidad secreta. Me oí responder:

—Yo también te amo. —No lo había dicho nunca. A nadie.

Una vez pronunciada, como si tuviese poderes mágicos, la frase me poseyó, invadiéndome con una ternura y una fuerza que nunca habría podido imaginar, obligándome a repetirla una y otra vez durante toda la noche.

Fue la noche más larga de mi vida. Quizá nuestros innumerables «Te amo» detuvieron el curso de los astros en el cielo, que dirigieron sus rayos sobre nosotros, sorprendidos de que pudiese existir una felicidad tan grande sobre la faz de la tierra. Todo era maravilloso: adormecernos juntos, despertarnos en la oscuridad, hablar, tocarnos, amarnos, volver a dormir. De vez en cuando, su voz me sacaba del sopor: «¡Lesbia!». Parecía como si no pudiese creer que estábamos juntos, que no estábamos soñando, que estaba sucediendo realmente. Cuando yo le respondía: «Aquí estoy», él replicaba: «Te amo», y yo le decía: «Yo también te amo». No sé por qué era tan dulce proferir «Te amo» y oírselo decir a él. A diferencia de las demás palabras, cuya repetición empalaga, no nos cansábamos nunca de decirlas, sino todo lo contrario; parecía como si cada vez las pronunciáramos por primera vez, como si acabáramos de inventarlas.

Hasta ese momento, nos habíamos comunicado sobre todo a través de nuestros cuerpos. Nunca habíamos tenido mucho tiempo para hablar. Esa noche nos contamos muchas cosas. Desnudos el uno frente al otro, protegidos por el gran abrazo de la oscuridad, las confidencias fluían sinceras y espontáneas. Resultaba fácil hablar con Catulo porque él no era como los otros hombres que conocía, no consideraba poco viril hablar de sentimientos y emociones. Al contrario, la capacidad de introspección con la que analizaba todos los aspectos de la naturaleza humana lograba que quienes leían sus poesías se identificaran con él.

Solo hubo una cosa que no quiso decirme: cómo se hizo la cicatriz que le surcaba el pecho. Cuando se lo pregunté fingió dormir y no insistí, comprendiendo que le resultaba doloroso hablar de ello. Pero me propuse encontrar la manera de descubrir su secreto. Estaba segura de que no era una herida de guerra porque no había participado nunca en una campaña militar. Diferenciándose también en eso de los demás romanos, odiaba todo lo relacionado con las armas y la lucha. ¿Lo habrían

herido en una pelea? ¿Quizá un marido celoso? A oscuras, me gustaba recorrer con el dedo esa línea cóncava, encrespada por relieves y pliegues que parecía una frontera, una orilla, un paisaje. Me habría gustado introducirme por ella para acostarme sobre su corazón y permanecer allí para siempre.

Cuando se hizo de día me desperté antes que él. Todavía recuerdo el momento en que abrió los ojos, ajeno a mi presencia. Tenía una expresión triste. Pero en cuanto me vio entre sus brazos, recordó dónde estaba y su mirada se iluminó. Todo su rostro se iluminó.

—¡Buenos días! —dije.

—Contigo lo serán —respondió.

7

Durante los días siguientes, no pudiendo ir a la playa por culpa del mar revuelto y de las quemaduras de Catulo, nos dedicamos a explorar la villa. Aunque hacía ya algunos años que la había comprado, nunca había tenido tiempo para recorrerla entera.

Era una villa asombrosa, más parecida a un teatro que a una casa. Falsos techos, puertas correderas, artilugios que permitían subir y bajar personas y decoraciones y cambiar escenarios… Era el lugar ideal para dar fiestas y banquetes que dejasen boquiabiertos a los invitados. Había pertenecido a un armador griego que pretendía sorprender a los romanos con artefactos populares en los teatros de su tierra, pero todavía desconocidos en nuestros escenarios. Como de costumbre, fue mi hermano Publio quien los trajo a la Urbe, para indignación de los biempensantes y gran deleite del público. El armador, sin embargo, se vio obligado a liquidar sus propiedades y a retirarse a una pequeña isla del Egeo tras haber perdido mercancías y posesiones en una serie de desafortunados naufragios.

Cuando el mar volvió a la calma y la piel de Catulo se bronceó, alternamos la exploración de la casa con la de la costa, donde grutas, recovecos, calitas y ensenadas nos reservaban continuas maravillas y sorpresas.

Durante aquellos doce días de luz cándida y radiante reviví los años de mi infancia, cuando descubría el mundo en compañía de Publio y todo me parecía nuevo y asombroso. Ahora las cosas me parecían aún más asombrosas porque ningún miedo infantil las nublaba; ni prohibiciones, ni obligaciones, ni castigos, ni el deber de obediencia a los antepasados. Sin reglas ni imposiciones, solos en la villa inmensa, con su pequeño puerto desde donde salíamos a explorar lugares inalcanzables a pie, y en la playa, donde podíamos hacer el amor con despreocupación, sin intrusos, servidos por esclavos instruidos para ser invisibles, Catulo y yo dormíamos cada noche en una habitación diferente, íbamos desnudos después del amor, nos vestíamos con la ropa del otro, y comíamos y dormíamos sin horarios. Ninguna visita venía a molestarnos porque la temporada acababa de empezar y la aristocracia romana todavía estaba en la Urbe. Además, no le había dicho a nadie que estaba allí y evitaba termas y lugares públicos; no quería que presencias indeseadas, comentarios y envidias alterasen la perfección de aquellos días.

Merodeando por los sótanos de la villa, descubrimos que se extendían mucho más allá de las bodegas. Se adentraban en las vísceras de la tierra a través de galerías tortuosas que probablemente, en tiempos muy remotos, estuvieron habitadas, pues encontramos huesos humanos, fragmentos de jarras y restos de hogares. ¿Sirvieron de refugio a esclavos fugitivos a la espera de un pasaje en barco? ¿O fueron la morada

de poblaciones primitivas, quizá los legendarios andróginos, seres que eran hombre y mujer a la vez? ¡Oh, cuánto los envidiábamos!

Pero sin duda más recientes eran las cajas repletas de vestuario teatral que descubrimos en un hueco parcialmente abierto al mar. Durante las tormentas se llenaba de agua y, efectivamente, los trajes, estropeados sin remedio, se rompían a jirones. Una lástima porque originalmente debían de haber sido espléndidos.

—¿Cómo crees que han llegado hasta aquí? —me preguntó Catulo.

—No tengo ni idea. Serán de un espectáculo organizado por el antiguo dueño —dije.

—Sí, pero ¿por qué los habrán abandonado aquí en vez de guardarlos?

—Quizá acababan de recibirse cuando el armador griego tuvo que vender la villa. Y en medio del trajín los olvidaron —propuse.

—O son los restos de un naufragio —aventuró.

—¡No creo, si fuese así las cajas estarían puestas de cualquier manera y medio rotas, no bien apiladas a lo largo de la pared!

—Sí, se han salvado de un naufragio —continuó como si no hubiese oído mi objeción—. El mar las ha traído hasta aquí para nosotros.

—¿Para nosotros? —Por su expresión absorta comprendí que estaba planeando algo.

—Sí, para nosotros. Para darnos la posibilidad de vivir otras vidas. ¡Nuestro amor es demasiado grande para vivirlo en una sola!

Lo abracé. Me gustaban sus exageraciones; era como si abriese de par en par puertas que daban al mar. No me importaba que no fuesen puertas reales sino palabras porque un poeta crea mundos con ellas.

—¡Mira, todavía hay algunos trajes intactos! —prosiguió—. Y también están en buen estado las máscaras y algunos zapatos. Y mira estas sandalias, ¡están como nuevas!

Contagiada por su entusiasmo, exclamé:

—¡Es verdad, deja que me las pruebe!

—¡Podremos amarnos en tantas épocas y con tantos cuerpos diferentes…! —afirmó con entusiasmo mientras hurgaba en las cajas.

8

Fuimos Paris y Helena, Atis y Cibeles, Yocasta y Edipo, Teseo y Ariadna…

Gracias a aquellos viejos trajes manchados de sal, comprendí la gran verdad que encierran los mitos. Y quizá me comprendí a mí misma. Porque cada uno de esos personajes era una parte de mí.

Helena, el privilegio y la condena de la belleza; Cibeles, el poder de la Gran Madre; Yocasta, la pasión prohibida y el sexo encendido de ternura maternal; Ariadna, el miedo al abandono… ¿Será por eso que dejo siempre a mis amantes antes de que me dejen?

Nuestro juego inspiró a Catulo una solución para su libro inacabado: quería añadir a sus poemas una interpretación personal de los mitos que les diese una fuerza extraordinaria e inmortal.

Todos los hombres, incluso los más humildes, viven una vida mítica, excepcional. ¿Qué increíble casualidad unió los átomos que provocaron nuestra existencia? Cada uno de nosotros es el fruto de esa casualidad irrepetible, inverosímil en cuanto única y desgarradora, en cuanto efímera. A la fugacidad de nuestra existencia, sin embargo, se oponen fuerzas, valores y sentimientos que perduran en el tiempo. La locura de Paris que, dominado por Eros, convenció a Helena para que lo siguiera, contra todo y todos, más allá del mar, provocando una guerra desastrosa; la sumisión insensata y sin condiciones de Atis, que se castró por amor a Cibeles; la pecaminosa pureza de Edipo, que se manchó de culpas terribles sin saberlo, sin perder la inocencia; la ingratitud de Teseo, que abandonó a Ariadna en una playa desierta tras haberla persuadido para que traicionara y dejara a su familia por él… Todas estas historias están inspiradas por fuerzas profundas que dominan y arrastran a los humanos como el oleaje durante la tempestad. Mientras las vivíamos, nos sentíamos también presos de fuerzas incontrolables, como si evocar los dramas de la antigüedad hubiese despertado a los monstruos que yacían en el fondo de nuestros abismos.

Poco faltó para que fuésemos víctimas de uno de ellos. Sucedió una tarde somnolienta, cuando Catulo propuso:

—Quiero vivir contigo el mito de Orfeo y Eurídice.

El paisaje a nuestro alrededor era todo lo contrario de como puedan imaginarse los abismos del Hades, donde Orfeo se adentró en busca de la amada muerta. Estábamos en un campo de salvia, envueltos por el verde polvoriento de las hojas y el

lila tenue de las flores, en el momento de máxima floración. El perfume era tan intenso que atenuaba cualquier otro olor, incluso el de nuestros cuerpos. Lo había llevado a ver esos campos porque la recogida de la salvia, que debe su nombre a sus propiedades curativas contra cualquier dolencia, era inminente; dentro de pocos días, la ladera verde y lila perdería sus colores.

La recogida requiere ritos complicados: hay que vestir de blanco, usar instrumentos que no sean de hierro y recitar una letanía propiciatoria sin cesar. Un procedimiento muy aburrido y pesado en el que, por suerte, ese año no iba a participar porque mi hija deseaba hacerlo en mi lugar. Llegaría dentro de poco, con las sacerdotisas que la iniciarían en el rito.

Catulo no sabía todavía que probablemente nos quedaba un solo día de libertad; si bien seguiría siendo mi invitado, tendría que comportarse como tal y no como un amante. Yo tampoco continuaría teniendo las veladas libres como hasta ese momento. A esas alturas de la temporada, la mayor parte de los nobles romanos ya estaban a punto de trasladarse a Bayas y me llegarían invitaciones que no podría rechazar si quería ayudar a reconstruir el futuro político de mi hermano. Sin duda Catulo advertía el cambio inminente, pues lo sorprendía ensombrecido y absorto en oscuros pensamientos cada vez con más frecuencia.

Sus celos alcanzaron niveles que rozaban el absurdo. Si un esclavo de aspecto aceptable entraba en la habitación, se agobiaba. Su mirada pasaba del uno al otro intentando descifrar gestos de complicidad. De nada servía tranquilizarlo, repetirle que solo lo quería a él. Era suficiente una señal de admiración, una media sonrisa, para desencadenar sus sospechas.

Por una parte me halagaba, pero por otra me fastidiaba. No se daba cuenta de que con su desconfianza, en lugar de unirme más a él, me tentaba a traicionarlo.

¡Y las tentaciones no faltaban en los veranos de Bayas! Sería el sol, que adornaba los cuerpos con reflejos de oro, o el mar, que daba músculos de atleta incluso a los más sedentarios, o simplemente el ambiente relajado de las vacaciones, pero belleza y atrevimiento, dotes que siempre he considerado irresistibles, florecían por todas partes.

Muchas veces era el mismo Catulo, con su actitud sospechosa, quien hacía que me fijase en sus posibles rivales.

Si por delante de nosotros surcaba las olas la barca de un grupo de hermosos muchachos, alegres y musculosos, y uno de ellos hacía un ademán de saludo, me escrutaba para ver cómo reaccionaba.

—¿Quiénes son esos? —preguntaba con el ceño fruncido y la mirada inquisidora.

—¡No lo sé! —respondía yo.

—Entonces ¿por qué los saludas? —insistía.

—¡No sé…! Los he saludado porque ellos me han saludado a mí —intentaba justificarme, temiendo una escena inminente.

—¿Por qué te saludan si no los conoces? —continuaba—. ¿Cómo se atreven, los

muy descarados?

—¡A decir verdad nos han saludado a los dos, pero tú no has devuelto el saludo! —objetaba yo.

—¿Qué motivo tendrían para saludarnos?

—¡No lo sé, Catulo! Te repito que no lo sé. Lo habrán hecho sin ningún motivo, porque sí, porque están contentos… porque en Bayas todos somos felices. ¡Todos tenemos ganas de abrazarnos! —exclamaba, exasperada. Pero ¡ojalá no lo hubiese dicho!

—Ah sí, ¿eh? ¿De modo que querrías abrazarlos a todos? —insinuaba en un tono cada vez más áspero. No reconocía la voz de mi dulce amante, el hombre que pasaba las noches abrazado a mí, con aquel tinte metálico.

—¡Basta, Catulo! ¡Si sigues así harás que me den ganas de abrazarlos de verdad! ¿Por qué me atormentas? ¿Por qué te atormentas? —preguntaba.

—Porque…

Cuando le pedía explicaciones no sabía qué responder. Olvidando la vileza, volvía a ser mi amante de siempre. Me miraba tan afligido que se me pasaba la rabia enseguida, y mi deseo de venganza se transformaba en ternura. Lo apretaba fuertemente contra mí, haciéndome la ilusión de que así lograría ahuyentar las sombras de su corazón.

Nuestro último juego nos hizo bajar a las tinieblas.

—¿Qué dices, Lesbia, tendremos el valor de revivir la historia de Orfeo y Eurídice? —preguntó Catulo.

No muy convencida objeté:

—¿Estás seguro? Es un juego inquietante: ¡Orfeo desafió las leyes de la naturaleza para recuperar a Eurídice! Quiso arrebatársela a la muerte… lo cual es imposible.

—¿Imposible? —Se echó a reír—. Nada es imposible para el amor. Como nada es imposible para la poesía, su hija —afirmó con vehemencia.

—Eres un soñador, Catulo. —Suspiré.

—Tienes dudas porque sigues escuchando a la razón —dijo al tiempo que me tomaba entre sus brazos—. La mente solo concibe inútiles razonamientos. ¡Fíate del cuerpo, Lesbia! ¡Confía en tu fuerza! ¿No sientes la energía que emanan nuestros cuerpos unidos?

Aunque no estaba convencida, intuía que había algo de verdad en lo que decía. Cuando nuestros cuerpos se tocaban, sentía fluir una potencia creadora, vital, capaz de enfrentarse a todo, incluso a la muerte. Pero en cuanto Catulo se alejaba, ya no estaba tan segura. «Es una ilusión —me decía—. La realidad es otra».

Catulo, por el contrario, lo creía firmemente, siempre, incluso cuando yo no estaba con él. Quizá por eso él era un poeta y yo no.

9

—¿Recuerdas la leyenda, Lesbia? —Envueltos por el perfume de la salvia y con el zumbido de las abejas de fondo, Catulo se puso a narrarla, abrazado a mí—. Orfeo era un magnífico poeta, sus cantos no solo fascinaban a los seres humanos, sino también a los animales, a las plantas y a las piedras. Para escucharlo, la roca cobraba vida, la bestia se amansaba, el cervatillo vencía el miedo, el bosque entero lo escuchaba atónito.

—Lo sé —dije lamiéndole el sudor que le perlaba el labio superior.

—Pero lo que tal vez no sepas —continuó, y me correspondió con besos suaves alrededor de toda mi boca— es que Orfeo tenía un enemigo: el cruel Aristeo.

—¿Cruel? Por lo que sé, Aristeo era un inocente apicultor —objeté.

—¡¿Inocente?! —Parecía escandalizado—. El apicultor roba la miel que las abejas producen con enorme fatiga —dijo enfervorizado, incorporándose para subrayar sus palabras con gestos de orador—. Las aprisiona en colmenas y las convierte en esclavas. Todo lo contrario de lo que hacía Orfeo, que con sus poemas regalaba a todas las criaturas libertad, alegría y paz.

—Me sorprendes. —Estaba perpleja—. Generalmente los poetas admiran a las abejas por su laboriosidad y las ponen como ejemplo a los ciudadanos.

—¿A esos los llamas poetas? Esclavos de los poderosos que desean un mundo de esclavos —afirmó con solemnidad—. Pero la peor culpa de Aristeo fue otra —prosiguió.

—¿Cuál?

—La de probar a seducir a Eurídice, la hermosa mujer de Orfeo. Estaba enamorado de ella e intentó violarla. ¿Puede existir culpa mayor? ¡Nunca se debe poseer a una mujer por la fuerza! Eurídice no aceptó someterse, se escapó, y Aristeo la persiguió. Desgraciadamente, con el ímpetu de la huida, no se dio cuenta de haber pisado una serpiente, que la mordió. Y Eurídice murió —concluyó con aire melancólico.

Atraído por su historia, o más probablemente por su gesticulación, un enjambre de abejas se puso a revolotear a su alrededor.

—¡Marchaos! —gritó Catulo agitando los brazos.

—¡Tranquilízate! ¡No demuestres que tienes miedo! Los animales pueden olerlo… y atacan a quien los teme —le advertí.

En efecto, en cuanto dejó de moverse, el zumbido de las abejas se hizo menos amenazador y poco a poco se dispersaron.

—¿Lo ves? ¡No hacen nada! Son animalillos inofensivos. ¡Su miel te gusta mucho! —lo tranquilicé.

—¡Pero no sus picaduras! Te lo ruego, vámonos.

Era típico de Catulo tener más miedo a los peligros pequeños que a los grandes; era capaz de desafiar el frío intenso o el mar, pero una picadura de abeja lo aterrorizaba. Esa debilidad me hacía sonreír. Y me inspiraba extrañas ideas.

En cuanto estuvimos a salvo en casa, me quité la aguja que me sujetaba el cabello, que cayó sobre mis hombros en ondas desordenadas y abundantes.

—Soy una abeja —dije apuntándole con la aguja—. Una abeja muy mala. Y si no me obedeces, te picaré.

En lugar de responder con el entusiasmo acostumbrado, Catulo suspiró con tristeza.

Comprendí que seguiría el juego solo por complacerme. Viendo su reacción, la idea ya no me pareció divertida, sino tonta e insulsa.

Lo observé, preguntándome qué le estaba pasando. Catulo me contemplaba como alguien que, desde fuera, mirase una puerta cerrada a cal y canto.

Por fin, después de un largo silencio, dijo:

—Perdóname, Lesbia, pero no puedo. —Dejé caer la aguja al suelo y le tendí los brazos, convencida de que acudiría a refugiarse en ellos. Pero permaneció inmóvil y con voz entrecortada continuó—: Esto se acaba, ¿verdad? Dentro de poco llegará tu hija, los nobles romanos, y tú me dejarás.

—¡No quiero dejarte!

—Ya no dormirás conmigo —replicó, lúgubre.

—Es cierto. Deberemos tener más cuidado, pero ¡seguiremos amándonos! —dije para tranquilizarlo—. Por otra parte, ya sabíamos que no íbamos a vivir siempre como hemos vivido estos días.

—Yo no quería saberlo —replicó con la mirada baja.

—No lo pongas más difícil, te lo ruego —dije.

—No hay nada difícil. —Catulo me miró fijamente con expresión herida—. Yo te amo y tú me amas. Es muy sencillo.

—Sí, pero…

Me interrumpió.

—Dijiste que los «peros» no existen en Bayas.

Levanté los ojos al cielo.

—Al menos por una vez —le rogué—, acepta la realidad. Tú y yo no podremos vivir juntos jamás.

—¿Por qué? No quieres a tu marido. ¡Déjalo!

—¿Para convertirme en una adúltera declarada?

—Sí.

—¿Sabes lo que eso significa? —Frunció la frente con perplejidad—. Significa —proseguí— perder mi dote y todas mis propiedades. Y ser expulsada de Roma, exiliada en una isla perdida.

En sus ojos se encendió un destello de esperanza.

—Yo iría contigo.

—¡Catulo, deja ya de soñar! —dije exasperada—. No quiero vivir en un escollo perdido en el mar, y tú tampoco.

—Escapémonos juntos, Lesbia. —Se acercó a mí para abrazarme, mientras su voz adquiría de nuevo su tono ardiente—. Vámonos lejos…

—¿Y de qué viviríamos?

—El amor nos lo dirá.

Suspiré. Luego, esforzándome en ser convincente sin herirlo, dije:

—Escucha, Catulo: aún falta un día entero. No lo desaprovechemos discutiendo y peleando. Tenemos una vida por delante para ser infelices. Vivamos con intensidad este día único.

—¿Y los siguientes? —insistió.

—Nadie sabe lo que nos depara el futuro —afirmé.

¿Por qué las teorías de los filósofos resultan tan convincentes cuando se leen, pero suenan tan frías cuando estás en los brazos de tu amante?

—Yo sé lo que nos depara: tú ya no tendrás tiempo de estar conmigo.

—¡Catulo! Siempre encontraré tiempo para estar contigo. ¡Siempre! —Lo abracé con más fuerza, pero él permaneció inmóvil—. ¡Te lo prometo! —añadí.

—¿Me lo prometes? ¿De verdad? —preguntó, mientras una tímida sonrisa se abría paso en su rostro enfadado.

—Prometo que siempre tendré tiempo para mi Catulo —afirmé con una mano sobre el corazón.

Sonrió abiertamente y su expresión enojada desapareció por completo. Le habría prometido cualquier cosa con tal de verlo contento.

—Pero… —prosiguió.

—¡Los «peros» no existen en Bayas! —le recordé.

—Es mi último «pero».

Lo miré, incrédula.

—¿El último, de verdad? ¡Júralo!

—Lo juro. Lo que quería preguntarte es… —Se detuvo.

—Dímelo, Catulo —lo animé.

Tragó saliva. Cerró los ojos, como si quisiera concentrarse. Los abrió otra vez, mostrándome una mirada sincera. Luego respiró hondo.

—Si tu marido te dejase… —Al ver mi cara de sorpresa perdió el valor para seguir. Pero a fin de no darme tiempo de objetar, se apresuró en decir—: O si muriera… —Se detuvo y volvió a respirar hondo, como si hiciese acopio de fuerzas. Aunque temía sus palabras, le hice ademán de continuar—. ¿Te casarías conmigo?

La expectación que podía advertirse en su cara era tan desesperada que no tuve valor para confesarle la verdad: un matrimonio había sido más que suficiente. Aunque me divorciara o me quedara viuda no volvería a casarme nunca más.

Sin embargo respondí:

—Sí.

Una felicidad radiante, que no creía posible en este mundo, le iluminó los ojos. Me deslumbró. Me quedé extasiada.

Y con un beso puse fin a futuras discusiones.

10

Al día siguiente nos entretuvimos mucho rato acariciándonos y abrazándonos antes de tener valor para bajar a la gruta, escenario del Hades en nuestra representación del mito de Orfeo y Eurídice.

Estábamos en una playa sobre la que se erguía amenazadora una pared desplomada de toba, llena de cavidades y huecos. No muy lejos, en un lugar parecido, la sibila de Cumas, profetisa de Apolo, emite predicciones sentada en el interior de una caverna muy profunda. Su voz sale centuplicada por el eco, dando la impresión de que la montaña hablase por sus numerosas bocas. Claramente se trata de un truco, pero impresiona incluso a los más escépticos.

El lugar que habíamos elegido era aún más tétrico que la cueva de la sibila; en efecto, la pared erosionada por el viento, la sal y la lluvia a lo largo de los siglos, se estaba desmoronando lentamente y corría el peligro de derrumbarse, sepultando la playa.

El sol, que hasta un momento antes resplandecía con intensidad, se había cubierto. El mar parecía una placa de metal, el escenario perfecto para el más triste de los mitos.

—¿Sabes lo que más gusta de esta historia? —preguntó Catulo.

—Dime, amor mío.

—Después de la muerte de Eurídice, cualquiera habría desatado su ira contra el rival culpable de lo sucedido, Aristeo. Orfeo, por el contrario, no quería vengarse sino recuperar a su mujer —dijo mientras entrábamos de la mano en una de las grutas.

—Y fue a pedírsela al señor del inframundo, quien, conmovido por sus cantos, se la concedió —proseguí en su lugar—, a condición de que no se diese la vuelta para mirarla mientras subía de los infiernos. Pero hay algo que no me queda claro: ¿por qué violó el pacto? ¿Por qué se dio la vuelta, condenando a Eurídice a caer de nuevo en el Hades? ¿Por qué no fue capaz de contenerse?

—¿Cómo iba a resistir? —replicó Catulo—. Su amor era demasiado grande. Yo también me habría dado la vuelta.

—¡Y me habrías condenado a caer en el Hades otra vez!

—Pero hay algo que habría hecho de otra manera.

—¿Qué?

En lugar de responder, sonrió.

—Ya lo verás. —Mientras lo decía se detuvo. Estábamos en una sala subterránea, donde la luz entraba a duras penas. Se puso frente a mí y me recorrió el contorno del rostro con una mano, como queriendo recordarlo—. ¿Cómo habría podido vivir lejos de su boca? —Adelantó los labios para besarme—. Dejarla marchar… —Tras otro

beso, añadió—: Yo no dejaré que te vayas.

El ambiente no era gélido como me temía, sino agradable. El aire inmóvil y el silencio invitaban a aislarse del mundo exterior. En ese lugar, el tiempo no existía o tenía ritmos tan lentos que resultaban invisibles a los humanos: la gota que cae de la roca hasta solidificarse y transformarse en una estalactita; la cual, poco a poco, excava un hueco que se convertirá en un río. La penumbra me hizo recordar nuestro primer encuentro en casa de Manlio, cuando después de cruzar el umbral me envolvió una oscuridad benévola y maternal.

—¡Qué acogedoras son las entrañas de la tierra! —observé.

—Ahora entiendes lo que siento cuando estoy dentro de ti —dijo—. Y por qué desearía quedarme ahí para siempre. —Extendió en el suelo los mantos que habíamos llevado para protegernos del frío y dijo, invitante—: Acuéstate, te lo ruego.

Obedecí, preguntándome qué se le habría ocurrido. No me guiñaba los ojos bromeando, como solía hacer cuando me proponía sus juegos, sino que estaba muy serio.

—Quiero recordarte así, como eres hoy, en este lugar ajeno al tiempo —dijo.

Empezó por contemplarme los pies, calzados con las sandalias de cuentas que, aunque ya gastadas por el uso, aún lanzaban destellos al menor movimiento, incluso en aquella oscuridad. Me las quitó muy despacio y les dio vueltas en las manos, como si quisiera recordar cada detalle.

Después comenzó a acariciarme los pies. De vez en cuando, acompañaba el toque de los labios, de las pestañas, de las mejillas y del cabello al de las manos, provocándome cosquilleos que me hacían estremecer y gemir. Pero, sonriendo, se llevaba el índice a los labios y me decía: «¡Chis! No te muevas».

Luego pasó a los tobillos.

—¡Qué finos son! —susurró—. Casi puedo abarcarlos con el pulgar y el índice de una mano. Los adornaré con una corona de besos.

Los besos, ligeros como pétalos, formaron dos guirlandas invisibles cuya sensación permaneció mucho rato en mi piel, como si fuese indeleble.

Me levantó la túnica muy lentamente, rindiendo homenaje a cada parte de mi cuerpo con una admiración inmensa.

—¡Qué poco son mis versos comparados con tu belleza! —Suspiró—. Aunque tuviese la maestría de Orfeo no lograría celebrarla como se merece. ¿Qué palabras de qué idioma, qué métrica y qué rima podrían competir con tus pantorrillas? ¿Con la armonía de tus rodillas? ¿Con la redondez sublime de tus muslos?

Acompañaba cada afirmación con besos, roces —ahora con la palma ahora con el dorso de la mano—, mordisqueos, revoloteos de las pestañas y húmedos toques de lengua.

Nunca me había sentido tan bella y tan adorada. Extendí los brazos hacia atrás por encima de la cabeza y entrelacé las manos, estirando todo el cuerpo como una gata que quisiera ser acariciada.

La adoración prosiguió en la ingle, en el monte de Venus, en el vientre y en el ombligo, para luego subir por el torso, los pechos, el cuello, las orejas, el rostro y los cabellos. Cada parte de mi cuerpo recibía una atención especial, un halago desmesurado. Pasó por alto la boca, que yo le ofrecía deseosa de recibir sus besos, y mi sexo, ya sacudido por temblores y rociado por gotas de placer; comprendí que lo hacía porque quería prolongar mi goce antes de cruzar los pasajes que le permitirían convertirse en una parte de mí.

Cada vez que intentaba devolverle las caricias, me lo impedía diciendo: «No pienses en mí. Abandónate. El éxtasis de hoy tiene que quedar dentro de ti para siempre».

A veces cerraba los ojos para disfrutar plenamente de la voluptuosidad, otras miraba a mi amante. Me enternecía su absoluta dedicación, la pasión con que intentaba regalarme un recuerdo inolvidable. Me decía a mí misma: «Nadie me amará así, nunca más», y al pensarlo era como si una espada cayese desde lo alto para atravesarme el corazón.

Aun existiendo desde hacía miles de años, ese lugar escondido no había asistido nunca, ni asistiría jamás, a la escena que le estábamos ofreciendo mi amante y yo. Los animales de la oscuridad abrían los ojos cegados de par en par; nuestra cópula turbaba el sueño de los murciélagos adormecidos en las bóvedas; las ninfas huían escandalizadas para regresar, entre risas, a observarnos a través de los dedos entreabiertos como abanicos, con los que fingían cubrirse los ojos. Hubo un momento en que me pareció ver, en la oscuridad, al fauno de las termas de mi infancia, el que jugaba con su enorme falo. Fantaseé al imaginar que se acercaba a mí pavoneándose de su erección, y en ese instante deseé intensamente que mi amante me poseyera sin dulzura y con una violencia desgarradora.

Creo que Catulo lo entendió porque de golpe me encontré en la boca su lengua insaciable y, antes de que lograse entrecruzar la mía, su sexo bajó hasta mi garganta cortándome la respiración.

Luego lo retiró y se volvió, colocándose a gatas para dedicarse a mí con la boca mientras me apretaba la cabeza con los muslos. Encerrada entre sus piernas, tenía la impresión de estar en una gruta dentro de la gruta. Pero las paredes de la caverna que me apretaban las orejas y me oprimían el rostro estaban calientes, cubiertas de hierba, y emanaban un aroma intenso y embriagador: el olor inconfundible de Catulo. Lo aspiré profundamente para retener al menos un rastro de su recuerdo, para cuando tuviera que sobrevivir lejos de él.

Mi amante se dedicaba a mí con la lengua, los dedos, la nariz y las mejillas, extendiendo las zonas de placer, entrando en todos mis recovecos. Me abandonaba a la voluptuosidad, dejándome llevar por oleadas que me invadían, implacables e imparables. Cada vez que alcanzaba el éxtasis pensaba: «He llegado al máximo», pero después de sumergirme, otra embestida más poderosa me lanzaba aún más alto. Sin que pudiese darme cuenta, Catulo se volvió de nuevo, me levantó las piernas, se

ciñó el cuello con ellas y por fin me penetró.

Sabía que adoraba mirarlo a los ojos mientras me amaba y por eso me ofreció sus facciones, primero tensas y después poco a poco relajadas, y sus ojos, cada vez más vidriosos y tersos. En vez de agotar su ímpetu con un ritmo monótono, variaba la cadencia de su movimiento: a veces era suave, un ademán apenas, y otras profundo, casi violento. Mi deseo aumentó tanto que llegué a suplicarle, sí, a suplicarle, que me poseyera sin frenos.

—¡Te lo ruego, oh, te lo ruego! —dije.

Me complació hundiendo su sexo en mí como si quisiera atravesarme, una y otra vez… Alcanzamos la cumbre y nos abandonamos al placer juntos, gritando.

Después, en lugar de cogerme entre sus brazos, cubrió mi cuerpo empapado de sudor con el manto y se acomodó debajo, apoyando la mejilla en mi vientre. Ya lo había hecho alguna vez, pero en esa ocasión permaneció así mucho tiempo. Era agradable sentir su peso y su calor sobre mi abdomen, que poco a poco se liberaba de la tensión; parecía como si mi amante permaneciese dentro, como si fuésemos aún un solo ser.

Cuando nos separamos, fue como si me arrancasen algo, como si se abriese una herida. Catulo se despertó del sopor con un suspiro y me contempló por última vez.

—Tenemos que irnos —susurré.

—Lo sé —replicó.

Antes de incorporarse, rozó mis labios con un beso melancólico, ya distante.

—Te amo —dijo.

—Yo también te amo.

Suspiró otra vez y me dirigió una mirada afligida, en silencio.

Yo aparté la mirada.

Mientras salíamos de la gruta me acordé de algo.

—Antes me has dicho que habrías cambiado algo que hizo Orfeo.

—Sí.

—¿Qué es?

—Si las tinieblas te llevasen, no te dejaría ir sola. Iría al inframundo contigo.

Le acaricié una mejilla.

—¡Mi dulce Catulo! Pero si odias la oscuridad…

—La oscuridad es cuando tú no estás. Tú eres la luz; sin ti, solo existe la noche.

11

Aquella misma noche, los amigos de Catulo vinieron a buscarlo. Acababan de llegar a Bayas, como la mayor parte de los romanos que podían permitírselo, y reclamaban la presencia de su amigo poeta que, por otra parte, ya había decidido abandonar mi casa.

—Si no puedo estar contigo —afirmó con rotundidad cuando le dije que al llegar mi hija tendríamos que dormir separados—, prefiero irme a otro lugar.

—¡Pero Catulo! —protesté—. Esta villa es inmensa. Tienes a tu disposición muchas habitaciones… Y yo podría visitarte de noche… de vez en cuando.

—¿De vez en cuando? —replicó.

—Bueno, sí, de vez en cuando —respondí titubeante. Y al ver que abría mucho los ojos, entre incrédulo y ofendido, intenté corregirme—. Bueno, lo más a menudo posible, quiero decir.

A la incredulidad se añadió el fastidio.

—¡Lo nuestro —balbuceó— no ha significado nada en absoluto para ti!

—¡Catulo, no digas eso!

Pero sin escucharme repitió:

—No ha significado nada para ti.

—¡No es verdad! —objeté—. ¡Estos días que hemos pasado juntos han sido estupendos! ¡No los olvidaré nunca!

—Estupendos, quizá… Pero no lo suficiente para que hayas decidido ser mía.

—Sabes muy bien que no es posible.

Sin tener en consideración mis palabras, prosiguió.

—Para mí tú no eres una mujer a la que se visita a escondidas, a oscuras. Eres mi mujer. Mía y de nadie más.

Esas palabras me pusieron furiosa. A su manera, eran tan despóticas como las manos de Quinto agarrándome en la oscuridad. Él también decía siempre: «Eres mi esposa», subrayando el «mía».

—¿Qué significa «mía»? —pregunté en tono desafiante. No supo qué decir—. ¿Qué significa? —repetí con agresividad.

—Significa que… me perteneces.

—Solo los esclavos pertenecen a alguien. Y yo no soy una esclava.

Se hizo un largo silencio. Al final, lanzándome una mirada de asombro, como si me viese por primera vez, Catulo murmuró:

—No te reconozco.

Tuve un momento de lucidez despiadada que me reveló la verdadera naturaleza de su sentimiento. Lentamente, vocalizando las palabras, dije:

—Tú no me amas a mí. Tú amas a tu Lesbia. —Frunció la frente con una mezcla de asombro y enfado—. Tú has robado mi cuerpo para regalárselo a una criatura de tu mente que no soy yo —añadí.

Ofendido, entornó los ojos, que despidieron un destello malvado. Con un tono burlón que me resultó odioso, replicó:

—¡Pero te gusta, oh sí, te gusta mucho lo que le hago a tu cuerpo! —Lo miré con la boca abierta, sin creer que hubiese podido decir algo semejante. Pero lo peor estaba aún por llegar. En efecto, prosiguió—. No me echas porque llega tu hija, sino porque ya tienes bastante. Me sacas de tu cama para poder meter en ella a otros. ¡He visto cómo miras a esos presumidos de la playa!

Antes de que pudiese darme cuenta, le estaba dando un bofetón.

Con la boca abierta por la sorpresa y la expresión indignada, se llevó la mano a la mejilla. Podían distinguirse claramente mis cinco dedos marcados sobre su piel.

—Vete —dije.

En sus ojos asomó el miedo.

—Lesb… —intentó decir.

—¡Deja ya de llamarme Lesbia! —grité.

Me miró aturdido, confundido, herido.

A nuestros oídos llegaban desde fuera los gritos de sus amigos, que lo llamaban para que se uniese a ellos.

—¿A qué esperas para irte con tus amigos? —lo desafié.

Abrió la boca para decir algo, pero le temblaron los labios. Buscó inútilmente las palabras. Quizá esperaba aún que yo dijese algo. Sin embargo, era presa de un furor inexpresable. Si hubiese tenido un arma la habría usado contra él. Solo así lograría eliminar a quien pretendía sustraerme de mí misma. En realidad, ya lo había hecho.

—Me voy —dijo. Cerré los ojos—. Me voy —repitió.

No respondí. Cuando los abrí de nuevo, había desaparecido.

Su olor flotó en el aire un rato más. Después, también desapareció.

Los días siguientes fueron desgarradores. Si bien ver los lugares donde habíamos estado juntos me partía el corazón, una fuerza irresistible me atraía hacia ellos.

Cuando Cecilia me preguntó si quería que cortase toda la salvia o si debía dejar alguna planta, le grité:

—¡Córtalas todas! ¡Arráncalas!

—Como quieras, mamá —me respondió, sorprendida.

Mientras tanto, una vez se supo que estaba en Bayas, me llovieron las invitaciones a cenas, los espectáculos, los paseos… Y sabiendo que estaba sola, me surgieron pretendientes por todas partes. Estaba ocupadísima. De día y de noche.

A veces, volviendo a casa entrada la madrugada, me topaba con el grupo de Catulo. Parecían fantasmas. Merodeaban por las calles dando tumbos, borrachos, palidísimos —solo salían de noche porque se pasaban el día con resaca, durmiendo —. Sentada en el interior de mi litera, los reconocía por los epítetos y las vulgaridades con que aderezaban sus comentarios. A veces distinguía, por encima de las demás, la voz de Catulo: «¡Os la voy a meter por la boca y por el culo, sodomitas mamones!». No reconocía a mi delicado amante en aquella ebriedad indecente. ¿Por qué había acabado tan mal?

Descubrí con dolor que mi primera impresión no me había engañado: Catulo era realmente como la nieve. Envolvía el mundo en un manto cándido cuya apariencia inaccesible se derretía, se desfiguraba y se convertía en fango en cuanto lo tocabas. No sabía hacer frente a los contratiempos ni aceptar que la realidad no se adaptara a sus sueños. A la mínima dificultad, cedía a tentaciones autodestructivas, a comportamientos morbosos. Catulo era un débil.

Apartando las cortinas, me estremecía al ver a las rameras miserables y a los muchachos de ojos pintados que lo acompañaban.

A veces, molestos por el alboroto, los vecinos les echaban cubos de agua fría y basura. Como única respuesta, esos borrachos incorregibles se echaban a reír e invitaban a la gente a unirse a ellos: «¡Eh, bajad! ¡Nos divertiremos juntos!».

No eran los únicos que iban de juerga. Políticos, oradores y abogados que en Roma presumían de austeros, en Bayas se convertían en viciosos desenfrenados, como si el viento marino barriese el pudor, la dignidad y el sentido de la compostura.

El verano, ya a las puertas, abrasaba, quemaba y carbonizaba el último rastro de sensatez que quedaba. Incluida la mía.

12

Una noche fui a un banquete organizado por un partidario de mi hermano, Gayo Herenio. Desde que puse el pie en la sala, me di cuenta de que la cena tenía una finalidad política, pues entre los invitados estaban los miembros más importantes del partido popular que se encontraban en Bayas. Tuve la tentación de marcharme. A pesar de lo mucho que quería a Publio, ese día todo lo relacionado con la vida pública me repugnaba. Planeaba simular un malestar repentino como excusa para irme, cuando una casualidad me retuvo. Una de las personas echadas en uno de los triclinios, se inclinó hacia delante, dejando al descubierto al hombre que estaba acostado detrás de él. Me sobresalté: era mi hermano.

«No es posible —me dije—. ¡Publio está en Sicilia!».

En efecto, Publio había sido nombrado cuestor en Sicilia, una oportunidad para alejarse de Roma hasta que se dejase de hablar del juicio.

A la alegría que sentí en un primer momento, siguió la ira. ¿Por qué había ido a Bayas sin decírmelo? Sin embargo, observando más detenidamente al invitado, caí en la cuenta de que mi primera impresión era infundada: no era Publio. Y tampoco habría podido serlo porque era mucho más joven que él. Precisamente por eso me había llamado la atención; era como ver a Publio cuando tenía veinte años: audaz, impetuoso, ajeno a las decepciones de la vida. Tenía el cabello negro y ligeramente rizado como él, la nariz recta, la boca sensual y la mirada descarada, seductora. Y por lo que lograba intuir estando en esa posición, era aún más corpulento que mi hermano, demasiado perezoso para entrenarse asiduamente. El desconocido era un adonis perfecto, una estatua moldeada según los cánones clásicos.

La voz también era diferente de la de mi hermano. No era armoniosa y de eterno adolescente como la de Publio, sino resuelta y áspera, con un matiz arisco que intentaba disimular dándole un tono suave. Si lo hubiese oído hablar antes, no lo habría confundido con Publio. Pero ya era demasiado tarde para irme. Decidí quedarme y echarme en un triclinio, arreglándome la túnica de modo que evidenciase mis formas. Atraje muchas miradas. El desconocido fue el único que me lanzó una rápida ojeada de aprecio para volver inmediatamente a la conversación que lo mantenía ocupado. Me dio rabia, pero aunque me costaba reconocerlo, aumentó mi interés. A pesar de que esa tarde hacía mucho calor, gracias a la corriente de aire la sala estaba agradablemente fresca. Daba gusto sentir escalofríos en la piel, que se secaba después del bochorno del trayecto en la litera. Me pregunté cómo podían correr los esclavos, sosteniendo un peso, con ese calor. Y me sorprendí reflexionando acerca de lo cómoda que era mi vida comparada con la suya, destinada a proporcionarme bienestar.

Una voz áspera, baja, interrumpió mis elucubraciones.

—¿Cómo puede estar tan pensativa una mujer tan seductora?

Alcé los ojos. El joven que había confundido con Publio me estaba evaluando con la mirada, de pies a cabeza. Tenía una expresión indiferente, quizá, guasona, como si en vez de apreciar a un ser humano sopesara el valor de un objeto. De cerca, descubrí que no tenía los ojos negros como mi hermano, sino de color verde ciénaga. No se había dignado a prestarme atención hasta que había terminado la conversación con su vecino, un senador muy conocido e influyente. Su arrogancia me impulsó a replicar cortante, con toda la altivez de la que fui capaz:

—Las mujeres seductoras también piensan. Con mayor razón si no hay a su alrededor hombres que valga la pena seducir.

Pero la voz me tembló. A pesar de lo enojosa que era su insolencia, me subyugaba su evidente y absoluta confianza en sí mismo. Era como un tiburón merodeando por el fondo marino, escrutando cada ser vivo como una posible presa; tal que una serpiente que paralizara a la víctima con la mirada. Era la antítesis de Catulo, con su aire distraído, de Publio, con su ímpetu caótico, de Quinto, con su agresividad vulgar. Muy a mi pesar, tuve que reconocer: «Esto es un hombre».

Esbozando una sonrisa irónica, me respondió:

—Antes de mañana te habré demostrado que te equivocas.

No pude añadir más porque en ese momento irrumpieron los esclavos con los típicos entrantes a base de huevo. En cuanto acabaron de servir, el dueño de la casa se aclaró la voz para pedirnos un momento de atención.

—¡Amigos míos! —empezó a decir al tiempo que levantaba una copa de vino de miel—. Aunque se suele brindar al final del banquete, en Bayas se nos conceden libertades desconocidas en la capital. Por eso propongo que nos tomemos la licencia de brindar por un hombre que nunca ha tenido miedo de ir contra corriente y que, precisamente por su valor, no puede acompañarnos esta noche. —Hizo una pausa solemne y nos miró uno por uno. Luego, tendiendo la copa en mi dirección, dijo—: ¡Brindemos por Publio Claudio Pulcro!

Vaciamos nuestras copas de un solo trago, como era costumbre. Normalmente aguanto bien el vino, pero esa tarde, no sé si por el calor o porque estaba prácticamente en ayunas, al primer brindis ya me sentí ligera y despreocupada. Al segundo perdí la sensibilidad en las manos, síntoma inconfundible de ebriedad. Y tras los siguientes… perdí el juicio. Mientras el bullicio del banquete proseguía y la tarde se iba convirtiendo en noche, tenía que hacer un esfuerzo para mantener la conversación sin que se notase mi estado.

Era como si me hubiese desdoblado. Una parte de mí escuchaba y respondía con coherencia, ocultando el esfuerzo que me suponía formar frases con sentido; la otra flotaba en el aire, evanescente como una medusa, y observaba desde arriba la glotonería de los comensales, que devoraban los platos como si llevasen meses sin comer. A los esclavos apenas les daba tiempo de dejar las bandejas en la mesa, cortar

las porciones, y la comida ya había desaparecido. Algunos de los invitados, aprovechando su posición recostada, manoseaban los muslos de esos jóvenes atractivos, vestidos con túnicas mínimas de colores. Me fascinaban sus largas melenas de rizos u ondas suaves, brillantes de ungüentos perfumados.

Los encargados de limpiar, por el contrario, llevaban la cabeza rapada y túnicas bastas. Con los ojos bajos y la espalda curvada, se afanaban en retirar del suelo huesos descarnados, salivazos, espinas y corazones de frutas que los comensales arrojaban sin cesar y sin reparo, ensuciando el mosaico que lo adornaba: una gran calavera. Era la admonición de la inminencia de la muerte. Sus órbitas huecas invitaban a gozar del vino y de los manjares antes de que fuese demasiado tarde.

El más hambriento era el desconocido que se parecía a Publio. Abría y cerraba los labios sensuales con una voracidad fascinante. Los demás engullían la comida con distracción, como dando por descontado la exquisitez de los alimentos y la maestría de los cocineros. Él, por el contrario, se dedicaba al acto de comer con total y absoluta voluptuosidad. Su carnalidad me hizo pensar, no sé por qué, en la carne palpitante que queda al descubierto cuando se abre el erizo de mar, en cuya pulpa adoro hincar los dientes, embriagada por el sabor y temerosa a la vez de pincharme los labios.

—¿Y tú qué opinas, Claudia? —me preguntó una voz.

El simple gesto de volver el cuello en la dirección de donde provenía hizo que la habitación empezase a girar a mi alrededor. Afortunadamente, estaba echada en el triclinio y confié en que nadie se hubiese dado cuenta.

—¡Todavía no hemos oído tu opinión! —prosiguió la misma voz que, no sin esfuerzo, reconocí como la del dueño de la casa.

Había prestado muy poca atención a cuanto se había dicho durante esa tarde. En general, la conversación se había centrado en el futuro político de mi hermano. Me había limitado a asentir con gestos vagos de aprobación, no solo porque estaba bebida, sino también porque, al menos en Bayas, quería dejar de preocuparme por Publio.

Noté que me ruborizaba mientras balbucía, algo confusa:

—Hum… Sí… estoy de acuerdo.

—¿Con quién estás de acuerdo, Claudia? —insistió Herenio mientras los comensales dirigían las miradas hacia mí—. ¿Estás de acuerdo conmigo o con tu marido?

En la sala había un silencio absoluto. Boqueando, probé a improvisar un lamentable: «Me pones ante un dilema irresoluble para una buena esposa…», cuando de repente el joven desconocido acudió en mi ayuda.

—Claudia tiene razón —dijo con su tono arisco que en ese momento, en lugar de resultarme desagradable, se me antojó una tabla de salvación—. Hay que plantearlo de otra manera —prosiguió—. No se trata de escoger entre dos soluciones, sino de ver si la tuya es viable. Después de todo, Cecilio Metelo no se ha opuesto a la

elección de su cuñado a tribuno de la plebe. Lo único que ha dicho es que no será fácil promulgar una ley que permita a un patricio el acceso a ese tribunado.

El joven siguió hablando; resumió el plan de Herenio y demostró un buen conocimiento de los juegos políticos. ¿Quién era? El hecho de que nadie me lo hubiese presentado y que ocupase un puesto de segundo orden en el triclinio me hizo suponer que era alguien sin importancia. Probablemente se trataba de un provinciano ambicioso que intentaba sobresalir introduciéndose en las cenas de los poderosos. Incluso sospeché que no me estaba ayudando porque lo atraía mi belleza, sino porque estaba interesado en mi posición social. Por desgracia, rebosante de gratitud por haber desviado la atención, aparté de mí esa intuición. Y aunque estaba sumergida en los vapores del alcohol, procuré escuchar lo que decía.

—También en esta ocasión, Herenio ha demostrado ser uno de los políticos más grandes de Roma pues, en efecto, ha elaborado un proyecto audaz e ingenioso —dijo. Su tendencia a la adulación habría tenido que ponerme en guardia, pero estaba demasiado borracha para darme cuenta—. Puesto que, con el escándalo de Bona Dea, Publio Claudio Pulcro se ha jugado la posibilidad de alcanzar el poder siguiendo el camino habitual, nuestro brillante anfitrión ha concebido un plan alternativo: intentar conquistarlo por el lado opuesto…

—¿Por el lado opuesto? —se sorprendió uno de los presentes.

—El de los plebeyos —afirmó el joven. Y, mirando con admiración descarada a Herenio, añadió—: ¡Una solución de extraordinario ingenio!

—No es posible —intervine—. ¡Somos patricios! ¡Se nos prohíbe desempeñar cargos reservados a la plebe!

—Es lo que muchos dicen, tu marido el primero —dijo el desconocido, que había pronunciado la palabra «marido» de una manera que, no sé bien por qué, sonó descarada, como si mi intimidad con Quinto fuese expuesta a la luz en público.

En el silencio incómodo que siguió a esa afirmación, Herenio volvió a tomar la palabra.

—Así pues, Claudia, ¿estás de acuerdo con tu consorte? Su opinión, en cuanto cónsul, es fundamental. Pero tú podrías convencerlo para que cambiase de idea… —Al oírlo, el desconocido me dirigió una mirada maliciosa que me hizo ruborizar—. Pero antes, por favor, danos tu opinión: ¿crees que existe un modo para que tu hermano sea elegido tribuno de la plebe?

Estaba a punto de dar una respuesta vaga a Herenio cuando, a pesar de la embriaguez, o quizá gracias a ella, se me ocurrió una idea.

—¡Para convertirse en tribuno de la plebe mi hermano tendría que repudiar a su familia! —exclamé ante el asombro general—. Cambiar de nombre, de identidad. Abandonar el «Claudio» por «Clodio».

En efecto, «Clodio» era la forma vulgar de «Claudio».

En el estado en que me hallaba, ni siquiera yo misma sabía si hablaba en serio o si decía lo primero que se me pasaba por la cabeza. Muchos, demasiado ebrios para

apreciar la idea, se echaron a reír, convencidos de que era una broma. Herenio, por el contrario, permaneció muy serio. Tras un instante de asombro, me miró maravillado y con respeto, como si no pudiera creer que una mujer hubiese dado con la solución.

—Aunque podría parecer absurdo… ¡es una genialidad! —comentó—. Claro está: una familia plebeya tendría que adoptar a Publio, pero se trata de una simple formalidad. Claudia…

—Llámame Clodia —lo interrumpí—. Si Publio cambia de nombre, yo también.

—Clodia —prosiguió Herenio levantando su copa hacia mí—. Ahora comprendo por qué tu belleza es tan luminosa. —Hizo una pausa para atraer la atención de todos los presentes—. ¡La inteligencia brilla dentro de ti! —prosiguió—. ¡La que hoy ha vuelto a abrir las puertas de la República a tu hermano!

Todos aplaudieron, mientras que yo, en vez de adoptar una actitud modesta como conviene a una matrona, sonreí orgullosa, saboreando el triunfo.

El joven desconocido inclinó ligeramente la cabeza en señal de respeto. Sin embargo, el brillo burlón y cómplice de sus ojos lo desmentían. Su ambigüedad era insoportable… e irresistible.

Durante el resto de la cena no volvió a hablar, pero siguió mirándome con un descaro que atravesaba mi túnica, como diciendo: «Te conozco, y sé que me deseas».

¡Qué rabia me daba su presunción!

«¡Te equivocas! ¡No te deseo en absoluto!», respondía yo con la mirada.

Pero mis manos, que al coger los platos de la mesa rozaban a menudo, demasiado a menudo, las suyas, afirmaban lo contrario. Siempre estaban dispuestas a devolver el roce, comunicándome un calor de fuego, alimentado después por las miradas que me lanzaba cada vez que me volvía en su dirección.

Me decía a mí misma: «Ahora basta, deja ya de tocarlo. Si tienes que coger un plato de la mesa, espera a que se aparte». Y luego hacía exactamente lo contrario. Mientras tanto él sonreía burlón, como el gato que juega con el ratón para divertirse, sabiendo que puede zampárselo cuando quiera. Odiaba interpretar el papel del ratón, pero me subyugaba la fuerza de mi seductor, un joven que en lugar de aferrarse a mí quería apoderarse de mí, quizá para desaparecer inmediatamente después; un depredador nocturno, una criatura de la oscuridad a la que no sabía si temer o desear.

Se hizo de noche. Cuando los sirvientes abrieron las cortinas que separaban la sala del jardín, junto con el aire fresco entró una ráfaga de aromas: flores, plantas, hierba, tierra. Creí incluso notar el olor que emanaban las piedras expuestas durante todo el día al sol, una fragancia seca parecida a la que el pelo de los gatos desprende cuando se tumban bajo sus rayos. El aire de la sala, denso de los efluvios de las guirlandas y de los ungüentos distribuidos tras el último plato, se refrescó al mezclarse con la brisa marina. En vez de despejarme, el perfume me encendió aún más. Ya no logré apartar los ojos del muchacho; era realmente guapo, incluso más que Publio. Su gran

atractivo residía en que a pesar de estar en la flor de la vida y de su lozanía, daba la sensación de marchar ya hacia el ocaso. Lo revelaban sus ojeras, que se acentuaban con el paso de las horas, y el contorno de sus mejillas; demasiado perfecto y firme para seguir siéndolo durante mucho tiempo. Su esplendor juvenil transparentaba la sombra de la muerte, lo cual me entristeció e hizo que me diesen ganas de que fuese mío antes de que la verdadera y gran rival se apoderase de él.

Mientras brindaba por enésima vez, me asaltó una visión nefasta: mi enemiga cobró la forma de esqueletos danzantes que, cogidos de la mano, formaban un corro fúnebre en la superficie de plata de la copa.

Sentí que me desmayaba. Tuve la impresión de estar atrapada en una danza frenética que me arrastraba hacia abajo, cada vez más, por un remolino de aguas turbias. En el fondo —una charca limosa, una ciénaga inmóvil—, me esperaba un ser mitad hombre y mitad animal, una divinidad de las tinieblas de mirada burlona, pupilas verticales y dientes de fiera relampagueando en la oscuridad. Era el desconocido, que en ese momento, y sin que pudiera darme cuenta, se había levantado y colocado delante de mí, acercando su copa macabra a la mía.

Ahora que estaba de pie, lo primero que me llamó la atención fueron sus formas, que hasta ese momento no había podido apreciar en toda su apostura. Parecía imposible que unos hombros tan anchos y unas caderas tan estrechas pudiesen pertenecer al mismo cuerpo, que a una altura tan considerable correspondiesen unas extremidades tan proporcionadas. Su piel lisa, depilada, resplandecía como el bronce, pero desprendía un calor terrenal. Al levantar los ojos me embrujó la profundidad verdosa y estancada de sus pupilas. Aunque su mirada era ambigua, prometía estar a salvo de complicaciones. Como si me dijese: «Abandónate. Ya no tendrás que preocuparte de nada».

La cena estaba acabando. Algunos comensales se encaminaban hacia la salida, otros se entretenían bromeando con las bailarinas y las mujeres de la orquesta, que habían amenizado la espera entre plato y plato. Solo Herenio y sus amigos más íntimos, que seguían hablando de política, parecían inmunes al cansancio.

Nadie oyó la frase que me dirigió el desconocido mientras nuestras copas tintineaban en el último brindis.

—Te espero en el jardín, delante de la explanada de Fauno. Ven.

No tuve tiempo de responder porque ya me daba la espalda y, sin mirar atrás, atravesaba el umbral para desaparecer por el sendero que bajaba al mar.

Bebí lentamente, diciéndome a mí misma que jamás obedecería a su llamada. Para no caer en la tentación de hacerlo, respondí a los tímidos intentos de entablar conversación de un viejo senador, fingiendo incluso interés por lo que me decía. Me contaba que estaba tratando de cultivar una flor oriental, una novedad para nosotros, que los griegos habían bautizado con el horrible nombre de «orquídea» por la forma de sus tubérculos, parecidos a los testículos. En otra ocasión le habría pedido detalles para contárselos a mi hija y enriquecer nuestro selecto paraíso persa con un ejemplar

nuevo. Sin embargo, esa noche solo supe asentir y repetir «¡Oh!» y «¡Ah!», aparentando admiración, mientras mi mente acudía al jardín, donde muy pronto, a despecho de mis buenos propósitos, me uní a ella. Para justificarme, balbuceé al senador alguna ridícula excusa.

13

Con el mar centelleando al fondo, el Fauno parecía cobrar vida. Era la primera vez que lo veía de noche. De día la estatua me había parecido siempre más bien vulgar, por su embriaguez y la exhibición de su falo. A la luz cándida de la luna, sin embargo, el dios se encendía con claroscuros misteriosos.

La explanada estaba desierta, y me sentí aliviada y herida en el orgullo a la par.

«Mejor así», me dije sin ser muy sincera conmigo misma.

Me asomé al parapeto suspirando. Abajo el mar parecía anhelar los besos de la luna. Y yo me sorprendí anhelando —¡oh, intensamente!— los besos del joven desconocido.

De repente, una voz ronca susurró: «Me llamo Marco», mientras una mano me cogía y levantaba la melena, dejando el cuello y la nuca expuestos a la caricia fresca de la noche. Pero aquella sensación de alivio duró un instante porque enseguida una boca ávida, que se dedicó a besar y a mordisquear, se cernió sobre mi piel, mientras una mano se insinuaba por el escote logrando recorrer todo mi cuerpo en un suspiro. Incliné la cabeza hacia atrás instintivamente, ofreciendo el rostro a esos labios hambrientos. Marco se cebaba de mí con la misma glotonería que poco antes había dedicado a los manjares, como si yo fuese el último —¿el más exquisito?— plato del banquete.

Me gustaba abandonarme a su cuerpo sólido, a sus brazos envolventes, a sus dedos, que se las arreglaban para hurgar entre mis ropas con la maestría que da una larga experiencia. En lugar de molestarme, como habría sucedido unos meses atrás, me tranquilizó; me pareció la garantía de una relación clara, simple y sin pretensiones. Ni palabras ni halagos; de su boca solo salían gemidos, más apremiantes a medida que mis carnes quedaban al descubierto. Era como ser arrollada por un ciclón que en vez de dejarme a merced del viento me aferraba a un cuerpo firme, digno de un dios.

Cerré los ojos y saboreé sus caricias, cada vez más atrevidas, y el virtuosismo de sus manos que, como las de un músico, variaban de intensidad con destreza, tocando mi música secreta: una armonía de gemidos y suspiros. A diferencia de cuando hacía el amor con Catulo, no deseaba ver su rostro encendido por la pasión. No me estaba entregando a Marco, sino a su fuerza pura, primitiva. La energía de los titanes debía de haber sido igual de formidable antes de que Júpiter la sometiese a las leyes del Olimpo.

Sin que me diera cuenta, Marco me había colocado en una postura que nunca antes había experimentado. Me hallaba inclinada hacia delante, sosteniendo el peso de mi cuerpo con los brazos apoyados en el parapeto y las piernas rectas, mientras sus

manos me agarraban con firmeza por las caderas. Con la túnica levantada, sentía sobre la piel la brisa ligera de la noche y su mirada rapaz insinuándose por todas partes, como la de una fiera que se come con los ojos a su presa antes de devorarla. El corazón me latía enloquecido y la excitación encrespaba el interior de mi vientre, regalándome una expectación velada de delicioso temor. Después, cuando me penetró de repente, no me pareció un hombre, sino un poderoso animal que al principio me hizo daño —no había conocido nada semejante—, pero poco más tarde me provocó un placer inmenso, casi insoportable, en el que el goce físico, intenso por sí solo, estaba aumentado por la sensación de sometimiento y de poder absoluto de mi dominador. En efecto, él llevaba el ritmo, pues en esa posición yo era pasiva a la fuerza, lo cual —cosa que nunca habría esperado— me gustaba. ¡Qué alivio someterse al más fuerte! Renunciar a la razón. Dejarse llevar, decir «sí» a todo, «sí». Y no tener que hablar.

Era el océano agitado por el tridente de Neptuno, la tierra resquebrajada por el terremoto. Casi podía oír el crujido de mis huesos, como el tablazón de un barco a merced de la tempestad.

El orgasmo nos llegó de tiempos y lugares antiguos y remotos, anteriores a todas las civilizaciones.

Abrí los ojos satisfecha y aturdida, como si me despertase en una habitación desconocida. A nuestros pies y ante nosotros, el mar murmuraba tranquilo, sereno, indiferente a nuestra pasión, insignificante en comparación con sus tempestades. En el cielo, la luna había cedido el paso a las estrellas, que brillaban distantes e impasibles.

Recuperé la posición vertical con dificultad, aguantándome en el sólido cuerpo de mi nuevo amante, en el que permanecí apoyada hasta que me sentí estable.

Después nos separamos. La vida social me ha enseñado a encontrar un argumento de conversación para cualquier circunstancia, pero en ese momento no sabía qué decir. No me salían las palabras.

Lo miré. Marco volvía a ser el de antes. Ya no era un volcán titánico, sino un joven elegante y seguro de sí mismo. Solo las ojeras más marcadas denunciaban la verdadera naturaleza de su presunto paseo.

Por el contrario yo, no me cabía duda, estaba medio desnuda y desaliñada, con las mejillas surcadas de sudor y el maquillaje corrido. Con inesperada amabilidad, Marco se ofreció a arreglarme el peinado que, a falta de un espejo, yo no sabía cómo adecentar.

Dándose cuenta de mi apuro, dijo:

—Deja que te ayude.

La familiaridad con que lo hizo me confirmó que tenía experiencia en este tipo de trance.

—¿A cuántas matronas has arreglado después de habértelas…? —Me interrumpí.

Se echó a reír.

—¡Pregúntaselo a tus amigas!

—¡Grosero! —Le escupí en la cara.

Se secó, riéndose aún más fuerte.

—Me gustan las mujeres indómitas —dijo—. Son como las yeguas salvajes.

—Yo no soy una ye… —No pude acabar de protestar.

Marco se echó encima de mí sin darme tiempo de reaccionar, y me sujetó los brazos con las manos y me apretó los labios con los dientes, como queriendo traspasarlos y coserlos.

Intenté forcejear, pero fui consciente de que si tiraba los dientes se clavaban aún más, y corría el riesgo de hacerme daño.

Así que me vi obligada a rendirme. Me soltó cuando me vio completamente vencida e inmóvil.

—¿Lo ves? Ha sido fácil domarte. Y también te he demostrado que te equivocabas cuando has dicho que no había ningún hombre que mereciese la pena seducir.

«Me las pagará», pensé, imaginándomelo mientras se arrastraba a mis pies, consumido por la pasión. Pero para poder vengarme, tenía que saber quién era. Y no quería rebajarme a preguntárselo a Herenio.

—Dime tu nombre completo —dije—. Deseo saber quién me ha conquistado esta noche.

—Me llamo Marco Celio Rufo —respondió orgulloso, como si pronunciase un nombre famoso. Casi con certeza, intuyó lo que estaba pensando porque, antes de darse la vuelta, añadió—: Recuérdalo, un día será un nombre ilustre.

Mientras lo miraba subir por el sendero con paso triunfante, sincronizando perfectamente los músculos, me vino a la cabeza que el nombre «Marco» esconde, bajo ese hermoso sonido que recuerda a la palabra «mar», un significado nefasto: «fiel a Marte», el malvado señor de la guerra.

14

Gracias a la guerra, la vuelta al salón me resultó menos incómoda. En efecto, los comensales discutían acaloradamente acerca del peligro de un nuevo conflicto civil, que prometía ser aún más sanguinario que el que había arrasado Roma veinte años antes. En lugar de remitir, la crisis se había agravado, arrastrando a la República al borde de la catástrofe.

—¡La conjura de Catilina fue el síntoma de un profundo y difundido malestar! —proclamaba Herenio mientras volvía a ocupar mi lugar en silencio—. Por eso necesitamos a un hombre de pulso firme, capaz de realizar las reformas necesarias para transformar el Estado. De lo contrario, nos hundiremos en el caos.

—No, no sobreestimes ese torpe intento de golpe de Estado —objetó uno de los invitados—. En el fondo, para deshacer la conjura, bastó con que un picapleitos como Cicerón interviniese. ¡Los revolucionarios fueron derrotados y Catilina murió!

—¡Muy pronto volverá otro Catilina! —replicó nuestro anfitrión—. Cicerón es un iluso si cree que la conjura fue como un bulto en un cuerpo sano. Todo lo contrario, el bulto era el síntoma de la gravedad de la enfermedad. Fue inútil extirparlo sin tratamiento.

Ahora lograba entender la conversación. Había recuperado la lucidez porque antes de entrar había vomitado. Con el vino y la comida también había arrojado la velada. Mientras las arcadas me sacudían, tuve la impresión de expulsar todo lo ocurrido esa noche, de volver en mí.

Tenía el estómago destrozado y un sabor ácido en la boca, y me latía la cabeza. Pensé que estaba tan maltrecha como la República: rebajada, saqueada por los chacales y cansada; más aún, agotada. Me miré en el espejo que sujetaba la esclava y me vi palidísima, con el rostro demacrado y ojeroso, ¡más desmejorada que la calavera del mosaico! Me avergoncé de mi aspecto, que por otra parte nadie parecía notar, más de lo que me avergonzaba de la aventura.

A mi alrededor, los rostros de otros muchos invitados también revelaban señales de cansancio. Sin embargo, seguían discutiendo. La política, como siempre, encendía los ánimos de los romanos. Entre los que ya habían abandonado la sala estaba mi amante. En un primer momento, me engañé pensando que se había marchado para ahorrarme el apuro de verlo delante de los demás después de lo sucedido. Cuando lo conocí mejor, comprendí que no se fue por respeto hacia mí, sino para evitar tener que tomar partido si el debate llegaba a un punto que lo hubiese obligado a hacerlo. Marco, descubrí más tarde, era un oportunista que construía su carrera adulando a los políticos destacados, sin tener en cuenta de quién eran partidarios. Pero entonces lo conocía demasiado poco para juzgarlo. ¡Qué tonta fui! Habría tenido que saber, a esas

alturas, que nada revela mejor la naturaleza de un hombre que su modo de hacer el amor.

Aproveché una pausa de la discusión para marcharme.

Empezaba a clarear: el mar opalescente, el cielo estriado de rosa. En un claro ya azul brillaba una estrella solitaria. El lucero del alba ocupaba su lugar, impávido y resplandeciente, como si desafiase al sol naciente. Me gustó su actitud orgullosa porque a diferencia de las demás estrellas, que habían huido a las primeras señales del amanecer, resistía tenaz, aun sabiendo que dentro de poco sus rayos palidecerían derrotados por los del sol, mucho más poderosos que los suyos. La observé durante mucho rato, viendo cómo luchaba contra el fulgor del astro que, como siempre, salió ganador. Aparté la mirada un momento y ya no estaba. «Quién sabe adónde van a parar las estrellas —me pregunté— cuando el sol las ahuyenta en el cielo». Habría deseado alcanzarla para compartir con ella su escondite remoto, oculto a todos y a todo.

Me dormí en la litera, acunada por sueños ligeros que me hicieron sentir la aventura con Marco algo aún más lejana. Aunque había sucedido pocas horas antes, se me antojaba irreal, muy remota en el espacio y en el tiempo.

Quizá por eso no me sorprendió encontrar a Catulo medio dormido, sentado en un escalón, con la cabeza y la espalda apoyadas en un muro de mi casa. Por sus ropas —una toga blanca de una elegancia insólita en él— comprendí que venía de un banquete fastuoso durante el cual habían distribuido túnicas limpias para cambiarse las manchadas de vino y comida. De vez en cuando daba cabezadas y la barbilla le tocaba el pecho. Entonces emitía un quejido, se sobresaltaba, levantaba la cabeza y parpadeaba con insistencia a fin de mantenerse despierto. Pero el sueño era más fuerte que su voluntad. Los ojos se le cerraban, y la cabeza le volvía a colgar como una flor pendiendo de su tallo. En el suelo, a su lado, yacían las guirlandas del banquete que se había quitado mientras me esperaba.

Su languidez me enterneció. Estaba tan indefenso y era tan valiente al mismo tiempo, abandonado en mi umbral, con la respiración silbante, síntoma de que la enfermedad se había agudizado. A pesar de no encontrarse bien, había preferido mi incómodo escalón a su cama. Me recordaba al lucero del alba, firme y tenaz a despecho de su fragilidad y de un final amenazador.

Me incliné para besarlo, pero antes de tocarlo me detuve; no quería que oliese la traición en mi aliento. Mirándolo de cerca noté que escondía algo bajo la túnica. Muy despacio, con cuidado para no despertarlo, levanté la tela. La escarcela, que normalmente llevaba casi vacía, estaba medio abierta y con las cintas sin atar. La entreabrí sigilosamente y vi que rebosaba de algo redondo y brillante. Era algo que

hasta entonces solo había imaginado. Y deseado.

La abrí del todo. El corazón empezó a latirme con fuerza cuando apareció el fruto encantado, cuyo dulce jugo, una vez probado, te cautiva para siempre. No estaba emocionada solo por la alegría de poder saborearlo finalmente y de plantar las simientes con la esperanza de que se convirtiesen en árboles, sino también porque ese regalo era la prueba de que Catulo todavía me amaba. El remordimiento me quemó al imaginármelo colándose en la cena de Lúculo e ingeniándoselas para robar las cerezas para mí.

Me senté a su lado en el escalón y cogí una. Era lisa y más roja que la sangre. Me la puse entre los labios. No tenía sabor, pero la firmeza de su pulpa y el perfume envolvente invitaban a morderla. Sentí un suave crujido cuando los dientes rompieron la piel y penetraron en el fruto hasta toparse con el corazón, duro y parecido al cuero. La leve punzada que sentí en las encías me ayudó a saborear mejor el jugo carnoso que me llenó la boca, colmándome de una dulzura fresca y delicada. Era como si el viento de la primavera, atrapado entre los árboles, hubiese cobrado vida en una gema de delicia purpúrea. Nunca había probado una fruta tan exquisita.

Tras haber escupido y guardado el hueso, que deseaba plantar lo antes posible, cogí otra. Y después otra, y otra más sin parar. Sobre el escalón, el montón de semillas para mis futuros arboles iba creciendo.

No me di cuenta de que mientras tanto Catulo se había despertado.

Su voz me sobresaltó. Me detuve cuando estaba a punto de llevarme a la boca otra cereza.

—Me quedaría aquí para siempre, mirándote. Pareces una niña —prosiguió—. Entusiasmada con el fruto nuevo, ingenuamente golosa.

—¡Catulo! —exclamé para expresar mi gratitud—. Yo…

Pero al sentir que las palabras eran insuficientes, en vez de continuar, besé delicadamente una cereza y se la puse entre los labios.

Catulo me cogió la mano y me besó la punta de los dedos. Luego, sonriendo y sin dejar de mirarme a los ojos, masticó la cereza y colocó el hueso lentamente encima del montón.

—¡Tan inocente! —repitió, y me acarició la mejilla.

—Gracias, amor mío.

Me acerqué a él para besarlo, y abrió los brazos para acogerme en ellos, con los ojos chispeantes de felicidad como rayos de sol entre las nubes. Pero mientras me acercaba, su mirada se oscureció. Estaba a punto de estrecharlo contra mi pecho cuando me apartó con la mano.

—¡Has estado con otro! —me acusó.

—¡No! —mentí instintivamente.

Un destello de rabia le encendió la mirada.

—¡No lo niegues! —gritó con una voz aguda que me molestó—. Hueles a…

Un violento ataque de tos lo interrumpió, sacudiéndole todo el cuerpo. Tuve la

impresión de que estaba exagerando para exhibir su enfermedad como un espectáculo. De vez en cuando, levantaba los ojos heridos para mirarme, como diciendo: «¿Ves el daño que me haces?».

Yo asistía impotente, sin saber cómo ayudarlo.

El ataque lo dejó agotado, casi no podía hablar.

—Llevas su olor encima —susurró, disgustado.

No podía negarlo.

Bajé la cabeza. Nos envolvió un silencio grave. El perfume especiado de Marco, que antes no había notado, flotaba en el aire y se difundía envolviéndonos en una nube densa. Me ahogaba y pensaba, sin hallar solución, en cómo podía reparar lo que había hecho.

De repente, mientras me debatía en el remordimiento, me pregunté: «Pero ¿por qué tengo que sentirme culpable? ¿Dónde estaba Catulo mientras sufría por él?».

Me puse a pensar en sus juergas con los amigos, cuya compañía había preferido a la mía, en las prostitutas y los muchachos con quienes había pasado las noches con la excusa de que lo había echado de mi cama. ¿Por qué él podía a abandonarse al desenfreno mientras que mi interés por otro hombre se consideraba una traición?

Levanté la cabeza y, mirándolo fijamente a los ojos, le confesé:

—Es verdad, he estado con otro.

Mi admisión lo cogió por sorpresa y acalló la avalancha de reproches que estaba a punto de hacerme.

Desorientado, balbuceó:

—Has hecho el am…

—No, no he hecho el amor —lo interrumpí. A pesar de la evidencia, en sus ojos brilló una esperanza que mis palabras apagaron inmediatamente—. Ha sido sexo, el amor no tenía nada que ver.

—Cómo has podi… —intentó decir, preso de la duda.

Volví a interrumpirlo.

—Por el mismo motivo por el que tú has preferido divertirte con otras en lugar de estar conmigo.

—¡Pero eran esclavos, personas sin importancia! —protestó—. ¡Gente que conocí en la taberna!

—Eran seres humanos —repliqué—. Como tú y yo.

Intentó justificarse otra vez.

—Estaba borracho, no sabía lo que hacía. Solo quería divertirme.

—Yo también estaba borracha y también quería divertirme.

Cayó el silencio.

Catulo me miraba como si me viese por primera vez.

—Ya no sé quién eres.

—Yo… —Me interrumpí, no sabiendo qué decir.

De repente, me pregunté lo que pensaría un dios que se dignase a bajar la mirada

un instante: dos jóvenes enamorados delante de una lujosa villa, en un lugar maravilloso, que en vez de ser felices se atormentan el uno al otro. Seguramente se reiría y diría: «¡Qué necios son los mortales!».

Haciendo un esfuerzo, intenté sobreponerme. No debía dejarme arrastrar en conversaciones inútiles y destructivas.

—Catulo —dije—, lo siento.

Me miró sorprendido. Y al ver mi sonrisa sincera intentó quejarse de nuevo:

—Resulta demasiado fácil decir que lo sientes después de haber…

Le puse un dedo en los labios para hacerlo callar.

—No me malinterpretes —precisé—. No me arrepiento de lo que he hecho. Siento haber herido tu sensibilidad con mi aspecto. Habría preferido que me vieses limpia y descansada, y no con la túnica arrugada, despeinada, ojerosa y oliendo a otro. Ha sido una falta de respeto.

—Eres hermosa de cualquier manera —murmuró—. Para mí siempre eres hermosa.

No me atreví a abrazarlo por miedo a que volviese a rechazarme, pero extendí una mano para acariciarle la cara.

—Hago el amor solo contigo, Catulo —dije. Me miró con incredulidad mientras, a pesar de todo, una sonrisa asomaba de nuevo a su rostro—. Te agradezco de todo corazón el regalo —proseguí—. Es el mejor obsequio que me han hecho nunca.

Su sonrisa resplandeció, ahuyentando todas las sombras.

—¿De verdad? —preguntó.

—Sabes que sí.

Me cogió las manos. Yo se las estreché, sin intentar abrazarlo.

—Llegará un día —dije— en que no quedará nada de nosotros, de nuestros cuerpos, nuestros pensamientos, sentimientos y emociones… Nada.

—Es verdad. —Suspiró.

—Quedarán solo nuestras acciones —proseguí—. De ti quedarán tus poemas.

—Eso espero —dijo.

—Y de mí… quizá los cerezos que un día planté en Bayas, gracias a ti.

—¡Oh, no! —protestó—. ¡De ti quedará mucho más! Tu nombré perdurará en mis poemas.

—Sabes muy bien que no me llamo Lesbia. Y de todas formas, no aspiro a la inmortalidad. Es demasiado larga. Y cansada. Me basta con pensar que un día los árboles de mi jardín tendrán flores blancas como nuestra piel y frutos rojos como nuestros labios.

—¡Me gustaría llegar a ver tus cerezos!

—Los verás, volveremos juntos y…

Esa vez fue Catulo quien me interrumpió a mí.

—Yo no volveré.

Estaba a punto de replicar que sí volvería, pero advertí en sus ojos el motivo por

el que había pronunciado esas palabras. La tos, la respiración jadeante, el rostro demacrado: Catulo estaba más enfermo de lo que creía. Cuando los árboles crecieran, Catulo no estaría conmigo en Bayas para admirarlos. Intuí, con espantosa claridad, que no le quedaban muchos años de vida. Le estreché fuertemente las manos sin responder, mientras se me hacía un nudo en la garganta. Me dio un beso en la mejilla.

No me equivoqué. Cuando los árboles estuvieron maduros para dar cerezas, Catulo no estaba conmigo para saborearlas. Sin embargo, sentía su presencia con mucha intensidad. Continúo sintiéndola, en el cerezal de Bayas. Las flores blancas que se abren en primavera son su piel; los frutos rojos, sus labios.

TERCERA PARTE

Odio y amo

Odio y amo. Quizá te preguntes por qué hago esto.
No lo sé, pero siento que es así y me torturo.

CATULO,
carmen LXXXV

Roma, 58 a. C.

1

Los cerezos crecieron más lenta y dificultosamente de lo que esperaba. Si no hubiese sido por la paciencia y los cuidados de Cecilia, mis árboles jamás habrían madurado, o se habrían vuelto salvajes y nunca habrían dado los frutos deliciosos cuya fama ha llegado hasta nuestros días. Pasaron muchas cosas que me distrajeron del cuidado del cerezal; la más importante fue el regreso de mi hermano a la escena política.

Nadie creía que Publio pudiera recuperarse del nefasto juicio que ganamos comprando al jurado, ni que se convertiría en el personaje más importante de Roma. Sin embargo, cual ave fénix, mi hermano renació de sus cenizas, y mucho más fuerte y resplandeciente que antes.

El nuevo Publio ya no era un patricio, sino un plebeyo. La idea que se me ocurrió durante aquella lejana velada en Bayas se hizo realidad: Publio repudió a su familia de origen. Ya no era el patricio Publio Claudio Pulcro, sino el plebeyo Publio Clodio Pulcro. Pretendía que sus familiares, incluida yo, lo llamásemos Clodio, y aprovechaba cualquier momento y circunstancia para reafirmar su nueva identidad. Convertido en tribuno de la plebe, se dedicaba con energía y sin descanso a su actividad, cubriendo la Urbe de leyes cuya audacia no tenía precedentes; entre ellas, la repartición gratuita del trigo entre los necesitados, una medida que a la República le resultaba muy cara, pero que significaba la salvación para las masas de desheredados que abarrotaban la ciudad. Paradójicamente, el decreto fue aceptado incluso entre los ricos, muchos de los cuales decidieron libertar a sus esclavos para que los mantuviese el Estado. Naturalmente, Publio contaba con un plan para financiar la iniciativa: siguiendo la tradición romana, impulsaría nuevas conquistas e impondría nuevos impuestos a las provincias.

Además, mi volcánico hermano logró librarse, con una ocurrencia genial, de nuestro eterno enemigo: Cicerón. Lo hizo exiliar de Roma por haber condenado a Catilina sin proceso, cinco años antes. Y no se contentó con librarse del viejo orador; también mandó derribar su casa del Palatino, construyendo un templo en su lugar. En el centro, sobre una columna, se erigía la estatua de una diosa alta y orgullosa que se parecía a mí: la Libertad.

Clodio era el tema de conversación de todo el mundo, el político del momento, el hombre más envidiado por los hombres y el más deseado por las mujeres, a despecho de su esposa, Fulvia. Quizá, bajo su guía, la vieja República se derrumbaría por fin, inaugurando un mundo nuevo.

Mis hermanas y yo seguimos el ejemplo de Clodio. Yo adopté el nombre de

Clodia Pulcra. ¡Quién sabía lo indignadas que estarían las máscaras de nuestros antepasados, colgadas del árbol genealógico! ¡Si hubiesen podido, se habrían abalanzado sobre nosotros! Pero no podían: estaban muertos. Y nosotros vivos y rebosantes de proyectos.

2

Para celebrar el resurgimiento de mi hermano, decidí organizar un gran banquete, una hazaña incluso para quien, como yo, contaba con mucho personal a su disposición. El trabajo de los sirvientes es solo el último eslabón de una cadena que el ama de la casa tiene que dirigir con firmeza.

El primer paso fue contratar temporalmente a un cocinero que ayudase a mi jefe de cocina en la difícil tarea de crear y realizar un menú digno de la ocasión. A diferencia de muchas de mis amigas, no dejé su búsqueda para el final. No me importaba gastar una fortuna con tal de que todo fuese perfecto.

Para rendir honor a Publio, deseaba que el banquete se pareciese a él: espléndido, imprevisible y lleno de sorpresas. Por eso contraté a Bucco, un hombrecillo flaco de Campania que saltaba de un fogón a otro y poseía una creatividad culinaria superior a su modo de hablar, que era rico y peculiar. Las cejas muy oscuras y juntas contrastaban con el gris de sus cabellos, y eran la única característica digna de mención de su rostro, surcado por un sinfín de arrugas que ocultaban sus facciones. De edad indefinida, había viajado mucho y acumulado gran experiencia trabajando en las cocinas de príncipes y reyes, pero también en posadas de mala muerte y campamentos de soldados. Su cuchillo se le parecía: desgastado, pero muy afilado.

En un primer momento, su locuacidad me molestó y temí que ocultase su mediocridad. Pero cuando pude conocerlo mejor, comprendí que nacía de una imaginación desbordante, que daba lo mejor de sí en sus platos únicos y extraordinarios.

Al principio, el personal también lo miró con recelo, y su comportamiento respetuoso hacia él se debía exclusivamente al temor a mis represalias. Pero muy pronto, con su alegría, Bucco conquistó el afecto de todos. En especial el de Lucana, que lo rondaba siempre con las excusas más inverosímiles. Tuve incluso que reprenderla un par de veces porque se olvidó de guardar las agujas del cabello en sus estuches.

¡Y, aunque parezca increíble, el cocinero mostraba el mismo interés por ella! ¿Cómo era posible? ¡Lucana era vieja, encorvada y gorda! Pero también era verdad que últimamente caminaba más derecha, con garbo y armonía, como alimentada por una luz que recordaba la de cuando, muy joven, inflamaba los sueños de esclavos y señores.

El único que merodeaba sombrío por la villa era el jefe de cocina, quien, en vez de colaborar con el cocinero temporal como había hecho en otras ocasiones, pasaba el tiempo saboteando el trabajo de su colega y muriéndose de envidia. Si no me hubiera dado pereza buscar a otro lo habría vendido de inmediato. Le encargué a Lucana que

lo vigilase.

—¡Lo vigilaré yo, señora, personalmente! —me aseguró, olvidando que su vista ya no era la de antes—. Pero no querría que esta nueva tarea… —me dijo con astucia — me quitase tiempo para cuidar de ti.

—No te preocupes. Pediré a Sira que haga tu trabajo hasta que celebremos el banquete. Quédate en la cocina todo el tiempo que quieras.

Al oír mi respuesta, una sonrisa radiante, que le iluminó el rostro, me aclaró las dudas acerca de la naturaleza de su relación con el cocinero de Campania: Lucana también había renacido.

3

El tema del banquete era precisamente ese, el renacimiento; el plato principal, el flamenco. No solo lo elegí por la exquisitez de su carne —en especial la lengua y los sesos, verdaderos manjares—, que íbamos a servir acompañada con varias salsas, y por la belleza de sus plumas, que adornarían los platos, sino también, y sobre todo, porque simboliza el renacimiento. En efecto, «flamenco» significa «fénix voladora»: el pájaro del eterno retorno. Preparándolo para nuestros invitados quería homenajear la renovación de la vida de Clodio. Los malpensados también lo interpretarían como una alusión del traslado de otro de nuestros enemigos, Catón, a Chipre, isla en la que habitan un gran número de fenicios, otro tipo de pájaros… Los que se iban a servir en el banquete procedían de mis salinas de Apulia, donde la alimentación de las hermosas aves zancudas se dosifica para obtener diferentes tonalidades de plumaje, del blanco a la gama de los rosas. Como concesión a los dictámenes de la moda también quería servir loros, pues desde hacía algún tiempo una cena sin un plato a base de loro se consideraba anticuada y sosa. Además, la policromía de los loros crearía un contraste espectacular con los diferentes tonos de rosa de los flamencos.

Después, en honor de la versatilidad de los Clodio Pulcro, habría muchos platos sorpresa: pescado cocinado con carne de cerdo, ocas esculpidas con pulpa de cangrejo y un cerdo relleno de huevos de pastaflora que en lugar de aves contendrían lirones, alimento que también estaba muy de moda.

No todos los ingredientes de la cena procedían de mis fincas. Los que no eran de mis tierras se importaban de lugares exóticos y lejanos: de España el garo, una salsa de vísceras maceradas y fermentadas de pescado que marida con casi todos los platos; de la India, los loros; de Arabia, ungüentos perfumados para repartir con las guirlandas de flores al final del banquete. Las cándidas y ligeras túnicas de seda que ofrecería a los invitados para cambiarse si se manchaban eran egipcias.

La mayor sorpresa sería la entrada en la sala de un flamenco gigantesco, servido en bandeja. En realidad, se trataría de una escultura de pan de aceite duro, recubierta de plumas por fuera, pero vacía por dentro. A su llegada ordenaría a un esclavo que la cortase, pero justo cuando hundiese el cuchillo en su vientre, del flamenco falso saldría volando uno vivo, alegoría de la historia de Clodio.

Se le había ocurrido al cocinero de Campania, pero, según mi opinión, era de difícil realización.

«Tranquila, señora: ¡no existe un plato imposible para Bucco!», alardeó cuando le dije que no estaba segura del resultado.

Para que el flamenco pudiera echar a volar, decidimos organizar la cena en el comedor de verano, expuesto al norte, que da al jardín por dos lados y está techado

solo en parte. Era arriesgado, pues en abril el tiempo es aún inestable. Un aguacero nos obligaría a renunciar a la principal sorpresa del banquete.

4

Como cualquier espectáculo, tuvimos que ensayarlo infinidad de veces. Bucco dibujó muchos modelos de flamenco antes de que encontrásemos el que nos gustaba. Y hablo en plural porque Bucco era aún más perfeccionista que yo.

—Creo que este es apropiado —probaba a decir.

—¡No! ¡No! ¡Tengo que volver a hacerlo! —me contradecía él—. ¿No te das cuenta de que el cuerpo es demasiado lánguido? Quiero que hable de muerte, pero también de resurrección, que anticipe el nacimiento del flamenco vivo.

—¡Muy bien! Este tiene un aspecto más vivaz —observaba yo, halagando el dibujo de un ave zancuda que, si bien desfallecida, parecía estremecerse de vida.

—¡Demasiado vivaz! —comentaba el cocinero.

Una vez conseguido el flamenco perfecto, una criatura que reunía el desaliento de la muerte y la esperanza de una nueva vida, y después de realizar un molde para poder reproducirlo, tuvimos que resolver un problema mayor: meter al flamenco vivo en la estatua, obligarlo a quedarse quieto durante el transporte, salir del molde cuando trinchasen el modelo y, finalmente, echar a volar y alejarse, preferiblemente en dirección a la luna llena que esa noche embellecería el cielo. Sería muy hermoso ver su silueta recortada sobre el fondo de la cándida esfera.

Mientras tanto llegaron los demás flamencos, que fueron colocados en grandes pajareras en un lugar alejado del jardín. A pesar de estar lejos de su ambiente eran muy molestos. Cuando los había visto, en ciénagas y aguazales, no me había dado cuenta de lo ruidosos que eran. Alternaban una voz baja y ronca, parecida al graznido de una oca, con un borboteo sordo, murmullo de fondo de sus comidas, y gruñidos amenazadores, cuando se sentían atacados.

Como si no tuviésemos bastantes problemas, los esclavos se equivocaron y cambiaron la comida de los flamencos blancos con la de los rosa, lo cual podía tener consecuencias en el color de su plumaje. Me enfadé mucho e hice que los castigaran, pero luego me descorazoné. ¿De quién podía fiarme? ¿No había nadie capaz de hacer bien algo tan sencillo?

«De ahora en adelante lo haré yo, señora», me prometió Bucco, echándose a las espaldas la enésima responsabilidad. Lo hacía casi todo él. El banquete entero recaía sobre sus hombros que, a pesar de ser estrechos y enclenques, sostenían todo el peso sin tambalearse. ¡Me preguntaba cómo había podido vivir sin él antes de que llegase!

Creo que Lucana se preguntaba lo mismo, aunque por motivos diferentes. Hacían una pareja graciosa: ella parecía una estatua de la Gran Madre y él una figurita de Minos.

Si se hubiesen abrazado, Bucco habría corrido el peligro de que la desbordante feminidad de Lucana se lo tragase. Desbordante, pero tímida, Lucana se ruborizaba con solo oírlo nombrar. Empezaba a estar celosa porque siempre había sido el centro de atención de mi nodriza. Podía, como mucho, compartirla con Clodio, como había hecho de niña.

No veía la hora que llegase el día del banquete para librarme de Bucco y de los flamencos, y volver a llevar una vida más tranquila.

5

No obstante, si pensaba en los últimos tres años, me daba cuenta de que no había tenido precisamente mucha tranquilidad. Después de regresar de Bayas, Catulo y yo no habíamos vuelto a conocer la felicidad luminosa de aquellos días. Su posesividad y sus quejas continuas me molestaban; mi independencia lo hería. Pero cuando le hacía daño a él, yo también sufría; verlo triste me desgarraba el alma. A veces huía para no asistir al espectáculo de su desesperación, pero tampoco lograba estar mucho tiempo alejada de él, y cuando se iba a Galia o desaparecía durante semanas, sentía que el frío me invadía y los celos me devoraban. Volver a verlo era una emoción profunda, una alegría siempre nueva. Juntos vivíamos maravillosos momentos de pasión. Por desgracia, cuando el vuelo de Eros tocaba a su fin, nos hundíamos en los abismos de Marte: peleas, rencores, espectáculos… Nos destrozábamos el uno al otro, combatiendo con crueldad, y la lucha nos dejaba agotados, mudos. Y sin embargo, no podíamos ni siquiera imaginar abandonarnos. Nunca.

Catulo escribía en sus poemas, que cada vez con más frecuencia circulaban por la ciudad, lo que no me decía a la cara. Describían a Lesbia como a una mujer viciosa, falsa y cruel, en la que yo no me reconocía. Y me consumía de rabia, impotente, pensando que, ante todos, la criatura de Catulo, la infame Lesbia, una mujer de insaciable apetito sexual, se estaba superponiendo a la Clodia real.

Lesbia, mi Lesbia, la Lesbia aquella,
aquella Lesbia, que Catulo amó más,
a ella sola, que a sí mismo y que a todos los suyos,
ahora en callejones y esquinas,
se la mama a los nietos del magnánimo Remo.

Lesbia despreciaba el afecto más tierno.

Decías, Lesbia, en tiempos, que solo conocías a Catulo
y que ni al mismo Júpiter querrías poseer antes que a mí.
Te amé entonces no solo como el vulgo ama a su amante,
sino como un padre quiere a sus hijos y a sus yernos.
Al fin te he conocido: por eso aunque me abraso con mayor violencia
para mí eres mucho más miserable y despreciable.
¿Cómo es posible, dices? Porque un agravio semejante
obliga a un enamorado a querer más, pero a sentir menos cariño.

Siempre había admirado la fuerza de los poetas que, con letras finas como patas de araña, crean universos. Pero, por vez primera, descubría el lado oscuro de su poder.

Tras la apariencia débil, los poetas esconden armas más peligrosas que las de los guerreros. Para la posteridad nunca sería yo misma, sino la lujuriosa, despiadada y traidora Lesbia. La mujer que Catulo había imaginado se convertiría, con el tiempo, en un ser más real que la verdadera Claudia, que sería olvidada y dejaría tras de sí una imagen falsa.

Nadie pensaría que, fingiendo cantar a Lesbia, Catulo se loaba a sí mismo. Todos los personajes de la poesía no son otros que su autor.

6

Los problemas con Catulo empeoraron a causa de un acontecimiento dramático e inesperado: la muerte de mi marido.

—¡Señora! —me llamaron a voces una mañana.

Pasos atropellados, gemidos, gritos.

—¡Ama!

Enojada, levanté los ojos del libro que estaba consultando. ¿Quién osaba desobedecer mis órdenes molestándome durante las horas que dedicaba al estudio?

Pero cuando estaba a punto de reprender a la esclava, me detuve al verla irrumpir en la habitación fuera de sí, con el rostro desencajado.

—¡Señora, te lo ruego, ven al peristilo! Ha muert… —Los sollozos no le permitieron acabar la frase.

—¿Cecilia? —murmuré.

Sentí una punzada en el corazón mientras corría hacia el jardín interno. Pero al oír que la voz que me llamaba era la de mi niña, me asaltó un nuevo miedo. ¿Sería Publio?

Sin embargo, el cuerpo que yacía tumbado al pie de la fuente no era el de mi hermano, era el de Quinto. Inerte. Inmóvil.

Cuando llegué, se acallaron los gritos y los llantos. En el silencio se oyó con claridad el gorjeo de la fuente, absurdamente sereno en esa escena fúnebre.

—¡Quinto! —exclamé. Y después otra vez—: ¡Quinto! —No me respondió. Todo lo contrario, pareció dirigirme una mirada vacía e indiferente—. ¡Cerradle los ojos! —ordené.

No tuve valor para acercarme. Tenía la impresión de que el cadáver exhalase un aliento helado, que me rechazaba.

Cecilia se arrojó a mis brazos llorando. Me habría gustado consolarla, pero no fue así. ¿Cómo podía aliviarle el dolor por la pérdida de un padre que nunca le enseñé a querer?

La causa de la muerte de Quinto sigue siendo un misterio. Los biempensantes, con Cicerón a la cabeza, insinuaron que yo lo había envenenado. No intenté justificarme, pues si lo hubiera hecho habría dado peso a murmuraciones sin fundamento. Me dolieron más las palabras de Catulo que sus difamaciones. Catulo aún recordaba la promesa que me había arrancado un día ya muy lejano en Bayas.

Se presentó en mi casa unos días después del funeral. Aunque había ordenado limpiar las habitaciones, todavía quedaban huellas del rito fúnebre. En honor a su cargo de

cónsul, Quinto estuvo expuesto una semana entera. Parecía como si el Senado se hubiese trasladado a mi casa. A todas horas, el atrio estaba abarrotado de políticos que, tras haber rendido un breve homenaje a los restos mortales de Quinto, se reunían en corrillos para cuchichear, criticar e intrigar, y, naturalmente, para comer y beber. En el centro, el cadáver de Quinto: un macabro simulacro inmóvil. Inexplicablemente, ahora que estaba muerto, sentía su presencia más que cuando vivía. Parecía que su cuerpo hubiese crecido sin mesura e invadiese toda mi casa. No veía la hora de que se lo llevasen y me librasen de aquella obsesión. Así como de los chafarderos e hipócritas visitantes.

Sin embargo, incluso después del funeral, no hallé el alivio que esperaba. El palacio, que antes se me antojaba demasiado lleno, ahora me parecía demasiado vacío. Merodeaba por las salas como perdida, presa de una desorientación que no sabía explicarme. Siempre había sido consciente de que la muerte era algo inevitable. Pero ¡qué diferente era la reflexión filosófica de su real y visible irrupción en la vida! Y para colmo, de forma súbita, inesperada, sin sentido. En un instante, el cuerpo de Quinto —el que me había arrancado la virginidad, con el que había concebido a Cecilia— ya no era el cuerpo de Quinto. Era… no lo sé. Una piel de serpiente, un caparazón de cigarra, un esqueleto de erizo. No era capaz de imaginar que llegaría el día en que mi cuerpo también acabaría siendo un envoltorio vacío. Una nada.

Víctima de esos presagios fúnebres, di la orden de no dejar entrar a nadie más. El funeral se había celebrado y ya no estaba obligada a recibir visitas. Deseaba estar sola y me refugié en mi estudio, donde esperaba hallar la paz que antes me ofrecía.

Sin embargo, la quietud que hallé ese día olía a muerte. La habitación estaba ocupada por la melancolía y el olvido. Aunque cada día la limpiaban, reinaba una atmósfera de abandono. Los libros apilados en las estanterías, que hasta hacía poco eran barcos que me conducían a mundos lejanos, ahora me ofrecían su aspecto más real: simples rollos nacidos de plantas devastadas y de rebaños masacrados, destinados a convertirse en alimento de polillas o cenizas en un incendio. Ni siquiera el mosaico del suelo y los frescos del techo me daban la impresión de estar en el cielo, sino que me parecían descoloridos, falsos e ingenuos. ¿Cómo habían podido entusiasmarme tanto?

—Señora, hay un visitante —murmuró Sira, interrumpiendo mis melancólicos pensamientos.

—¡Te di orden de no dejar entrar a nadie! —me enfadé.

—Sí, pero… —balbuceó, apurada—. Insiste tanto…

—¡He dicho que no! —confirmé.

—Pero…

—¡Deja ya de molestarme!

—Como quieras, señora. —Sira se alejó, cabizbaja. Antes de salir, añadió con un

susurro—: Perdóname.

Me dediqué a examinar los rollos, preguntándome cómo podía detener la devastación de los parásitos, del moho y del tiempo. Estaban en condiciones desastrosas: la tinta descolorida, las letras corridas, los márgenes consumidos. El aceite de cedro que había ordenado aplicar para protegerlos les había dado un colorido amarillento y una pátina de grasa brillante; parecían mejillas de vieja embadurnadas de colorete. Al igual que mis libros, yo también tenía que cubrir ya las señales del tiempo con el maquillaje: me estaba acercando a los cuarenta.

De repente, sentí una presencia. Con sorpresa, noté cómo la tristeza que llevaba dentro se deshacía. De nube asfixiante, se convirtió en copo, en brisa. Respiré hondo, librándome del peso que desde hacía días me oprimía el pecho. Oí un susurro casi incomprensible:

—Perdóname.

Levanté la mirada. Tenía el océano delante de mí: los ojos de Catulo.

Estaba más delgado de como lo recordaba, no lo veía desde nuestra última pelea, hacía semanas. Tenía la nariz afilada, las mejillas hundidas y los ojos se le salían de las órbitas, invadiendo el rostro.

—Perdóname —repitió—. Sé que no querías visitas, pero…

—Chis —lo acallé dulcemente, llevándome el índice a los labios—. Chis.

Con una punzada en el corazón, volví a verme muchos años antes, haciendo el mismo gesto durante nuestro primer encuentro en casa de Manlio. ¡Cuántas cosas habían cambiado desde entonces!

Quizá a él también se lo recordó porque, sonriendo, suspiró. Luego me cogió la mano y se la llevó a los labios, para besarme el dedo en el punto exacto que los míos habían rozado.

Acerqué mi cara a la suya sin cerrar los ojos, hasta que estuvo tan cerca que lo vi desenfocado. Había olvidado lo mucho que me gustaba observar su mirada, brillante y despejada cuando estaba contento. Lo besé.

¡Oh, sus labios, suave pasaje a las delicias, sus dientes de perlas y su dulce lengua! ¿Cómo había podido mi boca vivir sin la suya? La tenía seca, abrasada por la soledad, estéril. Y solo ahora, con la suya, apagaba mi sed.

Seguimos besándonos mucho rato, en silencio, con la esperanza de atrapar el tiempo entre nuestros labios para que el beso no acabase nunca. Los dos teníamos miedo de hablar; habían sido pronunciadas y escritas demasiadas palabras. Queríamos ser de nuevo nosotros, sin engaños, sin que el habla diese pie a inútiles malentendidos. Pero llegó un momento en que tuvimos que separarnos para recobrar el aliento.

Miré a mi alrededor sorprendida: los colores de la habitación volvían a brillar, bajo nuestros pies, las estrellas resplandecían, y en las paredes el sol y la luna relucían realmente. Los rollos habían dejado de ser nidos de polillas, para convertirse en estuches de ciencia y poesía.

Solo entonces, al volver a ser feliz, me di cuenta de lo triste que había estado.

—¡Ha sido terrible, Catulo, terrible! —gemí.

Me acarició el cabello con actitud protectora, como un padre que consuela a su hija.

—Mi pobre Lesbia —murmuró, abrazándome—. ¡Sola ante la muerte!

Entre sus brazos, la tristeza y el luto se me antojaban lejanos. Ni siquiera me parecía haberlos sentido y vivido; era como si perteneciesen a la vida de otra mujer que, si bien tenía mi rostro, no era yo.

Por fin, mecida por sus brazos, la madeja negra formada por los eventos de los días anteriores empezó a desenredarse y pude por fin expresarla en palabras.

—¡No puedes ni imaginarte lo difícil, doloroso y agotador que ha sido! —dije—. La familia de Quinto no ha ayudado en nada, he tenido que hacerlo todo sola. ¡Para qué voy a contarte la cantidad de ritos que hemos celebrado, a cuál más complicado! La muerte evoca quietud, inmovilidad… Sin embargo, ¡si supieses la frenética actividad que trae consigo! ¡Cuánto trabajo bulle alrededor de un difunto! He cargado con todo, y encima mientras estaba débil, trastornada, desesperada…

—¡Mi dulce Lesbia! —Catulo suspiró y me abrazó con más fuerza—. ¿Por qué no me has llamado? —preguntó—. ¡Habríamos podido afrontar esta prueba juntos! —Me miró fijamente, muy serio, y añadió—: ¡Lo habríamos afrontado juntos!

—¡No podía organizar el funeral de mi marido con la ayuda de mi amante! —dije, bromeando.

—Habría estado a tu lado con discreción. Intenté decírtelo en mis cartas, pero no has respondido.

—Sí, lo sé, pero…

—No has respondido —repitió, con los ojos azules velados de tristeza.

—¡Acabo de decirte que no podía! —Al oírlo se encogió de hombros, como si fuese una excusa insignificante—. ¡No tenía tiempo! —dije.

Volvió a encogerse de hombros, afirmando:

—Cuando he venido a verte, te has negado a recibirme.

Y al decirlo, sus facciones se ensombrecieron y adoptaron la expresión de enfado que conocía muy bien.

—¡Hubo momentos en que no podía… y, sobre todo, no quería ver a nadie! —repliqué.

—Yo soy alguien. —Me miró con expresión ofendida.

—Obviamente sí, pero…

—Habría podido consolarte. Ayudarte. Pero tú no has querido.

—Intenta comprenderlo, Catulo —proseguí con más dulzura—. Estaba fuera de mí. Lo último que esperaba es que se muriese así, de golpe… Estaba y un instante después ya se había ido. Y su cuerpo sin vida permanecía en el atrio, mientras tenía que atender a las visitas, saludar, conversar y mostrarme abatida al mismo tiempo; de lo contrario, las murmuraciones, ya graves, habrían empeorado… Era como si su

boca sonriese burlona. Como si dijese: «¡Por fin te obligo a ocuparte de mí!». Sé muy bien que no era más que una sensación provocada por el cansancio, pero ¡era muy real! Tenía esa sonrisa durante el funeral y también cuando lo colocaron en la pira. No se le borró mientras poníamos a su lado los objetos, los alimentos y las ropas que más le gustaban, que iban a arder con él. Y parecía que se regodease descaradamente cuando tuve que acercarme a darle el último beso, antes de que prendiesen el fuego.

Mis palabras no acababan de convencer a Catulo.

—Si me lo hubieses permitido, habría estado a tu lado —dijo—. Invisible para todos, menos para ti.

—Sí, pero… —Me detuve al ver su desconsuelo.

Parecía como si hablásemos idiomas diferentes, incomprensibles para el otro. No obstante, seguí hablándole. Puede que más con la intención de poner orden en mis sentimientos que para hacerme entender.

—¡Catulo, haz un esfuerzo por imaginar lo que fue para mí inclinarme sobre aquel rostro que exhalaba un gélido sarcasmo, un rostro que, a pesar de los ungüentos perfumados, emanaba el olor fúnebre, podrido y horripilante de la muerte! ¡Yo no puedo tocar a los muertos, Catulo, no puedo! ¡Jamás he podido! Ni siquiera las bestezuelas más pequeñas e inofensivas… ¡Tuve que tocar el cadáver de un ser humano! Y para colmo el de mi marido, ¡un hombre al que no quería ni rozar cuando estaba vivo! —Vi por fin en los ojos de mi amante un atisbo de comprensión. Proseguí—: Y, en efecto, no pude tocarlo. Me incliné, aguantando la respiración para no notar el olor, y acerqué los labios… fingiendo besarlo. Después me alejé y ordené que encendieran la pira.

Se hizo el silencio. Aunque estaba entre sus brazos, sentí escalofríos. Todavía tenía que contarle la parte más secreta de mi experiencia.

—Pero me di la vuelta. Y mientras miraba cómo se quemaban él, la leña, sus ropas, los objetos que amaba… Mientras observaba cómo las llamas alcanzaban su cabeza, desesperadamente calva a pesar de los emplastos que le había aplicado, y recordaba su gesto ingenuo de pasarse la mano con la esperanza de encontrar sus cabellos, y la noche en que me pidió que le preparase algo contra la calvicie… la noche en que quizá me estaba pidiendo ayuda para luchar contra el tiempo, la soledad y la vejez que no iba a vivir… justo entonces, no sé por qué, tuve la sensación de que en aquella pira se quemaban veinte años o más de mi vida. De golpe, sentí una impresión extraña, un sentimiento de… ¿añoranza? O quizá fuera remordimiento. ¿Por haber vivido a su lado tanto tiempo sin esforzarme en conocerlo? ¿Por haberme dejado llevar por el flujo del tiempo, a su lado, sin tenderle nunca una mano? ¿Por haberlo… despreciado? ¿Por qué? Dímelo tú: ¿por qué? ¿Por qué?

Me detuve sorprendida por ese torrente de palabras. Le había dicho cosas que nunca había confesado a nadie. Ni siquiera a mí misma.

—Mi dulce, triste, amor —murmuró Catulo recogiendo una por una, con besos delicados, las lágrimas que sin darme cuenta me habían surcado el rostro—. Tú no

estás hecha para la muerte: ¡tú eres la luz de la vida! —Rompí en llanto sin ningún reparo, maravillándome por ser capaz de llorar tanto, un río que mojaba el cuello, las mejillas, las orejas y los cabellos de ambos, y que arrastraba consigo el dolor—. Ahora ya no estás sola —murmuró—. Nunca más volverás a estarlo.

—No, amor mío, nunca más —respondí sin pensar, dejándome llevar por la magia de tenerlo a mi lado.

El perfume de su piel, bañada por las lágrimas, era aún más intenso. Lo aspiré profundamente, llenándome de él, mientras le acariciaba el rostro con la mejilla y le hacía cosquillas con las pestañas, bajando por el cuello y los hombros, y alcanzaba con los labios el extremo de la cicatriz, que me tentaba bajo el escote de su túnica. Estaba a punto de introducir en ella una mano cuando su voz me detuvo:

—¡Qué feliz me haces con tu respuesta! —exclamó—. ¿Significa que… mantendrás tu palabra? —De mala gana, aparté la vista de aquella oscuridad cargada de promesas. Las únicas que, en ese momento, ocupaban un lugar en mis planes—. Lo que me prometiste… lo mantendrás, ¿verdad? —repitió titubeando.

—¿Qué pro…? —De pronto, un destello iluminó mi recuerdo: los días mágicos de Bayas y mi imprudente promesa de casarme con él si enviudaba.

Se me heló la sangre. No quería desilusionarlo. Cuando lo hacía sufrir, sufría igual o más que él, pero tenía claro que no accedería ni a casarme ni a atarme a nadie nunca más. Con un matrimonio había tenido bastante. Estaba dispuesta a desafiar la tradición: quería disfrutar de la libertad. Pero ¿cómo hacérselo comprender sin herirlo?

—Catulo, no es el momento de hablar de matrimonio. ¡Todavía llevo luto! —repliqué.

—Te esperaré.

—Podría ser una espera muy larga.

—Llevo esperándote toda la vida. Un día, un mes, un año o un siglo… mil años más… no significan nada para mí. —Sonrió.

¡Estaba tan guapo, frágil y fuerte a la vez, radiante por la certeza de convertirse en mi marido…! Habría deseado conservar esa imagen para siempre: sin malas caras, sin quejas y sin celos; solo felicidad, luz y alegría.

Tuve la tentación de responder: «Sí, espérame», de improvisar una nueva y vana promesa. Por lo menos, seríamos felices por un tiempo. Pero preferí decir la verdad.

—Escucha, amor mío —expliqué con calma, intentando infundir calidez a mi voz —. Para las personas de mi condición, el matrimonio no tiene nada que ver con el amor, es un contrato entre familias. Y yo no tengo intención de someterme a él nunca más. No quiero que se siga especulando con mi vida.

Sopesó mis palabras, en silencio.

—Eso lo entiendo —dijo. Pero mi alivio fue pasajero, porque inmediatamente añadió—: No hablaba de una boda oficial… ¡Podríamos vivir juntos sin casarnos!

—¿Para alimentar chismorreos y habladurías? —objeté.

—¿Y si nos fuésemos lejos? Ahora que eres viuda no pueden acusarte de adulterio, ya no corres el peligro de perderlo todo. Nos trasladaríamos a una de tus propiedades en el campo, y viviríamos felices…

—¡¿Felices?! ¡¿En el campo?!

—Sí… —respondió sin mucha convicción.

—¡Pero si los dos odiamos el campo! Sabes muy bien que ni tú ni yo seríamos capaces de vivir lejos de Roma. La echaríamos en falta. Aunque nos guste quejarnos adoramos su confusión, sus calles abarrotadas, su ruido…

Bajó la cabeza en señal de asentimiento, añadiendo inmediatamente después:

—Por ti, lo dejaría todo.

—Pero yo no —repliqué—. ¡No te olvides de que tengo una hija, no puedo abandonarla! Tengo que educarla, buscarle un marido. Ahora que su padre ha muerto, con mayor razón.

—Eso también lo entiendo, pero… Podríamos encontrar una solución, retirarnos a un lugar cerca de Roma, donde seamos libres de vivir nuestro amor y también puedas ocuparte de tu familia. ¿Qué dices?

—¡Digo que no! —objeté con rotundidad—. No es solo por mi hija, tengo que permanecer aquí también por el resto de la familia. Por… —Me detuve, no quería ponerlo celoso.

Pero él acabó la frase en mi lugar:

—Por tu hermano, ¿verdad? —preguntó con dureza—. Di la verdad, él es tu verdadero amor.

Se hizo un silencio denso, cargado de tensión.

Lo rompí, acariciándole la mejilla y diciéndole:

—Te lo ruego, Catulo, no nos peleemos. Los dos sabemos lo doloroso e inútil que es.

—Sí. —Suspiró—. Pero al menos…

—¿Al menos? —lo animé a seguir.

—Prométeme que…

Lo acallé con un beso.

—Las promesas forman parte del mañana —susurré—. Te lo ruego, amor mío, vivamos el presente.

Me devolvió el beso con ardor, sin pedir nada más.

Aun así la promesa incumplida permaneció entre nosotros, como un velo que, incluso en plena pasión, se interponía siempre entre nuestros cuerpos.

7

El amor de Cecilia por los animales fue determinante para que el flamenco volase. Cuando salía de la escultura de pasta, en lugar de volar majestuosamente, la bestia, abatida y trastornada, miraba a su alrededor, daba unos pocos pasos altivos, como si el suelo le repugnase, y echaba a correr patosamente con esas patas filiformes que, de manera inexplicable, aguantaban su cuerpo grande y desangelado. Las patas de los flamencos son como cuerdas torcidas con un grueso nudo en el centro, y parecen más adecuadas para adornar su vuelo, como si fueran cintas al viento, que para desplazarse por el suelo. Por eso no entendía por qué el animal se obstinaba en usar las patas en lugar de las alas. Estaba a punto de llamar a los adiestradores egipcios, cuando Cecilia me dijo: «Déjame a mí, mamá».

No sé lo que hizo. Nadie lo sabe. Lo único que sé es que pasó tres días con el flamenco, sin salir de la pajarera en que estaba aislado. Y con artes antiguas, o quizá simplemente con su capacidad para superar los límites humanos, lo convenció de que debía volar.

La noche del banquete, el flamenco estuvo quieto dentro de la escultura mientras esclavos, vestidos con túnicas de color fuego, la entraban a hombros sobre una bandeja de plata. Los acompañaba un cortejo de músicos y bailarinas que saltaban y se retorcían imitando las llamas. Cecilia, irreconocible con sus ropas de sacerdotisa, desempeñaba el papel del siervo que debía trincharla. Cortó el vientre del animal de pasta, ensanchó la abertura con las manos y se inclinó para susurrar algo que nadie oyó. Como una serpiente saliendo de la cesta de su encantador, primero apareció el pico huraño del flamenco, y después la cabeza y el cuello. Mientras los invitados pronunciaban un «¡Oh!» maravillado, el animal se levantó y, sin dignarse ni siquiera a mirar a Cecilia, se encaminó solemne hacia el prado, deteniéndose de vez en cuando para rascarse entre las plumas. Al «¡Vuela!» de mi hija, el pájaro aceleró el paso, hasta correr lo más deprisa que le consentían sus patas palmeadas, luego abrió las alas y se puso a agitarlas, alzándose del suelo, distanciándose cada vez más. Su cuerpo se había convertido en un huso sostenido por las alas gigantescas, con franjas, como las alfombras mágicas de Oriente.

Mientras contemplaba al flamenco alejarse en el cielo, me pregunté si la verdadera razón del espectáculo era rendir homenaje a Clodio o bien satisfacer un deseo mío, personal y profundo: el de salir volando.

Habría deseado transformarme en aquel flamenco. Yo, una matrona hermosa, rica y poderosa, habría dado mi belleza, mis villas y mi prestigio por ser un ave que se

había salvado de la olla por casualidad. Habría querido alejarme de Roma, de los romanos, de todo. No para ir a una localidad de veraneo —la libertina Bayas, Gaeta o Formia—, que eran un duplicado de la Urbe, sino para escapar a lugares remotos, donde ningún chismoso criticara mis acciones, donde pudiera vivir de otra manera, la mía.

El ave volaba ya con seguridad, se confundía con la negrura de la noche, y pronto reaparecía sobre el disco blanco de la luna…

Por desgracia, mi sueño de ver su silueta recortada en el candor del astro, no se realizó. Porque justo entonces, Catulo hizo irrupción en la sala con un grupo de amigos. Estaban borrachos como cubas.

Con todo, había rechazado mi invitación; es más, cuando le propuse componer un poema para entonar durante la liberación del flamenco, se ofendió.

—¡Jamás! —exclamó con la voz vibrante de indignación—. ¡Nunca!

—¿Por qué? —le pregunté, sorprendida—. Podría cantar un coro de niños disfrazados de pájaro y…

—¡Jamás! —repitió.

—Pero ¿por qué? —insistí.

—¿Y me lo preguntas?

—Sí, sinceramente, Catulo, no te entiendo.

—Tu luto se ha acabado —observó.

—¡Claro! Si no, no podría dar una fiesta semejante. ¡No veía la hora de quitarme las ropas lúgubres y de hacer vida social!

Sacudió la cabeza con una expresión afligida, de confirmación.

—Lo sabía —dijo.

Previendo uno de sus reproches, exasperada, pregunté:

—¿Qué es lo que sabías?

—¡Que cuando acabase el luto, en vez de ocuparte de mí, te ocuparías de tu querido Clodio! Que no me harías ni caso para organizar tu magnífico banquete.

—Sabes muy bien que… —probé a replicar.

—¿Y tú sabes lo abandonado que me siento? ¿Dolido? ¿Herido?

Si bien sus palabras carecían de toda lógica, la pasión con que se expresaba hacía que pareciese verdad. Estaba firmemente convencido de que tenía razón y, testarudo y obstinado como era, nada podía hacerlo cambiar de opinión. Como siempre, Catulo pensaba solo en sí mismo. Se cerraba como una flor que se niega a ofrecer los pétalos al sol. Era egoísta.

Fue precisamente eso lo que le llamé:

—¡Egoísta!

Pero provoqué su sarcasmo.

—¡Pobre Catulo, acusado de egoísmo por un tigresa asiática! ¡Por una leona cruel!

Comprendí que lo mejor era cortar la discusión antes de que se nos fuese de las manos.

—Como quieras, Catulo. No nos honrarás con tu poema, pero, al menos, ¿te dignarás a venir?

—¡Jamás!

Pero vino, y apareció en el momento más inoportuno.

Cuando me di la vuelta de nuevo para admirar el espectáculo que habíamos ensayado durante tanto tiempo, el flamenco ya estaba lejos. Buena parte de los invitados también se habían distraído, y en lugar de admirar la alegoría del renacimiento de mi hermano, dirigían la atención a mi amante que, en lamentables condiciones, coronado con guirlandas marchitas, pringoso y oliendo a perfume de baja calidad, no se parecía en nada al joven dulce al que había entregado mi corazón, sino a la caricatura del beodo que hace morir de risa al público en las comedias.

Ya lo había visto borracho, pero así nunca. Tambaleándose, molestaba y mascullaba indecencias y vulgaridades, intentaba meter mano a las bailarinas, tropezaba con los triclinios, volcaba platos. Su embriaguez era tan exagerada que llegué a preguntarme si en realidad no estaba dando un espectáculo para estropearme la fiesta.

Por eso detuve a Clodio con un gesto antes de que lo echase a la calle. Esperaba hacer entrar en razón a Catulo antes de que provocase un escándalo.

—¡Bienvenido, Catulo! ¡Bienvenidos, amigos míos! —dije yendo al encuentro del grupo con una sonrisa. Sus amigos, que no compartían su mala intención, me devolvieron el saludo. Sin embargo él me respondió con un gruñido rabioso—. Me hace feliz que hayáis querido honrarnos con vuestra presencia… —Otro gruñido—. Solo lamento que antes de rendir honor a mi vino, lo hayáis rendido al de muchos otros… —Los invitados se echaron a reír—. Pero ahora —proseguí— os ruego que probéis el mío. Decidme si aun siendo el último ¡os satisface como si fuese el primero!

A escondidas, intenté hacer señas al esclavo escanciador para que aguase su vino más que el de los otros invitados.

Pero Catulo, confirmando mi sospecha de que estaba mucho menos borracho de lo que aparentaba, se dio cuenta y protestó con grosería.

—¡Vino puro es lo que necesitamos, vino puro! ¡Lo único puro que hay en esta casa!

Luego cogió una copa y se acercó al recipiente para servirse solo, despreciando los buenos modales, cuyas normas quieren que sea el esclavo escanciador quien lo

haga, después de sacarlo de la mezcla de vino y agua caliente, con el cazo adecuado.

—¡Catulo! —Le puse una mano en el brazo.

A pesar de la rabia, al contacto con su piel experimenté la acostumbrada sensación de felicidad, que desapareció inmediatamente cuando me asaltó el desagradable hedor a vino y a vicio que cubría el perfume de su cuerpo, del que solo percibí un débil rastro. Di un paso atrás.

Catulo levantó los ojos de la copa y me miró fijamente. Sus pupilas, hundidas en una hinchazón rojiza y malsana, se distinguían a duras penas. Quién sabía cuánto tiempo llevaba sin dormir… Quizá mil o dos mil años. Su desencanto era anterior a la guerra de Troya, más antiguo que los mitos que tanto le gustaba evocar, estudiar y citar en sus poemas. En el fondo de su azul pálido, vi una soledad inmensa, sideral; la soledad de antes del origen del mundo.

Me acordé de la noche de la nevada, cuando echados en el jardín de Manlio vimos aquel mundo que era solo nuestro, el torbellino de partículas del espacio deshabitado, primordial, sin sol, sin luna ni tierra, ni cielo ni estrellas. Con la diferencia de que aquella noche, en ese mundo nuestro, fuera del tiempo, estábamos juntos, mientras que ahora estaba solo él. Lejano, infinitamente lejano. E infinitamente solo, a pesar del bailarín y la bailarina que se había llevado al triclinio y que abrazaba, uno a cada lado. «¿Tú no me quieres? —me desafiaba con la mirada—. ¡Pues mira lo que te hago!».

Nunca se había comportado así. Sabía que, como todos los hombres, tenía relaciones con los esclavos. Pero delante de mí siempre había evitado mostrar atracción por alguien, aunque fueran esclavos insignificantes. Siempre había sido yo el centro de su atención. Su actitud me hería atrozmente. Se me desgarraba el corazón al ver que sus manos acariciaban las espaldas de aquellos jóvenes como habían acariciado la mía, que sus cabellos se mezclaban con los de ellos como se habían mezclado con los míos, que su boca rozaba sus labios como había rozado los míos. Si me hubiese dejado llevar por el instinto, le habría cortado las manos, arrancado los cabellos y marcado a fuego los labios. Sin embargo, no podía hacer nada.

Nunca me habían ofendido tan profundamente. Nunca me había sentido tan sola.

8

«Soledad» fue el título elegido para las improvisaciones poéticas en las que se exhibieron Catulo y sus amigos, cuando los convencí de que se sentasen tranquilamente entre los demás invitados.

La mayoría, poetas de pacotilla, se limitó a emular los inimitables versos de Safo:

Se han puesto ya la luna y las pléyades;
es media noche, pasa el tiempo,
y yo sigo durmiendo sola.

Me sorprendió que Catulo no se indignase por la falta de originalidad de esas composiciones. Tenía por costumbre ser ferozmente polémico con la mala poesía, y con quien se regocijaba y se pavoneaba de haber publicado sus obras sin darse cuenta de que no eran poemas, sino garabatos inútiles trazados en el papiro, fruto de la vanidad y no de aquella necesidad profunda, dolorosa y antigua, que impulsa a renunciar a la vida para escribirla.

En ese banquete en honor de Clodio, tuve la sospecha de que Catulo había renunciado a la vida. Y no para escribir.

Escuchó los horrores improvisados por sus amigos con resignación cansada, con desapego. Pero no con el desapego del sabio que abandona las pasiones para alcanzar la serenidad, sino con el del vencido que se deja llevar.

A cada recitación, en lugar de criticar con su vehemencia habitual los defectos de la métrica, o alabar los pocos versos que habían salido bien, se entregaba con ímpetu a los bailarines, como si quisiera ahogar la tristeza en sus cuerpos inmaduros. Me costaba creer que sus encantos lo distrajesen de la pasión por la literatura; sobre todo, de la pasión por mí. Sospechaba que lo hacía para ponerme celosa. Pero esa sospecha no aplacaba la rabia que me hinchaba el corazón a cada caricia, a cada beso, cada vez más. Indiferente a mis invitados, no aplaudía y respondía con monosílabos. No podía apartar los ojos de la traición de Catulo.

Objeto de su atención eran un esclavo y una esclava mellizos, casi niños, que todavía llevaban el traje con que se habían exhibido poco antes, con los demás bailarines, en la danza del fuego. De piel cándida, y cabellos tan rubios que casi desprendían luz, eran idénticos. Se reían continuamente sin motivo, descubriendo unos dientes blancos como la nieve que debía de cubrir su tierra. Los ojos azules, ligeramente rasgados, les daban un aspecto exótico. Cuando les había preguntado de

dónde venían, me habían respondido con un nombre impronunciable, algo parecido a «Kvenir», que me había evocado los páramos helados del norte más remoto. Los había elegido para el baile, a pesar de tener las piernas desproporcionadamente largas y los pies demasiado grandes, porque eran hermosos, porque el contraste entre sus cabellos y su piel blanca hacía un buen efecto que, en su conjunto, recordaba a una tonalidad del fuego, y porque me fascinaba su semejanza, que hacía difícil distinguir entre el varón y la hembra. Seguramente el tiempo acentuaría los rasgos propios de cada sexo, pero por el momento eran seres puros y etéreos. Reaccionaban con apuro a los abrazos de Catulo, no sabiendo si interpretarlos como gesto de afecto o de lujuria; sus risas habían perdido la espontaneidad y sus ademanes la torpeza infantil.

La incomodidad de los chicos me hacía odiar aún más a Catulo. ¿Por qué no los dejaba en paz? ¿Qué pensaba conseguir provocándome de esa manera?

Cuando llegó su turno, participó en el juego con una composición muy mala, indigna de él. Me parecía imposible que, con su habilidad poética, no lograse hacer algo mejor, no obstante la borrachera y lo distraído que estaba con los jóvenes mellizos. Volví a sospechar que estuviese dando lo peor de sí para herirme. En sus malogrados versos adivinaba una acusación: «¿Ves lo bajo que he caído por tu culpa?».

Deseaba rebelarme, decirle a voces que yo no era culpable de nada, que él era el único responsable de sus acciones, pero al mismo tiempo me afligía verlo en ese estado, y me sentía realmente culpable, deseaba consolarlo… y abofetearlo a la vez.

Desilusionada y herida, no veía la hora de que la velada acabase. Todo lo que antes me había parecido brillante, divertido y alegre ahora se revelaba insulso. Empezaba a preguntarme por qué había perdido tanto tiempo y gastado tanto dinero en semejante tontería. Hasta Clodio, que durante toda la cena había conquistado a los invitados con su encanto arrebatador, parecía haberse quedado sin ocurrencias. Su mirada ofuscada y sus facciones apagadas eran signos inequívocos de cansancio. Y de una melancolía que, envolviéndonos como niebla, se intensificaba a medida que se declamaban los penosos poemas de la soledad.

La única persona fresca, es más, animada por la atmósfera triste, era mi cuñada Fulvia. ¡Cómo disfrutaba asistiendo al fracaso de mi banquete! ¡No iba a caber en sí de la felicidad cuando cotillease con sus amigas! Ya me imaginaba sus habladurías: «¡Un aburrimiento increíble! ¡Los invitados no lograban disimular los bostezos! Había quien se dormía, quien vomitaba sin ni siquiera molestarse en darse la vuelta… ¡Quién sabe lo que nos ha ofrecido la buena de Clodia! Yo casi no comí, ¡en vista de cómo acabó su pobre marido!».

Me sorprendí añorando la presencia de Quinto. Con su autoridad, mi esposo tal vez habría encontrado el modo de acallar las maledicencias. Extrañamente, ahora que había muerto, pensaba mucho más en él que cuando estaba vivo.

En lugar de Catulo, ganador habitual de todas las competiciones poéticas, la corona de laurel fue para Sufeno, uno de los peores poetas de Roma. En otros tiempos, Catulo habría berreado, despotricado, asestado puñetazos al jurado, roto algún jarrón. Aquella noche se limitó a encogerse de hombros mientras me lanzaba la enésima mirada de reproche, como si también fuese la culpable de su derrota.

No lo soportaba. Ni soportaba a Clodio, que en lugar de acudir en mi ayuda permanecía atontado en brazos de su mujer, indiferente a mi malestar. Fulvia, por el contrario, sabía muy bien lo humillada que me sentía, y cada vez que nuestras miradas se encontraban, sus labios esbozaban una burlona sonrisa de triunfo.

Si pensaba en la ilusión con que lo había preparado todo y lo mucho que había trabajado, me daban ganas de llorar. Pero nunca jamás lloraría ante ella. Así que levantaba a la fuerza las comisuras de la boca fingiendo sonreír.

«¿Cómo puede estar tan triste una mujer tan seductora?», dijo una voz profunda que me hizo sobresaltar. Me volví y… me sumergí en los pantanos verdes de los ojos de Marco, que me clavaba la mirada desde el umbral: alto, escultural, más hermoso de como lo recordaba. No lo veía desde aquella noche en Bayas. Ni siquiera me había apercibido de su llegada, ni esperaba que viniese puesto que se había convertido en un partidario declarado de Cicerón, el gran enemigo de mi hermano. Por otra parte, era típico del espíritu calculador de Marco dejar siempre las puertas abiertas, con más razón a un adversario.

Su aparición fue para mí una tabla de salvación del naufragio de la velada. Me aferré a él confiada, sin imaginar que me conduciría a mares mucho más bravos.

9

Cuando la casa se quedó por fin desierta, Marco salió de su escondite, donde había permanecido a la espera después de haber fingido su marcha. Como no nos habíamos puesto de acuerdo, sino que nos habíamos dirigido miradas cómplices, no estaba segura de si me esperaría. Además, con el corazón partido por la despedida de Catulo, me había olvidado del apuesto Marco Celio Rufo.

Tras la derrota en la competición poética, Catulo había empezado a beber con saña, una copa tras otra, con evidente intención de aniquilar sus últimos rastros de lucidez. Fue inútil que sugiriese aguar su vino; inútiles los conatos de vómito que obligaban a los esclavos a limpiezas repugnantes. Catulo seguía bebiendo, sistemáticamente, con una voluntad autodestructiva que me daba miedo. Su borrachera ya no era una comedia, sino una trágica realidad. En cuanto las obligaciones de anfitriona me lo permitieron, abandoné la conversación para ir a su encuentro. Yacía inmóvil, desfallecido; su única parte viva era la mano izquierda —Catulo era zurdo— que, como accionada mecánicamente, tendía al esclavo para que le llenase la copa, que luego bajaba y se vaciaba en la garganta. Una parte del líquido le chorreaba por las mejillas, la barbilla y el cuello, la otra se derramaba sobre las ropas y el suelo.

Cuando hice ademán de arrodillarme, un esclavo se apresuró a limpiarlo. A pesar de ello, me manché la túnica. Nunca he tenido valor para lavarla ni regalarla: es el último y triste recuerdo de mi amor.

—Catulo —lo llamé, acariciándole los cabellos—. ¡Deja ya de beber! —Abrió los párpados con dificultad y me miró con ojos vacíos—. ¡Te hace daño! —proseguí, sin que reaccionase a mis palabras.

Me debatía entre las ganas de pegarle y las de abrazarlo fuertemente y llevármelo lejos, a salvo, como a un niño.

Busqué a sus amigos, pero los que se habían quedado o estaban tan borrachos como él o acaramelados con las bailarinas.

Sin embargo, cuando probé a quitarle la copa, Catulo se recuperó. Me la arrancó con fuerza de la mano y dijo entre dientes:

—¡Lárgate!

Y me salpicó con el vino que, a causa de su brusco movimiento, se esparció alrededor.

Después, como si yo no existiese, alargó la copa vacía al escanciador.

—¡Vete tú! —Me alejé, jurándome a mí misma que nunca más me preocuparía por él.

Rompí el juramento poco después, cuando tras volverme en su dirección vi que había desaparecido. Se había ido y ni siquiera sabía cómo, ya que seguramente no se aguantaba de pie. Me angustié. ¿Un amigo lo había cargado a la espalda y se lo había llevado? ¿O se arrastraba solo y tambaleante por las calles de Roma? No quería ni imaginar los peligros con los que podía toparse… o, mejor dicho, me los imaginaba muy bien, y eran enormes y terribles, pero intentaba con todas mis fuerzas alejarlos de mi mente. No lográndolo, decidí alejar a los tiernos y rubios mellizos.

—¡Esta casa no es un lupanar! —despotriqué tras encontrarlos, cansados y perdidos, en un pasillo—. ¿Es esta la manera de comportarse? ¡No hay que molestar a los invitados! —les eché en cara. Se apretaron entre ellos, arrinconados contra la pared, y aun sin entender una sola palabra de lo que decía, intuyeron que lo mejor era confundirse con los frescos que la decoraban—. ¡Mañana mismo os venderé! —concluí, y me alejé.

—Si quieres, puedo comprarlos yo —susurró la voz inconfundible de Marco, mientras una mano aferraba la mía y me arrastraba hacia la oscuridad.

Me encontré comprimida por su cuerpo poderoso en una de las habitaciones que daban al atrio. Era tan estrecha que Marco la ocupaba por completo. Su olor saturaba el aire a tal extremo que al entrar parecía hacerlo dentro de él. Era como si una ballena se me hubiera tragado; una sensación nueva, extraña y agradable.

Su cuerpo inspiraba la certeza de la fuerza, de la solidez; apretada a él en la oscuridad más total, lograba sentir las formas torneadas de sus músculos y la virilidad poderosa que los animaba, incluso a través de las ropas. Su piel desprendía un perfume acre, viril, que contrastaba con el aroma a ropa recién lavada de su toga.

Sin darme tiempo a responder, me acometió con un beso ávido, intenso. Labios, lengua, dientes; nuestras bocas se convirtieron en una tempestad que chocaba y se arremolinaba; golpes de mar que se rompían, vientos opuestos. Mientras tanto, un millar de manos —en la oscuridad, parecían multiplicarse— me acariciaban la espalda, las nalgas, los muslos. Habría podido creer que lo que me estaba tocando en la oscuridad no era un hombre, sino un dios con mil bocas y mil brazos que lograban estar en todas partes. Me sentía como un viajero que, yendo a parar al vientre de un monstruo, se encontrara rodeado de animales cálidos, desconocidos y amables.

Después de lo abatida que me había dejado la fiesta, fue un alivio apoyarme en esa criatura sólida, vital, con la que no era necesario hablar. Bastaba con abandonarse a sus manos codiciosas, acompasar mi respiración con la suya, cada vez más afanosa, gozar hasta de los mordiscos que me dejaban señales. Yo también tuve ganas de morderlo y, si un último rastro de razón no me hubiese contenido, le habría arrancado la piel a tiras, la habría saboreado y luego me habría tragado su sabor joven, desinhibido. Hinqué los dientes en su carne, pero solté la presa cuando noté el gusto dulce y embriagador de la sangre, que me encendió el deseo de saborear todos sus

humores —esperma, sudor, sueros y linfas— y de mezclarlos con los míos. ¡Oh, cómo lo deseaba, y cómo deseaba que me penetrase ese sexo duro y arrogante que sentía empujar contra mí!

Anhelaba un goce primitivo, animal, sin sentimentalismos.

De repente, me sujetó por la cintura y me levantó, como si no pesase nada. Por instinto, crucé las piernas por detrás de su espalda y me sujeté a su cuello, que se erguía hercúleo, con los tendones tensos, bajo mis dedos. Pero él, sin ningún esfuerzo aparente, con movimientos desenvueltos y controlados, me hizo caer sobre su miembro y me penetró como una serpiente que reptara dentro de su guarida; luego me levantó y volvió a dejarme caer, una y otra vez, entrando en mí cada vez más, como si quisiese llenarme, recorrerme, conquistarme toda, hasta dejarme sin aliento. Al acelerarse el ritmo, su olor se volvió más acre y su piel más resbaladiza; para sostenerme, apreté las piernas alrededor de sus caderas y le hundí las uñas en la carne, mientras él seguía, indiferente al cansancio y al dolor, como si su objetivo fuese abrirme las entrañas y sacarme de mí para instalarse él.

Estaba desvaneciéndome, licuándome. Las lágrimas me fluían de los ojos, y de los recovecos más profundos de mi ser manaban fluidos secretos, perfumando de olor marino el sudor que ya me había empapado por completo. A los orgasmos seguían otros orgasmos, que me arrasaban y se abatían sobre mí con olas cada vez más altas, dejándome atontada y deseosa de volver a la cresta al mismo tiempo. Vencida, y anulada, balbucía palabras sin sentido, suplicándole que no se detuviera, que me llenase de él, que me hiciese suya. Y él seguía, seguía sin cansarse nunca, con un vigor que no habría creído posible.

Solo cuando sintió que yo ya no era más que un envoltorio gimiente, se abandonó a un placer tumultuoso que me invadió con una lluvia copiosa; y, por fin exhausto, pero sujetándome aún, me apoyó a la pared para descargarse de mi peso. Sentí que su miembro se reducía dentro de mí y que se deslizaba hacia afuera sin remedio, aunque intenté retenerlo apretando los músculos del vientre.

—Quédate conmigo esta noche —le susurré mientras me dejaba en el suelo.

—La noche ya se ha acabado. —Sonrió—. ¿No lo ves?

No me había dado cuenta de que la oscuridad había dejado paso a una claridad lívida, fría. Otro nuevo, indeseado amanecer. Distinguí con claridad el cuerpo y el rostro que antes solo había entrevisto. ¿Era él, el hombre que me había arrancado de mí misma? Tenía la impresión de que el ser sobrehumano al que me había entregado no era el joven que tenía ante mí, atrayente, a pesar de las ojeras oscuras y la sombra de barba que le había crecido durante la noche, pero, en cualquier caso, siempre y solo un hombre.

—Es mejor que me vaya, ahora —dijo, y se inclinó para darme un cachete en la mejilla.

—Sí.

Le aparté la mano. Detesto los cachetes en la cara. De puntillas, abrí sus labios

con los míos y le exploré la boca con la lengua, esperando volver a sentir que un gigante se me tragaba. Pero él me devolvió solo un beso fugaz. A la luz del día todo parecía diferente. La tempestad había dado paso a la calma chicha. Y a la soledad.

—A propósito —dijo mientras se encaminaba hacia la salida—. ¿Me vendes los mellizos?

—¿Los mellizos? ¿Qué me…? —Y en ese momento me acordé: se refería a los odiosos jóvenes nórdicos a los que Catulo había dedicado sus atenciones.

Se me había pasado la rabia, pero sabía que cada vez que los viera, vería los cabellos de Catulo entrelazados con los suyos, y sus manos sobre sus cuerpos y su boca en sus labios. Si quería deshacerme de ellos, mejor vendérselos a Marco que a un proxeneta.

—Todavía tengo que decidir el precio. Dame tiempo para pensarlo —respondí.

No me lo dio.

—¡Muy bien! —dijo—. Te propongo un pacto: me los llevo ahora y así te desentiendes de ellos. Luego, cuando hayas decidido el precio, me lo comunicas.

Y así fueron las cosas: se los llevó, y yo le comuniqué el precio más tarde. Pero no me pagó nunca lo que me debía. Cada vez que le pedía el dinero encontraba una nueva excusa para no dármelo. Con amarga y tardía conciencia, tuve que admitir que, a pesar de su evidente falta de escrúpulos, Marco mantuvo su palabra. Pactó que yo le comunicaría el precio, pero no dijo nunca que lo pagaría.

No sé lo que me impulsó a mirar hacia fuera mientras se los llevaba. Quizá por primera vez desde que los compré, los mellizos no se reían. Lloraban abrazados el uno al otro. De los ojos prácticamente cerrados brotaban lágrimas, y de sus bocas, quejidos en su lengua incomprensible. Entré en casa fingiendo no oír nada. Acababa de hacer algo normal y legítimo: vender dos esclavos. Pero sentía que haber cedido esos dos chiquillos a un hombre cuyas intenciones desconocía no era ni normal ni legítimo: era horrible.

10

—¡Ya no sois dos jovencitos! Pero ¿en qué estáis pensando? —protesté cuando Bucco y Lucana se presentaron por la tarde, pidiéndome permiso para casarse.

Acababa de levantarme, después de un sueño turbulento en el que los mellizos, Marco, Catulo y el flamenco se me aparecían una y otra vez. Me sentía aún más cansada que cuando me había acostado, pocas horas antes. En cuanto vi a Lucana entrar en la habitación, sentí un arranque de afecto; pasado el delirio del banquete, por fin volvía a ocuparse de mí. En ese instante comprendí lo valiosa e insustituible que era. Lucana era la única persona del mundo que me daba su amor sin esperar nada a cambio. Ese día, sin embargo, mientras me ayudaba a arreglarme, la noté diferente; tensa, nerviosa. En lugar de concentrarse en mi peinado, miraba continuamente hacia la puerta —¿quizá esperaba a alguien?—, suspiraba… A pesar de que Lucana veía muy poco, cuando me volví para averiguar por qué estaba más torpe que de costumbre, descubrí que tenía los ojos empañados. Hasta se le escapó un sollozo.

Creía conocer el motivo de su tristeza: Bucco había acabado su misión y estaba a punto de marcharse en busca de otros clientes a los que vender su arte.

—¡No te lo tomes a mal! —dije para consolarla—. Los hombres son así: están y un momento después ya se han ido. No debemos entregarles nuestro corazón. —En lugar de animarse, se echó a llorar desconsoladamente—. Venga, ten valor —proseguí, esforzándome por ser paciente—. En el fondo, Bucco no es más que un cocinero, viejo y feo. Piensa en los vínculos afectivos que tienes aquí, verdaderos y profundos. ¡Piensa en tus compañeras! ¡Piensa en… mí!

Al oírlo, en lugar de consolarse, Lucana se desesperó aún más. Las lágrimas, abundantes, le surcaban las mejillas y los sollozos le sacudían todo el cuerpo. Luego empezó a farfullar. Al principio no entendí lo que quería decirme. O tal vez no quise entenderlo porque se trataba de una locura increíble.

Mientras sollozaba, gemía y se sonaba ruidosamente la nariz, logró decirme, más o menos, lo siguiente:

—¡Pues lloro por ti, mi señora! ¡Siento mucho dejarte sola!

—¿Sola? —respondí, sin dar crédito—. ¡Tú estarás siempre conmigo! —Su llanto se intensificó. Creyendo que tenía miedo de acabar como los mellizos, le dije—: ¡No te venderé nunca!

—Señora —respondió—, sé que no me venderías nunca, que a tu manera… —Titubeó por temor a ser descarada—. Sé que me tienes cariño. —Yo asentí, sonriendo —. Pero es que… —Respiró hondo, como para hacer acopio de valor—. ¡La que se va soy yo! —Fue como si me hubieran dado un latigazo. La miré con la boca abierta,

sin dar crédito a mis oídos. Entre las lágrimas, brilló en sus ojos una alegría pura y luminosa—. ¡Bucco me ha pedido que me case con él! —añadió con voz increíblemente joven.

El latigazo se convirtió en una herida más profunda.

—¡No es posible! —La agarré de mala manera por un brazo—. ¡No es posible! —repetí, apretándoselo más fuerte.

Lucana empezó a sollozar.

—¡Señora! ¡Señora!

Estaba a punto de darle una bofetada, cuando Bucco entró en la habitación.

Mi brazo se detuvo a media altura.

—¿Cómo osas irrumpir en mis habitaciones?

En realidad, en los días ajetreados de los preparativos del banquete, había permitido a Bucco tomarse confianzas inimaginables para alguien del servicio. Estábamos tan ocupados con nuestras creaciones y el empeño en que el evento fuese memorable nos hacía tan cómplices que no había considerado inconveniente aprovechar cualquier momento libre para hablar con él. A menudo nos poníamos de acuerdo durante mis largas sesiones de peinado y maquillaje.

Pero ahora que todo había terminado y Lucana acababa de revelarme su absurdo proyecto, la aparición de Bucco se me antojaba una intrusión ofensiva e inoportuna.

—Perdóname, señora —me dijo en tono respetuoso, pero firme. Cogió a Lucana de la mano con dulzura y la alejó de mí unos pasos. Ella dejó de gimotear y se quedó quieta, en actitud humilde, apretando la mano de su salvador, al que dirigía, de tanto en tanto, miradas radiantes—. ¡Nos queremos! —Clavó los ojos en mi rostro—. Y deseamos pasar juntos el resto de nuestra vida.

Lucana asintió, ruborizándose. Las lágrimas atrapadas entre sus pestañas brillaban como diamantes.

Mi herida empezó a sangrar.

—¡Locuras! —repliqué—. A vuestra edad el matrimonio no tiene sentido.

—¿Por qué? —objetó el cocinero—. Los dioses no han querido que gozásemos juntos de nuestra juventud, ni que atravesásemos juntos el umbral de la vejez. Nos permitirán por lo menos que pasemos juntos los últimos años… y que juntos bajemos al Hades.

Ante la firmeza y la seguridad que advertí en su rostro, no pude oponer ningún argumento. Me atravesó la mente, como un destello, el pensamiento de que yo no había estado nunca, ni siquiera remotamente, tan convencida de amar a alguien como ese viejo cocinero que pretendía llevarse a Lucana.

Pero ¿cómo podían amarse tan profundamente dos personas tan feas, humildes y viejas? Siempre había creído que las flechas de Eros apuntaban a la juventud y a la belleza.

—En el fondo, lo que cuenta no es con quién has vivido —susurró Lucana—, sino con quién vas a morir.

Muy a mi pesar, mi sorpresa se convirtió en admiración. Con toda mi filosofía y mis preceptos existenciales, no habría sabido definir mejor la vida. Y, sobre todo, no habría sabido ponerlo en práctica. Llegué incluso a pensar que, en el fondo, Bucco y Lucana fuesen mejores que yo.

Sin embargo, oculté mi admiración bajo una apariencia de enfado. Estaba claro que no podía admitir que me sentía inferior a dos siervos.

—¿Ahora te has vuelto filósofa? —me burlé de ella—. ¿Es esta la gratitud que me demuestras después de haber pasado todos estos años conmigo?

—No soy desagradecida, señora, solo que…

—¿No te he tratado bien?

—Me has tratado muy bien.

—¿No ha sido un honor estar a mi servicio?

—Ha sido un gran honor, pero…

—¿Osas replicarme?

—No replico, señora. Solo que… —Los ojos volvieron a arrasársele en lágrimas, como si fuese una niña que recibiera una regañina de su madre.

—¡Basta! ¡Ordenaré que te azoten! —grité.

Al oírlo, Bucco se puso delante de ella para protegerla.

Comprendí que había exagerado; no era digno de mí dejarme llevar por la indignación. Al aplacarse la rabia, vi el lado cómico de la situación: ¡me estaba enfadando por la locura de un par de viejos!

Ya más tranquila, se me reveló con claridad la objeción más obvia que, en el tumulto de emociones, no se me había ocurrido.

—En cualquier caso, no os podéis casar —afirmé—. Tú sí, Bucco, ya que eres un liberto. Sé que compraste tu libertad hace muchos años con tu trabajo, pero Lucana es una esclava, así que no puede contraer matrimonio —afirmé, convencida de haber puesto fin a sus planes.

Bucco levantó la cabeza, orgulloso.

—¡Pero yo tengo intención de rescatarla, señora!

—¿Rescatarla? Ni te imaginas lo que te costaría. Te pediría un precio muy elevado.

—Pues lo pagaré —replicó—. He ganado mucho dinero en estos años. Lo sabes muy bien.

—Cómo osas… —Volví a esforzarme por contener la ira. No era digno de mí rebajarme a discutir con un cocinero.

Suspiré, intentando reflexionar con frialdad. En resumidas cuentas, visto lo decididos que estaban los novios, me convenía venderle a Lucana. Podía sacar un buen dinero… ¡Bucco estaba dispuesto a todo con tal de conseguirla! ¿Por qué tenía que obstinarme en que ella se quedara conmigo? En los últimos tiempos se había convertido en un estorbo. A veces había tenido la tentación de mandarla a una de mis casas en el campo, pero siendo tan vieja allí tampoco habría sido útil.

—Si accediese a… —Algo me impedía pronunciar la palabra «liberarla»—. Bueno, si permitiese esta locura, ¿qué haríais?

La pregunta desató la locuacidad de Bucco.

—Después de la boda, nos embarcaremos rumbo a Oriente.

—¿A Oriente? Y ¿por qué?

—Allí puedo conseguir buenos trabajos. Pero sobre todo, quiero que Lucana conozca el lugar donde pasé mi juventud. Deseo recuperar los años que no hemos pasado juntos, volver a vivir con ella mis aventuras. Me gustaría que sus ojos vieran lo que vieron los míos: Atenas, Babilonia, las ruinas de Troya, los grandes altiplanos a los que llegó Alejandro…

—¡Qué quieres que sepa Lucana de Alejandro! —lo interrumpí.

—Sabe de mí —replicó él—. Tengo bastante.

Lucana asintió, y le dedicó una mirada que, incluso a mí, que he suscitado ardientes pasiones, no me han dirigido nunca.

«Yo sé de él y él sabe de mí. Tenemos bastante», leí en los labios de Lucana.

—Lucana —dije probando a hacerla entrar en razón—, viniste a Roma de pequeña, siempre has vivido aquí. Con mi familia. Conmigo. ¿No echarás de menos tu ciudad, tu ambiente? ¿Tus amigos? ¿No me echarás de menos?

—¡Claro que sí! Os echaré de menos a todos. —Suspiró.

—¿Lo ves? ¡Tú misma lo estás admitiendo!

—Pero me voy de todas maneras.

—¿Por qué?

—¡Porque Bucco es… es… mi amor!

Al oír llamar «amor» a aquel hombrecillo lleno de arrugas me dieron unas ganas de reír incontenibles.

Lucana también se echó a reír, de esa manera tan suya, total, que siempre me ha gustado. Nos reímos juntas, con complicidad, mientras Bucco, perplejo, nos miraba alternativamente.

—Tu… tu… amor… —repetí sacudida por las carcajadas, que ya eran como sollozos.

—Sí —dijo ella, y se recompuso—. Mi amor.

Era una palabra tan insignificante, tan manida… Y sin embargo, pronunciada por ella, adquiría un significado nuevo. Se amaban incondicionalmente, sin pretensiones, dudas o ambiciones. Se abandonaban el uno al otro como si fuese algo inevitable, natural, escrito en las leyes del universo. Y contra ellas, ni el destino ni yo podíamos hacer nada.

Pensé que aunque me negase a liberarla y prohibiese la boda, aunque los separase enviándolos a dos extremos opuestos de la tierra, seguirían queriéndose. Incluso sin verse, sin hablarse, sin tener noticias el uno del otro.

—Eres libre —me sorprendí diciendo.

Lucana se echó a mis pies llorando y me besó el borde de la túnica.

—¿Cuánto…? —dijo tímidamente su amante.

Lo detuve con un gesto.

—Nada. Le regalo su libertad. Haced buen uso de ella.

Él también se arrojó a mis pies.

Permití que se volcasen en agradecimientos; después dije:

—Ahora basta, dejadme sola. Marchaos antes de que me arrepienta. Celebraremos la manumisión lo antes posible. Después… seréis libres de iros.

Tenía un nudo en la garganta. Y no solo porque me dolía perder a Lucana, sino porque nunca había vivido un amor así. Y cuando lo había tenido muy cerca, lo había dejado marchar.

11

Al día siguiente, encargué a un esclavo que llevase a Catulo una jarra de caldo de verduras para que se recuperara de la resaca. Me propuse ir a verlo más tarde, cuando me trajeran noticias suyas.

Por primera vez desde que lo conocía, me preguntaba si no me había equivocado negándome a vivir con él. Quizá la insistencia por estabilizar nuestra unión no nacía solo de un afán de posesión, sino también de un sentimiento profundo, que yo no lograba siquiera concebir. Quizá lo que yo interpretaba como sed de libertad era una objetiva incapacidad de amar. Era como si la semilla del amor, que no había acabado de florecer en mí, se hubiese alimentado con el ejemplo de Bucco y Lucana, y luchase por aflorar, florecer y dar frutos. Sentía que algo me atenazaba el pecho, y aunque me hacía daño, contenía la dulce promesa de una nueva vida.

Disfrutaba pensando en la sorpresa que daría a Catulo. Le explicaría la sorprendente historia del amor de Lucana, y luego le propondría que empezásemos de nuevo, sin acusaciones, celos ni sospechas, solos los dos, con la magia de nuestra pasión y el valor para afrontar la vida juntos. Estaba revolviendo en mi guardarropa para elegir la túnica más adecuada, cuando el esclavo volvió. Se me puso delante, jadeando, y después de tomar aire… continuó en silencio.

—¡Habla! —ordené.

En vez de responder se apoyó en un pie, y después en el otro, balanceándose sin decidirse a hablar.

—Deja ya de moverte, y dime cómo está Catulo.

—Sí —dijo bajando la mirada.

—¿Qué? —lo incité.

Respiró hondo. Después tragó saliva. La nuez de Adán resaltó en su cuello delgado, subiendo y bajando, como si ahí se le formaran las palabras que no lograba pronunciar.

—¡Habla! —le grité.

De golpe soltó todo lo que se le había quedado atragantado, lo que no osaba decir.

—¡Catulo se ha ido!

Antes de que pudiera darme cuenta, ya le había propinado un bofetón.

—¿Se ha ido? ¡No puede ser! —protesté con vehemencia—. ¡Te equivocas! —Luego, al ver su aire humillado y la rojez que afloraba en la mejilla, me arrepentí y con tono más calmado dije—: Seguramente te han informado mal. Vuelve y pregunta otra vez…

—Perdóname, señora —susurró con temor—, pero… la noticia anda de boca en boca. Se ha ido a Bitinia.

—¡No! —exclamé—. ¿Qué ha ido a hacer a Bi…?

Me detuve. Bitinia, una región cercana a Troya, era la meta de los jóvenes que no tenían un as; iban bajo la protección de algún político importante con la esperanza de hacer dinero. Sin embargo, Catulo nunca había querido ensuciarse con la política… ¿Por qué había emprendido un viaje tan arriesgado? ¿Cómo iba a sobrevivir lejos de Roma y de sus amigos? ¿Lejos de mí?

Ya más compuesta, pregunté:

—¿Con quién ha ido?

—Forma parte del séquito de Memio —respondió en un suspiro.

—¡Memio! ¿Ese intrigante?

Catulo no habría podido elegir peor. Ingenuo, como siempre, había caído en las manos de uno de los políticos más corruptos de la Urbe. De las riquezas que le habría prometido, muy poco iría a parar a los bolsillos del inocente poeta.

¡Si por lo menos hubiese pedido mi opinión en lugar de actuar con el ímpetu de un inconsciente! Quién sabía si lograría soportar las inclemencias del viaje, o si su enfermedad no se agravaría a causa del inclemente clima de los altiplanos del Este…

Me sentía defraudada. Cansada. Vacía. Lo había perdido. Como Lucana, Catulo me había abandonado para ir a Oriente.

12

Mi hermano ofreció a los recién casados la ocasión para ir a Oriente: invitó a Bucco a la corte del rey de Armenia, para demostrar que la grandeza de Roma no se expresa solo a través del estrépito de las armas, sino también en las cocinas. Se embarcarían en la nave que devolvía a casa al príncipe armenio Tigran. Con otra de sus temerarias provocaciones, Clodio había liberado al príncipe de la prisión de oro en la que lo habían confinado —rehén en casa del pretor Lucio Flavio, por orden de Pompeyo— para entregarlo al rey, su padre. Ni siquiera yo logré entender lo que pretendía con eso, tal vez solo desafiar a la República otra vez. Su bravuconada costaría muchas vidas, entre ellas, las de Bucco y Lucana.

Cuando mi exesclava vino a despedirse de mí, me negué a recibirla. Mi corazón manaba sangre, no podía soportar decir adiós a la mujer que me había hecho de madre, más incluso que la verdadera. Fue así como añadí el remordimiento a las muchas acciones de las que me arrepentiría, por no haberme despedido de ella.

Su viaje a Oriente duró menos de un día: el barco se hundió en Anzio, poco después de la salida. Los náufragos que lograron alcanzar la orilla se encontraron frente a los hombres de Flavio, que habían acudido a llevarse al príncipe. Informado de lo sucedido, Clodio se presentó con un batallón de hombres armados. Estalló una lucha muy violenta en la que hubo muchos muertos.

Se perdió el rastro de Bucco y Lucana. ¿Se ahogaron en el mar? Tal vez. Sus cuerpos no fueron hallados jamás. ¿Los mataron los hombres de Flavio y este ocultó los cadáveres por miedo a las represalias de mi familia? No me sorprendería. O bien huyeron solos, muy lejos, dejando atrás para siempre a sus ilustres amos, al rey y la política. Deseo creer que así fue.

Cuando pienso en los dos viejos enamorados me digo que quizá la realidad no es este mundo descolorido y sumido en las tinieblas, sino otro, brillante y lleno de luz. Pero la luz no es la razón; tampoco lo es la filosofía de Epicuro. La luz es el amor.

CUARTA PARTE

Con tus calladas cenizas

A tu mísera tumba
me acerco […]
para hablar, en vano,
con tus calladas cenizas.

CATULO,
carmen CI

Roma, 57-56 a. C.

1

El público se estremeció de odio cuando el condenado salió a la arena. Es decir, cuando lo empujaron. Temblaba tanto que a duras penas se aguantaba en pie. Menudo y flaco, parecía aún más pequeño en medio de la enorme pista. Llevaba una corona de laurel y ropas solemnes que contrastaban con su aspecto tímido y modesto. Entre las manos sostenía una lira exageradamente grande, grotesca, de majestuosas líneas curvadas. El odio se convirtió en burla cuando, instigado por los siervos del circo, el pobre desgraciado tocó unos débiles acordes. Ni siquiera sabía si el instrumento de cuyas cuerdas se afanaba por sacar alguna nota era una lira de verdad o una suerte de espectáculo, concebida con la intención de ridiculizar al músico. El lanzamiento de nueces, huesos de fruta y huevos acentuó la atmósfera de farsa en la que el desventurado estaba destinado a morir.

Por lo general, los espectáculos del mediodía son los menos concurridos. Entre las grandiosas cacerías de las mañanas y los combates de gladiadores de la tarde, se ofrecen suplicios indignos —crucifixiones, piras, descuartizamientos— en los que las víctimas, que suelen ser esclavos fugitivos, solo pueden sufrir pasivamente, sin demostrar la valentía del guerrero ni su habilidad con las armas.

Sin embargo, ese día la fidelidad de los espectadores, que en lugar de ir a casa a comer habían permanecido en el circo, se vería premiada con una distracción más refinada: una condena a muerte, ejecutada como si se representase una escena mitológica. El esclavo hacía el papel de Orfeo, el poeta que con la magia de su canto lograba apaciguar a las bestias.

—¡No creo que hoy logre aplacarlas! —bromeó Marco.

—Ya —aseveré con sequedad.

No me gusta el circo. Solo vale la pena ir para ver los músculos de los gladiadores. Todo lo demás es una pura exhibición de brutalidad que desata los instintos más bajos. Acepté porque Marco, que deseaba mostrarse en público en mi compañía, me había invitado. Hasta ese día solo nos habíamos visto en secreto, y nuestros encuentros solían acabar con la petición de un préstamo por su parte. Lo hacía con tanta desenvoltura que casi parecía natural que se lo diese.

«He perdido mucho dinero en el juego. Podrías…».

O bien: «¡Se trata de una ocasión que no puedo dejar escapar! ¿Cuándo volverán a ofrecerme caballos de raza a ese precio? Tal vez tú…».

Tratándose de sumas que para mí no tenían importancia, casi no era consciente de lo que le entregaba. Pero, poco a poco, a fuerza de préstamos insignificantes, Marco

había acumulado una deuda considerable que le reclamé cuando caí en la cuenta de lo que me debía. Yo no necesitaba el dinero, pero para mí era una cuestión de dignidad.

Al principio, mi amante me dio largas, y encontró todo tipo de excusas.

«¡Ten un poco más de paciencia: dentro de unos días me pagan unas propiedades que he vendido!».

«Precisamente hoy estaba esperando a un amigo que me debe dinero, pero ¡no ha aparecido!».

«Ya tenía el dinero preparado, pero me ha surgido un imprevisto y…».

Su capacidad para inventar excusas era infinita.

A pesar de todo, unos días antes, él mismo había mencionado la deuda.

—¡Ven conmigo al circo a ver los juegos en honor de la diosa Flora! ¡Así te pagaré!

—Sabes muy bien que no me gusta el circo, prefiero que nos veamos en otro lugar.

—¡No puedes rechazar mi invitación! —replicó—. Me gustaría que asistieses conmigo a la fiesta que he organizado después del espectáculo del mediodía. ¡Lo celebraremos juntos!

Muy a mi pesar, la invitación me halagó. Las palabras «Me gustaría que asistieses conmigo» surtieron efecto en mí. Le pregunté:

—¿Qué hay que celebrar?

Con los ojos brillantes, exclamó:

—¡Me mudo al Palatino!

—¿Al Palatino? —dije, sorprendida—. ¡Las rentas están por las nubes!

Sonrió con aire de complicidad.

—Para mí no. —Y después añadió—: ¡Clodio me ha concedido un alojamiento en condiciones muy favorables!

Me quedé desconcertada, sin saber qué decir. Las artes persuasorias de Marco eran increíbles. ¿Cómo había logrado obtener un favor semejante? ¿Por qué Clodio me había tenido al margen de su acuerdo? Mi hermano ya no era un libro abierto para mí. Siempre se mostraba tenso, agresivo, intratable; no salía de casa si no iba acompañado por una escolta armada. Su éxito había durado muy poco; concluido su tribunado, no había recibido un nuevo cargo. Al no poder participar en la vida política con discursos y leyes, lo hacía con enfrentamientos y reyertas. Y para colmo del fracaso, se había difundido el rumor de que el Senado estaba a punto de decretar el regreso del exilio de nuestro peor enemigo, Cicerón.

Tal vez había concedido a Marco un trato de favor precisamente por eso: Clodio quería congraciarse con el protegido de su adversario. Pero me entristecía que no me hubiese consultado. De un tiempo a esa parte daba más valor a los consejos de Fulvia que a los míos.

En el cielo se acumulaban nubes amenazadoras, oscuras. De vez en cuando, las ráfagas de viento descomponían los velos y peinados de las matronas que, más preocupadas por sus tocados que por el destino del nuevo Orfeo, lanzaban gritos y exclamaciones. Con la excusa de ayudarlas, los hombres se permitían atrevimientos que eran recibidos con falsas protestas de pudor. Yo me arreglé el velo sola. Ocupado como siempre discutiendo de política, Marco no me prestaba atención. Empezaba a preguntarme por qué me había invitado. Y sobre todo, por qué comprometía yo lo poco que quedaba de mi reputación para sentarme al lado de un joven que no me hacía ni caso. Pero su juventud, su osadía y su descaro me atraían, y me resultaban irresistibles. Sabía que me convenía dejarlo, pero estaba atada a él por cadenas invisibles.

Bien visibles fueron, por el contrario, las cadenas con las que ataron al esclavo cuando en la pista entraron las fieras. Leones, panteras y un oso gigantesco se encaminaron a la arena con desgana y con aire de aburrimiento, incitados por los siervos que estaban obligados, corriendo un gran peligro, a empujarlos, como poco antes habían empujado al condenado. El aire se saturó de un hedor asfixiante.

Cuando aparecieron las fieras, Orfeo soltó la lira y, entre las carcajadas del público, intentó huir. Los siervos, que lo detuvieron al instante, le arrancaron las ropas y la corona, y lo encadenaron a un palo puesto en el centro de la pista.

Era aún más delgado de lo que había creído. Mirando su cuerpo esquelético, me acordé del de Catulo. Hacía más de un año que no lo veía. Intenté ahuyentar su recuerdo doloroso. El condenado también tenía una cicatriz sobre el corazón y señales de latigazos por todas partes.

No entendía por qué al público le parecía tan divertido el terror de aquel pobre hombre.

Marco se echó a reír.

—¡Qué cierto es que los esclavos no son hombres! Mira a ese: ni siquiera tiene agallas para afrontar la muerte con dignidad.

—Va a ser una mala muerte —comenté.

—Se lo merece —dijo, y zanjó así la cuestión.

Orfeo ya no forcejeó más cuando los siervos se alejaron dejándolo atado al palo, solo ante las fieras.

Hubo un instante en que pensé que no iba a ocurrir nada, que ese momento duraría para siempre: el condenado inmóvil, las fieras inmóviles. Hasta el viento dejó de soplar. Se hizo el silencio.

Sabía que a veces drogan a las bestias cuando un hombre ilustre quiere demostrar su valor sin correr un peligro excesivo. Esperé que por equivocación hubiesen mandado animales procedentes de ese tipo de espectáculo, pero no fue así.

El león bostezó y miró a su alrededor, como husmeando el aire. Luego, al detectar

el olor de su presa, empezó a avanzar hacia él, con paso desganado al principio, y después más firme cada vez, colocando una pata delante de la otra con elegancia y gracia, a pesar de su mole.

El oso sacudió la cabeza y gruñó, y también se encaminó hacia el esclavo. Tenía un paso contundente, implacable. A cada movimiento la piel se le ondulaba, revelando la potencia de su masa adiposa y de los músculos que tenía bajo ella. No era necesario, sin embargo, imaginarse sus garras, pues asomaban de las patas poderosas dejando huellas profundas en la arena.

Cuando los animales estaban cerca, el condenado se orinó encima. Y el público explotó en un ensordecedor: «¡Mátalo!», «¡Descuartízalo!», mientras volvía a lanzar basura, esa vez contra las bestias, hartos de su lentitud. Otros se quejaban: «¡Qué aburrimiento! ¡Tenemos hambre!».

Con las puntas de las lanzas, los siervos azuzaron a las panteras y a las leonas, que intentaron atacarlos, hasta que, cansadas de la instigación, dirigieron su rabia contra el esclavo.

Olfateada la presa, todos los animales fueron hacia él atraídos por su carne como, en tiempos remotos, se habían visto atraídos por los cantos de Orfeo. Contuve la respiración a la espera del ataque inevitable.

El primero fue el oso, que le asestó un zarpazo y le desgarró la piel. A la vista de la sangre, el público dejó de murmurar y prestó atención, sediento de muerte. De repente, todas las fieras se abalanzaron sobre la víctima en un abrazo vehemente, un concierto de rugidos y gruñidos que recordaban un coito desenfrenado e impetuoso. El león le puso las patas sobre los hombros y, pegando todo su cuerpo al del poeta, hundió la cabeza en su cuello, como un amante que en lugar de besar con los labios besara con fauces y colmillos y acariciara con las patas, abriendo arroyos a su paso. Luego fueron mil, y después cien, y otros mil más: un sinfín de mordiscos que lo dejaron hecho un amasijo de carne, una amalgama de fibras que palpitaban bajo las garras, como cuerdas que vibraran al toque de un músico.

Solo la lira —pisada, ensangrentada, destrozada— mantenía una forma identificable. Del poeta ya no quedaba nada.

Uno de los siervos tiró el instrumento encima del montón de ropas y la corona de laurel. El gesto me trastornó aún más que el cruel espectáculo al que acababa de asistir: selló el triunfo de la brutalidad sobre la poesía. Me pareció un presagio del final de Catulo. Y del mío.

2

—¿Dónde te habías metido, Clodia? —me dijo Marco—. La fiesta ya ha empezado. ¡Ven antes de que estalle la tormenta!

Perdida en mis pensamientos, no me había dado cuenta de que muchos espectadores se habían alejado para participar en la fiesta que daba mi amante. Más allá de las escalinatas nos esperaban dos mesas rebosantes de manjares protegidas por un velamen que, al aumentar el viento, parecía de estar a punto de salir volando.

Aunque estaba ocupado haciendo los honores a los invitados, Marco se volvió muy atento conmigo. Me señalaba las cosas más exquisitas y me ponía en las manos otra copa colmada de vino en cuanto yo la acababa. A decir verdad, no entendía por qué insistía tanto en que bebiese más de lo que me apetecía. Tampoco tenía apetito; probé una pequeña porción de setas con miel. Noté con sorpresa que en el fondo del plato había un nombre grabado: Marco Celio Rufo.

¡Así que la fiesta no era solo para celebrar la casa nueva! Era también una ocasión para hacerse propaganda. Servir la comida en platos que una vez vacíos revelan el nombre del candidato es una estrategia típica de las campañas electorales.

Después de descubrir las intenciones de Marco, me asaltó una duda: ¿cómo iba a pagar la deuda que tenía contraída conmigo si quería presentarse a las elecciones? Y una sospecha: ¿quién financiaría su carrera política? ¿No estaría pensando en mí?

De cómo sorteó mis preguntas, comprendí que no tenía ninguna intención de devolverme el dinero, todo lo contrario. Probablemente iba a pedirme otro préstamo, poniendo como excusa que la victoria de las elecciones le permitiría, por fin, liquidar la deuda. Al pensarlo, un sofoco que me hizo arder por dentro me recorrió el cuerpo, desde las uñas de los pies hasta la punta del cabello, al tiempo que notaba un sudor frío. Ya me había pasado otras veces, pero nunca con tanta intensidad. Y de la misma forma que misteriosamente reconocemos, por instinto, los síntomas del embarazo, desde lo más profundo de mi ser supe que aquel ardor era el fuego que estaba quemando mi feminidad.

A mi alrededor, sin embargo, llovía a cantaros. Precedidas por truenos, rayos y relámpagos, empezaron a caer unas pocas gotas que se transformaron enseguida en una cortina de agua, en una pared líquida. En la desbandada general, solo Marco permanecía junto a las mesas. Intentaba salvar los manjares, furioso con los esclavos que se escabullían para protegerse del diluvio en lugar de ayudarlo. Con los cabellos chorreando, la toga empapada adherida al cuerpo y revelando sus formas atléticas, agitando los brazos e imprecando, parecía un Titán expulsado del Olimpo.

Pero no pude admirar su belleza por mucho tiempo, cegada como estaba por las ráfagas de lluvia que entraban en el cobertizo en el que me había cobijado, y sobre

todo, porque el malestar se intensificaba y difundía por todo mi cuerpo; náuseas, calambres en el estómago, vista nublada y frío, que había empezado por los pies y ahora alcanzaba mis extremidades, crispándolas y helándolas. Un frío que no podía depender del chaparrón. Intenté pedir ayuda, pero como en las pesadillas, de mi garganta no salió ningún sonido. A pesar de que sentía que mis piernas eran de madera, como las muñecas que odiaba de pequeña, fue lo único que logré mover. Con la dificultad de un árbol desarraigándose de la tierra, di unos pasos adelante para pedir socorro. Pero caí casi de inmediato. Lo último que vi, antes de perder el sentido, fue la arena de la pista, de la que ni siquiera la lluvia había logrado limpiar la sangre.

3

Fue necesario sacarme mucha sangre para eliminar los restos del veneno que, según los médicos, había causado mi indisposición.

«¡Malditas setas! —exclamó Marco—. ¡Nunca más las serviré fuera de temporada!».

Sin embargo, yo dudaba que la culpa fuera de las setas. ¡Apenas las había probado! Recapacitando sobre la insistencia con la que me había ofrecido copas llenas de vino, sospeché que aquella amabilidad ocultase su verdadera intención: impedir que me sirviera del recipiente común. ¿Tal vez mi vino… estaba envenenado? Era tan horrible que no podía creérmelo. No quería creérmelo.

Puesto que, aparte de una breve visita, después del suceso Marco había desaparecido, decidí presentarme en su casa. Además de descubrir la verdad sobre el envenenamiento, quería ver personalmente su admirada casa nueva.

Estaba tan débil que tuvieron que acompañarme hasta la puerta. Me abrió un esclavo que se pasmó al verme, y que intentó convencerme por todos los medios para que no entrara.

—¡Apártate! —le ordené sin muchos remilgos. Y atravesé el umbral.

Fui a parar a una selva de falos: los tintinábulos, miembros erectos de los que cuelgan campanillas contra el mal de ojo. No me habría sorprendido encontrar uno solo, pues se considera un objeto de buen auspicio presente en muchas casas romanas —no en la mía; si colgase un órgano genital elegiría el femenino, cálido, acogedor y mensajero de vida—, pero Marco poseía una colección entera. Uno tenía alas, cola y patas de león, así como un gran número de campanillas a cada lado. También había un Mercurio de bronce de cuyo sombrero salían cuatro falos, que apuntaban a los cuatro puntos cardinales, y un quinto, de dimensiones exageradas, asomaba entre las piernas. Otro representaba a un guerrero que combatía con su sexo, en forma de pantera. Otro parecía un delfín cabalgado por una mujer. También había otros muchos, de épocas y países diferentes. Tenían que haberle costado —o tal vez debería decir «haberme»— un dineral, y seguramente no estaban allí para alejar la mala suerte, sino para celebrar el poderío del macho, del que, por otra parte, el dueño de la casa estaba dando muestra poco lejos de allí. Sorprendida por la decoración, no había prestado atención a los gemidos femeninos procedentes de uno de los dormitorios.

Negando la evidencia, por un instante traté de engañarme; pensé que quizá no tenían nada que ver con Marco. Pero me bastó ver la expresión apurada del esclavo para comprender la verdad.

La tuve ante mí, en toda su crudeza, cuando me asomé al umbral de una habitación pequeña y sin ventanas, escasamente iluminada por la luz del vestíbulo.

Antes de lograr distinguir algo, me asaltó una vaharada de olores contrapuestos: con el de Marco, que conocía muy bien, se mezclaba un tufo dulzón, un olor a ungüentos baratos y a mujer. En la penumbra, vislumbré una maraña láctea que emitía gemidos y ondeaba, cambiando continuamente de forma. A medida que mis ojos se acostumbraban a la oscuridad, distinguí cuerpos enlazados, en medio de los cuales destacaba el inconfundible perfil de mi amante que, de rodillas en una gran cama, penetraba por detrás a una mujer gorda, a cuatro patas. Otras mujeres —no supe si eran cuatro o cinco; de hecho, me parecían miles, aunque, claro está, mi trastorno las multiplicaba—, de pie sobre la cama, se dedicaban al placer de Marco: una le mordía la oreja; otra le besaba la espalda; una tercera, entre sus piernas, lamía la parte de su sexo que las nalgas de la gordinflona no se habían tragado. Era todo un movimiento de manos, labios y lenguas, un grotesco artificio dirigido a satisfacer al macho. Las expresiones de los rostros eran teatrales y los gemidos exagerados.

Sentí que me desmayaba y tuve que apoyarme en el quicio de la puerta para poder seguir de pie.

—Marco —balbucí con voz entrecortada.

La máquina siguió funcionando, impasible.

Entonces, haciendo acopio de todas mis fuerzas, grité:

—¡Marco!

El mecanismo redujo la velocidad, los rostros se volvieron, descarados, en mi dirección. El único mínimamente avergonzado fue el de Marco. Era la primera vez que vislumbraba en sus ojos incertidumbre… y un atisbo de miedo. No sé si se sorprendía de verme viva o si temía perder su fuente de ingresos. Pero enseguida se recobró. Se separó bruscamente de sus amantes, dio una palmada y pronuncio un seco:

—¡Fuera!

Al ver que se movían con desgana, refunfuñando y protestando, les asestó algunos azotes en las nalgas y repitió:

—¡Fuera!

Cuando las prostitutas pasaron por mi lado para salir del dormitorio, rozándome y riéndose, me venció la vergüenza. Sin embargo, levanté la cabeza con orgullo y me aparté para evitar que me tocasen, fingiendo no oír sus burlas.

Mientras tanto, Marco se había cubierto con una prenda y venía hacia mí, sonriente.

—¡Clodia, qué honor inesperado!

A pesar del disgusto, en cuanto pronunció mi nombre sentí una punzada de alegría. Pero no mordí el anzuelo. Intentaba ablandarme.

—¡Ahora entiendo cómo te gastas mi dinero! —afirmé con frialdad—. Y por qué no me lo devuelves nunca.

—Clodia, te lo ruego… —Era la primera vez que me suplicaba—. ¡No te dejes engañar por las apariencias!

—¿Apariencias? —repliqué con sarcasmo.

—¡Claro que lo son! ¡Una mujer inteligente como tú no ha de tomarse en serio a un par de esclavas! Me las ha regalado un amigo. ¡No podía rechazar un regalo! —Me mordí los labios para no replicar: «¿Un regalo?», parecía incapaz de articular palabras propias—. Sabes perfectamente que esa clase de mujeres no significan nada para mí —afirmó.

—Y sin embargo, les dedicas parte de tu tiempo.

Se encogió de hombros como diciendo: «¡Ya sabes cómo somos los hombres!», aunque con tono firme declaró:

—Para mí, solo cuentas tú.

—Entonces ¿por qué has intentado matarme?

—Pero ¿todavía sigues con esa idea? ¡Sería incapaz de hacerte daño! Tus sospechas me hieren. Y me ofenden. —Me miró con tal indignación que casi me hizo avergonzar por haberlo pensado. En pocas frases había logrado invertir la situación: yo me había convertido en el verdugo y él en la víctima—. Como tú te ofendías cuando las malas lenguas decían que habías envenenado a tu marido —añadió, haciéndome sentir aún más culpable y cómplice al mismo tiempo, porque ambos éramos víctimas de las calumnias. Me envolvió con su mirada verdosa y se inclinó para besarme—. Clodia —murmuró—, para mí solo cuentas tú.

Sabía muy bien que los hechos contradecían sus afirmaciones, pero sus labios sensuales y su voz ronca hacían verosímil cualquier mentira.

Le devolví el beso. Me levantó por los brazos e intentó echarme en la cama donde poco antes se solazaba con las meretrices. Al advertir la indignación en mi rostro, arrancó las sábanas impuras y me dejó sobre el colchón desnudo. De pie frente a mí, se quitó la prenda con la que se había cubierto. Visto desde abajo me pareció aún más hercúleo; una montaña; una acumulación de nubes borrascosas. Se dejó admirar y después me puso un cojín bajo las nalgas, me levantó las piernas y colocó mis pies en sus hombros. Casi estaba en posición vertical, a su merced.

Me poseyó con ímpetu, como el viento que sacude las velas, con una fuerza increíble para un hombre que acababa de celebrar una orgía. De vez en cuando, recordaba con repugnancia que unos momentos antes había estado con otras mujeres. Entonces intentaba forcejear, pero él me sujetaba, indiferente a mis protestas. El placer, que a pesar de todo alcancé, no fue una elevación a la morada de los dioses: fue un naufragio.

Después de aquello, me hundí cada vez más.

A veces, cuando era imposible ignorar sus infidelidades, me decía: «¡Se acabó el burlarse de mí! ¡No quiero saber nada más de él!».

Pero bastaba un mensaje suyo para que renunciase a mi propósito. Lo mismo ocurrió con mis sospechas de envenenamiento: la obsesión morbosa que me unía a él, logró convencerme de que Marco no tenía nada que ver con lo que había pasado. Y de que él, a su manera, me quería.

El veneno que corría por mis venas era mucho más potente que el de las setas o el de las copas de vino. Y no iba a bastar una sangría para que me librase de él.

4

Quizá el único modo para librarme era recuperar el sentimiento puro y absoluto que no había sido capaz de vivir a fondo con Catulo. ¿Y si iba a buscarlo a Oriente? Abandoné la idea porque no sabía dónde estaba exactamente. Corría el rumor de que, perdida la esperanza de enriquecerse y después de haber abandonado a Memio, vagaba en busca de la sepultura de su hermano, enterrado en algún lugar de Tróade. Catulo me había hablado a menudo del dolor que le había causado la muerte prematura de su hermano, de lo desgarrador que había sido no poder despedirse de él, de lo mucho que deseaba visitar su tumba. Quién sabía, tal vez lo había encontrado. Y, sobre todo, quién sabía si todavía estaba vivo. Y si aún me amaba.

No cabía la menor duda, sin embargo, de que Marco no me quería. Era la primera vez que un hombre se comportaba así conmigo. Quizá era ese el motivo por el cual, en contra del sentido común, me obstinaba en conquistarlo.

Buscando huir de su fatídico hechizo, leía una y otra vez el cuarto libro del poema de Lucrecio, que aclara la verdadera naturaleza de la pasión amorosa: una mera ilusión que nos hace atribuir al ser amado virtudes que no posee. Pero en mi caso era más complicado, pues aunque sabía perfectamente que Marco era un hombre despreciable, no podía renunciar a él.

Leía de noche, a la luz del candil, que impregnaba la habitación de un hedor denso y grasiento. Intentaba, sin conseguirlo, ventilarla y cubrir el olor con el aroma de las flores que ponía por todas partes, hasta en la cama. Engalanada para la enésima cita a la que Marco no había acudido, aprendía de memoria los versos de Lucrecio. Entendía y compartía lo que decía… No obstante, en cuanto acababa la lectura, en vez de cerrar la puerta a cal y canto e irme a dormir, me retocaba el maquillaje a la luz lívida del amanecer, con la esperanza de que Marco apareciese.

«¡Clodia!», me llamaría, con la «o» seca que solo él sabía pronunciar. Y luego justificaría el retraso con una de sus acostumbradas y ridículas excusas que yo me obstinaba en creer.

Por primera vez leía sola, dañándome la vista y la voz. No quería que la servidumbre asistiese a mi humillación.

Y mucho menos mi hija.

Cecilia era un primor. Había llegado el momento de buscarle marido —ya había cumplido quince años—, pero me repugnaba la idea de entregársela a un hombre,

como habían hecho conmigo. ¡Era tan feliz con sus hierbas y sus animales! En los últimos tiempos, sus intereses se habían ampliado. La había visto charlando con un muchacho en el muelle que hice construir para bañarnos en el Tíber, el mismo que Cicerón insinuó que me servía para atraer a los hombres. ¡Ojalá hubiera sido verdad! Por desgracia, estaba tan obcecada con Marco que no me interesaban los demás. Pero a Cecilia le gustaba e iba a menudo. Cualquier otra madre en mi lugar la habría reñido; yo, en cambio, fingía no darme cuenta. Me parecía justo que aprendiese a coquetear mientras era lo suficientemente joven para defenderse y triunfar. No quería arrojarla al matrimonio antes de que hubiese afilado sus armas de mujer.

Y las mías ¿seguían afiladas? Me miré en el espejo y no reconocí la imagen que me devolvió: mejillas demacradas, mirada apagada, ojos hundidos en una hinchazón malsana… ¿Quién era esa mujer? ¡Solo me faltaba el pico para parecer una estirge! Las lágrimas empezaron a surcarme las mejillas, a bajar por la barbilla y el cuello, incontenibles. Cuanto más lloraba, más desmejorada me veía. Tiré el espejo, aterrizó en una esquina de la habitación con un tintineo metálico, que se me antojó un sonido burlón.

—¡Espejo mentiroso! —grité—. ¡Yo no soy así!

Había estudiado que de la superficie de los cuerpos se desprenden sombras finísimas y transparentes que recorren el aire a nuestro alrededor sin que las veamos. Cuando golpean el metal del espejo se reflejan y se proyectan en él, haciéndose visibles a nuestros ojos. Pero a menudo son engañosas: lo que está a la derecha aparece en la izquierda y viceversa; el reflejo está lleno de trampas. Estaba claro que yo no tenía ese aspecto. Por alguna oscura razón, el espejo había capturado la imagen de una vieja, quizá de una de las esclavas que había limpiado la habitación aquella tarde, y me la había mostrado, mientras que mi imagen verdadera, cansada de ese lugar detestable, había salido y volaba hacia el sol, librándose de nubes y neblina, como el astro que cada nuevo día lucha por reconquistar su lugar, alto y fulgido, en el cielo.

«Tengo que seguir el ejemplo del sol: ir hacia arriba», pensaba mientras las lágrimas se secaban y se convertían también en reflejos que perfumaban de sal y de mar mi habitación. Como canta Catulo, deseaba *surcar el mar en el viento, / mientras los remos rizan cándidas olas de espuma.*…

¿Dónde estaba Catulo? ¡Lo añoraba tanto! Añoraba nuestros juegos, nuestras risas, las noches pasadas abrazándonos y repitiendo «Te amo». Sus largos besos. Sus ojos, que me veían siempre hermosa, incluso cuando los espejos decían lo contrario. ¿Adónde había ido a parar el tiempo que habíamos pasado juntos? ¿Se había desvanecido sin dejar huella? ¿Por qué no había guardado las horas y los minutos en un estuche bajo llave? ¿Por qué había dejado que se fuera?

—¡Catulo, vuelve conmigo! —gemí.

Y sin darme cuenta, me quedé dormida.

5

En el sueño las sombras invisibles acudieron en mi ayuda. Mientras dormía, me visitó el fantasma de otra persona a quien echaba mucho de menos: Lucana.

Me tendió los brazos con expresión serena, como ofreciéndome el sólido refugio de su abrazo para atravesar la tempestad que estaba viviendo.

En el sueño sabía que había muerto y que no podía abrazarla. Esperaba que le sucediese como a la madre de Ulises en la *Odisea* y que probase inútilmente a apretarme contra su pecho tres veces. Por el contrario, en mi sueño Lucana me abrazó con fuerza y yo la abracé a ella. Su cuerpo, familiar, firme y blando a la vez, enseguida me infundió energía.

—Así que… ¡no has muerto! —exclamé feliz.

Respondió con una sonrisa silenciosa.

—¿Dónde está Bucco? —pregunté.

Sonrió de nuevo, sin responder.

—¿Lo has dejado? —le pregunté, deseosa de que volviese conmigo.

Pero mi esperanza se desvaneció al instante, pues el viejo cocinero apareció en el umbral y, sin saludarme, Lucana hizo ademán de seguirlo.

—¡No te vayas! —le imploré, apretándola con más fuerza.

Negó con la cabeza, sin dejar de sonreír.

—¡Te ordeno que te quedes! —le exigí.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—¡Esta vez no voy a permitir que te vayas! Te haré atar, encadenar si es preciso…

Ella y Bucco intercambiaron una mirada de complicidad y después se encogieron de hombros, con la expresión llena de piedad.

Me di cuenta enseguida del porqué: no podía retenerla. Y mucho menos atarla o encadenarla. Poco a poco, mi Lucana se desvanecía entre mis brazos. Su cuerpo perdía consistencia y se volvía transparente.

—¡No! —grité—. ¡No te vayas…! No puedes irte. ¡Te necesito! ¡Mis ojos te necesitan! Ayúdame a descubrir la verdad.

Ya era casi invisible cuando su voz, muy débil pero innegablemente suya, me dijo:

—Los ojos… cuidado… con… tus… ojos.

—Pero ¿qué dices? ¿Qué?

—Ojo… mal… o…

—¿Qué dices, «ojo malo»? ¿Quieres decir que tengo algo en los ojos?

—Mal… de o…

—¿Intentas decirme «mal de ojo»?
Nunca lo supe con certeza. Lucana se desvaneció antes de responderme.

6

Cuando me desperté, me sorprendió la oscuridad que reinaba en la habitación. Debía de ser bien entrada la mañana. Sin embargo, al asomarme reparé en que ya era de noche. ¡Había dormido todo el día! ¿Desde cuándo no descansaba profundamente durante tanto tiempo? Había recobrado fuerzas, como si en vez de visitarme un fantasma hubiese venido Lucana en carne y hueso. La sensación de realidad estaba intensificada por el consejo que me había dado: «Cúrate el mal de ojo». Era típico de mi vieja nodriza creer que las desgracias dependían de la magia. Si así fuese, en Roma, donde se echa el mal de ojo continuamente, todos moriríamos o enfermaríamos gravemente. La ciudad rebosa de hechiceras, y de bobalicones que acuden a ellas para lanzar maldiciones y encargar amuletos. Dada la cantidad de pociones que circulan, supongo que por las noches los cementerios están abarrotados de magos y brujas en busca de huesos, cabellos y otros materiales inmundos, u ocupados en introducir en las tumbas láminas de metal en las que graban los nombres de las víctimas de los maleficios, para que los difuntos, inocentes mensajeros, se los entreguen a las divinidades infernales. Una práctica esta que definiría ridícula si no fuese, ante todo, irrespetuosa, macabra y fruto de la ignorancia y de la pobreza ya que, al ser la más barata, está muy difundida entre las clases más pobres. Pero justo ese día iba a descubrir que las prácticas mágicas de los ricos son todavía más vergonzosas.

Como evocada por el ambiente mágico del sueño, una esclava me anunció la llegada de mi cuñada Fulvia. Estuve tentada de decirle que le anunciara que no me hallaba en casa. No quería que me viese con los ojos hinchados, pero la curiosidad me pudo. Venía muy raramente a verme, así que debía de tener un motivo muy importante para visitarme.

Su mirada de desprecio y, aún más, la media sonrisa que la siguió hicieron que me arrepintiese de inmediato de haberla recibido; no obstante, ya era tarde para rechazar la visita. Distraídamente, me encaminé hacia la parte de la sala en penumbra, esperando que la oscuridad le impidiese escrutarme. Pero ella me siguió, y a media voz, con tono conspiratorio, me dijo:

—¡Haces muy bien en ponerte donde está oscuro!

—¿Por qué? —pregunté irritada.

—Porque vengo a hablarte de algo oscuro.

—¿De algo oscuro?

—Sí.

—¿Le pasa algo a Clodio?

—No, no tiene nada que ver con Clodio.

Di un suspiro de alivio. Las reyertas y los desórdenes en los que mi hermano siempre andaba liado me preocupaban.

—¿Con quién tiene qué ver, pues?

—Contigo.

—Mira, Fulvia, tengo muchas cosas que hacer. Si quieres decírmelo, hazlo ya y sin rodeos.

—No daría rodeos, como tú dices, si no supiese que lo que voy a contarte no te va a gustar.

—Con más razón, dímelo enseguida. O bien, si no tienes valor, no me lo digas y vete a tu casa. Haré como si no te hubiera visto.

—No es tan fácil…

—Fulvia, si no me explicas inmediatamente lo que tienes que contarme, me voy yo.

Sin más titubeos, dijo:

—Ayer noche vi a Marco con otra.

Por más que me lo esperase, fue como recibir un puñetazo en el vientre. Sin embargo, tuve la fuerza de mentir.

—Bueno, no es asunto mío. Lo dejé la semana pasada.

Me felicité por mi rapidez de reflejos, esperando que el tono de la voz no me hubiera traicionado.

—¡Qué raro! —replicó—. Decía que te había dejado plantada y se reía. Si lo hubieses oído…

—¿Ah, sí? —susurré con el último aliento me quedaba.

—¡Sí! Dijo que seguramente lo estabas esperando de punta en blanco, pero que venía a verte solo cuando necesitaba dinero… —Casi no podía respirar. La cruel Fulvia prosiguió—. Porque no le gustan las viejas.

—Y a mí no me gustan los fanfarrones.

Ni siquiera sé cómo pude hablar.

—Pero no he venido por eso —dijo la víbora.

—¿Ah, no?

—No solo… A decir verdad, he venido a darte un consejo.

—Teniendo en cuenta que soy vieja, no lo necesito —dije, bromeando con torpeza.

—Te lo daré igualmente. Mira, a las mujeres nos ocurre que a veces estamos como indefensas, desarmadas… —Conociéndola, me era difícil imaginármela en ese papel—. Y acabamos en las manos de un hombre, a su merced —prosiguió—. Eso le pasó una vez a una íntima amiga mía, una muy buena amiga mía…

Una «amiga íntima», para Fulvia, no podía ser otra que ella misma. Y de su expresión nostálgica y feroz al mismo tiempo mientras miraba hacia la puerta, como

si esperase ver aparecer de un momento a otro el perdido objeto de su deseo para estrangularlo, tuve la absoluta certeza de que estaba hablando de ella.

—¿Y qué hizo tu amiga? —Por un momento, olvidé mis problemas.

—Hizo que muriera —replicó secamente.

—¡¿Hizo que muriera?!

—Sí. Créeme, Clodia: no hay otra solución.

Callé.

Fulvia rompió el silencio.

—Sé que vas a decirme que no crees en la magia… —Se me acercó tanto que logré percibir el calor de su aliento. Olía como el de los gatos tras devorar un pajarillo. Di unos pasos atrás, hasta chocar con la pared—. Pero —dijo en voz muy baja—… funciona. Tengo pruebas. —Me dieron escalofríos. Los ojos le destellaban en la oscuridad y los dientes, al descubierto, le daban un aspecto cruel—. Ve al cementerio del Esquilino y pregunta por Canidia —prosiguió a media voz—. Es una maga con mucho poder. Sabe cómo arrancar las estrellas y la luna del cielo.

Me recobré.

—¿Acaso ignoras que no creo en esas estupideces?

—Y sabe cómo arrancar la vida a un hombre —añadió con solemnidad, como si no me hubiese oído.

Fingí reír, pero no fui muy convincente.

Si hubiese sido yo misma, me habría reído de verdad, pero la obsesión por aquel hombre me había convertido en un ser débil y vulnerable. De mí solo quedaba el aspecto exterior. Mi mente estaba atacada por un veneno, corroída por un mal.

La mujer que aquella noche fue al Esquilino no era yo.

7

Me llevé como acompañante a un armenio al que le habían cortado la lengua en una batalla remota. Pero aunque no hubiese sido mudo, no habría podido relatar la escena de la que fue testigo, pues apenas hablaba latín. Y, de todas formas, si lo hubiese contado, nadie lo habría creído. Ni yo misma logré creer lo que vi.

En el Esquilino todavía existen las ruinas de un cementerio de esclavos y plebeyos, abandonado desde hace muchos años. Puesto que de la tierra afloran huesos y otras reliquias, es un lugar frecuentado por hechiceras en busca de ingredientes para sus sortilegios. También hay perros salvajes y todo tipo de bestias abandonadas que se alimentan de los restos.

Como siento verdadera repugnancia por los cadáveres, nunca me había acercado, y si por algún motivo tenía que pasar por las proximidades, indicaba que se desviasen a los porteadores. Por eso, aunque lo disimularon, se quedaron parados cuando ordené: «¡Al cementerio del Esquilino, deprisa!».

Cuanto más nos acercábamos a la meta, más me arrepentía de haberlos apremiado. A pesar de los planes de saneamiento de los magistrados, el lugar era asqueroso y siniestro. Empezaba a sospechar que Fulvia se hubiese burlado de mí. No obstante, cada vez que estaba a punto de dar la orden: «¡Deteneos! ¡Vuelta atrás!», me acordaba de la advertencia de Lucana. ¡Sin duda ella no se burlaba de mí!

Dejando atrás la litera, me adentré con el armenio en un terreno baldío, desierto. Caminaba casi de puntillas, teniendo cuidado de dónde ponía los pies, para apoyarme lo menos posible en ese suelo impuro y evitar hacerme daño con los huesos que sobresalían de la tierra. Calzaba los zapatos más viejos y feos que poseía, con la intención de tirarlos en cuanto volviese a subir a la litera. También iba a tirar las ropas, una vez que estuviera en casa, y las agujas del pelo y los pendientes… ¡Si hubiese podido, me habría tirado a mí misma!

Me detuve al oír una voz que parecía proceder de un montón de escombros. Entonaba plegarias en una lengua que me era desconocida; quizá la de los marsos, un pueblo itálico a cuyas retahílas se atribuyen poderes milagrosos, o bien era un latín tan antiguo que me resultaba incomprensible. Me acerqué haciendo señas al armenio para que fuese sigiloso. Al otro lado del muro, bajo y cubierto de zarzas, descubrí una escena de pesadilla.

De un hoyo salía la cabeza de un muchacho enterrado hasta el cuello. Las mejillas, sucias de polvo, estaban surcadas por regueros de lágrimas secas; por lo visto, las fuerzas para seguir llorando lo habían abandonado. Frente a él, lo bastante cerca para tentarlo con sus olores, pero inalcanzable, había una bandeja llena de manjares exquisitos y una jarra de agua. Aunque estaban llenos de barro, sus cabellos

eran tan rubios que casi desprendían luz… Un escalofrío me recorrió la espalda cuando lo reconocí: era el varón de los mellizos que había cedido a Marco.

A su alrededor, tres seres —¿demoníacos?— bailaban danzas grotescas. Por un momento creí estar en el infierno. Pero después, al mirar con atención, comprendí que solo eran tres viejas a las que los andrajos, que deformaban sus cuerpos aún más si cabía, y los tocados espantosos convertían en seres aterradores. Las plumas que llevaba en el pelo la más delgada la transformaban en un pajarraco de esos que merodean entre las tumbas en busca de carroña. La más gorda llevaba una piel de lobo; el morro le apoyaba en la frente, y las patas y los jirones del resto del cuerpo le colgaban por los lados. Parecía una caricatura de Hércules, con su inseparable piel de león. La más aterradora y la que, según deduje, tenía más autoridad era la que cantaba. Su cabellera encrespada estaba trenzada con pequeñas serpientes. ¿De qué la conocía? Luego me acordé: era la hechicera con la que había sorprendido a Fulvia muchos años antes, la noche que me perdí en la Suburra.

Reuní todas mis fuerzas, salí del escondite y, en voz alta y firme, dije:

—Busco a Canidia, la maga.

Las viejas interrumpieron su canto y sus danzas, y me clavaron sus ojos rapaces. En el silencio, se oyó un quejido del muchacho que, con la lengua hinchada por la sed, farfullaba súplicas incomprensibles. Pedía agua, sin duda.

—Yo soy Canidia —respondió con tono enojado la mujer de las serpientes—. ¿Qué quieres? —Pero después de haberme escudriñado de pies a cabeza y de juzgarme una clienta acaudalada, añadió, servil—: ¿En qué puedo ayudarte?

—Un hombre me elude, me humilla. Quisiera…

Sin dejarme acabar, añadió:

—Tengo lo que te hace falta. Un filtro que lo hará volver a ti, consumirse de pasión, enloquecer de amor… ¡hasta morir! Lo atará a ti para siempre.

—¿Cómo es posible? —exclamé—. Es un joven testarudo, vulgar, egoísta…

Mientras lo decía, me preguntaba por qué estaba tan ofuscada en querer a un hombre que, como explicaba a Canidia, era terco, vulgar y egoísta. ¿Estaba segura de desear atarlo a mí para siempre? Las ataduras tienen dos caras: la cárcel atrapa al prisionero y a su carcelero. Y en ese momento caí en la cuenta de que no quería estar en una cárcel con Marco.

—¡Claro que lo es! —replico la hechicera, ofendida—. Si puedo invocar a los muertos de la ultratumba… ¿crees que no soy capaz de meter a un hombre en tu cama? Con tu amante voy a usar el sortilegio que estoy preparando esta noche para un caso parecido al tuyo. Es una poción infalible.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté, cada vez más incrédula.

—Porque tiene la fuerza de la vida.

—¿La fuerza de la vida? ¿Qué quieres decir?

—Para prepararla hay que hacer un sacrificio humano —explicó. Fue como si volviese en mí. De golpe comprendí que se estaba cometiendo un homicidio ante mis

ojos. Justo en ese momento, el muchacho suspiró y, ya sin sentido, dejó caer la cabeza. Mientras tanto, Canidia seguía ensalzando las propiedades de su filtro—. Es un bebedizo portentoso. Está hecho con huevos de mochuelo bañados en sangre de rana recién salida de la metamorfosis, cabrahígos de tumbas de asesinos, plumas de búho, dientes de perra hambrienta… Pero todos esos elementos serían inútiles si faltase el ingrediente secreto, el más importante… —Confundiendo mi repulsión por maravilla, añadió—: Es secreto, pero no para ti, noble señora, que admiras mis artes…

—¿Cuál es ese ingrediente secreto? —dije con un hilo de voz, temiendo ya la respuesta.

—¡La médula tierna, el hígado disecado y las pupilas putrefactas de un muchacho muerto de hambre y de sed, con la mirada fija en los alimentos y el agua que no puede alcanzar! —exclamó triunfante, segura de que la revelación disiparía mis últimas dudas. Y como yo permanecía callada, sorprendida prosiguió—. Gracias a mis fórmulas mágicas, el deseo del muchacho por lo que le ha sido negado se transformará en deseo por ti, señora. Un deseo que consumirá a tu amante hasta la muerte, como lo ha consumido a él.

—¡Basta! —grité.

Canidia se quedó boquiabierta, mostrando los dientes mellados, ennegrecidos y podridos.

—¡Desenterradlo! —ordené—. ¡Inmediatamente!

Las demás hechiceras también abrieron sus bocas repugnantes.

—Coged esas palas. —Señalé los utensilios apoyados en una lápida—. Y sacadlo de ahí.

Las dos arpías se apresuraron a obedecer. Canidia, por el contrario, se puso hecha una furia.

—¡Jamás! —gritó mientras las serpientes, sintiendo su rabia, se agitaban en todas las direcciones, haciéndola aún más espantosa—. ¡Jamás! —repitió, e intentó abalanzarse sobre mí… pero se detuvo ante la espada desenvainada del armenio.

Entre silbidos de serpiente, y silbando ella misma, bajó la cabeza y se unió a las demás, que ya habían empezado a excavar. En vez de ayudarlas, las empujó de mala manera.

—¡Vamos! ¡Excavad!

—Tú también —le ordené con frialdad.

—¡Solo hay dos palas! —masculló.

—Coge esa azada —repliqué.

—Pero…

El armenio volvió a amenazarla con la espada.

—Cojo la azada. —Canidia asintió entre maldiciones a media voz.

—Comprueba si está vivo —ordené al armenio.

Cuando me indicó por señas que sí —yo no quería tocarlo si estaba muerto— me

acerqué. Las pestañas del muchacho, largas y curvadas, estaban repletas de tierra. Humedecí mi pañuelo en la jarra y se lo puse en los labios, entreabriéndoselos para que bebiese algunas gotas de agua.

Entretanto las arpías, empapadas de sudor, iban descubriendo su cuerpo, largo y delgado, sin dejar de refunfuñar, furiosas.

—Canidia, ahora es el momento de demostrar quién eres —dije burlándome de ella—. Si tienes tanto poder, ¿por qué no haces desaparecer la espada? ¿Por qué no me fulminas con uno de tus terribles maleficios?

—¡Ya lo haré! —chilló.

Me eché a reír.

—Solo eres una vieja malvada e inútil. Si pudieras hacerme daño, ya lo habrías hecho.

Mientras el armenio levantaba al muchacho desmayado con sus fuertes brazos, Canidia dijo:

—Tal vez ahora no… pero me vengaré.

Y al decirlo se abalanzó sobre mí, clavándome sus asquerosas uñas en un brazo. Me la quité de encima con tanta fuerza que la arrojé al suelo. Después hice un gesto al armenio para indicarle que no necesitaba su ayuda, y me miré la herida; me había hundido una de sus uñas en la carne. Escondiendo el temblor de mi voz, le dije:

—Me río de tus amenazas.

Canidia levantó la cabeza, y con las serpientes, que se habían soltado, cayéndole por los hombros y reptándole por encima, masculló:

—No te reirás tanto cuando te visite un auriga del Hades…

—Basta de estupideces.

Estaba a punto de darle una patada, pero me dominé antes de golpearla; no quería ensuciarme con su infamia.

Hizo una mueca de triunfo al darse cuenta de que, a pesar de todo, le tenía miedo.

—¿Estupideces? Ya lo verás… Y recuerda una cosa: tu amante no te querrá jamás, jamás y jamás…

Al contrario de lo que ella creía, esas palabras me aliviaron. Mi miedo desapareció.

—Eso es precisamente lo que quiero —respondí mientras me alejaba con el esclavo, que llevaba en los brazos al muchacho desfallecido—. No he venido para recuperarlo a él.

—Ah, ¿no? Entonces ¿para qué has venido?

—Para recuperarme a mí misma.

—¿A ti misma?

—Sí. Y me he encontrado.

Era verdad. Por absurdo que parezca, la magia funcionó de manera diferente a la

prevista: me abrió los ojos. A eso se refería Lucana. No quería que me librase de un hechizo, sino que recuperase la vista, ofuscada por ilusiones engañosas. Me dijo que abriera los ojos. En el fondo, con su lenguaje sencillo, reafirmó una verdad contemplada por todas las filosofías: al mirar creemos ver, pero somos ciegos. Nuestros ojos están velados por falsas creencias que ocultan la verdad. Y por fin la veía: yo no amaba a Marco —¿cómo habría podido amar a un hombre tan mezquino?—. Me había aferrado a él por miedo. A la vejez. A la soledad. A haber perdido a Catulo para siempre. A no volver a vivir el amor. Pero el remedio no era un hombre que no me merecía. Aunque hubiese permanecido a mi lado día y noche, Marco no habría podido protegerme del paso del tiempo.

Solo Catulo creía que el tiempo podía detenerse, pero él tenía un arma eficaz para luchar: la poesía.

El miedo solo se vence afrontando la realidad; de lo contrario, la mentira acaba por construir un muro, una prisión poblada por fantasmas que tienen el poder de hacernos cometer las peores aberraciones. ¿Cuántos inocentes habían muerto en el Esquilino para aliviar el desasosiego de las matronas?

Un salto adelante: 52 a. C.

8

Por desgracia, ninguna magia pudo alejar la desventura que años después se abatió sobre mí: la muerte de mi hermano. El auriga del Hades vino a buscarme… para llevarme a recoger el cuerpo torturado de Clodio.

En contra de la sensatez, a veces me pregunto si la maldición de Canidia no se ocultaba detrás de esa desgracia, no porque crea en el poder de sus amenazas, sino porque estoy convencida de que el contacto con los seres inmundos nos ensucia sin remedio. Por eso me repugna tocar a los muertos: no quiero que me contagien la muerte que desprenden. Al volver de la aventura del cementerio, me lavé muchas veces y me desinfecté el arañazo con asfódelo, pero no pude quitarme de la cabeza la idea de que la garra de la bruja me hubiese contagiado su podredumbre.

El Senado votó unánimemente el regreso de Cicerón al poco de estar en el exilio. El único en contra fue mi hermano Clodio. Derrumbaron el templo de la Libertad y retiraron la estatua que se parecía a mí. Se perdió en los alborotos que siguieron a los intentos desesperados de mi hermano por impedir la reconstrucción de la villa del viejo orador. La destrucción del templo no fue más que la primera de una serie de medidas que derogaron, una tras otra, las leyes que Publio había promulgado. Para frustrar la más popular, la de la distribución gratuita de trigo, difundieron a conciencia la falsa noticia de una inminente carestía, que hizo subir los precios por las nubes e impidió las donaciones. Pompeyo bloqueó la llegada a Roma del trigo procedente de las provincias, con consecuencias desastrosas. En cuanto la Urbe, hambrienta, le confirió plenos poderes sobre el abastecimiento, el puerto de Ostia, por arte de magia, se llenó de barcos rebosantes y reinó de nuevo la abundancia. A partir de entonces, el pueblo lo exaltó como su salvador, olvidando que había sido idea mi hermano.

Después de eso, ya no logró renacer. El flamenco, símbolo del ave fénix, era un recuerdo lejano. Durante los años siguientes, Clodio solo supo participar en la vida política mediante la violencia. Su más acérrimo adversario, Milón, jefe de los pompeyanos, lo asesinó en el camino que había construido nuestro antepasado más ilustre: la via Apia. Si hubiese vivido tres meses más, mi hermano habría cumplido cuarenta años.

9

Clodio. Publio. Bui. Sus muchos nombres no lograron despistar a la estirge más negra, que lo arrancó de la vida de repente, sin darme tiempo a mantener mi antigua y solemne promesa: matar a la muerte.

En efecto, cuando llegué ya estaba muerto. Su cuerpo yacía sobre la barra de una taberna sucia y oscura. Una verdadera antesala del Hades, en cuya existencia también creí por un momento. Estaba cubierto de moratones, heridas, barro y sangre coagulada. Y tenía la cabeza vuelta hacia la puerta, como si me hubiese esperado.

No llegué a tiempo. Sin embargo, había salido corriendo en cuanto me llegó la noticia del enfrentamiento.

Un mensajero, herido y jadeante, que ni siquiera lograba acabar las frases, me lo comunicó.

—¡Una… masacre! Hemos… luchado…

—¿Contra quién? —pregunté aunque conocía la respuesta.

—Los hombres de… Milón.

—¿Y mi hermano?

—Tu hermano ha… —Se detuvo, jadeante.

Le aferré el brazo y se lo sacudí sin piedad.

—¡Habla, habla!

—¡Tu hermano ha… caído!

—¿Dónde?

—En la via Apia, a la altura de Bovillae, cerca del templo de Bona Dea…

Salí volando, ni siquiera cogí un manto.

Hacía mucho frío, era el enero más gélido que recuerdo. O quizá, lo que me helaba la sangre era la desesperación que sentí tras aquel viaje desconsolado.

Después de atravesar multitudes y mares,
a tu mísera tumba me acerco, hermano,
para hablar, en vano, con tus calladas cenizas.

Como Catulo, yo también encontré solamente calladas cenizas.

Los campos descoloridos por el helor, el cielo sombrío y la neblina me preparaban para el encuentro con la piel lívida de mi amado Publio. En el aire quieto se veían,

diseminadas, partículas de color gris claro que parecían ceniza… ¿La pira de mi hermano? Qué idea absurda, fruto del miedo. Era nieve que, a causa del frío excesivo, no lograba caer; algo parecido a lo que me sucedió a mí en los meses siguientes, cuando el dolor era tan intenso que me paralizaba y no lograba llorar.

Al verme tan pálida, doblada sobre mí misma, acurrucada en la banqueta del carro ligero que había elegido para llegar lo antes posible, el esclavo se quitó el manto con una mano y, sin soltar las riendas, me lo tendió diciendo con acento extranjero:

—Póntelo tú, yo no tengo frío.

En otra situación, no habría aceptado las ropas de un esclavo. Pero en ese momento me puse su manto sin protestar. La tela era áspera, endurecida por la suciedad; desprendía un olor acre, de sudor y mugre. Pero calentaba, y bajo el hedor a rancio, exhalaba el efluvio de un cuerpo joven y vital… como el del esclavo que, mirándome, esbozó una sonrisa. Su cabello desprendía la única luz en aquel paisaje grisáceo. ¿Quién era aquel muchacho? ¿Dónde lo había visto antes? Sus cabellos me revelaron su identidad: era el chico al que yo había salvado de las garras de Canidia. No lo reconocí enseguida porque había cambiado: la última vez que lo había visto apenas era un muchacho y ahora era un apuesto joven. Lo había dejado al cuidado de las esclavas, y sabía que trabajaba en los establos, pero el palacio era muy grande y no había vuelto a encontrarme con él. ¿Por qué aparecía justo cuatro años después, gobernando el *cisio* que me conducía al lugar donde yacía inerte mi hermano?

Si hubiese sido supersticiosa lo habría interpretado como un presagio funesto: el auriga del Hades… la venganza de Canidia. A pesar del abrigo del manto, sentí escalofríos.

Mientras volábamos entre las colinas paralizadas por el frío, repetía en voz baja: «¡Resiste, resiste, ya llego!», con la esperanza de que el eco de mis palabras llegase hasta Clodio. ¿Dónde estaba en ese momento? ¿Tirado en el suelo? ¿En un refugio? Pero la pregunta que no me atrevía a hacerme era: ¿está vivo?

Me maldije por haber sentido piedad por el mensajero, que dejé al cuidado de mis esclavas en lugar de llevarlo conmigo para que me fuese contando lo que había pasado. Y me maldije todavía más cuando, a la vuelta, descubrí que ese hombre, cuyas heridas eran evidentemente más graves de lo que parecía, había muerto: otra ceniza callada. Su declaración habría sido importante porque fue el único partidario de Clodio que sobrevivió a la reyerta; más verídica que la de Milón, quien afirmaba que mi hermano le agredió el primero, o que la de Fulvia, que sin ningún fundamento proclamó: «¡Clodio era inocente! Mientras volvían tranquilamente a Roma, se cruzaron con Milón y sus partidarios… Clodio intentó evitar la pelea, y casi lo logró, pero los gladiadores de Milón atacaron por la retaguardia. Clodio se volvió para contener la embestida y le clavaron una daga… ¡Mirad el corte que le abre la espalda!», y señalaba la espantosa herida a la muchedumbre que se agolpaba en el atrio de la casa, donde había expuesto el cuerpo de mi hermano sin ni siquiera lavarlo.

Como era su costumbre, Fulvia adornaba la realidad para hacerla más dramática.

Pese a eso, sin embargo, nunca habría imaginado lo que se le ocurrió al día siguiente: en vez de preparar el cuerpo de Clodio para la ceremonia fúnebre, llamó a los tribunos Munacio Planco y Pompeyo Rufo para que lo condujesen a hombros al Foro, acompañado por un cortejo de seguidores enfurecidos que gritaban: «¡Venganza! ¡Venganza! ¡Muerte a Milón!», y lo colocasen en la tribuna de los oradores, donde asistió, muerto, al vocerío y al alboroto que inflamó el Foro durante todo el día, a despecho del frío enero.

¡Pobres Munacio y Pompeyo! ¡Los estoy viendo, gordos y jadeando bajo el peso del cadáver! ¡Lo que sudarían! O quizá hicieron cargar con el peso a los esclavos…

Aun así, no fueron ellos quienes se ocuparon del nuevo traslado de los restos mortales de mi hermano, sino una muchedumbre alborotada y amenazadora que lo llevó al Senado, donde se desencadenó el infierno. ¡Lo que se habría divertido Clodio si hubiese podido ver los escaños arrancados, las tablillas por el suelo, los rollos de las leyes pisoteados! Al final, hicieron una pira en el centro de la sala con todos los objetos, los códigos, los muebles destrozados, y encima pusieron al muerto, que concluyó su macabra odisea con un grandioso incendio. El cuerpo de mi hermano fue devorado por las llamas junto con los símbolos del orden constituido. Después de haber sido enemigos durante tantos años, Clodio y la vieja República ardieron juntos.

Quizá no fuera una casualidad que, al atardecer, sobre las cenizas de la Urbe devastada, se asomara el hombre que recogería los frutos de la revolución emprendida por Clodio: César.

Sin embargo, a mí no me importaban los restos del Senado, sino los de Publio que, con la ayuda de Fulvia, puse en una urna. Era todo lo que me quedaba de mi hermano: sus calladas cenizas.

Roma, 56-54 a. C.

10

En mis recuerdos, la muerte de mi hermano y la maldición de Canidia van juntos, ignorando el tiempo que separa los dos acontecimientos. Pero es una ilusión de la mente, que crea nexos en un intento de poner orden en el caos de los acontecimientos. El tiempo no es un río, es una cascada, un torbellino que mezcla y arrastra lo sucedido.

Antes de que Clodio cayese asesinado en la via Apia, tuve una gran alegría que, como todas las que nos da el agridulce Eros, muy pronto se convirtió en sufrimiento: volví a ver a Catulo para perderlo inmediatamente después, en el único «siempre» que se nos concede a los mortales, el de la muerte.

Después de la noticia del viaje a Bitinia, no volví a saber de él. Catulo había desaparecido. Fueron inútiles las pesquisas que encargué a mis amigos, y vana fue la búsqueda que ordené llevar a cabo, con discreción, en Verona. No había ni rastro de mi amor. Pero yo sentía que vivía y que se escondía por algún motivo.

Mientras tanto, libre del hechizo de Marco, me vengué de sus humillaciones declarando en su contra en un juicio por homicidio en el que estaba implicado.

Para que los jueces entendieran la clase de individuo que era, dije que había intentado envenenarme, sin preocuparme de que mi debilidad por él saliese a la luz. Ni siquiera me importaba que Cicerón, su abogado defensor, utilizase mi testificación para desacreditarme ante todos. Mi hermano Clodio, que entonces vivía, me apoyaba y me sostenía. La mirada incrédula de mi examante, que nunca me habría creído capaz de testificar en su contra, me recompensó de todas las calumnias.

Al salir de la sala me sentí renacer. Veía el mundo con ojos límpidos, libres de la porquería que había ofuscado mi mirada.

Después del juicio se abrió una época nueva para mí. Me resigné por fin al transcurso del tiempo y descubrí los aspectos positivos de la madurez: la calma, la serenidad, el conocimiento. Sin embargo, sentía que me faltaba algo. Por fuera no era muy diferente a la de antes. Mi piel era menos tersa, mis cabellos menos luminosos, mis formas menos esbeltas… Pero a la luz misericordiosa de las velas aún era fascinante, y compensaba los defectos físicos con el espíritu brillante que se adquiere solo con la madurez. Era como una casa que con los años pierde lustre, pero es más confortable. En mi interior, no obstante, entre tantas habitaciones acogedoras había una cerrada con llave. Si hubiese abierto la puerta, habría descubierto que no era un

espacio, sino un agujero, un pozo, un abismo de vertiginosa profundidad que exhalaba un frío que me helaba el corazón. Para evitar aquel lugar, intentaba no pensar en él… pero inevitablemente, sin querer, acababa a menudo ante aquella puerta. La oscuridad me envolvía; fragmentos de hielo entraban en mi sangre y me invadían con un helor que ni el fuego ni el vino caliente lograban derretir. Aquella habitación era la añoranza. El vacío que nada lograba llenar era la dolorosa nostalgia de Catulo.

11

Lo volví a encontrar cuando ya me había resignado a no verlo nunca más. Una mañana, saliendo del tribunal al que había acudido para declarar en uno de los juicios promovidos por los enemigos de mi hermano, sentí su mirada clavada en mí. Me di la vuelta. A pocos pasos, casi oculto en la hornacina de una estatua, estaba Catulo. Al lado del pomposo héroe de mármol parecía aún más frágil.

La puerta secreta se abrió, y del pozo subió una ráfaga caliente y luminosa que tiñó el musgo de verde esmeralda e hizo florecer y germinar las semillas que permanecían aletargadas en los recovecos más escondidos.

—¡Catulo! ¡Eres… tú! —exclamé con voz temblorosa.

Presa de una alegría incontenible, me pregunté cómo había podido vivir sin aquella dicha. Lo que había definido como serenidad no era más que una imitación de la muerte. La verdadera vida, la única, era la que estaba viviendo en ese momento, la que hacía brillar mis ojos. Y los suyos que, como aquella primera vez en el teatro, parecían decir: «Para mí solo existes tú».

«¡Qué lástima —pensé—, ir vestida con estas ropas austeras apropiadas para el tribunal! ¡Si al menos me hubiese puesto los pendientes de piedra de luna para dar luminosidad a mi rostro…!».

Pero a Catulo no le importaban mis ropas: me miraba sin pronunciar una sola palabra, con los ojos brillantes, no sé si por la alegría o por el llanto.

Me precipité a su encuentro. Me acerqué hasta que sentí el calor de su cuerpo, el olor de su piel, que aspiré a fondo. Por fin estaba donde tenía que estar, en mi verdadera casa.

—Lesbia —murmuró.

Le acaricié la mejilla con la palma de la mano, como la primera vez. Bajé por el cuello hasta el pecho y rocé la cicatriz, cuyo origen nunca llegaría a conocer. Él también me acarició los hombros, rozándome el pecho con la punta de los dedos. Aunque ya no lo llevaba libre como antes, sino que utilizaba una venda para que pareciese más firme, a su tacto el pezón despuntó. Por él me habría dejado ver desnuda allí mismo, a plena luz, sin avergonzarme de la piel flácida de mi cuerpo. Sabía muy bien que para él era y sería siempre hermosa, no solo en el otoño, sino incluso en el pleno invierno de mi vida.

Cuando me acerqué, los ojos se le dilataron, y el azul se convirtió en un abismo en el que me hundí.

Pero al besarlo noté en su boca un sabor diferente: a sus labios afloraba el sabor de la muerte.

Cegada por la felicidad, no había prestado atención a las señales de la enfermedad

que se había apoderado de él. Estaba más delgado que nunca; tenía ojeras muy oscuras; y las mejillas, demacradas y palidísimas, manchadas por dos círculos rojizos, síntoma inequívoco de fiebre. Un ser a punto de apagarse que a pesar de su enfermedad se había arrastrado hasta el tribunal para verme.

Lo abracé con fuerza, haciéndole daño quizá, para infundir a su cuerpo un poco de mi excelente salud. Y de mi amor. Pero su cuerpo extenuado permanecía inmóvil, como una cáscara vacía.

Lo único que brillaba con vida eran sus ojos, y no dejaba de mirarme, como si quisiera saciarse de mí antes de caer en la oscuridad.

—Catulo, amor mío… —Le cogí la mano—. Estás enfermo, pero te curarás. —Negó con la cabeza, como diciendo: «Es demasiado tarde»—. ¡Te lo ruego, créeme! Eres joven, ni siquiera has cumplido los treinta… ¡Haré que te vean los mejores médicos! ¡Yo misma me ocuparé de ti! —Sacudió la cabeza otra vez, como si no le importase—. ¡No creo que te dé igual, Catulo! ¡Tú amas la vida! —Permaneció inmóvil y silencioso—. ¿Te acuerdas de Bayas? ¡Del sol, del mar… las cerezas! Mañana mismo volveremos juntos. Allí hace calor y el aire es perfumado. El sol te sanará. Buscaré las recetas de Lucana, y el vino de carlina… ¡Te encantaba! —Esbozó una débil sonrisa—. ¿Te acuerdas de la salvia que todo lo cura? —dije.

—Sí. —Sonrió abiertamente—. Y también de las abejas.

Animada, yo también le sonreí:

—¡Te curaré, ya lo verás! Escribirás poemas magníficos… e inventarás nuevas métricas inspiradas en el ritmo del mar.

—El mar… —Suspiró—. Cuánta luz había en Bayas.

—¡Todavía hay mucha luz en Bayas! Te lo ruego, Catulo, dime que sí… ¡Déjame cuidarte!

Se puso serio.

—Hubo un tiempo en que habría dado la vida por oírtelo decir.

—Ya lo has oído. Y no tienes que dar la vida a cambio, sino que tendrás una nueva. Solo tienes que decir que sí.

Permaneció mirando al suelo durante mucho rato. Después, cuando empezaba a creer que no se decidiría nunca, levantó la cabeza y susurró:

—Ven a mi casa mañana por la mañana… Tengo algo para ti.

—¿Y después nos vamos?

—Sí.

Sin preocuparme por las miradas de los abogados que pasaban, lo volví a abrazar.

Apunté la dirección —¡oh, si la hubiese tenido antes!— y me fui volando a casa para organizar la salida.

12

Pasé una tarde frenética. Tenía que hacer muchas cosas si quería mantener la palabra que le había dado de presentarme en su casa al amanecer al día siguiente, lista para el viaje.

De momento, me encargué de hacer más confortable el carruaje. Ordené que lo acolchasen con cojines y mantas porque un hombre en las condiciones de Catulo no podría afrontar las sacudidas del viaje.

Luego le pedí consejo a Cecilia para las medicinas.

—¡No puedo! —replicó—. No puedo prepararlas para mañana. Hay que cortar las flores al amanecer, en primavera, cuando rebosan de la energía del universo que resurge tras el letargo invernal. El poder de las plantas no depende exclusivamente de la linfa que corre por sus tallos. Su eficacia nace de la acción conjunta de la tierra, donde hunden sus raíces, con el cielo, hacia el que se extienden sus ramas. ¡Por eso hay que cogerlas en el momento oportuno, en la temporada más propicia!

—Cecilia, sé que tienes razón, pero… te lo pido por favor, ¿no puedes prepararlas con las hierbas secas que guardas en la despensa?

—Claro que puedo. Y si trabajo toda la noche tendré algo listo para mañana. Pero si Catulo esta tan enfermo como afirmas, no será suficiente. Habrías tenido que decírmelo antes.

—Lo sé, Cecilia, pero no me imaginaba que estuviese tan grave. ¡Ni siquiera sabía que estaba en Roma!

—De acuerdo, mamá, haré todo lo que pueda esta noche.

—Gracias, hija mía. —Sentí afecto y orgullo por ella. Me parecía imposible que esa muchacha tan buena y sensata fuese mi hija—. Sé que estás muy ocupada.

—Sí, pero… no te preocupes.

En efecto, Cecilia estaba muy ocupada porque iba a publicar un recetario. Pero antes de entregar sus fórmulas al librero que las haría copiar a los esclavos amanuenses y vendería los ejemplares en las tiendas del Argileto —por fin, entre los pésimos poemas que tanto habían hecho enfurecer a Catulo, un libro útil—, quería comprobar por última vez la eficacia de sus preparados. Era un trabajo ingente que se añadía a los preparativos de la boda. Cecilia se iba a casar dentro de poco: había aceptado, con su consentimiento, la propuesta de matrimonio de Publio Cornelio Léntulo Espínter.

Desde un punto de vista político era una unión ideal, pero no me había convencido solo la oportunidad estratégica. Quería que el matrimonio ofreciese a Cecilia más de lo que me había ofrecido a mí.

Antes de tomar una decisión, le pedí su opinión y ella me respondió simplemente: «Sí, de acuerdo», sin comentar nada. Cuando intenté ahondar en sus sentimientos, replicó: «No te preocupes». Una respuesta que me daba cada vez más a menudo y que yo detestaba porque, de hecho, no era una respuesta sino un modo de apartarme, como si fuese una vieja que ya solo podía retirarse en un rincón, alejarse de la vida. Quizá era justo que fuese así… pero no podía evitar sentirme como si me hubiesen abandonado en la orilla de un río que fluía rápidamente hacia una desembocadura que nunca llegaría a ver.

En esa ocasión, sin embargo, su independencia me tranquilizó, pues podía olvidarme de los preparativos de la boda e irme a Bayas sin preocuparme. Mi madre no lo habría hecho nunca, desde luego, pero… ¡una vez más, no seguiría su ejemplo!

Corrí todo el día y buena parte de la noche para estar lista al amanecer. Ocupé a toda la servidumbre, sin excepciones. Puse manos a la obra a un ejército de costureras para que ultimase un guardarropa adecuado. A pesar del agobio, era feliz y ni siquiera sentía el cansancio. Mientras impartía órdenes en la casa en revuelo, envuelta en el humo de los candiles que se alimentaban de aceite sin cesar, me imaginaba a Catulo durmiendo ¡y el corazón se me ensanchaba pensando que media Roma estaba despierta por él!

El espejo, en cuyo metal comprobaba de vez en cuando el efecto de las cremas que me aplicaba en abundancia, no reflejaba la imagen exhausta que me esperaba después de tanta agitación, sino todo lo contrario, la de una persona radiante. ¿Era yo esa joven sonriente, esa diosa inundada de luz, o la plancha de metal mentía de nuevo? Deseé que mi alma se elevase en el aire y volase por encima de muros y tejados para reunirse con mi amor y que llevase una nube de felicidad a sus sueños.

13

La última estrella, pálida, brillaba aún en el cielo cuando llamé a la puerta de Catulo. Sabiendo muy bien lo perezosos que son los esclavos, bajé personalmente del carruaje para llamarlo. No hubo respuesta. Volví a llamar. Nada.

Impaciente, sacudí la puerta. Se abrió como si la hubiesen cerrado mal. La entrada estaba a oscuras. La escalera era muy empinada, y la subí con paso inseguro, levantando la túnica para que no se manchase con la suciedad que la volvía también resbaladiza. Catulo, cuya situación económica evidentemente había empeorado, se había mudado a un alojamiento de la Suburra, a un edificio alto, inmenso, con las paredes agrietadas apuntaladas con cañas y otros apoyos inestables. Conocía las *insulae* por su fama. Eran bloques de alojamientos de alquiler más parecidos a gallineros que a casas; sucios y ruidosos, se incendiaban y se derrumbaban a menudo. Las paredes eran tan finas que desde el interior de ellos se oían voces y estornudos. La vida en esos lugares debía de ser una pesadilla. Una comunidad de extraños obligados a compartir las intimidades, apilados como cartapacios en los pisos de un edificio caótico y ruinoso… ¿Cómo podía Catulo concentrarse para escribir en ese infierno? En mi casa habría llevado una vida completamente diferente. ¿Por qué había tardado tanto en darme cuenta de lo mucho que nos necesitábamos el uno al otro?

Por fin, siguiendo las indicaciones que me había dado el día anterior, llegué ante la que debía de ser su puerta. Ni siquiera tenía cerrojo. La abrí. En la oscuridad más total, unos jadeos rompían el silencio. Pensé que estaba a punto de atravesar un umbral otra vez, como en nuestro primer encuentro, en casa de Manlio. Pero en esa ocasión, estaba muy preocupada, atemorizada y dudosa.

Avancé a tientas, mientras mis ojos se acostumbraban a la oscuridad y empezaba a distinguir los perfiles de las cosas, apenas iluminadas por la luz avara de un ventanuco. El alojamiento era minúsculo. Casi al instante me topé con la cama de la que surgía una respiración entrecortada, interrumpida por golpes de tos. Me incliné. El cuerpo, que a duras penas distinguía, desprendía hedor de sudor y de vino. Sospeché que Catulo, sin ningún miramiento por su salud, se había emborrachado la noche anterior. O tal vez había bebido para aliviar su sufrimiento.

—¿Catulo? —lo llamé en voz muy baja.

No me respondió.

—¿Catulo? —repetí en voz alta.

En la claridad que poco a poco vencía a la oscuridad de la habitación, distinguí su rostro empapado de sudor. Para poder respirar dormía sentado, con la boca abierta y la espalda apoyada en cojines y en un amasijo de ropas.

—¡Catulo! —dije otra vez y le acaricié el rostro.

—¡Lesbia! —Despertó del torpor—. ¿Eres… tú? —Después, llevando como siempre mi mano a su mejilla, añadió—: Sí, eres tú. Lesbia…

—Levántate, amor mío, he venido a buscarte. Voy a llevarte conmigo.

—¿Llevarme? ¿Adónde?

—Pero Catulo, ¿no lo recuerdas? ¡A Bayas! ¡Estábamos de acuerdo!

—Sí, me acuerdo, a Bayas…

—Vamos, ánimo. Ya está todo listo: el carruaje nos espera.

—Lesbia, yo… no puedo.

—Ahora llamo a los esclavos, te llevarán en brazos. ¡Cómo no se me había ocurrido! No puedes bajar la escalera en este estado.

—No, no… no es por la escalera.

—¿Te da miedo el viaje? No será tan incómodo como la otra vez. He acolchado el carruaje con cojines. No notarás las sacudidas. ¡Azotaré al esclavo si coge un solo bache!

Sonrió.

—Mi Lesbia. Fuerte, determinada, valerosa… despiadada.

Algo en el tono de su voz me heló la sangre.

—Catulo… no estás dudando, ¿verdad? ¿No habrás… cambiado de idea? —No respondió—. ¡Dime que no has cambiado de idea! —Cerró los ojos—. ¡Di que vienes conmigo a Bayas!

—Lesbia, yo… —Tuve que acercarme para oírlo, su voz era un soplo—. He sufrido demasiado.

—Sé que has sufrido, pero el tiempo de sufrir acabó. Ahora tienes que curarte.

—No quiero que me veas… así.

—¡Pero yo te amo! ¡Estés como estés, yo te amo!

—Es demasiado tarde, Lesbia. Me estoy muriendo.

—¡No! ¡No tienes ni siquiera que pensarlo! Confía en mí. ¡Ten confianza en mí!

—Yo confiaba en ti, y tú destruiste mi confianza.

—Pero ¿qué dices?

—Ya es demasiado tarde.

—Demasiado tarde ¿para qué?

—Me estoy muriendo. Y ya no te creo.

—¡Catulo, tienes que creerme!

—He sufrido demasiado —repitió.

—Pero ¿no sabes decir otra cosa?

Lo así por los brazos con fuerza.

Sonrió, enternecido a su pesar por mi ímpetu.

—Sé feliz, Lesbia, vive. Yo me muero. Déjame morir.

—¡No!

—Has matado mi amor. Déjame morir a mí también.

—La fiebre te hace delirar. Voy a llamar a los esclavos…

—Adiós, Lesbia mía.

—¡Pero yo te amo! ¿Lo entiendes? ¡Te amo! —sollocé.

—Mi amor también está muriendo:

Por su culpa cayó como una flor
en la linde de un prado
cuando el arado
la alcanzó al pasar.

Los versos tenían la misma métrica que los que me había regalado cuando apareció por primera vez en mi jardín, como si quisiera despedirse de mí con la misma cadencia con la que me había declarado su amor. Entonces me enfadé.

—Catulo, ¡deja ya de confundir la vida con la poesía! Esto es la vida, ¿lo entiendes? ¡Es la vida! ¡Y tú tienes que vivir!

—Es demasiado tarde, Lesbia.

—¡No es verdad! Siempre estamos a tiempo de volver a empezar, de renacer… ¿Te acuerdas del ave fénix? ¿De la vida que renace de las cenizas? —Negó con la cabeza. Mi rabia se convirtió en furia: ¿por qué dejaba que la tristeza lo venciese? ¿Por qué no luchaba?—. Catulo, ¡no puedes dejarte llevar así! ¡No tienes que rendirte!

—Estoy cansado. Y ya no te amo. No puedo amarte, en este mundo.

—¡No es verdad! —grité—. Lo sé por cómo me miras. Por cómo aprietas mi mano contra tu mejilla. Por cómo la cubres de besos… y de lágrimas.

—No quiero seguir amándote.

—Pero aunque no quieras, sigues amándome. Y yo te amo a ti. Eros es el dios más poderoso. No podemos oponernos a su voluntad.

—No quiero, Lesbia —respondió—. He sufrido demasiado. Me ilusionarás y volverás a dejarme. Y no quiero volver a pasar por eso. Adiós.

Soltó mi mano y cayó sobre los cojines.

A pesar de que la claridad ya había iluminado la habitación, la esquina de su cama permanecía en la sombra. El rostro de Catulo, casi oculto por las ropas, parecía hundirse cada vez más en las tinieblas.

Estábamos viviendo el mito de Orfeo y Eurídice. Yo era Orfeo, e intentaba recuperar a mi amado en la ultratumba, y Catulo era Eurídice, que había vuelto a caer en el inframundo. La diferencia era que Orfeo dejó que su amada volviese al Hades, mientras que yo no estaba dispuesta. Me acosté al lado de Catulo, lo apreté con todas mis fuerzas y pegué mi boca a la suya. A pesar de sus palabras, comprendí que me amaba todavía porque me devolvió el beso con la pasión de quien se aferraba a la vida.

En ese momento, alguien me cogió por los hombros y me arrancó de allí a la

fuerza.

—¡Soltadme! ¡Socorro! —grité.

Era Manlio, que acompañado por algunos amigos y un par de esclavos, venían con una camilla.

—Vengo a buscar a Catulo. Me lo llevo a mi casa —dijo.

—¡No! ¡Catulo se viene conmigo! —Sin hacerme caso, Manlio ordenó a los esclavos que se llevasen a mi amor—. ¡He dicho que viene conmigo! —Mis palabras no surtieron ningún efecto. Traté de impedir a los esclavos que lo tocasen. ¿Por qué había subido sola? Rabiosa e impotente, pedí ayuda a Catulo—: ¡No permitas que se te lleven! ¡Ven conmigo!

Me dirigió una sonrisa cansada y cerró los ojos.

—¡Déjalo en paz! —exclamó Manlio—. Mira cómo ha acabado por tu culpa. ¿No tienes bastante?

—¿Yo? ¡Vosotros y vuestras juergas le habéis arrebatado la salud!

—¿Nosotros? Has sido tú, mujerzuela. Lo has echado a perder…

—¡Basta! —lo interrumpió la voz tenue pero firme de Catulo. Dirigí una mirada de triunfo a Manlio. Pero el triunfo duró bien poco—. Dejad ya de discutir sobre mis restos. Todavía no he muerto.

Manlio y yo nos callamos, esperando su decisión.

—Voy contigo, Manlio.

—¡No! —protesté.

Me hizo ademán de callar. Y comprendí que no iba a cambiar de idea.

—Pero ahora, déjanos solos, Manlio. Por última vez. Tengo que… darle algo.

Manlio, los amigos y los esclavos salieron de la habitación.

¿Qué le dijo Orfeo a Eurídice cuando vio que se desvanecía en la sombra?

Yo no pude decir nada.

Catulo rebuscó en la cama.

—¿Qué buscas? —le pregunté.

—Esto.

Me dio un rollo fino, con los bordes bien acabados, alisados con piedra pómez y de colores vivos.

—¿Es tu libro? —dije cogiéndolo con cuidado—. ¡Es precioso!

¡Por eso había permanecido oculto durante tanto tiempo! En aquel lugar infame, a pesar de todo, había encontrado la soledad que necesitaba para escribir. Por sus reducidas dimensiones, vi que más que escribir había borrado, limado y cincelado aquel libro; de todos los poemas compuestos, solo unos pocos se habían salvado, apenas un centenar.

—¿Lo ves? —susurró—. Al final lo acabé. —La voz se le apagó, como si hablar le costase un gran esfuerzo—. Ahora me puedo morir.

—¡No digas tonterías! ¡Este no es más que el primero de muchos otros!

Negó con la cabeza.

—No, Lesbia. Es el único. Te lo dejo a ti. Yo me muero.

—¡No quiero tu libro… te quiero a ti!

Sonrió.

—Yo ya soy solo un cuerpo agonizante… Este es el verdadero Catulo. —Señaló el rollo.

—¡Te lo ruego, no digas eso!

—Ahora podrás estar orgullosa de mí. He ganado a Orfeo: he triunfado sobre la muerte. Y sobreviviré contigo. Juntos. En el otro mundo, en el gran tiempo de la poesía, el único donde podemos estar juntos para siempre. —Agotado, calló. Lo abracé muy fuerte, llorando. Deseé envolverlo con mi cuerpo y arrancárselo a la muerte. Sin embargo, fue Manlio quien me arrancó de su lado, mientras Catulo me susurraba—: Ve, no quiero que me veas morir. Ve.

—¡Quiero estar contigo! ¡Quiero morir contigo!

—Te lo ruego, ve. Ve a Bayas por mí.

—¡No!

—Qué hermosa eres cuando lloras. Siempre serás hermosa para mí.

—Ven conmigo. No vayas con ellos.

—Adiós, mi amada Clodia.

Era la primera vez que me llamaba Clodia. Fue la señal del adiós final.

—Catulo… —sollocé.

Sacudió la cabeza. Cerró los ojos.

No volvió a abrirlos mientras los esclavos lo cargaban en la camilla, y tampoco cuando cruzaron el umbral y empezaron a bajar la escalera. Miré el descenso del lúgubre cortejo hasta que la escasa luz de aquel miserable lugar me lo permitió.

Y como Orfeo vio a Eurídice desvanecerse en las tinieblas, yo vi que las sombras engullían a Catulo.

14

Volví a verlo en el atrio de la casa de Manlio, donde se expuso su cadáver. La sala estaba abarrotada. Además de sus amigos, estaban César y Pompeyo. No me sorprendió que personajes tan importantes le rindiesen homenaje. Con la sinceridad de sus críticas y su abierto desprecio por las maniobras de los políticos, paradójicamente se había ganado su consideración. Estaba incluso Cicerón, a pesar de que siempre había odiado su poesía. Vi a una pareja de ancianos y reconocí a los padres de Catulo. La mujer se le parecía mucho, con la diferencia de que lo que en Catulo habían sido defectos, eran virtudes en ella. El cuerpo grácil, que en Catulo era señal de debilidad, a ella la hacía parecer etérea. El azul de los ojos, enturbiado por las noches insomnes en él, era un trozo de cielo en los de ella. También había gente común, que en sus poemas había encontrado la expresión de sus propios sentimientos, mucho más que en las palabras altisonantes. Y las rameras y los muchachos de mala fama que habitaban su poesía y que poblaron su vida. Catulo había vivido la poesía como vida y la vida como poesía.

Al entrar, a pesar de ir cubierta por un velo, todo el mundo me reconoció. Y calló. Después, mientras me acercaba al cadáver, empezaron los murmullos.

—¿Es… Lesbia? —musitó alguien.

—¡Sí, es ella!

—¿Cómo se atreve?

—¡Traidora!

—¡Infiel!

—¡Puta!

Oía susurrar por todas partes.

Por respeto a Catulo, fingí no oírlos. Sabía muy bien que por más que hubiese protestado, jamás me libraría de la imagen que él había dado de mí. Y, en resumidas cuentas, tampoco me preocupaba. Solo quería despedirme de mi amor.

Se hizo el vacío en torno a mí. La madre de Catulo se llevó la mano al corazón, como si verme le causase dolor. No podía imaginarse lo mucho que la entendía; yo también era madre.

Llegué allí, ante mi perdido, loco y obsesivo amor, un cuerpo que a duras penas llenaba la toga y que habría deseado mecer entre mis brazos. Un rostro demacrado, cuya nariz parecía más grande de lo que fue en vida. Los labios entreabiertos, no para dar y recibir los besos que tanto le gustaban, sino para dejar entrever la moneda que llevaba en la boca, con la que debía pagar el pasaje al barquero infernal.

¡Oh, si las supersticiones sobre el más allá fuesen ciertas! Lo volvería a ver, y nos reiríamos juntos de la moneda y del barquero de ojos de fuego, con el manto y el

remo, dando golpes a los muertos que se obstinan en querer vivir… y de la barca desvencijada con la que transporta las almas hacia la oscuridad.

Pero ya sabía que nada de todo eso era verdad, y que no volvería a ver Catulo nunca más.

Me incliné sobre él, sorprendiéndome a mí misma. Me acerqué a su rostro. El rostro de un cadáver.

«¿Qué haces, Clodia?», preguntó una parte de mí.

Ya no tenía miedo a los muertos.

Me acerqué aún más. Lo besé en la boca. No fue un roce, sino que apreté con fuerza mi boca contra sus labios helados.

El fuego que me había ardido dentro cuando nos dimos el primer beso se había apagado. La llama de la vida lo había devorado.

«Suma este beso a los muchos miles que nos dimos —le susurré—. La cuenta se perdió hace ya tiempo y ninguna divinidad infernal, envidiosa, podrá hacerte daño».

Y al incorporarme vi que su rostro estaba empapado. No me había dado cuenta de que no había dejado de llorar un solo instante.

EPÍLOGO

Lo más hermoso

Hay quienes dicen que un ejército de jinetes
es lo más hermoso sobre la tierra negra,
hay quienes, uno de infantería, o de naves,
pero yo digo que lo más hermoso es
aquello de lo que una está enamorada.

SAFO,
fragmento 16

Roma, 50 a. C.

1

El atrio de la casa de Cecilia estaba abarrotado de invitados, embellecido por cientos de flores que, formando guirlandas, coronas, ramos y festones, lo habían convertido en un jardín perfumado, en un paraíso. De un coro de niños y niñas vestidos de blanco, con los cabellos y las túnicas llenos de flores, se elevaba un canto dulce y de buen auspicio. Las voces callaron cuando la multitud abrió el paso a un cortejo de mujeres que entraba en la sala. A la cabeza estaba Cecilia, con su hijo entre los brazos. En el silencio apenas roto por murmullos, acallados casi al instante, dejó al niño a los pies de su marido, que la esperaba en un extremo. Aun sabiendo que lo alzaría, reconociéndolo como hijo suyo, hubo un largo momento de tensión; el destino del pequeño dependía de ese gesto. En cuanto mi yerno se inclinó sobre el recién nacido, antes de que lo sujetase y lo levantase, estallaron los aplausos, los vítores y las risas; los niños volvieron a entonar un canto de alegría. Cecilia estaba radiante: la flor más hermosa, junto a su vástago.

Por primera vez tras la muerte de Clodio y de Catulo, sentí desvanecerse la mordaza que me había atenazado el corazón hundiéndome en un sufrimiento profundo y continuo, tanto que empezaba a dudar que hubiese alguna verdad en las palabras de Epicuro cuando dice que no hay dolor que dure para siempre. Sin embargo, inesperadamente, aquella criatura inocente y llorona me regalaba una alegría incontenible por el mero hecho de existir. Me obligaba a sonreír a pesar de la tristeza. Me enseñaba que la vida se abre camino y que la muerte es la otra cara de la moneda.

Mientras mecía a mi nieto —del que me ocupé como nunca lo había hecho de mi hija —, pensaba lo hermoso que era abandonarse al sentimiento que me inspiraba el pequeño y dedicarle mi tiempo, sin esperar a cambio nada más que la felicidad de estar con él. Pensé que amar, en el fondo, era muy sencillo.

2

Catulo y yo lo habíamos complicado mucho todo, demasiado. En lugar de retener la felicidad, la desperdiciamos con rencores y peleas, hasta que se desvaneció.

Catulo deseaba un amor total, grandioso como el Ganges, impetuoso como el océano; yo, un amor ligero, tenue y fresco como un manantial. Él quería hacer de la pasión su vida, del sentimiento el estandarte que alumbrara su poesía, la marca que la distinguiría a lo largo de los siglos; yo deseaba seguir siendo libre, aun concediéndole un espacio secreto, nuestro, al margen de la vida.

Nos equivocábamos los dos. Porque el amor no es como uno quiere, es como es: no puede exigirse ni contenerse. El amor es como un árbol que hunde sus raíces húmedas y profundas en la tierra y que, a la vez, tiende las ramas a la inmensidad del cielo. Hay que aceptarlo todo, tanto sus raíces oscuras como sus hojas abiertas al sol. Hay que dejarlo crecer como una planta, sin límites, gozando de su sombra y de la belleza de sus flores, conscientes de que en cualquier momento podría arrancarlo una tempestad, abatirlo un rayo, carcomerlo los parásitos o debilitarlo el tiempo. Pero la vulnerabilidad que esconde tras la apariencia majestuosa no debe asustarnos, todo lo contrario. Su fragilidad lo vuelve valioso e invita a vivir cada momento como si fuese el último.

El amor verdadero no es ni la pasión destructiva contra la cual nos advierte Lucrecio ni el juego complaciente de los libertinos. Es la entrega simple, sin condiciones, sincera y valiente, de uno mismo. Como el de Bucco y Lucana, felices incluso si su destino fue la muerte.

3

He vivido mucho más tiempo que la mayoría de las romanas. Ahora, al llegar al final de la vida, estoy a punto de ser arrastrada por las olas que resuenan, cada vez más amenazadoras, a mi alrededor. He sido Claudia, Clodia, Lesbia y Plo. Quién sabe si de mí quedará al menos un nombre, si la sucesión imprevisible de los acontecimientos —incendios de bibliotecas, papiros comidos por las polillas, imperios caídos, guerras, devastaciones, pérdida de la memoria— lo permitirá. Yo creo que un día arribará a una playa, como la cabeza de Orfeo arribó a la isla de Safo, el menos real y el más luminoso de mis nombres, el que cantó una voz que no fue la mía, que me ha permitido gozar de la única inmortalidad que se nos concede a los mortales, la poesía. Será el nombre que me regaló Catulo: Lesbia.

Nota de la autora

Conocemos el famoso amor entre Catulo y Lesbia —desde siempre identificada con la noble Clodia— solo por los cármenes catulianos. De ella sabemos lo que escribieron Cicerón, quien critica sus costumbres disipadas, y Catulo, quien la describe unas veces con delicadeza y otras con cólera, atribuyéndole una personalidad pasional pero voluble. No obstante, Catulo, como todos los poetas, se describe más a sí mismo —su entusiasmo, su rencor y su pasión desgarradora— que a la amada.

El verdadero rostro de Lesbia, como el de tantas mujeres de la Antigüedad, no ha llegado hasta nosotros. A menudo, leyendo, pensaba que me gustaría darle una voz. He tratado de hacerlo en esta novela.

Aun basándome en documentos auténticos, en algunos pasajes he adornado la verdad; por ejemplo, en la historia de la ceremonia nupcial y en la del rito de Bona Dea. En cuanto al mapa de mármol de Roma, en realidad fue colgado en el Foro en la época de Augusto.

Agradecimientos

Este libro no habría nacido sin la valiosa ayuda de Laura Cerutti, quien no solo ha supervisado el proyecto desde las primeras páginas, sino que me ha animado y apoyado con verdadera y profunda amistad. Tampoco existiría sin Antonio Franchini, Giulia Ichino y Serena Bellinello, que confiaron en mi capacidad para resucitar una historia de amor de la niebla del pasado. La revisión del texto es obra de Alessandra Maffiolini, que ha trabajado con atención y dedicación; la corrección final la ha realizado la esmerada Federica Bottinelli. A todos ellos y a los demás colaboradores de Mondadori, mi más sincero reconocimiento.

También deseo expresar mi gratitud a Marina Girotto Bevilacqua, por transformar en poesías mis titubeantes traducciones de los cármenes de Catulo, y a Marcella Guglielmo, que ha resuelto con paciencia mis dudas acerca de los usos y las costumbres de la antigua Roma. Asumo la plena responsabilidad de los posibles errores lingüísticos o históricos.